

351

352

361

362

ELIZABETH BLOOM

LA HIJA

DEL

ENTERRADOR

Lectulandia

Once años después de ingresar en el Departamento de Policía de Nueva York, la agente de crímenes sexuales Ginny Lavoie se encuentra suspendida de empleo y sueldo. Deprimida y víctima del insomnio, espera a que la obligada investigación de asuntos internos determine su futuro cuando una llamada telefónica la devuelve de golpe al pasado: Danny Markowicz, el hijo adolescente de su amiga Sonya, ha muerto tras recibir una brutal paliza. Ginny parte de inmediato camino del pueblo de Massachusetts en el que se crió para asistir al funeral. Pero allí se reencuentra con Jimmy, el padre del niño que ella nunca llegó a tener. Y, por si la situación no resultara ya lo bastante difícil, la versión oficial del crimen parece estar llena de agujeros.

Lectulandia

Elizabeth Bloom

La hija del enterrador

ePub r1.0

Ariblack 21.09.14

Título original: *The Mortician's Daughter*
Elizabeth Bloom, 2006
Traducción: Marta Torent López de Lamadrid

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Dedicado a la memoria de
Shakespeare, el Perro Maravilla,
1992-2005,
el mejor amigo para una niña
y excelente numen.

Mis agradecimientos

A mis muy pacientes editoras, Kristen Weber y Les Pockell.

Al doctor James Terzian, por enseñarme cómo se entierran los cadáveres.

A la cafetería Brew-Ha-Ha, de North Adams, Massachusetts, por proporcionarme comida y cafeína, y por no reparar en la cantidad de veces que reutilizo una bolsita de té.

Y en especial a mi madre, Betty Saulnier, por hospedarme en Kemp Avenue, un local con tan mala fama en el pueblo, piscina, comedero, balneario canino y refugio para escritores.

Nota de la Autora

Ambas ramas de mi familia viven en North Adams, Massachusetts, desde hace varias generaciones; solíamos pasar por delante de la tumba de mi bisabuelo camino al supermercado. Aunque la ciudad natal de Ginny en ningún momento se menciona, muchos de los lugares que aparecen en la presente obra existen en North Adams: el Fish Pond (estanque de peces), el Mass MoCa (Museo de Arte Contemporáneo de Massachusetts), Angelina's Sub Shop (restaurante), los Perritos Calientes de Jack y el Teatro Mohawk, por nombrar sólo unos cuantos.

Dudé si mencionar abiertamente North Adams, pero al final decidí no hacerlo por dos razones. La primera es que, como el tiempo no se detiene, no quería crear una confusión debido a los cambios que se han producido en la ciudad entre el inicio del libro y su publicación. (Por ejemplo, la fábrica donde muere Danny, si bien está realmente delante de una fábrica de setas en conserva, ya no está en ruinas; ha sido transformada en *lofts*). Pero lo que es más importante, por motivos argumentales tuve que idear un departamento de policía local menos que poco competente, cuando no siento más que admiración por el verdadero Departamento de Policía de North Adams.

Molly's Bakery (Pastelería de Molly) es real, y a mi familia le gusta tanto que cuando falleció mi padre súbitamente, tuve la serenidad suficiente de encargar varias docenas de sus galletas rellenas de crema para el pisco labis tras el entierro. He utilizado el nombre de la pastelería con el amable permiso de los propietarios. Si alguna vez pasas por Eagle Street 27, un par de escaparates después de la vieja tienda de comestibles de mis abuelos, hazte un favor y compra pan de canela. Es tan fantástico en la vida real como en la ficción.

Prólogo

Estaba mirando fijamente por la ventana, observando el centelleo de las luces del trozo de Times Square que podía ver desde su apartamento, cuando sonó el teléfono. Sólo veía un ángulo diminuto, pero en Manhattan la vivienda estaba a un precio tal que era suficiente para que la desahuciaran.

El teléfono sonó una, dos, tres veces. Lo ignoró.

Ya no cogía más el teléfono. ¿Para qué? Siempre llamaba alguien para decirle que era una pésima policía y un ser humano peor aún.

Especialmente a las dos de la madrugada.

Oyó que el contestador automático se ponía en marcha. Sólo por cierto deseo perverso de autoflagelación no había tirado el aparato por su ventana de la quinta planta, ni siquiera le había quitado el sonido.

«Estás llamando a Virginia. No estoy en casa. Ya sabes lo que tienes que hacer».

«Beep».

«¿Ginny? *Ginny*. Ginny, ¿estás ahí? Soy Sonya. Contesta. *Por favor*. Por favor, contesta».

Miró fijamente la máquina. Era grande y cuadrada, un objeto que habría cambiado hace años si le importara algo. El altavoz hacía que la voz de Sonya pareciera metálica y débil incluso a pesar del tono histérico, pero Ginny la habría reconocido igualmente. Conocía a Sonya desde antes de que ninguna de las dos tuviera dientes.

«¿Hola? Ginny, soy yo. Tienes que estar en casa. *¡Por favor!*».

Ginny oyó que a Sonya se le quebraba la voz. Treinta años siendo más que hermanas le permitieron entenderlo. Sólo podía haber pasado una cosa, una cosa que pudiese hacer que esta mujer fuerte como una roca sonase tan abatida. Las siguientes tres palabras.

«Danny ha muerto».

Alargó el brazo y cogió el teléfono.

Capítulo 1

La Taconic Parkway es una autopista serpenteante, brontosáurica, anticuada y destartalada. Se construyó para conductores reposados que disfrutaran mirando el paisaje, no para el tráfico rápido; no tiene arcones, y sí un montón de ciervos suicidas. Es bastante peligrosa durante el día, pero por la noche o con mal tiempo puede ser más estresante que una avenida de Manhattan en hora punta.

Ginny recordó la última vez que condujo por la Taconic en dirección norte. También había muerto alguien entonces.

Eso fue hace diez años, y en pleno invierno. Conducía tan deprisa que patinó y casi se salió de la autopista, hasta que la paró un policía. Le dijo que se dirigía a casa para el funeral de su madre; él echó un vistazo a su placa del Departamento de Policía de Nueva York y a su rostro con huellas de lágrimas, y con un gesto le indicó que siguiera. «No corra tanto —le advirtió—. Poco podrá hacer por los demás si se mata».

Ahora, la oblicua luz del sol otoñal dibujaba pequeñas motas sobre el capó de su viejo Chrysler. Conducía dentro del límite de velocidad, en parte porque el coche no daba más de sí, pero sobre todo porque eso retrasaría el momento en que cruzara los márgenes de la ciudad y el viento se llevara su yo adulto como se lleva las crujientes hojas de otoño.

Llegó al principio de Main Street justo pasadas las 10 de la noche. Había salido de su apartamento antes del amanecer, tras una noche que incluía tres tragos de Crown Royal e insomnio.

Crown Royal. Había sido la bebida de su padre (probablemente aún lo fuese), y se había sentido ligeramente desconcertada al descubrir que a ella también le gustaba.

Subió por Main Street sin querer advertir los cambios, pero por deformación profesional no pudo evitar fijarse. El amplio Kmart, para cuya construcción habían sido demolidos una docena de edificios históricos allá por la década de 1960, lo habían cerrado. Alguien había tomado posesión de los viejos grandes almacenes de Robert, y había una nueva tienda de todo tipo de tarjetas donde estaba la farmacia Apothecary Hall. El teatro Mohawk, donde ella y Sonya habían visto las mal dobladas películas de Pipi Calzaslargas más de un sábado por la tarde, seguía cerrado.

Ascendió por la cuesta sin mirar hacia Eagle Street, a su izquierda. No creyó que pudiese soportar ver encaladas las ventanas de Molly's Bakery, donde se había comido un sinfín de galletas de medialuna, otras rellenas de crema y pastelitos de nueces.

Y donde había perdido la virginidad.

Sonya y su marido vivían casi en la cima de la colina, en la segunda planta de una casa de tres pisos en una calle sin salida. Sonya había crecido en ese piso, de modo que Ginny se había pasado allí media infancia, comiendo empanadillas de queso y coles rellenas, e inventando excusas para no irse a casa.

Se frotó la frente para intentar que se le fuera el dolor de cabeza que empezaba a formársele en la base del cráneo. Llevaba menos de un minuto en la ciudad y los recuerdos ya le venían a la mente.

Estacionó el Chrysler. Su amiga estaba en el porche, sentada en una destartada silla de jardín, esperando.

—Lo encontraron hace dos días. No, tres. He perdido la noción del tiempo. Fue en la gran fábrica que hay abajo, en Union Street; la que está delante de la fábrica de setas en conserva. No sabes cuál te digo, ¿verdad? Fue después de que te marcharas. Ahora hay una fábrica de setas en conserva. Variedades estrambóticas que envían a todas partes. Lo encontraron allí el jueves por la mañana. Llevaba tres días desaparecido. Desde el lunes. Le hice su comida y se fue a trabajar con Pete, y cumplió con su jornada y fichó al salir, pero ya no volvió a casa. Y entonces el martes no se presentó en el trabajo. Eso no es propio de él. Él es muy responsable. Tú sabes que lo es, ¿verdad, Gin? Es un chico muy responsable. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —respondió ella, y apretó con más fuerza la mano de Sonya. Habría contestado lo mismo si Sonya hubiese afirmado que Danny podía respirar bajo el agua.

—El miércoles empecé a volverme loca. Me acerqué a la comisaría, pero Rolly me dijo que simplemente estaría divirtiéndose por ahí. Dijo que no tenía sentido denunciar su desaparición, porque los jóvenes son jóvenes, y cuando Danny volviese a casa seguro que se enfadaría conmigo por armar un escándalo. Y yo le dije... le dije que Danny no desaparecería así como así dejando que yo me preocupara. Pero esa noche encontraron su camioneta aparcada en el Fish Pond. Y entonces el jueves.

Sonya lo dijo como si fuera una frase completa. Tenía los ojos abiertos pero secos; no estaba del todo presente. Ginny se preguntó si sería simplemente el *shock* o si alguien le habría dado una pastilla de Valium. Aun cuando alguien se la hubiese dado, dudaba que Sonya se la tomase.

—¿Quién lo encontró?

—Mary Benedetti. Ahora trabaja en una agencia inmobiliaria. Le estaba enseñando el edificio a unos cuantos artistas.

—¿Artistas?

Ginny no había querido interrumpirla, pero no pudo contenerse. Sonya no pareció notarlo.

—Encontraron a Danny tumbado en el suelo. Alguien lo golpeó hasta matarlo. Fue tan brutal que Rolly ni siquiera lo reconoció. Alguien que conocía a Danny de

toda la vida, y tuvo que identificarlo por sus registros dentales.

»Cuando me contaron lo sucedido, no me lo creí. Tenía que ser un error. Un accidente. Porque yo sabía que era imposible que algo así le ocurriese a Danny. Hay que *odiar* de verdad a alguien para hacerle eso. Y con Danny nunca se enfadaba nadie. Ya sabes que todo el mundo lo quería.

—Lo sé.

—Ni tan siquiera me dejaron verlo. Mi propio hijo. Dijeron que me trastornaría. Como si la cosa pudiese empeorar. Pero Pete estuvo de acuerdo con ellos. Vio a Danny, y luego dijo que quería que yo lo recordara como era. —Sonya clavó los ojos en la maceta de dragoncillos que había colgada en la barandilla del porche. Eran silvestres y habían crecido demasiado, los pétalos de las pocas flores que quedaban habían tomado un color castaño—. ¿Acaso creía que me olvidaría?

Ginny le apretó la mano con más fuerza.

—Él sólo intentaba protegerte.

Sonya agarró el brazo de su silla y dijo:

—Seguro.

—¿Y nadie tiene idea de lo que pasó? ¿Ninguno de los amigos de Danny?

—Rolly arrestó ayer a alguien.

La voz de Sonya sonó incluso más hueca que antes, cosa que Ginny no pensó que fuera posible. Intentó seguir hablando en voz baja y controlada. No era fácil. Desde la llamada telefónica de Sonya a las dos de la madrugada se había estado arrastrando, y los tres cafés que se había tomado en la gasolinera de poco le habían servido.

—¿Quieres decir que tiene a alguien bajo custodia?

—Sí. —Sonya escupió la palabra como si fuera una palabrota. Esta vez a Ginny no le hubiera hecho falta ser su amiga de toda la vida para entenderlo.

—No crees que sea el asesino.

—No. —Sonya miró a Ginny como si apenas percibiera su presencia. Entonces se levantó—. ¿Podemos pasear?

—¿Dónde está Pete?

—Trabajando.

—¿En domingo?

—Se le ha acumulado el trabajo —contestó Sonya—. Vamos.

—Antes tengo que hacer pipi.

Ginny entro en el piso a nivel de la calle, la puerta enmallada se cerró de golpe a sus espaldas. El simple olor del lugar la hizo sentir de nuevo como si tuviera 10 años, la combinación de cebollas fritas, humo de cigarrillo y el perfume Jean Naté que décadas atrás había impregnado las paredes. Sonya y su marido habían actualizado la decoración y cambiado el papel de la pared de la cocina, pero el cuarto de baño seguía igual, lavamanos de color verde aceituna, suelo de linóleo amarillento y

paredes con motivos de margaritas. En los días calurosos de verano, antes de que fueran suficientemente mayores como para ir al Fish Pond, la madre de Sonya las metía en traje de baño en esa bañera y las remojaba con la manguera.

Sonrió al recordarlo, luego borró la sonrisa de su rostro antes de salir y encontrarse a Sonya de pie exactamente donde la había dejado.

—¿Adónde quieres ir?

Sonya se encogió de hombros.

—Me da igual.

—¿Al cole?

Su amiga asintió, y empezaron a recorrer el camino que Sonya había cogido cada mañana desde el parvulario hasta el quinto curso. Sonya estuvo callada mientras ascendían por la cuesta, pasaban por delante del campo donde jugaban los equipos infantiles, y cruzaban la pequeña parcela boscosa y abandonada. Rodearon la parte posterior del bajo edificio de ladrillos y pasaron por delante de las ventanas de la clase cubiertas de linternas hechas con calabazas de cartulina. Un montón de pavos pintados a mano indicaban que algún profesor emprendedor ya había empezado a festejar el Día de Acción de Gracias.

Detrás de la escuela estaba la zona de recreo Shangri La para los párvulos, una inmensa y enmarañada estructura de hierro forjado con forma de locomotora, universalmente conocida como el tren chu-chú. Sonya trepó por el lateral y se encaramó en una de las barras superiores, después señaló el contorno de hierro de una chimenea.

—¿Te acuerdas de cómo discutía todo el mundo para ver quién se ponía ahí?

—Me cuesta creer que alguna vez fuimos lo bastante pequeñas para caber dentro.

Sonya asintió, repasando con la vista su propio cuerpo como si fuese el de una desconocida; había engordado sus buenos catorce kilos desde que Ginny la vio por última vez, y todo parecía habersele acumulado en la cintura. Al cabo de un minuto dijo:

—A Danny le encantaba jugar aquí.

—¿Sí?

—Solía trepar hasta arriba y colgarse de las corvas boca abajo. Me pegaba unos sustos de muerte. —Miró fijamente al espacio vacío delimitado por el grueso metal negro, viendo al niño pequeño que había crecido hasta convertirse en adolescente, pero que ya nunca seguiría creciendo para convertirse en nada más.

—Sonya, cariño, dime, por favor, qué es lo que ha pasado. ¿A quién ha arrestado Rolly?

Sonya inspiró profundamente y se volvió a ella.

—A Jack O'Brien.

—¿A quién?

—Ya sabes, a Jack el Saltimbanqui.

—¿Te refieres a ese loco que solía vagabundear calle abajo? ¿Aún anda por aquí?

—¿Adónde querías que se fuera?

Habían pasado casi quince años, pero Ginny todavía podía verlo: pelo grasiento, barba sucia y abrigo del ejército aún más sucio. Un chico de la ciudad que había regresado de la guerra condecorado con una estrella de bronce y un grave caso de temblores, el clásico estereotipo del veterano de Vietnam destrozado. Acostumbraba a hacer gimnasia en la calle hiciese el tiempo que hiciese; de ahí el apodo.

—¿Y Rolly cree que él mató a Danny? ¿Por qué?

—Encontraron la cartera de Danny en su bolsillo.

—¿Eso es todo?

Sonya soltó una carcajada llena de tristeza.

—Eso fue bastante.

—Pero tú no crees que lo hiciera él.

—Es absurdo.

Ginny se encaramó a la locomotora y se sentó junto a ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Jack está loco, pero no le haría daño a nadie. Y mucho menos a Danny.

—¿Se conocían?

—Todo el mundo se conoce. Ya lo sabes.

—Supongo que he estado fuera más tiempo del que me imaginaba.

Sonya se mordió el labio.

—Llevas fuera una eternidad —comentó.

—Ahora estoy aquí. Puedo quedarme todo el tiempo que quieras.

—¿No tienes que trabajar?

—No.

Sonya parpadeó. Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Gracias —dijo con un profundo suspiro.

—Haré cualquier cosa que necesites. Te ayudaré con la casa, me ocuparé de los preparativos. Lo que sea. O si te apetece irte, podríamos...

—Sólo quiero una cosa.

—Dime.

Sonya la agarró de la mano.

—Quiero que vuelva mi hijo.

Capítulo 2

El Taller. Así es como solían llamarla los trabajadores en la época en que la fábrica textil Northern Berkshire era un negocio pujante. Los ancianos seguían refiriéndose a ella de esa manera, aunque la jerga estaba desapareciendo deprisa; sólo unos pocos cientos de personas aún entendían que «bajar al taller» significaba «ir a trabajar»; y cada semana eran más las que se instalaban en el Cementerio Southview.

Pero en sus años de apogeo la fábrica había dado empleo a miles de personas, en su mayoría mujeres jóvenes que habían emigrado de Quebec en busca de trabajo. Habían transformado el algodón y la lana en telas; nada lujoso, sólo tejidos resistentes que a nadie le daba vergüenza comprar. En el edificio rebosaba la actividad, tres turnos generadores de chismorreo y comidas frugales; las telas que allí se producían habían sido expedidas por el ferrocarril que atravesaba el Túnel Hoosac y vendidas en todo el mundo. Ahora no era más que otro gigantesco y rígido armazón de ladrillo junto al río Hoosic, cerrado con candado para evitar que los adolescentes lo usaran para echar un polvo.

Ese candado no había sido ni mucho menos tan eficaz como esas chicas francocanadienses; bastó que algún joven lo golpeará con un ladrillo para romperse. La escena que recibió a Ginny aquel domingo por la tarde confirmaba las juergas que debían de haberse vivido esa noche y las mil siguientes: cascos rotos de cerveza, colillas, condones usados, velas, bolsas de McDonald's, un viejo radio-casete pintado de color rojo con un spray. Las enormes ventanas de múltiples paneles acristalados llevaban mucho tiempo rotas, pero unas finas mallas de alambre habían mantenido los fragmentos de cristal en su sitio. Sin aire fresco durante más de un siglo, el amplio edificio olía a orina, disolventes y antigüedad.

Era un sitio horrible para morir. Ginny aún no acababa de creerse que la vida de Danny se hubiese terminado allí a los 19, o incluso que se hubiese terminado del todo; casi esperaba que apareciese en el umbral de la puerta de Sonya con una caja de *donuts* y una excusa simplona. Pero las pruebas estaban ahí, en la tercera planta, en la esquina del fondo: un gran charco de sangre, y marcas de salpicaduras en las paredes y en el suelo. «La gente no acaba de entender lo mucho que llegan a sangrar las heridas en la cabeza», pensó, y pese a que había visto ya un montón, aún tenían el poder de revolverle las tripas.

No se había encontrado ninguna arma. Si el asesino había usado una, se la habría llevado consigo, o quizá simplemente la habría lanzado al río. Se preguntó si Rolly les habría ordenado a sus hombres que escudriñaran el área, y decidió que no importaba; es probable que todo hubiese consistido en que una agente de tráfico diera

una vuelta por el aparcamiento invadido de malas hierbas. Tenía que echarle un vistazo al informe de la autopsia: hasta un médico de una ciudad pequeña no habituado a los crímenes violentos debería ser capaz de saber si Danny había sido golpeado con un arma o con el puño.

Pero incluso sin ver el informe, Ginny intuyó que Sonya estaba en lo cierto. El ataque contra Danny había sido brutal. Había visto suficientes escenas de crímenes (y suficientes peleas de bar) para saber que para que hubiese tantas salpicaduras de sangre, Danny tenía que haber sido golpeado un sinfín de veces. Debió de caerse al suelo, pero el ataque no se detuvo ahí. Ginny visualizó al asesino cerniéndose sobre él, golpeándole la cabeza contra el suelo, dándole un golpe tras otro después de que Danny hubiese dejado de intentar protegerse.

Sonya había dicho que hay que odiar de verdad a alguien para hacerle algo así, pero Ginny sabía por experiencia que eso no era necesariamente cierto. Si algo había aprendido tras once años en el Departamento de Policía de Nueva York era que los seres humanos podían hacerse unos a otros tanto daño llevados por el amor o la avaricia, o incluso por el puro aburrimiento.

Sacudió la cabeza, arrugando la nariz por el hedor. A los olores subyacentes de la fábrica se había sumado la fetidez espesa y metálica de la sangre y el rancio olor a vómito. Este último era suficientemente fresco como para que Ginny se preguntase si una de las personas que había encontrado el cadáver había devuelto la comida al verlo. Conociendo al Departamento de Policía Local, bien podía haber sido uno de los agentes.

—¿Qué hace usted aquí?

Ginny se volvió rápidamente al oír la voz; su instinto y sus nervios extenuados hicieron que buscara su inexistente revólver de servicio.

Mejor que no fuese armada, porque podría haber matado a un hombre de sesenta y pico años vestido con zapatillas de deporte y chándal; color rojo, talla extra grande. Llevaba una fregona y un cubo; Ginny pudo oler la lejía desde diez metros de distancia.

—Disculpe —le espetó el otro—, le he preguntado qué hace aquí. No será usted esa periodista de Pittsfield, ¿verdad? Porque en ese caso está usted infringiendo la ley y me verá obligado a llamar a la policía.

Ginny reconoció al hombre, pero con dificultad; habían pasado quince años y él había engordado 35 kilos desde la última vez que lo vio.

—¿Señor DiNapoli? Soy yo. Ginny Lavoie. La hija de Mireille.

El hombre entornó los ojos, después dejó el cubo en el suelo.

—¿Ginny?

—Sí.

—Tenías una caligrafía terrible.

—Aún la tengo.

Ella avanzó hasta él y le dio un corto abrazo; al parecer su espalda era casi tan gorda como su barriga.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él—. Creí que te habías trasladado a... —entornó un poco más los ojos— Dakota del Norte.

—Nueva York. Vine a casa en cuanto supe lo de Danny.

El hombre cabeceó, la barbilla y la papada le temblaron.

—¡Menudo horror! Mi hija Mary casi se desmayó al verlo. Así que ahora me toca limpiarlo a mí. Le prometí hacerlo lo mejor que pudiera. Mañana tiene que volver a enseñar este sitio.

—No puede hacer eso.

Él la miró con desdén. Cuando un hombre ha sido tu profesor de inglés en el instituto, cayó en la cuenta, pierdes el derecho a decirle lo que tiene que hacer durante el resto de tu vida.

—Lo lamento, señor Di, pero de verdad que no puede hacerlo. Esta es la escena de un crimen.

—Todo se ha aclarado —repuso él—. Rolly ha encerrado a O'Brien. No está bien de la cabeza. Seguramente ni siquiera sabía lo que hacía. Supongo que no te habrás enterado.

—Sí, pero...

—Así que como está todo aclarado, Rolly me dijo que podía limpiar esto para que Mary pueda mañana enseñar el lugar a esos forasteros. Realmente necesita la comisión. Al pequeño Mickey le han puesto ortodoncia para corregir la sobremordida que tiene.

—Pero... ¿no tendría que limpiar primero toda la basura que hay abajo? ¿Los cascotes de botellas y todo?

—Por lo visto eso no les molesta a esos tipos. Lo consideran... —trató de encontrar la palabra que había usado su hija— parte del ambiente. Pero la sangre la tengo que limpiar.

Ginny intuyó que de nada servía discutir con él. Pensó en mostrarle su placa del Departamento de Policía de Nueva York, pero recordó que actualmente estaba en manos de Asuntos Internos.

—Oiga, ¿puede por lo menos dejarme hacer unas cuantas fotos?

Él puso cara de asco.

—¿Qué eres, una especie de perversa? —le preguntó.

—No. Pertenezco a la policía de Nueva York. Soy detective. Simplemente quiero asegurarme de que todo se hace correctamente.

—A ver si lo entiendo —replicó él—. ¿Tú eres agente de policía?

Ginny asintió.

Él se rascó la cabeza.

—¿Qué le está pasando a este mundo? —inquirió.

Sintiéndose ligeramente ridícula, hizo cuanto pudo para preservar las pruebas: un Grupo de Investigación Criminal formado por una persona y sin preparación. Tomó notas, dibujó un gráfico, hizo dos carretes de fotos con la cámara de Sonya. Por último raspó fragmentos de sangre y vómito del suelo y los introdujo en sobres herméticos etiquetados en función de su ubicación. Si la pelea había sido tan violenta como parecía, quizás hubiera en el suelo, junto con la sangre de Danny, un poco de sangre del asesino. Ignoraba cómo iba a procesarla para determinar el grupo sanguíneo (y ni pensar en el ADN), y ciertamente la cadena de pruebas se había ido al carajo. Pero de una cosa estaba segura: en cuanto el señor DiNapoli y su fregona entraran en acción, ya no habría nada que hacer.

Se fue a la tienda de fotos que había al lado de Main Street para hacer revelar los carretes, y se encontró con que había sido sustituida por un salón de belleza, la clase de negocio que, al parecer, siempre funcionaba en su ciudad natal, incluso en los tiempos más difíciles. Había visto una nueva tienda de la cadena CVS cerca del supermercado (por lo visto habían tirado la antigua residencia de las monjas para construirla) y llevó allí los carretes.

Mientras esperaba en la cola frente al mostrador de las fotos se le empezó a ocurrir una idea; las probabilidades de éxito eran escasas, pero valía la pena intentarlo. Volvió hasta su coche y dividió por la mitad las muestras de la escena del crimen. A continuación llevó una de las dos partes a la oficina de correos y la introdujo en un sobre de correo para entregar al día siguiente, junto con una nota cargada de disculpas y modestia. Le puso un sello, besó el sobre de cartón para que le diera suerte y lo metió por la ranura.

Estaba a la vuelta de la esquina de Eagle Street, a una manzana de Molly's Bakery. La fuerza de los recuerdos era irresistible. Fuese o no autodestructivo, tenía que intentar asomarse por los cartones que cubrían las ventanas para quizá poder vislumbrar un expositor vacío; eso en el caso de que el mobiliario no hubiese sido subastado. Comenzó a andar calle abajo.

La pastelería estaba abierta. Ginny sacudió la cabeza, preguntándose si estaría en tierra de nadie.

La puerta principal estaba entreabierta, la ventana repleta de pasteles de cumpleaños y esponjosas rebanadas de pan blanco. Permaneció de pie tanto rato que sus ojos dejaron de centrarse en el surtido de productos y vio su propio reflejo en el cristal; no su yo adulto, sino a la Ginny de seis, doce o diecisiete años.

Sin quererlo realmente, abrió la deteriorada puerta enmallada y entró. Una campanilla sonó sobre su cabeza. El aire era denso debido al azúcar glas y la canela, que acentuaban los aromas nítidos de la harina y las cajas de papel y hasta una pizca

de limón.

Había leído en alguna parte que el olfato es el sentido más íntimamente ligado a la memoria, y entendió por qué: en cualquier parte de su ciudad natal un aroma distinto se iba directamente a su tronco encefálico. Éste era el más poderoso de todos; el aroma del lugar le resultaba tan familiar, evocaba en ella tantos recuerdos felices que las lágrimas se asomaron a sus ojos.

No daba crédito. Molly's estaba exactamente como lo recordaba, incluso con las galletas con una cara sonriente dibujada y la antigua caja registradora.

—¿Hola? —saludó Ginny—. ¿Está abierto?

Notó que se le quebraba la voz. Quienquiera que hubiese tomado las riendas de la tienda pensaría que era una enferma mental que se había escapado del psiquiátrico; una enferma con antojo de bocaditos de crema y pastelitos de doble chocolate.

—Enseguida estoy con usted.

La voz procedía de la trastienda. La reconoció al instante, pero estaba demasiado perpleja para moverse; para que luego dijeran que sus reflejos policiales felinos eran de lo mejor de Nueva York.

Un hombre salió de la trastienda vestido con una camiseta blanca y una gorra de béisbol. Había cambiado con los años, pero muy poco.

—¿Qué desea...? ¿Ginny?

Él la miró boquiabierto. Ella lo miró boquiabierta, sin tener ni idea de qué hacer o decir.

Aunque difícilmente podía culparse a sí misma. Al fin y al cabo, no todos los días una niña tropieza con una tienda llena de sus postres favoritos y el único hombre al que ha amado en su vida.

Capítulo 3

Algunas ciudades tienen una iglesia católica; la de Ginny tenía cuatro. Todas con sus respectivos nombres de santos, aunque se las conocía por el origen étnico de los inmigrantes que las habían fundado: italiana, irlandesa, inglesa, francesa. Pero el funeral por Danny se celebraría en la ciudad de al lado, porque era ahí donde estaba la iglesia polaca.

Al principio, el padre LeGrand (que también era responsable de otras dos parroquias) había dicho que los lunes no oficiaba funerales allí, que Danny tendría que ser enterrado en St. Anthony.

Sonya insistió, sin lágrimas y sin ceder lo más mínimo. Era en St. Stanislaus donde Danny había sido bautizado, asistido a catequesis y servido de monaguillo, dijo. Era allí, y sólo allí, desde donde devolvería a su hijo a Dios.

El cura rehusó lamentándolo mucho. Ella le recordó que su familia había rendido culto en esa iglesia desde hacía cuatro generaciones (y que la empresa constructora de su marido estaba renovando la rectoría a precio de coste).

De modo que el maltrecho y joven cuerpo de Danny yació en un ataúd debajo de las vidrieras de intensos colores de St. Stan, la inmensa iglesia a rebosar de gente de pie. Sonya se sentó entre Ginny y Pete; exteriormente tranquila, con el cuerpo y el alma entumecidos por el dolor. Su serenidad contrastaba con los aullidos histéricos de la joven que había en el otro extremo del banco: una rubia menuda llamada Monique, campeona estatal de «animadoras» y novia de bachillerato de Danny. Al otro lado del pasillo, incómodos y poco habituados a llevar americana y corbata, había seis adolescentes portadores del féretro.

Un coro de alumnos de bachillerato cantó una de las canciones pop favoritas de Danny; una feligresa cantó el «Ave María». El padre LeGrand habló del buen carácter de Danny, de su fuerte ética laboral y de sus diversas aficiones: lanzador de béisbol, integrante de una banda musical, actor secundario en *West Side Story*. Los creyentes comulgaron.

El oficio duró una hora, pero Ginny tuvo la sensación de que terminaba tan rápido que debía de haber habido alguna clase de error. La iglesia era una imagen borrosa de rostros conocidos, cientos de personas con las que había crecido pero a las que no había visto desde hacía quince años. «Ginny Lavoie, ésta es tu vida».

Danny Markowicz, ésta es tu muerte.

Fue hasta el cementerio en la limusina que seguía al coche fúnebre; Sonya le apretaba la mano con tanta fuerza que le hacía daño. Viajaban cinco personas en los asientos posteriores del lustroso coche negro: Ginny, Sonya, Pete y los padres de

Pete.

—La asistencia ha sido considerable —dijo la madre de Pete, aunque nadie más tenía ganas de conversar—. Había mucha gente. Incluso más que cuando murió el alcalde LeClair, ¿os lo podéis creer? Espero que haya suficiente comida para todos.

Dio la impresión de que esperaba una respuesta, así que Ginny dijo:

—Hay un montón de comida.

—Ha sido un bonito detalle que vinieran. Pero por lo menos podrían tener la decencia de vestirse. No digo que se pongan americana y corbata, que naturalmente deberían llevar. Pero ¿tejanos? ¿Es apropiado ir vestido así a una iglesia hoy en día? —Esperó a que alguien compartiera su indignación. Nadie lo hizo—. Pete y, ¿quiénes eran esos dos jóvenes? Los que iban de negro. Al fondo de la iglesia.

Pete continuó mirando por la ventanilla. El director del funeral había empezado a organizar el estacionamiento en fila de los vehículos, pero con tantos asistentes tardarían un rato en avanzar.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —repuso Pete.

Su madre se mordió los labios.

—Pues no comprendo que no los hayas visto. Dos chicos jóvenes, de aspecto pálido y pelo de color extraño. Forasteros.

Sonya se aclaró la garganta.

—Son amigos de Danny. Creo que acababa de conocerlos. Son dos chicos de Nueva York.

—¿De Nueva York? —inquirió la madre de Pete—. ¡Yo hubiese dicho que venían de Marte! —Al ver que los demás todavía no reaccionaban, su tendencia natural fue seguir hablando—. Naturalmente —continuó—, toda la ciudad está plagada de esa gente. Dentro de poco nos superarán en número. —Aún nada—. Es que, sencillamente, son tan *agresivos*. Y desconocen el valor del dinero. Harán cola para comprarse esos apartamentos del lago, y los que de verdad vivimos aquí no podremos permitirnos...

Al fin Pete tuvo suficiente.

—¡Por Dios, mamá! —exclamó—. ¿Puedes parar? —Entonces el cortejo avanzó e hicieron el recorrido hasta el cementerio en silencio.

Ginny había estado una vez en un funeral judío, y nunca olvidó el sonido de la tierra al golpear la sencilla caja de pino, la irrevocabilidad de ese espantoso sonido sordo; estaba agradecida de que su gente no lo hiciera así. Sonya, Pete y ella se marcharon cuando el ataúd, sobre un marco metálico brillante, aún estaba suspendido sobre la tierra; una modesta alfombra verde cubría la tumba abierta. Para cuando enterraran a Danny, los asistentes estarían comiendo mini bocadillos en la sala aneja de la parroquia.

La inmensa sala podría dar cabida a 500 personas una noche de bingo. Ahora

estaba repleta de asistentes, cuyo dolor sincero por la muerte de Danny no les impedía llenar sus platos hasta arriba de rollitos de jamón y ensalada con gelatina. Ginny había intentado convencer a Sonya de que comiese algo (desde que llegara a su casa lo único que le había visto tomar era café), pero no sirvió de nada. Sonya se había limitado a sonreír con tristeza. «Por fin, una dieta que funciona», le dijo.

Tras dos horas de recepción, sin final a la vista, Ginny rodeó las mesas cubiertas con manteles de papel y salió a respirar aire. Un grupo de gente fumaba junto a la puerta, y aunque a ella no le hubiese ido mal un cigarrillo, no le pareció decente gorronearle uno a la mujer que solía liderar su tropa de niñas exploradoras.

—Virginie.

Su nombre fue pronunciado con correcto acento quebequés, con una voz tan similar a la de su padre que dio un respingo. No importaba que la dueña de esa voz fuese mujer; su tía Lisette siempre tuvo la voz más grave del coro femenino, y después de pasarse cincuenta años fumando Winston, sus palabras eran ásperas como el cemento. De no tener Ginny pudor alguno, podría gorronearle a ella un cigarrillo: seguro que tía Lisette tenía.

A sus 66 años hacía honor al dicho de «Quien tuvo retuvo». Alta y de facciones fuertes, siempre había parecido la personificación de la palabra «guapo». Era la hermana mayor del padre de Ginny, le sacaba diez años, y entre ambos sólo había habido abortos, y jamás en toda su vida se le había pasado por la cabeza que su hermano pequeño no fuera un santo.

Siempre había pensado lo mismo de la única hija de éste; eso fue así hasta que Ginny tuvo la desfachatez de desaprobando su segundo matrimonio. Aun así, la familia era la familia; Lisette rodeó con sus musculosos brazos a Ginny, que corrió el peligro de morir asfixiada contra sus grandes pechos. Cuando su tía la soltó al fin, se inclinó y le plantó un beso en la frente, que le dejó una señal de color rojo subido.

—¿Por qué no me has llamado?

Lisette le habló en francés. Ginny respondió en inglés, lo cual hizo que su tía, molesta, frunciere esos labios rojo pasión.

—He llegado hace apenas dos días —contestó Ginny.

Su expresión indicaba que eso no era una excusa; le lanzó preguntas como balas de cañón quebequesas.

—Bueno, ¿cómo estás? ¿Por qué no has dado señales de vida? ¿Cómo vamos a saber si estás viva o muerta? ¿Por qué sólo vienes para los funerales? ¿Y por qué no has llamado a tu padre?

Ginny abrió la boca para responder (no sabía con certeza a cuál de las preguntas), pero el formidable cerebro de su tía ya había pasado al tema siguiente.

—¿Dónde te hospedas? No me digas que estás en el Holiday Inn.

—En casa de Sonya.

—¡Eso es absurdo! Te quedarás conmigo y con Roger. Todos los hijos se han ido de casa y tenemos espacio de sobra.

—Te lo agradezco mucho —dijo Ginny—. Pero Sonya necesita que esté con ella. Estoy segura de que podrás entenderlo. —Había pasado al francés sin siquiera darse cuenta; era sorprendente la facilidad con que lo recordaba.

Lisette pensó en ello y, al parecer, no pudo dar con un argumento en contra apropiado.

—Vendrás a cenar el domingo —anunció, y luego le dio a Ginny otro abrazo y otro beso, y se alejó al volante de su Lincoln Continental.

Ginny quería un cigarrillo incluso más que antes. Sin embargo, no surgió ninguna nueva oportunidad, de modo que anduvo hasta la puerta de al lado, hasta la escuela de St. Stan, un edificio dickensiano prácticamente idéntico a aquel donde ella había asistido a clases de catequesis (que había odiado, donde había discutido sobre el control de la natalidad con los profesores enfurecidos, y que dejó antes de la confirmación). La puerta estaba cerrada y, por ella, podía quedarse así.

—¿Por qué saliste corriendo ayer?

Ginny se volvió y ahí estaba él: Jimmy Griffin, vestido con americana y corbata, y sosteniendo una gran bandeja de plástico espolvoreada con azúcar glas blanco y trocitos de chocolate. ¿A ver si tendría que cubrirse la cabeza con una bolsa para moverse por la ciudad?

—Te he hecho una pregunta —continuó él—. Por mucho que me lo imagine, lo mínimo que podrías hacer es contestarme.

—Jimmy, yo...

—O tal vez no creas que me debes nada. Quiero decir que ¿por qué ibas a deberme nada? Lo único que hiciste fue huir y no volver a hablar jamás conmigo. ¡Oh, sí! Y matar a mi bebé.

Apretando los dientes, ella repuso:

—Fue un aborto, que no es lo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no entras ahí —dijo él señalando hacia la iglesia— y le preguntas a Dios qué piensa *Él*?

—Jimmy, por favor. La gente nos está mirando.

—Por supuesto que nos miran —siguió él, ofreciendo un gesto desenvuelto a los fumadores reunidos delante de la puerta—. La hija pródiga ha vuelto.

—¡Santo Dios, Jimmy! Estamos en el funeral por Danny. ¿No crees que deberías ser un poco más respetuoso? —La mandíbula de él se tensó. Ginny lo había amilanado, y él lo sabía—. Mira —le dijo ella—, siento haber salido corriendo ayer. La verdad es que ni siquiera esperaba encontrarme la tienda abierta. Y mucho menos que tú estuvieras allí. Digamos que me quedé en estado de *shock*.

—Sí, bueno, ya somos dos.

Ginny insinuó una ligera sonrisa.

—Probablemente pensaste que ibas a vender un par de medialunas, y ahí estaba yo.

—Un capítulo del pasado.

—Pensé que quizá ni me reconocerías después de todo este tiempo.

—Difícilmente —concedió Jimmy. Añadió—: Te has cortado el pelo.

Ginny señaló sus cortos rizos castaños. En la escuela había llevado el pelo liso y largo hasta media espalda.

—Hace diez años.

—Te queda bien.

La gente había empezado a pasar junto a ellos, los asistentes al fin se dirigían a sus coches.

—Tengo que irme —comentó Ginny—. Sonya acabará agotada con tantas despedidas.

Él pasó la bandeja azucarada a su mano izquierda y alargó la derecha.

—Que tengas un buen viaje de vuelta a la Ciudad de Nueva York.

Ella le ofreció la mano; fue una sensación extraña. Por aquel entonces, ambos habían hecho un montón de cosas con sus cuerpos, pero estrecharse la mano no era una de ellas.

—Había olvidado que aquí todo el mundo la llama así —dijo Ginny—. Ciudad de Nueva York. En la ciudad la gente simplemente dice «la ciudad».

—Seguramente porque tienen demasiada prisa para agregar «Nueva York».

—Exacto.

—Bueno, que tengas un buen viaje igualmente.

—De hecho me quedaré una temporada por aquí —anunció ella—. Sonya me necesita.

—Eso te honra. Quiero decir que estoy convencido de que tienes una vida importante allí. —Ella le lanzó una mirada—. Hablo en serio. No estaba intentando hacerme el listillo.

—De acuerdo —dijo ella. Y añadió—: Cuídate.

—Tú también.

—Y estaría bien que te quitaras el pintalabios de la cara.

Ginny entró de nuevo en la sala de la iglesia, a tiempo de ver a dos hombrecillos vestidos de negro alejándose de la mesa donde Sonya seguía sentada, con el plato de comida que no había probado congelándose frente a ella. Pete estaba en la otra esquina, rodeado por unos hombres fornidos que supuso eran empleados de su cuadrilla de construcción, cada uno de ellos con una botella de cerveza Budweiser y una expresión sombría.

—¿Quiénes eran?

Sonya tardó un minuto en comprender la pregunta.

—Los nuevos amigos de Danny. Esos chicos de Nueva York. Se han acercado a darme el pésame.

—¿Te han dicho cómo se llaman?

—No lo recuerdo.

Ginny se deshizo del plato de Sonya y le dijo:

—Hay que llevarte a casa.

—Debería quedarme hasta que todo el mundo se haya marchado.

—¡De eso nada! Tienes cara de estar a punto de desmayarte.

—Estoy bien. Debería...

Ginny agarró a Sonya de la mano y tiró de ella para que se levantara. Le hizo un ademán a Pete, un hombre robusto de cabello ralo y cintura cada vez más ancha. Éste apuró su cerveza y las siguió. Estaban a medio camino de la puerta cuando Sonya se detuvo.

—¿Dónde está esa fotografía? La ampliación grande de Danny que estaba en el altar; no quiero perderla.

—Seguro que la habrá cogido alguien —contestó Ginny mientras la empujaba suavemente hacia la furgoneta de Pete—. Si no, vendré yo a buscarla mañana.

Sonya estuvo un minuto en silencio, luego dijo:

—Era tan guapo. A veces me hacía ilusiones pensando que tenía mis ojos.

—Quizá los tuviera. Hoy he oído a la gente decir lo mucho que se parecía a ti.

—Sólo trataban de ser amables —repuso Sonya—. O quizá se hayan olvidado después de tantos años. Algunas veces yo también lo olvido. ¿No te parece una locura?

—No.

—Yo lo crié —explicó Sonya—. Lo amé. Ahora que se ha ido, es como si una parte de mí también hubiera muerto. —Se paró en medio del aparcamiento y miró a su amiga—. Danny ha sido el único hijo que he tenido —dijo, y añadió—: y ni siquiera era mío.

Capítulo 4

De pequeña Sonya siempre había sido la clase de niña con la que una hubiera deseado casar a su hijo. Pero una deseaba que su hijo se mantuviera apartado de su hermana Paula, por miedo a que contrajera una enfermedad.

Promiscua, mala estudiante y experta manipuladora, Paula había sido la pesadilla de cualquier madre. El hecho de que hubiese sido despampanante desde el día que nació no hizo sino facilitar que cometiera un asesinato y saliera impune. En realidad, su padre, hasta el día de su muerte, la culpó de la muerte prematura de su mujer. Siempre dijo que Paula solamente había hecho dos cosas buenas en toda su vida: dar a luz a Danny y huir de la ciudad.

Cuando se marchó tenía 19 años; Danny, uno. Le había pedido a Sonya que cuidase del bebé una noche y jamás lo fue a buscar. Sonya tenía 15 años, ya era novia de Pete, pero se reservaba para el matrimonio. Los días en que pese a su candidez afloraba su humor negro, Sonya bromeaba diciendo que Danny y Jesús tenían algo en común, porque ella se había convertido en su madre siendo aún virgen.

Ginny se rió al recordarlo; el sudor descendía por su nuca mientras daba vueltas a la pista de carreras de la escuela de secundaria. Para alguien que intentaba huir de su pasado, se estaba comportando de forma perversa regresando a su escuela, escenario de tantos crímenes de adolescentes.

Iba por el quinto kilómetro, estaba relajada, con la sensación de que podría correr durante una eternidad. La pista de la escuela de secundaria no era como la que bordeaba el estanque de Central Park, pero tenía la ventaja de recordarle que estaba estupendamente en forma: a los 34 podía correr más rápido y más rato que cuando era adolescente.

Continuó corriendo a pesar de la llovizna, sin dejar de pensar en Sonya; en su predisposición a hacerse responsable de Danny, un niño cuya madre había huido y cuyo padre era una casilla en blanco en su partida de nacimiento.

Sonya podría haberlo dejado con sus padres, podría haberse ido a la universidad y haber hecho su vida al igual que Ginny, pero no lo hizo. Asistió a unas cuantas clases en el Centro Universitario estatal más cercano, se casó con Pete y cuidó de su casa modestamente decorada. Después decidió esperar a que llegaran los hermanos y hermanas de Danny, y cuando esperar no funcionó, probó rezando. Pero el bebé que tanto anhelaba nunca vino, y la Iglesia no permitía la fecundación *in vitro*.

«Danny ha sido el único hijo que he tenido, y ni siquiera era mío».

Pobre Sonya.

—Lavoie, ¿cuántas veces tengo que decirte que levantes las rodillas? ¿Estás

dando vueltas a la pista o huyendo de un ladrón?

Se volvió y vio a un hombre de cuarenta y tantos años, delgado, con una gorra de los Boston Bruins ajustada para protegerse de la llovizna.

—¿Entrenador Hank? ¡Oh, Dios mío!

—Te vi en el funeral —dijo él—. ¡Menudo drama! ¿Cómo está Sonya?

—Nada bien.

—Naturalmente. ¡Qué estupidez de pregunta! ¿Y qué tal estás tú?

—Nada mal.

—¡Vaya, veo que aún sabes como correr en una pista! Claro que supongo que por tu trabajo tendrás que mantenerte en forma. De lo contrario... —Simuló una pistola con los dedos pulgar e índice y la disparó.

—Eso pasa sobre todo en las películas.

—No, tu padre me enseñó una foto de esa condecoración que te dieron nada más salir de la academia. Valentía durante el cumplimiento del deber, dijo. Estaba realmente orgulloso de ti. ¿Qué tal le va en Florida?

—Muy bien —contestó ella, aunque era sólo una suposición. Ginny no había hablado con su padre desde el funeral por su madre.

—¿Piensas quedarte una temporada? Si todavía estás aquí, deberías venir al partido del viernes por la noche. El *quarterback* tiene la posibilidad de fichar por un equipo de la liga profesional. —Le estaba sonriendo, y aunque habían pasado casi veinte años, estaba convencida de que las alumnas de secundaria aún lo llamaban a sus espaldas «Hank, tío bueno».

—Lo intentaré. En realidad, estaba deseando hablar con usted.

—No me digas.

—Es sobre Danny. Le he prometido a Sonya que procuraría averiguar lo que le pasó.

Sus pobladas cejas se fruncieron.

—Creía que Rolly había arrestado a Jack el Saltimbanqui.

—Sí, pero Sonya no cree que lo hiciera él.

—No me digas —repitió él—. ¿Y qué puedo hacer por ti?

—No lo sé. Voy a hablar con las personas que lo conocían. Y como usted era su entrenador...

—Espera un segundo. ¿Estás diciendo que esto no ha sido una cosa accidental?

La lluvia caía con más fuerza. Ginny se cubrió la cabeza con la capucha de su sudadera.

—No sé lo que ha sido —contestó—, pero cuando matan a alguien, lo más probable es que no lo haya hecho un desconocido. Así que, principio número uno: hay que conocer a la víctima.

El entrenador cabeceó; las gotas de lluvia rebotaban en la visera de su gorra.

—Me cuesta creer que cualquiera que conociera a Danny quisiese hacerle daño.

—A mí también —convino ella, observando un tren de mercancías que pasaba por detrás de la valla del fondo de la pista—. A mí también.

Ginny jamás olvidaría la primera vez que visitó la comisaría local. Tenía siete años, y su tropa de niñas exploradoras dedicó un sábado a conocer los entresijos de los, casi indiscutiblemente, cuatro lugares más interesantes de la ciudad: la comisaría, el parque de bomberos, los Perritos Calientes de Jack y los Donuts de Neville. La mayoría de las otras niñas quedaron embelesadas con la freidora o la máquina que metía el relleno en los *donuts* de crema Boston; unas cuantas suplicaron que las dejaran bajar por el brillante palo de bomberos o que les permitieran subir al impresionante coche rojo.

Al llegar a la comisaría, sólo a Ginny se le hizo corta la visita. Fue ella la que levantó la mano cuando el agente preguntó quién quería que le tomaran las huellas dactilares; la que, en realidad, disfrutó cuando, entre chillidos, toda la tropa fue encerrada en el interior de una celda vacía.

Esa misma celda alojaba ahora al tal Jack O'Brien el Saltimbanqui: antaño el lunático inofensivo de la ciudad; en la actualidad, su ciudadano indeseable. Ginny consiguió entrar a verlo, pero únicamente después de estar veinte minutos engatusando al policía de guardia. Apeló a su lealtad de colega de profesión, y cuando eso no funcionó, lo amenazó con revelar que cuando estaban en segundo curso, ella le había dejado probarse su minifalda de topos. Al fin, éste sucumbió al chantaje a cambio de una docena de churros de Neville, cogiendo la caja con una mano mientras con la otra le tiraba a ella las llaves.

Olió al prisionero antes de verlo. Abrió la verja y anduvo unos cuantos pasos hasta llegar a la última de las tres celdas. Jack estaba boca abajo, haciendo flexiones con una sola mano.

—¿Jack?

Él se detuvo, alzó la vista, se sentó. Su rostro brillaba por el sudor, tenía el pelo canoso enredado sobre la cabeza y colgando sobre un par de ojos enrojecidos de color gris-azulado. Aún llevaba la ropa que conservaba del ejército; que Ginny supiera, era el mismo conjunto que había llevado el día que ella se fue a la Universidad de Massachusetts.

—Virginie —saludó—. Virginie Lavoie.

Ginny estaba asombrada; a duras penas esperaba que él la reconociera.

—Exacto —repuso ella—. Pero ahora me llaman Virginia. O Ginny a secas.

—Corriste los quinientos metros en un minuto y dieciséis segundos con dos centésimas. Fue el récord de la escuela de secundaria.

—Hace muchos años de eso —comentó ella—. Seguro que ya habrá sido superado.

—No —replicó él.

Ella sonrió a su pesar.

—¿En serio?

Él asintió. Había algo curiosamente solemne en el gesto. Entonces asintió de nuevo, esta vez hacia la bolsa de papel encerado que Ginny sostenía en la mano izquierda.

—¿Qué llevas ahí?

—Un *donut* de Neville; recubierto de chocolate.

—¿Glaseado o... de tipo pa-pa-pastel? —inquirió con la lengua encasquillándosele en la última palabra.

—De tipo pastel.

Jack O'Brien se relamió los labios.

—Mis favoritos.

—Lo sé. Me he informado. —Se lo dio a través de los barrotes.

—Eres amable conmigo —comentó él con una sonrisa que mostraba una hilera de dientes ennegrecidos—. Siempre has sido amable conmigo.

Jack abrió la bolsa y olió largamente; extrajo el *donut* y pegó un mordisco con sorprendente delicadeza. Lo saboreó y lo devolvió con cuidado a la bolsa. Después alzó la vista hacia ella y dijo:

—Soy un maldito asesino.

Capítulo 5

—¿Es eso cierto?

Jack volvió a asentir, pero esta vez su mirada no se apartó de sus botas del ejército con cinta adhesiva plateada.

—Es lo que dice el jefe de policía Rolly.

—Olvídate de lo que diga. ¿Podrías explicarme lo que ocurrió?

—Golpeé a Danny Markowicz en la cabeza. Lo golpeé y golpeé hasta que murió.

—¿Eso es lo que Rolly ha dicho que hiciste? ¿O lo que de verdad hiciste?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

Ginny reprimió el impulso de introducir un brazo entre los barrotes y arrebatarse el *donut*.

—Hay una gran diferencia —explicó ella—. Olvídate de lo que Rolly te ha dicho. ¿Puedes simplemente hablarme de Danny?

—Danny sólo concedió al Pittsfield dos carreras el año pasado en la final del Western Mass.

—Me refería a lo que ocurrió la noche de su muerte.

Él la miró fijamente, como si ella fuese muy estúpida.

—Hubo una pelea —confesó.

—Lo sé. Hubo una pelea e hirieron a Danny. Pero ¿qué te hace pensar que lo hiciste tú? —Jack abrió la boca para hablar—. Aparte de lo que te haya dicho Rolly. —Jack cerró de nuevo la boca. Ginny dio un paso hacia él—. Tenías su billetero en el bolsillo. ¿Sabes cómo llegó hasta ahí?

—Danny también era amable conmigo. Aunque nunca me compró un *donut*. En cierta ocasión me compró un sandwich de huevo. Me lo dio con dos bolsitas de ketchup.

—Escucha, Jack, es importante que te concentres. Quiero ayudarte.

—Y eso, ¿por qué?

—Me envía la madre de Danny. Sonya. Ella no cree que tú lo mataras. Sorprendentemente, su mirada le pareció un tanto dolida.

—He matado a un montón de gente —puntualizó.

—¿Dónde? ¿Aquí o en la guerra?

Él se encogió de hombros otra vez; de repente era el vivo retrato de la indiferencia.

—Soy un maldito infanticida. Eso es lo que me dijeron cuando regresé a casa.

El recuerdo debió de despertarle el hambre, porque sacó el *donut* de la bolsa y

pegó otro diminuto mordisco.

—Me ha dicho Sonya que ni siquiera has querido hablar con el abogado de oficio —apuntó Ginny—. Pero necesitas un abogado. Alguien que...

—No lo necesito.

—Sí que lo necesitas. Créeme.

Él sacudió la cabeza.

—Un hombre de verdad no se esconde detrás de un abogado hijo de puta.

—¿Te ha dicho eso Rolly? —No hizo falta que Jack respondiera—. ¡Por Dios, Jack! Tienes que escucharme. Nadie quiere que estés en la cárcel por algo que no has hecho, ¿de acuerdo? Y ahora simplemente dime cómo conseguiste el billetero de Danny.

—Lo robé —contestó—. Lo robé como un maldito ladrón.

Ginny procuró controlar su estado de ánimo. Al fin y al cabo, Jack no tenía la culpa de estar hecho un lío. Desde hacía treinta años era un psicópata incurable: la ciudad, que no había sabido qué hacer con él cuando regresó de la guerra, lo consideró su loco particular. Difícilmente podía uno culparle de hacer bien su trabajo.

—Te sacaré de aquí, Jack, ¿vale? Quédate tranquilo.

Él asintió, aunque Ginny tuvo la sensación de que sólo la escuchaba a medias. Cuando ya había recorrido casi todo el pasillo, él la llamó.

—¿Sabes lo que sienta realmente bien con un *donut* recubierto de chocolate? Un buen vaso de leche fría. La próxima vez podrías traerme uno. ¿Vale?

Tras once años en el Departamento de Policía de Nueva York, Ginny creía que lo había visto y hecho todo. Pero esto era la primera vez que le pasaba: dormir en la cama de una persona asesinada.

Sonya había insistido. Después de cuatro noches en el sofá del salón ya era hora de que se trasladara a la habitación de Danny. Algo muy propio de Sonya, pensó Ginny: dejar que el pragmatismo se impusiera sobre su corazón roto.

De modo que por primera vez desde la muerte de su hijo, Sonya se atrevió a entrar en la pequeña habitación que daba a la cocina; el cuarto que ella había compartido con la madre de Danny hacía tantos años. Había quitado las sábanas, pero después de inspirar el olor de Danny todavía impregnado en ellas, no pudo soportar la idea de lavarlas. Las metió en una bolsa de basura, la cerró y la escondió en el fondo de su armario, consciente de que su marido jamás lo entendería.

Ginny la había observado, sin querer interrumpirla. A pesar de lo culpable que se sentía, agradecía tener su propia habitación; entre tanto estrés y el hábito de Pete de salir de casa a las cinco y media de la mañana, no había dormido bien. Pero nada más dejar su pequeña mochila sobre la alfombra azul de lana gruesa del cuarto de Danny, se sintió una intrusa de la peor calaña.

A excepción de las sábanas, la habitación estaba exactamente como Danny la

había dejado esa última mañana, cuando se había marchado a trabajar con Pete llevando la comida que Sonya le había preparado, e ignorando que no volvería a casa jamás. Era un espacio acogedor, ordenado sin ser aburrido; Sonya había criado bien a su hijo.

«La limpieza te acerca a la santidad». Sonya era la única persona que Ginny había conocido en toda su vida que de verdad conseguía que el cliché sonara como si tuviese algún significado. A Ginny siempre le había parecido una frase extraída de una tarjeta de Hallmark (o quizá bordada en los calzoncillos del Papa), pero Sonya realmente creía que la limpieza de cuerpo y alma te acerca más a Dios. Ninguna molécula de polvo podía contar con vivir mucho tiempo en casa de Sonya Markowicz; y aunque nadie la consideraba una beata, en su lavadero jamás se mezclaba la ropa blanca con la de color.

La mente de Ginny voló hasta la infernal cocina de su propio apartamento, con el fregadero lleno de platos sucios y tanto polvo que uno podía escribir sus iniciales sobre el microondas. ¡Quiera Dios que su amiga no lo viera nunca! Claro que en este momento ni siquiera Ginny podía pensar en un motivo para regresar. Hasta su cactus había muerto por falta de cuidado.

Sacudió la cabeza y alargó el brazo para coger la taza del fuerte café que Sonya le había dejado encima del escritorio de Danny. Ginny era lo bastante consciente como para saber que corría el peligro de caer en un auténtico estado de miedo; una miserable fiesta cuyos invitados incluían no sólo al asesino del pobre Danny, sino también su carrera fracasada, su pésimo gusto para los hombres y su inminente desahucio. Se le pasó por la cabeza poner un poco de algo en el café, hasta que cayó en la cuenta de que eran las siete y cuarto de la mañana. ¡Sería estúpida!: realmente cada vez se parecía más a su padre.

El grito arrancó a Ginny de su repugnante ensueño; parecía que estuvieran despellejando vivo a alguien. Salió corriendo de la habitación, gritando el nombre de Sonya y buscando por segunda vez en varios días su arma inexistente.

Capítulo 6

Menos mal que Ginny no iba armada: en esta ocasión podría haber disparado contra las coletas de una pelirroja de rostro pecoso, de unos cuatro años, o darle en la barriga al niño pequeño de aspecto serio con gorra de los Red Sox.

Sonya había reabierto su guardería infantil.

—¡La Virgen! —exclamó Ginny—. Casi me cago del susto.

Sonya se mordió los labios.

—Te ruego que no uses ese lenguaje delante de los niños.

—Lo siento.

—Esa mujer ha dicho una palabrota —dijo la pelirroja, encogiéndose de hombros con una mochila a la espalda adornada con un personaje de dibujos animados y mirada tonta—. Ha dicho *dos* palabrotas.

—Esa mujer es la señorita Lavoie, Britney —matizó Sonya—. Y ha dicho que lo siento.

La pequeña levantó la vista hacia Ginny y la miró con manifiesto escepticismo. Durante unos instantes Ginny temió que la niña se pusiese a chillar otra vez. Pero se limitó a decir:

—Ahora tendrás que lavarte la boca con Palmolive.

—¿Cómo dices?

—Es lo que se hace con las bocas sucias —aclaró Britney—. Hay que lavarse la boca con una cucharada de Palmolive.

El castigo era tan específico que Ginny tuvo la sensación de que a la pequeña la habían reprendido por hablar mal en más de una ocasión. Miró horrorizada a Sonya, quien hizo un gesto con la mano desentendiéndose del tema.

—A *mi* no me mires. Eso lo ha sacado de su abuela.

—¿Quién es...?

Sonya ayudó a la niña a quitarse el abrigo.

—Sissy McShane.

—¿Sissy McShane, de nuestra clase? ¿Me estás diciendo que es *abuela* de una niña?

—Eso es. ¿No te acuerdas de que dejó de estudiar en tercero de secundaria porque estaba... —Sonya la miró con complicidad por encima de la cabeza de la niña— EM-BA-RA-ZA-DA? Pues la historia se ha repetido.

Ginny miró a la pequeña. La niña tenía una sonrisa maquiavélica; sin duda estaba calibrando si podría más que Ginny para meterle un bote de limpiador Comet en su sucia boca.

—¿Y éste quién es? —inquirió Ginny, señalando al niño de pelo castaño. Las miraba con los ojos abiertos como platos, con el abrigo todavía puesto y sujetando la mochila, sin decir una palabra.

Sonya se agachó y llamó al niño.

—Cariño, dile a la señorita Lavoie cómo te llamas.

—Willy —contestó.

Sonya le dio unas palmaditas en la espalda y un beso en la coronilla. Cierta expresión ocupó su rostro brevemente, tan fugaz que a Ginny casi se le escapó. Pero supo que durante ese medio segundo Willy era Danny cuando aún no medía un metro de estatura.

—¿Puedes decirle tu nombre completo? —lo animó Sonya.

—William Patrick Griffin —respondió.

El corazón de Ginny empezó a latir más y más despacio, hasta el punto de que empezó a preguntarse si Sonya disponía de un desfibrilador.

—Es sobrino de Jimmy —puntualizó Sonya sacando a Ginny de su desdicha—. En realidad, uno de los seis que tiene.

—¡Oh!

Sonya se levantó y se llevó a los niños a la cocina. Acababa de acomodar a cada uno de ellos delante de un cuenco de cereales Froot Loops cuando se abrió la puerta principal y otro par de niños irrumpió en el pequeño vestíbulo. Eran niñas, de ojos azules y rubias, y largas trenzas colgando sobre la espalda. Eran gemelas idénticas.

—Te presento a Cynthia y Melinda Meeks.

—¿Son hijas del entrenador Hank? No me extraña que sean tan condenadamente guapas. —Al oír la palabra «condenadamente» los ojos de Britney se clavaron al instante en el jabón lavavajillas que había en el fregadero de la cocina.

—¿Sabes qué? —dijo Ginny antes de que la niña pudiera reñirla por sus excesos verbales—. Creo que voy a salir un rato.

—Lo siento —repuso Sonya.

—No pasa nada —comentó Ginny, distraída por el ruido que hacían los niños al comer con la boca abierta—. Es sólo que no estoy acostumbrada a estar con niños, eso es todo.

—Lo siento —repitió Sonya. Observó a los niños que comían cereales, después a las otras dos que estaban sentándose a la mesa—. No pensaba volver a ocuparme de ellos tan pronto, pero sus padres tienen que trabajar y yo, simplemente... necesitaba que las cosas volvieran a la normalidad. Empezar de nuevo, en cualquier caso. —Los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas y parpadeó con rabia. Ginny sabía que lo último que Sonya quería era llorar delante de los niños—. Así que hoy pasaremos un día realmente estupendo, ¿verdad? Será como antes. Pasaremos un día realmente magnífico.

Ginny puso el coche en marcha sin ningún destino en mente más allá de salir de aquella guardería. La luz de aviso de revisión del motor estaba encendida, tan brillante como insignificante. Dio un fuerte golpe en el salpicadero con la palma de la mano, y ésta se apagó. La verdad es que un día de estos tendría que comprarse un coche nuevo; aferrarse a éste había dejado de ser *barato* para convertirse rápidamente en *oneroso*.

Condujo cuesta abajo, giró a la izquierda por el río y al cabo de casi un kilómetro pasó por delante de la fábrica abandonada donde Danny había fallecido. En el otro lado de la calle había un edificio idéntico, de modo que las dos enormes construcciones daban la claustrofóbica sensación de que la calle de dos carriles era un profundo cañón. No era la primera vez que a Ginny le venía a la memoria un verso de un himno que en cierta ocasión había escuchado en la iglesia de san-no-sé-qué; uno sobre Jerusalén que era construida entre unas lóbregas fábricas satánicas.

Era un pensamiento melodramático, especialmente para ella, y no pudo evitar reírse; sobre todo cuando vio el letrero que había en el edificio de enfrente. Era de color morado rojizo y blanco, y estaba fijado a la pared; rezaba: ¡SETAS DE MASA CRÍTICA; SHIITAKES, CHAMPIÑONES Y MUCHAS OTRAS!

De modo que ésa era la fábrica de setas en conserva que Sonya le había mencionado la primera vez que habló con ella de la muerte de Danny. Ginny lo había atribuido a alguna confusión producida por el dolor; resultaba difícil imaginar las fábricas convertidas en otra cosa que no fueran lúgubres monumentos a la prosperidad hace mucho tiempo perdida de la ciudad. Pero había unos pocos coches estacionados a lo largo del espinoso alambre oxidado del aparcamiento de empleados, y un flamante camión de reparto estaba aparcado frente al muelle de carga. Quizá las cosas sí estaban cambiando realmente.

Entró en el solar que había al otro lado de la calle y estacionó junto a la fábrica abandonada, escenario de la muerte de Danny. La vez anterior no había podido escudriñar el resto del edificio, con su antiguo profesor de inglés vigilándola y golpeando impaciente el suelo con las puntas de sus zapatillas de deporte.

En esta ocasión, sin embargo, tanto la puerta frontal como la del muelle de carga estaban cerradas. Por suerte, alguien había dejado abierta una ventana del primer piso, probablemente con la esperanza de ventilar el lugar. Ginny se subió a un contenedor de basura, se agarró a la repisa de ladrillo de la ventana y se impulsó hacia arriba para saltar por la ventana. Se encontró en medio de un montón de basura, pilas de toda suerte de envases y colillas de cigarrillos, y ni una sola pista.

Danny había fallecido en el tercer piso; esa parte ya la había escudriñado. Ahora inspeccionó el resto del edificio, escarbando entre desechos acumulados a lo largo de muchos decenios; no solamente toda la porquería que los invasores adolescentes habían ido dejando con los años, sino restos de maquinaria y bobinas podridas de lana

que databan del apogeo de la fábrica.

No es que esperara encontrar el arma del asesino; seguro que de haber estado ahí mismo, delante de sus narices, hasta Rolly y sus chicos habrían tropezado con ella.

Y no la encontró, ni el arma ni ninguna otra cosa especialmente útil; hasta que llegó al cuarto piso. Guardada a la perfección bajo la protección de un armario ahora sin cajones, había una maltrecha mochila que contenía cuanto un hombre poseía en el mundo.

Volvió al coche, recorrió el kilómetro escaso hasta la ciudad y entró por la puerta principal de la comisaría. No conocía al policía que estaba de guardia, pero cuando pidió ver a Jack, el poli se limitó a encogerse de hombros y abrir con llave la puerta que conducía al bloque de celdas.

Esta vez no pudo olerlo a distancia; cuando lo tuvo más cerca vio que se había dado una ducha, y que se había desprendido de su uniforme militar. Llevaba un mono gris, y aunque su antiguo uniforme era un andrajo y estaba sucio, le había dado sin duda cierto sentido de pertenecer a algo. Seguía con su aspecto de loco, pero ahora parecía encogido y perdido, humillado. Tampoco hacía ya flexiones; Jack estaba sentado en el borde de la cama, mirándola fijamente a través de los barrotes.

—He encontrado tus cosas —anunció ella—. En la fábrica. Exactamente donde las dejaste.

A Jack se le iluminaron los ojos; podría decirse que era lo más patético que Ginny había visto jamás. Aun así, no dijo nada.

—Me parece que está todo —continuó ella—. No creo que nadie haya hurgado en la bolsa.

Había echado un vistazo a la mochila y al saco de dormir atado a ésta (con guantes, aunque no lograba imaginarse por qué alguien iba a encontrar sus huellas), y no había encontrado nada que vinculase a Jack con la muerte de Danny. Salvo, naturalmente, el hecho de que todas sus pertenencias estaban en la escena del crimen.

—¿Puedes...? —Se le entrecortó la voz y tuvo que aclararse la garganta y empezar de nuevo—. ¿Puedes dárme-la?

—Lo siento, Jack. He tenido que dejarla allí. Es una prueba. Pero hablaré con Rolly para que te la devuelva en cuanto ya no la necesite.

De hecho, había dudado sobre qué hacer con las cosas de Jack. Sabía que no había nada vinculante en su ropa andrajosa y sus viejas revistas; y, ciertamente, no quería incriminarlo más de lo que él mismo ya se había autoinculpado. Pero aunque la policía local ya había echado bastante a perder la investigación, no quería manipular las pruebas sin un buen motivo. Daba igual que el Departamento de Policía de Nueva York pensase que era capaz de eso, y de más cosas.

—Se han llevado mi ropa —declaró Jack, mirando el mono de presidiario.

—Lo lamento —repuso ella—. En cuanto pueda iré a una tienda de excedentes

militares y te encontraré algo, te lo prometo. Pero ahora mismo tengo que hacerte una serie de preguntas, ¿de acuerdo?

Él consideró la petición; después asintió.

—Estabas viviendo en la fábrica, ¿verdad? —Él negó con la cabeza—. ¡Venga, Jack! No se lo diré a nadie. No te causaré ningún problema.

—No vivía allí —contestó.

—Mira, no podré ayudarte a menos que...

—Sólo cuando llueve —confesó.

—¿Cómo?

—Me gusta dormir al aire libre. —Sus ojos huecos recorrieron las paredes hechas con bloques prefabricados de la celda—. A cubierto no duermo tan bien.

—¿Quieres decir que solamente usabas la fábrica para protegerte del mal tiempo? ¿Y para guardar tus cosas? —Él asintió—. De modo que es así como encontraste el billetero de Danny, ¿correcto?

Jack entornó los ojos, como si realmente estuviese pensando en ello. Se frotó con una mano la incipiente barba canosa de su mejilla y se mordió el agrietado labio inferior.

—Se la cogí del bolsillo —contestó—. Él ya no la necesitaba.

—¿Me estás diciendo que encontraste el cadáver?

Jack se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con más o menos? O lo encontraste o no lo encontraste.

Él esbozó una sonrisa.

—Antes de ser un cadáver uno es un hombre.

—¡Por Dios, Jack, jugar a las adivinanzas no me ayuda nada! ¿Puedes, por favor, darme una respuesta concreta?

—Primero estás ahí y luego no estás —dijo él—. Después te mandan a casa en una caja. Aunque a tu madre le dan la bandera. Así que no está tan mal.

—Espera —pidió Ginny—. ¿Me estás diciendo que estabas ahí cuando murió Danny? ¿Qué lo presenciaste?

Él asintió con la cabeza.

—Lo oí.

—¿Qué es lo que oíste?

Se encogió de nuevo.

—Gritos de hombres. Realmente crueles. «Mentiroso, bastardo, hijo de puta. Espero que te pudras en el infierno», cosas así.

—¿Y reconociste las voces? —Él sacudió la cabeza—. Pero tú no lo mataste. Lo sabes, ¿verdad? —De nuevo se encogió de hombros—. Entonces, ¿por qué narices dejas que Rolly te acuse injustamente?

—Quizá lo maté. Rolly lo dice.

—¡Oh, a la mierda con Rolly! —exclamó Ginny—. No eres culpable de nada más que de robarle el billetero a un muerto.

Jack sacudió la cabeza, repentinamente serio.

—Soy culpable —declaró.

—¿Por qué dices eso?

—Si te escondes cuando atacan a tu compañero —respondió—, es como si tú mismo lo hubieras matado.

Capítulo 7

Ginny bajó corriendo la larga pendiente que había al final de la calle de Sonya, intentando no pensar en el hecho de que, al final, tendría que volver a subirla corriendo. Pasó de largo la fábrica donde había dado con las cosas de Jack (¿de verdad no hacía más que dos horas de eso?), y siguió avanzando, dejando atrás el Dunkin' Donuts y una tienda de bocadillos «sub», que solía ser el sitio favorito de Ginny donde pasar el rato tras la escuela.

Giró a la izquierda y caminó por Main Street, reparando en más cambios. Lo que fue la tienda de baratillo Newberry ahora era una sofisticada tienda de regalos, con la vitrina repleta de velas aromáticas y comederos para pájaros de madera pintada. Había una cafetería nueva en Marshall; y, para su total sorpresa, anunciaba un descuento en los *cappuccinos*.

Al llegar al monumento de los milicianos de la Guerra de la Independencia, que era una réplica, ya que el original había sido aplastado por un conductor borracho cuando ella iba a secundaria, giró a la izquierda y se encontró de frente con la Funeraria Lavoie. No era su destino, pero sus pies la habían llevado allí de forma automática: era una paloma mensajera con zapatillas de deporte.

Ginny permaneció en el exterior de la enorme casa victoriana, rodeada de su césped meticulosamente segado. El edificio parecía exactamente el mismo: pintado de blanco brillante con postigos negros, y un toldo verde que cubría la entrada para que los dolientes pudiesen descender de sus coches a resguardo de la lluvia cuando llovía. Si hubiese ido por el lado derecho de la casa, suponía que se hubiera encontrado, sin duda, una bici de tres velocidades con una cesta floreada y un asiento alargado con rayas atigradas.

Había pasado toda su infancia en esa casa. Aparte de su apartamento en la ciudad, era la única casa en la que había vivido.

El padre de Ginny había sido empresario de pompas fúnebres; pertenecía a la tercera generación de propietarios de la funeraria más grande de la ciudad. El hecho de que ella hubiese mostrado nulo interés en seguir sus pasos fue sólo una de las muchas maneras que tuvo de decepcionarlo.

Ginny nunca se había sometido a terapia (la idea en sí se le antojaba demasiado estúpida para plantearse), pero en el transcurso de sus treinta y cuatro años, de vez en cuando se había preguntado si crecer rodeada de tanta muerte le habría generado confusión. Tendía a dudar. Su madre siempre había visto con pragmatismo lo de compartir su hogar con una sala de exposición de féretros y una habitación para embalsamar, y eso es lo que le transmitió a su hija en cuanto éste empezó a hablar.

Un cadáver es simplemente una cosa vacía, decía su madre. *Como una botella que ya no tiene leche dentro*. No había que tenerle miedo; tan sólo tratarlo con respeto, y eso era todo. No en vano Ginny había sido la única alumna de su clase de la academia que no vomitó durante la visita obligatoria al depósito de cadáveres.

Apretó el paso; pensar en su madre le traía toda clase de recuerdos en los que no tenía ganas de pensar. La última vez que estuvo en la casa donde creció fue para el funeral; su madre amortajada con un vestido de satén de color lavanda, decorado con un horrible ramillete de lirios cuya fragancia se le anudó en la garganta cuando se inclinó para darle el último beso.

Seis semanas después su padre se trasladó a Florida acompañado de su nueva prometida: la maquilladora de cadáveres que llevaba más tiempo embelleciendo los cuerpos que acostándose con su jefe. Y el negocio lo vendió a una empresa tan increíblemente carente de escrúpulos que, al fin, acabó apareciendo en el programa de televisión *60 Minutes* por estafarles a las viejecitas el dinero depositado para el sepelio.

Eso en cuanto a su anciano y querido padre.

Regresó a casa de Sonya con la sudadera asquerosa tras haber corrido pendiente arriba. Mareada por la sed, puso la cabeza debajo del grifo de la cocina y dejó que el agua fría le regara la nuca. Se secó con un trapo y se zampó un botellín de Gatorade al tiempo que reparaba en la nota que había en la nevera: Sonya se había llevado a los niños al parque. Se disponía a desnudarse y meterse en la ducha cuando sonó el timbre.

Se puso el trapo alrededor del cuello y fue a abrir. Y al instante deseó no haberlo hecho.

—¿Qué haces aquí?

Jimmy Griffin estaba de pie en el porche de Sonya, con los brazos cargados de cajas de la pastelería y bolsas de papel encerado.

—Vengo a entregar algunas cosas —contestó con la misma amabilidad que ella—. ¿A ti qué te parece?

—Está bien. Perdona, pasa.

Ginny retrocedió para dejarlo entrar. Cruzó los brazos sobre el pecho, intentando ocultar el sudor que impregnaba su top de hacer *footing*. En cierto modo, no le había parecido ni mucho menos tan pequeño en la calle como le parecía en el pequeño recibidor.

Jimmy miró a su alrededor.

—¿Está Sonya?

—Se ha llevado a los niños al Fish Pond.

Esbozó una media sonrisa.

—Seguramente Willy la habrá convencido. Le gustan los columpios.

—Es un niño encantador.

—¿Lo has conocido?

—Más o menos —contestó Ginny—. Porque no habla mucho.

—Es un poco tímido, pero en cuanto te coge confianza, ya no te deja decir ni pío.

Dejó las cajas encima de la mesa de la cocina, donde, como cabía esperar, no quedaba ni rastro del desayuno. Aun en su aflicción, Sonya no dejaba que los niños fueran al parque sin limpiar los restos de cereales.

Jimmy se quedó ahí plantado, cambiando su peso de un pie a otro como hacía siempre que estaba nervioso. Al fin, Ginny no pudo soportar el silencio.

—¿Qué hay ahí dentro? —inquirió.

—¿Eh? ¡Oh! A veces traigo bollería para los niños; productos del día anterior.

—Pero ¿qué es ese olor? —Rastreó el aroma hasta una de las bolsas y la palpó; estaba caliente.

—Le he traído a Sonya un bocadillo de jamón ahumado y queso *cheddar*. Es su favorito y... —Hizo una pausa, como sí de pronto sintiera vergüenza—. Dudo que haya comido gran cosa desde que ocurrió eso. He pensado que quizá le abriría el apetito.

Ginny sostuvo la bolsa en lo alto y la olfateó; el olor era impresionante.

—¿De jamón ahumado y *cheddar*? No recuerdo que tus padres hicieran eso.

—He estado probando algunos productos nuevos. Parece que a la gente de la ciudad le gusta. —Cogió un cuchillo y le cortó un trozo; lo hizo en el aire, sin una madera de cortar, con tal arte que consiguió no rebanarse un dedo—. El relleno está envuelto en masa fermentada para hacer pan. También hago una salsa de *pesto* con tomates desecados al sol que gusta mucho. —Ginny pegó un mordisco y literalmente gimió de placer—. ¿Lo ves? —dijo él—. Ya te he dicho que a la gente de la ciudad le gusta.

Había un tono de irritación en su voz; pero eso no le impidió a Ginny saborear el pan, que era fantástico.

—¿Así que ahora soy una persona de la ciudad? —preguntó ella, todavía masticando.

Él se encogió de hombros.

—No sé lo que eres.

—Bienvenido al club.

—Entonces... ¿has vuelto aquí para quedarte?

—De ninguna manera —respondió Ginny en un tono que incluso ella pensó que sonaba demasiado vehemente—. Me quedaré hasta que averigüe lo que le ocurrió a Danny.

—¿No tienes que trabajar? Creía que eras, ya sabes, una policía importante.

Ginny estuvo a punto de mentirle. Pero, por alguna razón incomprensible, decidió

contarle la verdad.

—Me han suspendido —confesó—. No tengo pistola, ni placa, ni sueldo. Quizá ni trabajo.

«Y quizá —pensó—, me acusen de un delito grave».

—Lo siento —comentó él.

—¿No vas a preguntarme qué pasó?

—Sólo si quieres hablar de ello, que supongo que no.

Ella asintió, apoyándose en la encimera de la cocina. Jimmy todavía le leía el pensamiento como quien lee un libro de tapa blanda.

—Cometí una estupidez —dijo ella.

—Me cuesta creerlo.

Ginny no pudo adivinar si estaba siendo sarcástico; imposible saberlo por la inflexión de su voz.

—Confíe en quien no debía —continuó ella, aunque no estaba segura del motivo—. Resulta que estaba involucrado en el robo. Logró que yo hiciera el trabajo sucio por él. —Inspiró profundamente sintiendo la dura encimera de fórmica contra el coxis—. Le ayudé a destruir pruebas de un caso de violación.

Jimmy frunció las cejas.

—¿A propósito?

—Por supuesto que no. Pero eso da igual. Sigo estando jodida.

—Lo siento.

—¿Sabes qué? —dijo ella—. Mi madre solía decir que todo pasa por alguna razón. Sí no lo hubiese estropeado todo y no me hubieran suspendido, no podría estar aquí con Sonya. Quizá sea el destino.

—¿En serio crees eso?

—¡Claro que no!

A Ginny le pareció ver que él sofocaba una sonrisa.

—Lo de Danny... ¿cómo va? —se interesó él.

Ella se encogió de hombros y volvió a cruzar los brazos, de nuevo sintiéndose desnuda con su ropa de hacer *footing*.

—Jack el Saltimbanqui no lo hizo. Es cuanto puedo decirte.

—Creía que lo habían pillado con el billetero de Danny.

—Casi con toda seguridad se lo birló a Danny cuando ya estaba muerto.

—Entonces, ¿por qué Rolly le echa a él el mochuelo?

—Porque —contestó después de dar un gran sorbo de Gatorade— Rolly es un vago y un hijo de puta y Jack es la solución fácil.

La boca de Jimmy se curvó dibujando su media sonrisa marca de la casa.

—Los policías de esta ciudad deben de recordarte a Barney Fife^[1], ¿eh?

Ginny sacudió la cabeza.

—Tenemos muchos como él en el Departamento de Policía de Nueva York, créeme.

Dio la impresión de que él reflexionaba sobre lo que ella había dicho, y después asintió.

—Así pues, ¿qué piensas hacer?

—De momento, me parece que me voy a limitar a intentar indagar por ahí. No me han pedido nada de forma oficial. En cuanto meta las narices, seguro que Rolly se enfadará.

Permanecieron allí de pie durante un minuto, Jimmy apoyándose alternativamente en uno y otro pie.

—¡Se me hace tan raro pensar que eres policía! —exclamó él—. Quiero decir que sé que siempre te ha gustado esto, pero los policías son los tipos que solían intentar pillarnos fumando porros debajo de las gradas del campo de fútbol, ¿te acuerdas?

Ella también sonrió; no pudo evitarlo.

—No estoy en narcóticos —informó—. Pertenezco a la Unidad de Víctimas Especiales.

—¿Qué es eso?

—Crímenes sexuales.

No estaba segura, pero le pareció que realmente había hecho ruborizar a Jimmy.

—Bueno... será mejor que me vaya —concluyó él—. Tengo que hacer repartos.

—Procuraré no comérmelo todo antes de que vuelva Sonya.

—Hay un par de pastelitos de nueces ahí dentro —anunció él—. Por si aún te siguen gustando.

—Dime que no has cambiado la receta.

—Jamás —repuso él—. Bueno... adiós.

—Adiós.

Jimmy dio un paso hacia la puerta. Ella dio un paso hacia la ducha.

Pero entonces, actuando con tal simultaneidad que un observador pensaría que lo habían ensayado previamente, se abrazaron y besaron con tanta fuerza que se hicieron sangre.

Capítulo 8

Ginny no sabía con seguridad cuánto tiempo se quedaron ahí de pie, devorándose mutuamente como un par de... en fin, francamente, no sabía muy bien como qué. Más tarde todo le pareció bastante ridículo. Pero en ese momento, no hubiese podido soltar a Jimmy Griffin como tampoco podía dejar de respirar.

Jimmy no había sido el primer chico al que ella besó, pero sí su primer amor. Incluso siendo un par de torpes adolescentes de 16 años, sus cuerpos se habían acoplado tan bien que a ambos les había producido un ligero miedo. Su atracción era tan fuerte que era como una tercera persona en su relación; una «carabina» cuya tarea consistía en asegurarse de que *no* llevaran ropa.

Cuando el beso en medio de la cocina de Sonya ya no fue suficiente, fueron a tientas hasta la habitación. Se equivocaron de dirección, se pasaron la puerta y chocaron contra un estante repleto de libros de cocina y figurillas de cerámica; una de las muñecas Precious Moments de Sonya cayó desde el metro y medio de alto y encontró su recompensa eterna en el linóleo. Se rompió en tres pedazos; después, mientras Ginny subía las manos por la camisa de Jimmy y admiraba una serie de músculos en su espalda que a los 18 años no habían estado ahí, hizo añicos la pequeña muñeca con sus zapatillas de deporte.

No lo notó, o, con franqueza, no notó nada más que no fuera la sensación de tener el cuerpo de Jimmy Griffin contra el suyo propio. Había algo tan condenadamente elemental en ello, algo tan absolutamente auténtico. De haber estado semiconsciente, y dispuesta a correr el riesgo de sentirse como una estúpida, quizás habría reconocido para sus adentros que tocar a Jimmy Griffin era como volver a casa.

De un modo o de otro, por fin consiguieron pasar por la puerta. Jimmy la presionó contra la pared, y ella sintió contra su espalda el revestimiento de falsos paneles, frío y suave. Incluso el pequeño *top* de hacer *footing* parecía sobrarle ahora; intentó sacárselo, pero se le enredó y él tuvo que ayudarle. Jimmy llevaba una camiseta con el nuevo logo de la pastelería, una absurda cara sonriente a juego con el símbolo de la galleta glaseada de la tienda. La mera visión de la misma podría haber hecho que ella recuperara la cordura, pero él se la quitó demasiado rápido. Volvieron a besarse, sus cuerpos pegados allí donde el sudor se acumulaba entre sus pechos. Jimmy siempre había sido un chico atlético (en secundaria había incluso creado un equipo ciclista) y su cuerpo seguía siendo firme y fibroso. Los pezones de Ginny rozaban el fino vello de su pecho; otra cosa que no abundaba a los 18, pero una sorpresa más que agradable.

Sus labios se movieron hasta un lado del cuello de Ginny. Eso, más que ninguna

otra de las cosas que él solía hacerle, siempre la había vuelto loca. Jimmy le cubrió los pechos con ambas manos; aquello fue irresistible. Ella lo agarró con fuerza, lo besó con más intensidad y de nuevo saboreó el gusto metálico de la sangre en su boca. No tenía ni idea de si era de ella o de él.

—Cierra la puerta —pidió Ginny—. Sonya y los...

No pudo terminar la frase, pero él la entendió. Se separó de ella el tiempo que tardó en cerrar la puerta de la habitación y echarle el pestillo.

Al volver, ella ya estaba en la cama de Danny, tumbada sobre las sábanas recién lavadas que Sonya acababa de poner. Jimmy se sentó en el borde de ésta y se deshizo de sus zapatillas de deporte, un gesto que a ella le resultó tan familiar que la transportó a todas esas noches que habían pasado en la pastelería de la familia de él. Había cosas que cambiaban a mejor: la cama de Danny era mucho más cómoda que un saco de harina.

Él le quitó las zapatillas de deporte y los calcetines, y luego le deslizó sus manos por las piernas, desde los tobillos hasta los muslos. No llevaba más que unos *shorts* de hacer *footing*, absolutamente nada debajo; cosa que Jimmy descubrió por sí mismo cuando siguió subiendo con la mano.

Ginny culebreó para sacarse los *shorts* hasta que se tumbó desnuda ante él. No la había visto así desde que ella tenía 18 años. A pesar del momento, se le ocurrió preguntarse si su cuerpo de treinta y pico decepcionaría a Jimmy. Pero de ser así, él lo disimuló bien; o quizás estuviese demasiado preocupado por el botón de sus tejanos para fijarse. Ella le ayudó a quitárselos, junto con la misma clase de calzoncillos blancos que él llevaba entonces.

Antes de tirar sus tejanos al suelo, Jimmy metió una mano en el bolsillo trasero y palpó su billetero.

—¡Cielos! Dime que llevas un condón ahí —dijo ella.

Él asintió y extrajo el pequeño envoltorio azul. Estaba arrugado, pero serviría.

Ella cogió el condón y se lo puso a él. Igual que en los viejos tiempos.

Entonces se tumbó boca arriba y alargó los brazos hacia Jimmy. Justo mientras él la penetraba, en ese ajuste perfecto que ella había intentado no recordar durante los últimos quince años, Ginny fue levemente consciente del sonido de la puerta principal al abrirse y cerrarse, de las fuertes pisadas y del coro de voces infantiles pidiendo merendar.

No le importó lo más mínimo.

—¿Te has acostado con Jimmy Griffin en mi casa? ¿En la habitación de mi hijo? ¿Te lo has tirado habiendo cuatro niños pequeños al otro lado de la puerta? ¿Te has vuelto loca?

—Lo siento, Sonya, en serio. No sé, simplemente... pasó.

—¿Simplemente pasó? ¡Y un cuerno! ¿Nunca has oído hablar de una cosa

llamada autocontrol? ¿O de las habitaciones de hotel, quizá?

Ginny no podía recordar la última vez que había visto a su amiga tan enfadada. No, un momento; sí que podía. Fue el día que cayó en la cuenta de que su hermana mayor le había dejado a Danny en la puerta de su casa y que nunca más volvería.

—Lo siento. Por favor, no te enfades conmigo. Es que no hemos podido contenernos.

—Ni me lo cuentes —ordenó Sonya.

—No sé qué ha pasado —insistió Ginny—. Había traído unos cuantos pastelitos de nueces, y cuando me he querido dar cuenta estábamos en la cama.

—Sí —afirmó Sonya con la respiración entrecortada—. Tengo entendido que Jimmy hace el servicio completo.

—¿Qué se supone que significa *eso*?

Sonya clavó los ojos en sus uñas, con aspecto de estar repentinamente avergonzada.

—Nada —respondió.

Soltó un largo suspiro; Ginny tuvo la esperanza de que parte de su enfado se fuese con el suspiro. Su amiga había estado sermoneándola desde que los dos últimos niños a su cargo (las hijas del entrenador Hank, esas modelos en miniatura) fuesen introducidos con prisas en el monovolumen de sus padres.

Sonya sumergió la bolsita de té en agua de la tetera y se sentó frente a la mesa de la cocina, aún cabeceando.

—¡Caramba, Gin! —exclamó—. Hablas como si tuvieras quince años.

A Ginny le pareció un buen síntoma que Sonya usara la palabra «caramba»; eso quería decir que estaba algo menos furiosa.

—Dímelo a mí —replicó Ginny, sentándose en una silla cercana—. Lo de las mates es bastante jodido. Juntas a dos personas de treinta y cuatro años, y el resultado es un par de adolescentes.

—A ver, ¿qué *ha pasado*? —se interesó Sonya.

—Ni puñetera idea. Estábamos hablando. Y luego nos hemos besado. Y luego estábamos... ya sabes.

Sonya permaneció callada unos instantes. Después, como si sucumbiese a un impulso propio irrefrenable, inquirió:

—¿Y... cómo ha sido?

Ginny intentó mantenerse seria; al fin y al cabo, acababa de profanar la cama del difunto hijo de su mejor amiga. Lo que había hecho era totalmente horrible. Al menos debería tener un ápice de decencia.

Pero no lo logró. Una amplia sonrisa ocupó su rostro, y se tapó la boca para ocultarla.

—Fabuloso —contestó ella—. Absolutamente fabuloso.

Sonya se enterneció; que Dios la bendijera.

—¿Como solía ser antes?

—Mejor —respondió Ginny—. Jimmy ha aprendido unos cuantos trucos.

—Pero ¿qué ha pasado, ya me entiendes... después?

Ginny recordó a los dos enredados entre las sábanas de Danny, sin aliento, sudorosos de pies a cabeza. Sin decir palabra.

—Ha sido incómodo —soltó—. Los dos teníamos ganas de salir corriendo, pero estábamos atrapados.

—Por mí y los cuatro niños.

—Exacto. Teníamos que esperar.

Sonya esbozó una sonrisa.

—Los niños no han parado de preguntar por Jimmy. Han visto su furgoneta fuera, así que sabían que no andaba lejos.

—¡Oh!

—¿De modo que habéis seguido recluidos durante una hora, esperando a que yo me diese por aludida y me llevase a los niños? ¿Y ni siquiera habéis hablado? ¿Qué demonios habéis estado *haciendo*? —La expresión del rostro de Ginny fue suficiente respuesta—. ¡Oh, no! Dime que *no*.

Enterró la cabeza en las manos.

—Ha encontrado otro condón en su cartera.

—¡Oh, santo Dios! Ginny...

—Lo siento, ¿vale? No he podido evitarlo.

—Está bien, está bien. Lo entiendo. Eres una esclava de tus pasiones. —Sonya soltó unos cuantos chasquidos de desaprobación y luego cruzó los brazos—. ¿Y qué va a pasar ahora? ¿Vais a volver juntos?

Ginny sintió una oleada de cariño hacia su amiga; desde luego Sonya era una anticuada.

—No —respondió ella—. Jimmy y yo no vamos a volver juntos. Somos agua pasada.

—Pasada —replicó Sonya— de hace una hora.

«Ya está bien de joderla —pensó Ginny—. Literal y metafóricamente». Era una mujer adulta, y policía, y tenía un trabajo que hacer. No había vuelto a casa para liarse con su novio de secundaria; estaba aquí para averiguar quién había asesinado a Danny Markowicz.

Lo sucedido con Jimmy era, sin duda, un gran error, pero de nada servía que se lo reprochase a sí misma. No se le podía pedir a nadie que se resistiese a su primer amor, ¿no? Sobre todo cuando lo tienes de pie delante de ti, con los brazos alrededor de tu...

«¡Virgen santa! —dijo para sí—. Haz el favor de controlarte».

Sonya se había ido al supermercado a comprar para la cena. Ginny necesitaba registrar la habitación de Danny, y Sonya había decidido que prefería no estar allí.

Revolver el cuarto resultó ser un antídoto perfecto para no pensar en Jimmy. Daba igual que ésta fuese la escena de su crimen; salió la Ginny profesional y se concentró en el trabajo. Metódicamente, con los guantes de cocina de Sonya puestos, inspeccionó los cajones del escritorio de Danny, debajo de la cama, el interior de cada caja de cedés, de zapatos y de cada mochila de lona.

No encontró nada particularmente revelador que no fueran los enseres propios de la vida de un adolescente normal. Tenía unas cuantas libretas repletas de poemas; mezclas musicales grabadas en su ordenador; un paquete medio vacío de Marlboro Reds; varias mancuernas; un botellín de licor Jägermeister, y pilas de revistas para hombres, siendo la pacata *Maxim* la más erótica de todas ellas. En su armario, escondido dentro de la cremallera de su bolsa del gimnasio, encontró un montón de condones; Ginny prefirió no pensar en la cantidad de tiempo que Jimmy y ella habrían permanecido reclusos en la habitación de haber sabido de la existencia de éstos.

Sonó el teléfono; dejó lo que estaba haciendo y descolgó el auricular que había junto a la cama de Danny.

—Residencia de los Markowicz.

—¿Virginie? —«¡Mierda!»—. Eres un desastre. ¿Por qué no me has llamado?

—Lo siento, tía Lisette —se disculpó Ginny, que contestó en francés en un intento por calmarla—. He estado realmente ocupada ayudando a Sonya.

—Te esperamos a cenar el domingo.

—No te prometo nada —declaró Ginny—. De verdad que me encantaría, pero...

—Bobadas.

—Sonya no cree que Jack O'Brien matase a Danny. Le dije que averiguaría lo que le pasó.

Esperaba deshacerse de tía Lisette con su explicación, pero si la había impresionado, ésta no lo dejó entrever.

—Eso no me parece una buena excusa para ignorar a tu familia.

—Lo siento —volvió a decir Ginny—. Te juro que vendré lo antes que pueda, ¿te parece bien?

No le parecía nada bien; su tía lo había dejado perfectamente claro. La mantuvo un buen rato al teléfono, interrogándola acerca de su distanciamiento con su padre y su vida en Nueva York, y de sus planes de boda y procreación, hasta que, al fin, Ginny la convenció de que tenía que volver al trabajo. Reanudó el registro, que a la postre estaba siendo incluso menos satisfactorio que la llamada de teléfono.

No había ningún diario personal, nada que le revelase los pensamientos y actos de Danny en un objeto al alcance de la mano. Sea como fuere, esa clase de cosas raras

veces ocurrían en la vida real; únicamente pasaban en las series policíacas que a Ginny le provocaban deseos de estrellar algo contra el televisor. Dio con un par de álbumes de fotos; no de fotografías familiares, que probablemente guardaría Sonya, sino de instantáneas de Danny divirtiéndose con sus amigos.

Reconoció a algunos de ellos por el funeral: los jóvenes que habían portado el féretro de Danny iban vestidos con uniformes de béisbol o hacían hamburguesas a la parrilla junto al lago, o sonreían ufanos frente a sus camionetas pick-up nuevas. Había muchas fotos de la novia de Danny; esa joven rubia y esbelta que había sollozado desconsoladamente en St. Stan estaba, sin duda, magnífica en bikini.

Puso a un lado los álbumes y otros cuantos objetos; después los miraría con más detenimiento.

Había terminado la parte fácil del registro. Ahora Ginny se dispuso a mover los muebles; mirando detrás de éstos, sacando todos los cajones para asegurarse de que debajo no había nada escondido.

Fue entonces cuando la encontró. Estaba oculta detrás de la estantería de Danny; el arma pesaba tanto que había dejado una abolladura de cinco centímetros en la alfombra de lana.

Un revólver del calibre 38.

Capítulo 9

El revólver estaba metido en una funda improvisada: una tira de cartón pegada con cinta adhesiva a la parte posterior de la estantería. Se desprendió fácilmente; saltaba a la vista que la intención de Danny era que fuese accesible. De haber sabido Ginny que el revólver estaba allí, no habría tenido que mover la estantería para cogerlo, hubiese bastado con alargar el brazo por el pequeño espacio que quedaba entre la estantería y la pared, y despegarlo.

Lo sostuvo con cuidado, procurando no dejar ninguna huella (aunque estaba por ver cómo iba a dejar huellas llevando guantes). De manera instintiva comprobó que el seguro estuviese puesto; no lo estaba. ¡Dios! Lo puso y luego revisó el tambor. Estaba completamente cargado.

Olisqueó la boca del revólver. Habían disparado con él recientemente, aunque, al examinarlo con más detalle, se fijó en que no lo habían limpiado en semanas, meses quizá.

Ginny no era ninguna experta en armas, pero le bastó ver el revólver para saber que Danny tampoco lo era. El arma no estaba cuidada; a juzgar por la suciedad grasienta y el hecho de que el seguro no estuviese puesto aun estando escondida, supuso que su propietario no sabía realmente lo que hacía.

Pero *habían* disparado con ella. ¿Habría sido Danny? ¿Y por qué? ¿La usaba simplemente como pasatiempo para tirar al blanco? Era posible, pero Ginny se inclinaba a dudarlo. Recordó que Pete había intentado despertar el interés de Danny por la caza en cuanto éste tuvo edad suficiente para sostener un rifle, pero según Sonya, fue un desastre. A Danny le daban miedo las armas, cosa que a Pete le había parecido muy poco viril. Entonces, ¿qué hacía con una escondida detrás de su estantería?... ¿Y nada menos que un revólver?

Buscó un número de serie. Estaba ahí, no lo habían borrado; por lo menos tenía algo. Tal vez podría hacer una llamada para pedir un favor y que lo rastrearan.

—¿Qué estás haciendo con eso?

Sonya estaba de pie en el umbral de la puerta, sujetando una bolsa de plástico de Price Chopper. Ginny no la había oído entrar.

—Creía que me habías dicho que habías dejado tu arma en Nueva York —comentó. Ginny no le había hablado de su suspensión; pensó que Sonya ya tenía bastantes cosas en la cabeza—. Preferiría no tenerla dentro de casa, si no te importa.

—No es mía —replicó Ginny después de debatirse brevemente entre ahorrarle o no la verdad a su amiga—. Creo que es de Danny.

Sonya dejó caer pesadamente la bolsa de comida.

—Eso es ridículo.

—La encontré pegada a su estantería con cinta adhesiva. Puedo enseñártelo, si quieres.

Sonya cabeceó, muy despacio. Por la expresión de su rostro, Ginny pudo adivinar que su cerebro iba a toda velocidad.

—¿Estás segura de que es de verdad? ¿De que no es de juguete y quizá se la quedó después de alguna de las obras de teatro de la escuela?

—No la he probado —contestó Ginny—, pero estoy bastante segura de que funciona.

—¿Quieres decir que está cargada?

Ginny asintió, sintiéndose una sádica. Casi cada palabra que salía de su boca hacía que su amiga se sintiera aún peor. Inspiró profundamente.

—Sí, está cargada. Aunque, pensándolo bien, no he encontrado más balas. Sólo las seis que hay en el tambor.

Un atisbo de esperanza se reflejó en la cara de Sonya.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Crees que quizá no era suya? ¿Que quizá se la estaba guardando a alguien?

—No lo sé —confesó Ginny—. Supongo que podría ser.

Sonya sacudió de nuevo la cabeza y luego miró a Ginny directamente a los ojos.

—Crees que esto tiene algo que ver con lo que le pasó, ¿verdad? Quiero decir que seguro que sí. ¿No crees?

—¿Quieres sentarte? No tienes muy...

—Limítate a contestarme. Por favor.

—No lo sé —dijo Ginny—. Es posible. Quizá Danny estuviese involucrado en algo de lo que no estabas al tanto.

—Eso salta a la vista.

Entonces Sonya se sentó en una esquina de la cama; lo cual era bueno, pensó Ginny, porque tenía aspecto de estar a punto de desmayarse.

Ginny trasladó el arma de la colcha al escritorio y a continuación se sacó los gruesos guantes de goma. Tenía las manos sudorosas y arrugadas; tendría que comprar una caja de guantes de látex en la farmacia.

—Me gustaría preguntarte qué más has encontrado —comentó Sonya—, pero ahora me da miedo.

Ginny puso una mano sobre la rodilla de Sonya, pero el gesto le pareció penosamente inapropiado; como si darle palmaditas a sus prácticas mallas marrones fuese a servirle de gran consuelo.

—No había nada —repuso Ginny—. Nada que no encontrases en la habitación de cualquier chico de diecinueve años.

—Alcohol, colillas, condones y pornografía —enumeró Sonya esbozando una

sonrisa.

—Y ni tan siquiera pornografía —matizó Ginny.

—Bueno —dijo Sonya—, fue monaguillo.

Entonces empezó a llorar, sollozando y riéndose al mismo tiempo. Ginny alargó los brazos para abrazarla, y se agarraron la una a la otra en la esquina de la cama de Danny, donde hacía tan poco tiempo ella había estado abrazada a otra persona.

Monique St. Cyr vivía en un camping de caravanas convertidas en residencias situado junto a la autopista de Williamstown; no era la clase de sitio que le trae a uno a la mente imágenes de blancos marginados, antenas parabólicas y coches abandonados, sino una acogedora urbanización custodiada por dos enormes leones de piedra. Nada más llegar había un estanque espejo, de cuya antigua fuente brotaba el agua en impredecibles chorros, y justo al entrar un edificio comunitario decorado con diminutas luces blancas que colgaban como estalactitas de los canales de desagüe.

Ginny dejó atrás con su Chrysler el césped impecablemente cuidado, sus parterres de flores marchitas y ralas por el frío del otoño. Había ocasionales estallidos de color, pero no provenían de la naturaleza: molinetes de plástico con forma de girasoles de un amarillo intenso, y gnomos de jardín de cemento que llevaban alegres sombreros rojos.

En el exterior había algunos ancianos; jubilados que dejaban pasar el día trabajando en el jardín y jugando a las cartas, y que miraron con recelo el coche, cuyo silenciador estaba siendo puesto en entredicho. Incluso para los cánones de este barrio de gente obrera, su Chrysler de 12 años era un trozo de chatarra. Y para colmo, dondequiera que fuese el coche iba dejando un rastro de anticongelante, como las migas de pan en un cuento de hadas.

Se rió entre dientes al percatarse de la mirada recelosa de una anciana vestida con una bata de estar por casa de poliéster, reflexionando sobre el hecho de que en Nueva York, donde el estatus lo era todo, a la gente generalmente no se la juzgaba por el coche que conducía. Hasta los profesionales tienen un «coche para ir por la ciudad», un trasto con cuatro ruedas que pueden aparcar en la calle sin preocuparse de que se lo abran, o incluso, como en el caso de uno de sus vecinos, se lo queme un yonqui aburrido.

Condujo hasta el final del camino y a continuación giró a la derecha, siguiendo las instrucciones que le había dado Monique. Ginny había telefoneado a la joven una hora antes, en cuanto se aseguró de que Sonya estaba bien. Había dejado a su amiga frente a los fogones friendo carne picada, preparándole un *goulash* a Pete para cenar; era un plato que Danny detestaba, y estos días era lo único que Sonya se veía capaz de cocinar.

Ginny subió los escalones de la caravana de doble anchura, pero antes de que pudiese tocar el timbre, la puerta se abrió. Monique estaba esperándola. Logró echar

un breve vistazo a un salón lleno de sus trofeos de animadora antes de que ésta la acompañase afuera.

—Mi *mémé* se ha quedado dormida en su silla —anunció, empleando el argot quebequés para decir «abuela»—. Es mejor que no la despertemos.

—¿Quieres que demos un paseo? —inquirió Ginny.

La chica sacudió la cabeza.

—Tengo que estar cerca, por si... —Lanzó una mirada hacia el ventanal saledizo que destacaba en la caravana como una ampolla. Ginny no sabía si estaba preocupada por la anciana o simplemente le daba terror.

Monique la condujo hasta un par de sillas de plástico blancas y quitó cuidadosamente las hojas que habían caído en la suya antes de sentarse. Era muy menuda, como mucho mediría un metro cincuenta y cinco de estatura y quizá no pasara de los 45 kilos; parecía que la silla de plástico la engullera. Vestía un jersey rosa pálido de cuello vuelto y unos ajustados tejanos blancos. Llevaba el pelo rubio escalonado con un estilo que, por lo visto, jamás había pasado de moda en su ciudad natal; destacaba sus ojos con unas pinceladas de sombra azul mate, y sus labios con un toque de brillo.

—Tal como te he dicho por teléfono —dijo Ginny—, necesito hablar contigo de Danny.

Los ojos de Monique se llenaron de lágrimas al instante. Se las secó con un pañuelo de papel, que sacó tan rápido que sospechó que ya lo tenía a punto.

—Danny era el amor de mi vida —confesó Monique, sollozando delicadamente en el pañuelo—. No sé si podré vivir sin él.

Fuese o no fuese justo, Ginny se sintió repentinamente dominada por el deseo de darle una bofetada: intuía que, le ocurriese lo que le ocurriese a cualquiera que formara parte de la vida de esta chica, todo era debido a ella.

—Lo siento —se lamentó Ginny—. Sé que esto es difícil para ti. Te agradecería enormemente cualquier cosa que pudieras contarme.

La curiosidad venció al drama, aun cuando brevemente. Monique dejó de llorar y alzó la vista para mirar a Ginny.

—¿Sobre qué?

—Estoy intentando averiguar cómo transcurría la vida de Danny antes de morir.

—Pero... ¿por qué?

—Porque sus padres necesitan saber lo que pasó.

Monique arrugó su bonita nariz.

—Pero si todo el mundo lo sabe —repuso—. Ese hombre horrible lo mató para robarle.

—Ese hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Pero ¿qué es usted? —inquirió Monique—. ¿Una especie de detective privada?

—Algo así.

—¡Oh!

—Entonces, ¿me ayudarás? ¿Para que Danny pueda descansar en paz?

Tal como Ginny se había imaginado, el melodrama despertó el interés de la joven.

—¡Claro! —accedió enderezándose en la silla—. Por supuesto.

—Gracias. A ver, ¿desde cuándo os conocíais Danny y tú?

Ella se pasó una mano por el pelo.

—Pues de toda la vida. Los dos fuimos a East. —Nombró la escuela de primaria a la que Sonya y Ginny también habían ido—. Después, en segundo de bachillerato, Danny me pidió que fuese su pareja del Carnaval de Invierno, y me eligieron Reina, y eso que nunca antes había ganado nadie de mi curso. Desde entonces estuvimos juntos. Nos íbamos a casar.

Otra vez empezó a llorar, y Monique se las secó delicadamente. Ginny reparó en que en el pañuelo no había ni rastro de sombra de ojos; Monique tenía cuidado de no estropear su maquillaje.

—¿Te refieres a que estabais prometidos?

—Digamos que no oficialmente. Más bien teníamos planeado prometernos. Yo me estoy sacando el grado básico en el Centro Universitario local, y Danny iba a ir a la universidad en cuanto hubiese reunido el dinero suficiente. Aunque era duro, porque sus padres no le ayudaban en absoluto.

—¿De qué estás hablando? —le espetó Ginny, saltando instintivamente en defensa de Sonya—. Por supuesto que le hubiesen ayudado a pagar la universidad.

—No. Su padre decía que no se gastaría el dinero para que Danny estudiase cualquier mariconada de mierda. Son palabras textuales.

—O sea, ¿que quería que Danny se quedase a trabajar con él?

Monique se encogió de hombros.

—No sé si eso es lo que realmente quería o no. La cosa es que Danny quería estudiar bellas artes o arte dramático; eso le encantaba.

—Pero su padre no estaba de acuerdo.

—Creía que era malgastar el dinero. Si Danny iba a la universidad, quería que estudiase ingeniería o ciencias. Tuvieron una gran discusión sobre el tema en el otoño de segundo de bachillerato, cuando Danny estaba mirando universidades. Su madre estaba de su parte, pero su padre no cedió. Desde entonces Danny casi no le dirigía la palabra, fuera del trabajo, me refiero.

Ginny sintió una punzada de culpabilidad. Sonya no le había comentado nada del tema; probablemente porque Ginny había estado tan desconectada, tan obsesionada con su vida en la ciudad, que durante los últimos dos años pocas veces habían superado los diez minutos de esporádicas conversaciones telefónicas.

—¿De modo que Danny estaba ahorrando para pagarse la universidad?

—Sí —contestó Monique—. Tenía tres trabajos: en la construcción, de camarero en el Skillet, y ayudando en el Café des Artistes.

Ginny sabía que el Skillet era un conocido restaurante de la ciudad; del otro sitio nunca había oído hablar.

—¿El Café des Artistes?

—La cafetería nueva que hay cerca del museo.

—¿Qué museo?

—Esa cosa que han hecho en la antigua planta eléctrica. —La diminuta nariz de Monique se arrugó de nuevo—. En clase de apreciación del arte nos hicieron ir. Pero lo que hay es bastante feo.

—¿Qué horario hacía Danny?

Pensó en ello, sus cejas fruncidas por la concentración.

—Trabajaba con su padre de seis a tres. Después dormía la siesta y trabajaba en la cafetería desde las cinco hasta la medianoche. Al Skillet iba los fines de semana. Estaba tan ocupado que apenas lográbamos vernos. Pero no sabíamos que no nos quedaba mucho tiempo...

De nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas. Ginny se metió la mano en el bolsillo y le ofreció a la chica otro pañuelo de papel, preguntándose por qué sentía por ella una antipatía tan visceral. ¿Era por alguna razón fundada o es que, simplemente, había decidido nada más verla que Monique no era lo bastante buena para Danny?

—Gracias —dijo Ginny—. Me has sido de gran ayuda.

—Haría cualquier cosa para ayudar a Danny. ¡Ojalá me hubiese muerto yo en su lugar!

Ginny no la contradijo.

—Deja que te pregunte algo más, ¿de acuerdo? Y quiero que lo pienses muy detenidamente. —Monique asintió moviendo con solemnidad la cabeza—. ¿Te dio alguna vez la impresión de que Danny tuviese miedo?

Esas cejas finas como lápices se juntaron por la obvia confusión.

—¿De qué?

—No lo sé. De alguien o de algo.

Monique cabeceó.

—Para nada. Danny era la persona más valiente del mundo entero.

—Que tú sepas, ¿se metió alguna vez en algo inapropiado? ¿En algo ilegal?

—Danny *jamás* hubiese hecho eso.

—¿Andaba metido en drogas? Puedes decírmelo, Monique. A él no lo perjudicará, y quizá me ayude a averiguar lo que pasó.

—No. No andaba metido en drogas. A lo sumo fumaba marihuana muy de tarde en tarde.

A Ginny le sorprendieron sus enormes ojos azules ahumados. Si Monique estaba

ocultando algo, se le daba bien.

—De acuerdo —repuso Ginny—. Una cosa más. ¿Viste alguna vez a Danny con un arma?

—¿Se refiere a un arma como las de caza?

—Me refiero a un revólver.

—¿Está usted *loca*? —Monique se levantó de su asiento tan deprisa que la endeble silla de plástico cayó hacia atrás—. ¿Qué es lo que intenta? ¿Sugerir que Danny era una especie de criminal?

—No. Por supuesto que no. Sólo intento averiguar lo que le ocurrió.

—Todo el mundo sabe lo que ocurrió. Ese loco lo mató para robarle el dinero, e irá a la cárcel y lo condenarán a pena de muerte.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Monique, que habían adquirido el mismo tono cereza que las bebidas heladas de fruta que Ginny y Sonya solían comprarse en la tienda de la esquina en el camino de vuelta a casa desde la escuela.

Ginny ignoraba por qué le había venido a la memoria esa analogía concreta; el hecho de estar en su ciudad natal mezclaba pasado y presente, difuminando la línea del tiempo de tal modo que debía esforzarse para recordar si algo había pasado esa mañana o hacía veinte años.

Y acostarse con Jimmy Griffin no le había ayudado.

—Tranquila —le pidió Ginny—. No estoy intentando ensuciar el nombre de Danny, te lo juro. Su madre y yo somos íntimas amigas prácticamente desde el día en que nacimos.

Monique se sorbió los mocos, la miró con recelo, y después puso bien la silla y se sentó de nuevo.

—Vaya —dijo—, ¿por qué no me lo había dicho?

Capítulo 10

Ginny volvió a su coche con intención de ponerlo en marcha, pero dejó que su cabeza cayera hacia atrás apoyándose en la gastada tapicería burdeos. Cerró los ojos, sólo por un minuto, tratando de eliminar el dolor de cabeza que trepaba desde sus hombros contraídos.

«¡Maldito seas, Pete Markowicz!». ¡Hacer que su único hijo tuviera tres trabajos para pagarse la universidad, porque no le gustaba lo que el chico quería estudiar! Era un completo neanderthal, exactamente la clase de escoria intolerante de la que ella se había alejado marchándose de la ciudad.

Sonya jamás le había dicho nada al respecto. De hecho cuando le había preguntado acerca de los planes universitarios de Danny, ella siempre había eludido sus preguntas con vagas respuestas acerca de que todavía estaba pensando lo que quería hacer. Si se hubiese preocupado un poco por alguien aparte de sí misma, se habría dado cuenta de que su mejor amiga tenía sus propios problemas.

Y ella conocía a Sonya lo suficiente como para adivinar lo que debía de estar pensando ahora mismo. Si hubiese insistido más y se hubiese atrevido a contradecir a Pete y enviar a Danny a la universidad, éste no se habría dedicado a dar vueltas por la ciudad. Y todavía estaría vivo.

Abrió los ojos y puso en marcha el motor. En el suelo del asiento del pasajero había una bolsa de Molly's con algunas de las delicias que Jimmy había traído; ¿en serio fue solamente ayer? Su intención había sido ofrecérselas a Monique para romper el hielo, pero se las había dejado en el coche.

Pues bueno, abrió la bolsa y extrajo una galleta con una cara sonriente dibujada, una gruesa capa naranja debajo de una sonrisa desdentada hecha con chocolate. El mordisco provocó una cascada de migas que cayeron por todo el asiento; estaba un poco rancia, pero todavía sabrosa. Examinó el contenido restante: un trozo de pastel de limón, un pastel de chocolate relleno de crema, un pastelillo de chocolate cubierto de nueces y un *donut* bañado en chocolate.

Este último le hizo sentir a Ginny una oleada de culpabilidad, y le recordó su misión. Puso la primera marcha y se disponía a salir de su plaza de aparcamiento cuando sonó el móvil. Echó un vistazo al identificador de llamada, reprimió el impulso de dejar que saltara el buzón de voz, y contestó. Su colega de Nueva York no se merecía eso.

Pese a que teóricamente no tenían mucho en común, Samantha Salgado no era sólo su compañera de trabajo; era su mejor amiga en el cuerpo. Y Ginny debía reconocer que muchos amigos no tenía.

Después de todas sus nociones románticas acerca de la fraternidad y «la delgada línea azul» (la policía, que separa a la sociedad de la delincuencia), para Ginny había sido bastante decepcionante descubrir que no era tan sencillo hacer amistad con sus colegas policías. No sabía muy bien por qué, aunque la primera parte de su carrera la pasó tratando de averiguarlo.

No podía ser simplemente porque ella procediese de una pequeña ciudad y la mayoría de ellos fueran nativos de Nueva York; o porque su inclinación a leer novelas (nada demasiado intelectual, sólo el tipo de libros que Oprah Winfrey recomendaba en su club de libros) fuera causa de burlas por su inteligencia. No, probablemente estuviese más relacionado con el temperamento. O quizás, y esto era algo en lo que Ginny prefería no pensar, estaría como pez fuera del agua nadase donde nadase.

—Hola, Sam.

—¿Ginny? ¿Dónde demonios estás? Llevo llamando a tu apartamento desde...

—He tenido que venir a los Berkshires. Ha muerto un familiar de mi mejor amiga.

—Lo siento —repuso Sam—. ¿Y cuándo coño vuelves?

En lo que a educación se refiere, Ginny y Sam no podían ser más distintas: Sam había crecido en una inmensa y adorable familia dominicana en el Upper Manhattan. Su padre había sido policía, igual que dos de sus hermanos; otro, la oveja negra de la familia, estaba en el cuerpo de bomberos. Era una mujer fuerte a rabiar, con un vientre duro como una roca y una boca que avergonzaría a un marino mercante. Pero podía bailar hasta las cuatro de la madrugada, y le encantaba hacer de alcahueta: había intentado que Ginny se interesara en cada uno de sus hermanos solteros, por orden descendiente de edad.

—No sé cuándo volveré —contestó ella—. Tengo que ocuparme de un montón de cosas.

—Bueno, pues mueve el culo y ven aquí, y ocúpate de esta mierda —comentó Sam—. Si tengo a Jackson de compañero un día más, le corto las pelotas.

—Tal vez mejore como policía.

—En serio, *chica*, las cosas no están bien. El Departamento de Asuntos Internos de la policía me tomó ayer declaración.

Ginny sintió que le propinaban un frío puñetazo en la barriga.

—Lamento que te hayas visto involucrada en...

—¡Que se jodan! No les di ni una mierda a esos canallas hijos de puta. ¿Qué dice tu delegado?

—No he hablado con él desde que estoy aquí. Estoy segura de que me llamará si me necesita.

Sam permaneció un minuto en silencio, algo tan impropio en ella que a Ginny le

dieron escalofríos.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Sam al fin—; no pensarás cruzarte de brazos y dejar que te jodan, ¿no?

—No, no lo haré.

—Mike Scott se lo está cantando todo a cualquiera que ve con una placa dorada. Tienes que explicar tu versión.

—Es un poco tarde para eso.

—¡La puta de oros!

—Escucha, Sam, de verdad que tengo que colgar. Lo siento. Luego te llamo.

—Más te vale —replicó Sam, y colgó.

Le dio vueltas a la conversación mientras conducía de regreso al centro de la ciudad. Había un coche frente a la comisaría; hoy debía de haber trajín. Ginny estacionó en una de las plazas en batería, cogió la bolsa de la pastelería y entró. No había nadie en el mostrador frontal; llamó en voz alta, y por fin un agente uniformado apareció en la entrada, atusándose el pelo revuelto.

—Tú otra vez —constató—. Vienes a ver de nuevo a Jack el Saltimbanqui, ¿eh?

Era el mismo hombre que la había dejado pasar la primera vez, el conocido de su infancia que tanto había admirado su minifalda de topos; en esta ocasión ni siquiera le pidió un *donut*.

—Sí —contestó ella—. He venido a ver qué tal le va. ¿Estás tú solo vigilando el fuerte?

Él se encogió de hombros. Tenía pintalabios en el cuello, además de un chupetón de tamaño considerable. Quienquiera que fuese la propietaria del vehículo estacionado junto al de Ginny saltaba a la vista que estaba aquí por asuntos policiales serios.

—¿Quieres llevarle su cena? —inquirió el policía—. Yo, mmm..., aún no he podido hacerlo.

—Estás atareado, ¿eh? —preguntó una Ginny impasible.

Él se frotó el cuello.

—Mmm..., sí. Hay un montón de papeleo. —Le abrió la puerta, ofreciéndole un juego de llaves y una bolsa de papel—. Es un sandwich de queso del Skillet —anunció—. No lo pierdas; Jack se ha vuelto vegetariano.

—No me digas.

Él puso los ojos en blanco.

—Es un bicho raro.

Tras eso, volvió a su reunión policial de alto nivel. Ginny reparó en que al alejarse andando, los pantalones de su uniforme no ocultaban del todo el hecho de que se tomaba su trabajo con *enorme* interés.

Se rió en voz baja al tiempo que cambiaba las dos bolsas de comida a su mano

izquierda mientras con la derecha abría la puerta del bloque de celdas. Jack seguía siendo el único detenido: las dos primeras celdas estaban vacías.

—¡Hola, Jack! —chilló—. Soy Ginny Lavoie. Te he traído la cena. Lamento no haberte conseguido algo de ropa todavía, pero vengo con unas cuantas cosas de Molly's, ¿de acuerdo?

Él no respondió. Dos pasos después, de pie frente a su celda, Ginny supo por qué.

Capítulo 11

No fue un suicidio fácil. Jack O'Brien el Saltimbanqui tuvo que esmerarse por acabar con su vida: había requerido determinación y a la par ingenuidad.

La policía local había sido incluso lo bastante previsora como para sacar los cordones de las botas militares de Jack; tuvo que encontrar otra cosa con la que ahorcarse. De modo que se había quitado el mono y había colocado con cuidado la cabecera del catre en posición vertical, para asegurarse de que no cayera debido a su peso.

Había enroscado el mono hasta formar un nudo, que ató a la barra superior de la cabecera: ésa era la parte ingeniosa. La determinación se había producido cuando metió la cabeza en el anillo del soso mono gris, se inclinó hacia delante y dejó que el propio peso de su cuerpo lo estrangulara.

Debió de haber al menos varios segundos, pensó Ginny, quizás hasta un minuto, mientras él aún estaba consciente, luchando por respirar. Lo único que habría tenido que hacer era ponerse de pie y eliminar la presión sobre su cuello, y hubiese podido respirar. Morir de esta forma requería un verdadero acto de voluntad.

—Pero ¿qué demonios...?

Era el policía uniformado; tenía los ojos desmesuradamente abiertos y sujetaba con la mano una botella de Yoo-hoo. Se estrelló contra el suelo en una explosión de cristal y batido de chocolate.

—Me he, mmm..., me he olvidado darte su bebida...

—Está muerto —declaró Ginny.

Él seguía mirándola atónito, sin hacer movimiento alguno en dirección al cadáver.

—Tenemos... será mejor que alguien llame a una ambulancia.

—Ya he comprobado su pulso —repuso ella—. Está muerto.

—Tengo que llamar a una ambulancia —insistió él, que continuaba sin moverse.

—Buena idea —dijo Ginny, mirando alrededor de la celda. No había casi nada en ella; simplemente un viejo ejemplar de la revista *Rolling Stone* y un manoseado manual de los *Boy Scouts*. Jack el Saltimbanqui había sido un Águila Exploradora.

Hojeó el manual, buscando directamente si había algo escondido entre sus páginas. No había nada. Pero el interior de la contracubierta ocultaba unas líneas escritas a mano, una letra de escolar sorprendentemente nítida.

Última voluntad testamento del Sargento Jack V. O'Brien.

A Donny de Pizza House le dejo mis 3 National Geographics.

A la biblioteca le dejo mi estrella de Bronce por servicios meritorios.

A...

—¿Qué estás haciendo? —inquirió el policía, saliendo al fin de su estupefacción. La expresión de su rostro era de horror; como si pudiera ver el testamento y en él apareciese su nombre—. Tienes que irte de aquí. No deberías estar aquí.

—Déjame, simplemente...

—Tienes que irte —repitió él. Ginny vio que el hombre se estaba poniendo rojo, pero seguía sin estar ni mucho menos tan morado como Jack. Más bien se parecía, pensó, al tono de pintalabios de su cuello lleno de chupetones.

Ginny no fue capaz de volver a casa de Sonya. Sabía que era detestable por su parte dejar sola a su amiga, pero necesitaba cierto tiempo para sí misma. Había sido un día horrible, y sólo eran las seis y media.

Y realmente necesitaba una copa.

Estuvo un rato dando vueltas con el coche, y por fin se dirigió a Union Street. Pasada la manzana estaba la fábrica vacía donde Danny había muerto, pero Ginny no llegó tan lejos. Aparcó delante de un bar, un lugar destartado por delante del cual había pasado durante años pero en el que, en realidad, nunca había entrado. Tenía una iluminación tenue, un suelo pegajoso y un aura de no haber sido ventilado desde los tiempos de Eisenhower. Era exactamente lo que le apetecía.

El bar estaba medio lleno, pero ella era la única mujer que había. No le importó. En su profesión se había acostumbrado a ser como un varón más. Por costumbre, evaluó a la multitud; en su mayoría hombres con ropa de trabajo sucia que tomaban una copa rápida antes de ir a casa, además de unos cuantos bebedores incondicionales anclados en sus taburetes.

Tomó asiento en un extremo de la barra. Todos los ojos estaban puestos en ella, pero le importó un comino.

—¿Qué le apetece? —preguntó el dueño del bar, haciendo un esfuerzo simbólico por limpiar la barra con un trapo sucio.

—Una cerveza y algo que me suba el ánimo —pidió ella.

Él asintió como en señal de aprobación, abrió una botella de cerveza Michelob y le sirvió una copa de Jack Daniel's. Ella se la bebió de un trago, sintiendo cómo el delicioso calor descendía hasta sus entrañas, y luego tomó un largo sorbo de cerveza. Si su madre supiera dónde estaba ahora mismo su pequeña, y lo que hacía allí, se habría muerto de vergüenza. Eso, si no estuviese muerta como estaba, claro.

Compró un par de bolsas de frutos secos mezclados; le apetecían más que los huevos y pies de cerdo en salmuera que había en el extremo de la barra, flotando en sus respectivas jarras como una especie de fallido experimento científico. Se terminó su cerveza y a continuación pidió otra ronda; estaba lo bastante cerca de casa de Sonya como para ir andando si bebía demasiado.

Se tomó el segundo trago, aunque fue ligeramente menos satisfactorio que el primero. Ginny se instaló en un reservado y alargó las piernas poniendo los pies sobre

la banqueta de enfrente; su cuero agrietado estaba casi tan pegajoso como el suelo, pero no le importó.

Liberando la tensión de su cuerpo mientras el alcohol entraba en él, su mente le recordó la razón principal por la que había vuelto a casa. Danny.

¿Qué sabía de él? Tenía 19 años, lo quería todo el mundo (a excepción, probablemente, de la persona que lo había golpeado hasta dejarlo irreconocible). Era guapo y atlético, le gustaba actuar y cantar, y escribir poemas cursis. Tenía una guapa novia que, aunque apenas tenía dos dedos de frente, lo había querido con devoción. Se ocupaba meticulosamente de su camioneta pick-up verde oscura, que habían encontrado estacionada en un lago cercano la noche antes de que su cadáver fuera descubierto.

Quería ir a la universidad, y estaba dispuesto a dejarse la piel trabajando para conseguirlo. Fumaba algún que otro cigarrillo, tomaba alguna que otra copa, se liaba algún que otro porro, utilizaba algún que otro condón; hasta ahí no había nada escandaloso. Entonces, ¿qué hacía con un revólver del calibre 38? ¿Y por qué iba alguien a quererlo muerto?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó una voz sobre su cabeza—. Pero ¡si tenemos aquí a la mismísima Angie Dickinson!

Ginny levantó la vista; la última persona en el mundo a la que tenía ganas de ver estaba frente a ella. El jefe de policía Rolly lucía una barriga enorme que colgaba sobre la hebilla de su cinturón, y una expresión hosca en el rostro. Por un momento creyó que hablaba con alguien más, pero resultó que estaba solo.

Ginny inspiró hondo. Aún estaba lo bastante sobria como para enfadarse, y rápido.

—¿Cómo dice? —replicó.

—Ya sabes —contestó él—. Como en la serie de televisión «La mujer policía».

—Eso fue un poco antes de que yo naciera —objetó ella.

—¿Te importa que me siente? —inquirió él, procediendo a hacerlo. El viejo asiento crujió bajo su peso—. ¿Quieres otra copa? —Se volvió al dueño del bar y pidió a gritos—: Trae otra ronda para Angie, ¿eh, Frank? Coger a los malos da mucha sed.

Ginny estuvo a punto de decirle al dueño que no con un gesto, pero decidió que daba igual; estaba bien que ese gordo bastardo la invitara a una copa.

Conocía a Rolly de toda la vida: había sido jefe de policía desde que ella iba al instituto, cargo que supuestamente logró porque nadie más lo quería. Se decía que había entrado en la policía tras una carrera fallida como profesor de secundaria en Pittsfield, donde por su increíble vagancia había impartido clases enteras sin levantarse una sola vez de su silla. Los alumnos se lo habían comido vivo.

Como jefe de policía, el trabajo de Rolly había sido pasable; era difícil hacerlo

mal en un lugar donde no había prácticamente ningún delito más allá de un robo o una pelea de bar esporádicos. Pero asimismo era un secreto a voces que a cualquiera que cruzara el pueblo en coche habiendo cometido el crimen de ser hispano o asiático (o, Dios no lo quisiera, negro), lo obligaban a parar, lo esposaban y lo multaban por una cosa u otra. Por lo menos así era cuando ella era joven; quizá Rolly se hubiese ablandado con la edad.

—Una poli de una gran urbe debe de aburrirse bastante por aquí ¿no? —preguntó Rolly, zampándose la mitad de su cerveza y comiéndose los frutos secos de Ginny.

Ella apuró su copa y miró a Rolly con la actitud crítica que habitualmente reservaba para los delincuentes en la sala de interrogación. Llevaba puesta una cazadora encima de una camisa de sport de color marrón claro (al menos no bebía cuando iba uniformado), y había perdido pelo hasta tal punto que éste sólo podía cubrirle el cuero cabelludo gracias al peinado ladeado más meticuloso que Ginny había visto jamás. Y eso que durante once años en el Departamento de Policía de Nueva York había visto bastantes.

—Pero en la ciudad —contestó ella— no puedes tomarte una copa y una cerveza por tres dólares.

Rolly dio un manotazo sobre la mesa.

—¡Seguro que no! —exclamó con una risita, y su barriga vibró como si fuera un desagradable Santa Claus—. Seguramente allí te costará un ojo de la cara, ¿no?

—La mayoría de las cosas cuestan un ojo de la cara —respondió Ginny. El peculiar sentido del humor de Rolly la desconcertó; ¿sería posible que no le hubieran informado sobre lo de Jack? ¿Y no tendría ni idea de que ella había encontrado el cadáver?

—¿Qué tal va todo en la comisaría? —inquirió ella.

Rolly no se limitó a picar en el anzuelo; abrió la boca de par en par y se lo tragó.

—No demasiado mal —contestó él—. De hecho, hoy los contribuyentes se han ahorrado un montón de dinero.

Ginny apretó los dientes.

—¿Ah, sí?

—Jack O'Brien se ha suicidado. Ese loco hijo de puta se ha ahorcado en su celda.

—¿Así que usted va para allá?

Él se encogió de hombros; su barriga levantó la mesa.

—¿Qué prisas hay? El tipo no dejará de estar muerto.

Ginny tuvo ganas de partirle la botella de cerveza en la cabeza.

—Escuche, Rolly, ya que estamos hablando de poli a poli... ¿qué le hace estar tan seguro de que fue Jack quien mató a Danny? Según tengo entendido, no hay pruebas de que cometiera un delito mayor que el de robar el billetero de Danny.

—El tipo fue su propio juez, jurado y verdugo.

—¿Nunca se le ocurrió pensar —inquirió ella— que, quizá, después de vivir en la calle durante treinta años, simplemente no pudo soportar estar encerrado?

Él la miró, entornando los ojos como si intentara distinguir las letras de un test de agudeza visual. A continuación apuró su cerveza, se metió en la boca el resto de frutos secos y se puso de pie.

—Bueno, supongo que será mejor que me vaya. Tengo un pequeño desastre que arreglar.

Rolly le guiñó el ojo (se lo guiñó de verdad) y anduvo lentamente hacia la salida del bar, dando palmadas en otras espaldas a su paso hasta llegar a la puerta. Ginny se volvió a concentrar en su bebida, preguntándose si necesitaría una cuarta ronda para apartar de su mente el rostro morado de Jack O'Brien.

—¡Vaya, qué sorpresa!

Ginny alzó de nuevo la vista; esta vez el hombre que tenía delante era cinco años mayor que ella, llevaba un espeso bigote negro y un polo de la compañía de televisión por cable. Le dio la mano y ella la aceptó, pensando en el hecho de que para beber en paz tendría que cruzar la frontera del condado.

—Ya estás invitándome a una cerveza —dijo su nuevo acompañante—, o le diré a mi madre que estabas sentada en alguna parte que no es su salón.

Le sonrió. Ella y su primo George nunca habían sido íntimos, pero siempre fue un tipo simpático.

—Tía Lisette está intentando convencerme de que vaya a su casa.

—¡No fastidies! —Él sacudió la cabeza—. Ninguno de nosotros podrá estar tranquilo mientras no vayas a comer su carne asada. Así que anda de una vez, ¿vale?

Ella gesticuló hacia el asiento libre; no le apetecía tener compañía, pero George no merecía que le hiciera un desaire.

—¿Te quieres sentar? Si prometes no chivarte a tu madre, te pago las copas durante lo que queda de noche.

Él le devolvió la sonrisa, mostrando un grupo de dientes torcidos; tío Roger no costeó ninguna ortodoncia.

—De acuerdo —accedió George—, pero sólo una copa rápida. Si vuelvo a llegar tarde a cenar, mi mujer se enfadará.

Él tomó asiento; dio la impresión de que el banco estaba mucho menos traumatizado por el peso de su cuerpo que por el de su anterior ocupante. Dedicaron media hora a ponerse al día: George, hablando con entusiasmo del promedio de bateo de su hijo en la Liga infantil de béisbol y las motonieves que había pedido para él y su mujer por su decimoquinto aniversario de bodas; Ginny, le contó unas cuantas batallas del Departamento de Policía de Nueva York. Resultaba extraño estar allí sentada hablando con él: George era el mayor de sus primos, prácticamente el pariente vivo más cercano que tenía aparte de su padre, y era casi un desconocido.

—Bueno, será mejor que me marche —anunció George, apurando su segunda cerveza—. Ha sido un verdadero placer...

Fue interrumpido por un alboroto procedente del otro extremo del bar; voces de indignación, el golpe de un taburete al caerse, el ruido de cristal al romperse. Ginny se levantó para ver lo que sucedía. El local se había vaciado considerablemente desde que Rolly se fuera, y en el bar sólo quedaba un puñado de hombres.

—Estás mintiendo, sabandija —gritaba el dueño del bar—. Te vi llevándote los veinte del bar. Te dije la semana pasada que no te acercaras por aquí. Si tu madre y yo no volvimos...

—¡Que te jodan! —chilló una voz desde el suelo—. No me llevé ni una mierda.

Ginny avanzó varios pasos y vio a un hombre delgado como un palillo que se disponía a levantarse del suelo. Tenía cercos de sudor en las axilas de su sucia camiseta blanca, y sus Levi's le iban holgados como si la cintura fuese quince centímetros demasiado grande. La mirada de sus ojos (medio maníaca, medio ausente) le indicó que estaba drogado.

—Lárgate de aquí, Bobby —ordenó el dueño del bar—. Antes de que llame a la policía.

—¡Que te jodan!

—He dicho que te esfumes.

El hombre lo miró enfurecido.

—Ven tú a buscarme. Échame tú. Tú...

Cogió un fragmento de cristal roto del suelo y se levantó de un salto. Cruzó con él el rostro del dueño del bar, produciéndole una fea herida roja en la mejilla en sentido descendente; después se volvió amenazando con el puntiagudo cristal a los allí presentes. Todo el mundo titubeó un instante; todo el mundo, claro está, menos el anciano borracho que había en el otro extremo del bar, quien parecía no darse cuenta de que algo pasaba.

Ginny buscó su pistola; descubrió que no la llevaba; se maldijo a sí misma.

Entonces, cuando el yonqui dirigió momentáneamente la atención al dueño del bar, que no paraba de sangrar, ella dio dos rápidos pasos hacia delante y lo tumbó levantándole los pies del suelo con una simple patada. El hombre aterrizó boca arriba, todavía agarrando el trozo de cristal. Ginny le pisó la muñeca hasta que él lo soltó, y cuando trató de incorporarse, ella lo golpeó en la mandíbula. Luego lo giró boca abajo y le sujetó las manos por detrás, impidiendo que se moviera con una rodilla sobre su espalda.

Todo esto había durado tres segundos. Los hombres la miraron atónitos, en silencio. Después su primo George silbó en voz baja.

—Si mi madre me pregunta —comentó—, le diré que te has ido de la ciudad.

Capítulo 12

Por primera vez en diez años, Ginny entró en la casa donde había crecido; no en la habitación con sus pósters de Duran Duran y alfombra morada, sino en la zona de trabajo del sótano. Su decoración era menos extravagante: mesas de acero, tubos de plástico, recipientes de sustancias químicas. El olor del líquido de embalsamar, acre pero curiosamente dulce, la devolvió a una edad más inocente.

¿Cuánta gente podía decir eso?, se preguntó.

Tumbado sobre una mesa, sin tan siquiera una toalla que cubriera su desnudez, estaba el difunto Jack O'Brien. Junto a ella se hallaba Bernie Collier, el embalsamador al cual había formado el padre de Ginny nada más acabar el bachillerato.

—Te agradezco lo que haces —le dijo Ginny—. No quiero causarte problemas.

—¡Que se jodan esos bastardos! —exclamó él.

Los bastardos en cuestión eran sus jefes, la corporación nacional que había comprado la Funeraria Lavoie, conservando el nombre para hacerle creer a la gente que el negocio era el mismo y despidiendo rápidamente a todos los trabajadores. Pero cuando salió a la luz que la compañía maximizaba beneficios enviando a embalsamar los cadáveres fuera de la ciudad (llevándolos y trayéndolos en camión de Springfield a media noche, como trozos de carne de vaca que llevasen a la planta de embalaje), la gente se enfureció, y la compañía se vio obligada a contratar otra vez a todos los empleados. Bernie, con dos hijos en la universidad, no tuvo más remedio que aceptar su oferta, con reducción de sueldo incluida.

Por eso, cuando Ginny llamó a la puerta trasera, preguntando si estaba dentro el cadáver de Jack el Saltimbanqui, él la dejó pasar sin dudarle; le importaba un comino que su jefe armase un cirio si se enteraba. ¡Al diablo con esos bastardos!

—¿Buscas algo en particular?

Ella le lanzó una mirada a Bernie; su espeso bigote negro tenía ahora vetas grises. Siempre se había quejado de que absorbía el olor químico, recordó, pero era demasiado presumido para afeitárselo.

—Francamente, no lo sé —contestó Ginny—. Es que no me puedo creer que no vayan a hacerle una autopsia.

—Las autopsias cuestan dinero. Además, ¿dónde está el misterio? El juez de instrucción ya ha firmado el certificado de defunción.

—Recuerdo al juez de instrucción —comentó Ginny—. También está en el control de animales.

—Y hace un trabajo realmente bueno en ambas cosas.

Ginny miró fijamente el cadáver, penosamente delgado sin sus capas de uniforme militar a base de excedentes y sus chaquetas de segunda mano. Jack tenía tatuajes en ambos brazos; la mayoría de ellos eran símbolos militares, pero había un corazón rojo con el nombre de Barbara.

—¿A ti qué te parece? —inquirió ella.

—Verás, he visto unos cuantos suicidios por ahorcamiento. —Resiguió la inflamada marca de ligadura alrededor del cuello de Jack, justo debajo de la barbilla—. Y todos eran exactamente iguales que éste.

Junto a la mesa había un taburete de ruedas; Ginny le propinó una patada y éste cruzó la habitación y se estrelló contra la pared.

—¡Maldita sea!

—Perdona, pero ¿por qué te importa tanto este hombre?

—Porque le dije que lo sacaría a la calle —respondió ella—. Y debería haber sabido que pasaría esto. El tipo era un enfermo mental. Cualquier retrasado mental hubiese sabido que no aguantaría mucho tiempo encerrado en una celda.

—Quizá no hubiese aguantado mucho de todas formas.

Bernie levantó el brazo izquierdo de Jack para enseñarle el dorso de la muñeca. Estaba llena de cicatrices entrelazadas; algunas desdibujadas, otras tenían más o menos un año de antigüedad.

—A juzgar por su aspecto, ya había intentado suicidarse antes. En más de una ocasión.

—¡Virgen santa! —exclamó Ginny—. ¡Pobre desgraciado!

—Creía que había matado a Danny Markowicz. ¿Su madre no era tu mejor amiga de la escuela?

—Jack no lo hizo. Tú lo conocías, Bernie. El tipo estaba como una cabra, pero era incapaz de matar una mosca. Simplemente fue el blanco más fácil al que culpar. Caso cerrado.

—Bueno, yo no soy médico, pero aquí no veo nada en él que me indique que no se suicidó. Ni magulladuras ni nada.

—Lo que corrobora mi teoría —replicó Ginny, acercándose más al cadáver—. Fíjate en sus manos. Si la semana pasada hubiese golpeado a Danny hasta matarlo, aún tendría los nudillos rascados. O incluso si hubiese utilizado un bate o un tubo o algo, debería tener algunas marcas en el cuerpo, ¿no? Quiero decir que Danny no era un gigante, pero era fuerte. No se habría caído al suelo de un soplo.

Bernie abrió la boca para decir algo, pero, al parecer, lo reconsideró. Ginny vio cómo se acariciaba el bigote y volvía a cambiar de opinión.

—No creo que Danny opusiera demasiada resistencia —comentó—. Sólo tenía un arañazo en un nudillo de la mano derecha.

Ginny tardó un segundo en comprender lo que le había dicho.

—¡Oh, Dios mío! Lo has embalsamado.

Un asentimiento desolador.

—Sí.

—Ni siquiera sabía que aquí os ocupasteis del funeral. Estaba tan preocupada por Sonya, y sólo se ofició una misa en la iglesia...

—No hubieras podido verlo —declaró Bernie—. No en el estado en que estaba.

—Le dije a Sonya que pidiera el informe de la autopsia al condado, pero no ha llegado. ¿Podrías decirme... qué aspecto tenía?

Bernie sacudió la cabeza, con pesar más que con rechazo.

—Créeme, Gin. Es mejor que no lo sepas.

—Tienes razón —accedió ella—, pero dímelo igualmente.

Él acarició de nuevo su bigote con aire pensativo.

—En toda mi carrera no he visto nunca a nadie tan brutalmente golpeado. Por debajo del cuello apenas tenía marcas, pero por encima... ¡Dios! Era como si quienquiera que lo hizo desearse borrarle la cara.

La mandíbula de Ginny se tensó.

—La causa oficial de la muerte fue traumatismo craneal generalizado.

—Sí, bueno, eso no le hace justicia.

—El agresor debió de cubrirse de sangre —dijo Ginny más para sí que a Bernie—. ¿Y no había ninguna marca más en su cuerpo?

—Algunas magulladuras antiguas, las propias de un chico activo. Nada demasiado serio. La única herida reciente que tenía por debajo del cuello estaba en su antebrazo, la lógica del que intenta protegerse. —Levantó su brazo derecho y se frotó un lunar que tenía por debajo del codo—. El hueso estaba roto. Debió de dolerle horrores.

—Sí —convino Ginny—, pero no por mucho tiempo.

Ginny salió de la funeraria a la luz dorada de una radiante mañana de otoño. Las noches habían sido suficientemente frías para que las hojas empezaran a cambiar, naranja intenso y amarillo y rojo en contraste con la hierba todavía verde. Era un día de postal de Nueva Inglaterra, el otoño en todo su esplendor. El tipo de tiempo que a Ginny siempre le entristecía un poco: todo era tan bonito, y muy pronto estaría todo muerto.

Sacudió la cabeza, riéndose entre dientes. «No seas tan pesimista». Eso es lo que solía decirle su madre cuando adoptaba esa actitud en la que podía encontrar defectos hasta a lo más bonito. «Ya ha vuelto a salir la señorita Malhumorada», decía su madre con voz afectuosa y al tiempo exasperada.

Ginny se dirigió a Main Street, donde había estacionado su coche por miedo a quedarse atascada entre el tráfico de un funeral. Su trayecto la llevó a unos cuantos pasos de los Perritos Calientes de Jack, otro flash culinario del pasado. El aroma era

tan embriagador como siempre, pero la descripción hecha por Bernie de las heridas de Danny le había quitado el apetito.

«Era como si quienquiera que lo hizo desearse borrarle la cara». Bernie había descrito un ataque motivado por tanta ira que parecía que el asesino hubiese querido borrar la mismísima existencia de Danny. Un crimen pasional.

Pero no había heridas defensivas de las que hablar. Eso le indicaba a Ginny que Danny había confiado en su atacante, o que como mínimo lo conocía. La camioneta de Danny había sido estacionada en el Fish Pond, como de costumbre sin cerrar, pero aparentemente intacta.

Así pues, ¿fueron él y su asesino juntos hasta la fábrica? ¿Y qué estaba haciendo Danny allí? Aunque establecer la hora de la muerte no era una ciencia exacta, el médico forense creía que Danny había muerto el lunes, el mismo día de su desaparición. Su cuerpo yació ahí hasta la mañana del martes, cuando fue descubierto por un par de artistas neoyorquinos interesados en un *loft* barato.

—¡Ginny! —chilló una voz—. ¡Maldita sea! Si es Ginny Lavoie. No me lo puedo creer.

Al volverse vio a una mujer en la cincuentena, acompañada de una niña de unos 12 años y un niño pocos años menor. La mujer estaba angustiosamente delgada, toda huesos y facciones marcadas; tan esquelética, que a su lado Jack el Saltimbanqui era un buen candidato para hacer una dieta para adelgazar. Se detuvo y la miró sin un destello de reconocimiento.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Belco. De las *Girl Scouts*. ¡Ginny Lavoie! Joder, no me lo puedo creer. Hacía siglos que no te veía.

Ginny la miró con los ojos entornados; el nombre y los recuerdos no cuadraban con la persona que tenía frente a ella. Belinda Cooper (Belco era su apodo dentro del equipo de atletismo del instituto) iba un curso por debajo de ella, lo que significaba que parecía veinte años mayor de lo que era en realidad.

El paso del tiempo no la había tratado bien. Los ojos de Belco estaban hundidos en sus cuencas, y tenía unas ojeras marcadas por los semicírculos oscuros del agotamiento. Su pelo rubio en punta mostraba un dedo de gris en las raíces, y su ropa manchada le iba tan holgada que parecía un espantapájaros. Sus movimientos eran espasmódicos e inconexos; no era necesario que Ginny estuviera en Narcóticos para saber que se drogaba. Igual que el tipo del bar.

—¡Eh, niños! —le dijo la mujer a los niños, que se habían quedado retrasados para ver un escaparate—. Venid aquí a conocer a una antigua compañera de mamá. —Actuaron como si no la hubiesen escuchado, lo que al instante hizo que su pálida cara se enrojeciera por la rabia y la vergüenza. Belco era la persona más inestable que Ginny había visto jamás—. *¡He dicho que mováis el culo! ¡Venid!* —les gritó.

El niño se encogió, pero la niña ni siquiera parpadeó; se limitó a coger a su

hermano de la mano y acompañarlo hacia donde estaban las dos mujeres. Por la expresión de resignación de los rostros de los niños, Ginny tuvo la sensación de que su madre no podía hacerles nada peor de lo que ya les había hecho.

Capítulo 13

—Ésta es Ginny —dijo Belco—. Era una auténtica estrella del atletismo en aquellos días. Fueron buenos tiempos, ¿eh, Gin?

—Sí —contestó Ginny—. Escucha, tengo un poco de prisa, así que...

—¿Puedes comprarme un perrito caliente? —Era el niño, que la miraba con ojos suplicantes y la cara sucia. Su voz era más añorada que su aspecto—. Mamá no tiene dinero.

—Joey. —La niña le dio un codazo a su hermano en el costado.

—Cierra tu estúpida boca. —Belco agarró al pequeño del hombro y lo sacudió, hundiendo los dedos en su carne. Él chilló de dolor. Ginny cogió a la mujer por la muñeca y apartó su mano del niño. Fue un movimiento instintivo: los detectives de Víctimas Especiales también investigan los crímenes contra los niños, y a Ginny le resultaba imposible quedarse cruzada de brazos cuando veía que le hacían daño a un niño.

—No es una buena idea —dijo Ginny.

Belco abrió la boca para contestarle, pero algo en la mirada de ella debió detenerla. Apartó el brazo con brusquedad, pero no hizo ningún otro movimiento hacia el niño; simplemente se pasó los dedos por su pelo grasiento en un patético esfuerzo por parecer natural.

—De todas maneras —anunció Belco mirando hacia sus mugrientas chancletas—, tenemos que irnos.

—Espera —pidió Ginny mientras sacaba un billete de cinco dólares de su bolsillo. Supuso que la espectral Belinda Cooper le diría que no necesitaba su caridad, pero la mujer se lo quitó de la mano como una rana que persigue a una mosca. «Genial», pensó Ginny; «lo esnifará o se lo pinchará».

—Me quedaré aquí mismo —comentó Ginny— para ver cómo vas a la tienda de Jack y les compras a estos niños algo para comer. En el letrero pone que te dan dos perritos calientes y una Coca-Cola por un dólar con noventa y nueve centavos.

Ginny vio que la mujer se esforzaba para hacer cálculos: con el impuesto estatal le quedarían quizá 15 centavos para destinarlos a su siguiente chute. Belco asintió, después cogió al niño por la muñeca y se dirigió hacia el local de perritos calientes. La niña los siguió, deteniéndose únicamente para mirar a Ginny por encima del hombro, con la mirada perdida.

Ella se subió al coche, ahora incluso de peor humor que cuando había salido de la funeraria. Belinda Cooper no había destacado en la escuela, pero Ginny no se hubiera imaginado nunca que acabaría así. Intentó evocar recuerdos de ella, pero no había

muchos. Encuentros de la tropa de *Girls Scouts*, entrenamiento de atletismo, zambullidas en el Fish Pond saltando de la barca inflable. En las noches de verano un grupo de jóvenes se amontonaba en la parte trasera de la camioneta de alguien y se escondían bajo una manta para eludir el máximo de seis personas por vehículo permitidas en el autocine; creía que Belco había estado allí una o dos veces. Eso era todo.

Puso el coche en marcha, ahuyentando los recuerdos. Eran una marea que amenazaba con ahogarla desde que había vuelto a la ciudad, y la corriente era fuerte. El hecho de que no hubiese pensado en esos días durante años (los congeló cuando se fue a la Universidad de Massachusetts y encontró una excusa para evitar regresar a casa en vacaciones) hacía precisamente que parecieran tanto más vividos, menos como recuerdos que como escenas retrospectivas.

Había olvidado tantas cosas, o por lo menos las había apartado. Como había apartado, se percató sentada en el coche sin avanzar, el hecho de que el verano antes de la universidad fue la última vez que había sido realmente feliz.

«Deja de pensar. Concéntrate en el caso. Pilla al cabrón que mató a Danny para que Sonya tenga cierta paz, y vuelve a la ciudad para que puedas intentar rescatar lo que haya quedado de tu vida».

Era un mantra que llevaba días repitiéndose. Al parecer, seguía sin surtir efecto.

Salió de la plaza de aparcamiento, condujo hasta el final de Main Street y dobló la esquina. Pasó por delante del Café des Artistes, pero decidió no parar; sería mejor ir más tarde, porque tendría más posibilidades de hablar con los clientes habituales de Danny.

Dudaba acerca de si su estado de ánimo quizá mejoraría con un bocadillo «sub» con doble ración de carne de Angelina cuando sonó su móvil. En el identificador de llamada ponía PRIVADO.

—¿Diga?

—¿Virginia? Soy Art.

Era Art MacAfee, investigador de la Policía Estatal de Massachusetts. Ginny lo había conocido en un congreso en Atlantic City, donde ella dio una conferencia sobre técnicas para entrevistar a las víctimas de violación adolescentes. Art estaba recién separado de su mujer, y Ginny estaba soltera; la naturaleza siguió su curso, pero sólo una sola vez.

—¡Hola! —exclamó Ginny, parando en el margen de la calzada—. ¿Has conseguido rastrear ese número de serie?

—Sí —contestó él; su voz sonaba tensa, distante; Ginny tuvo la sensación de que era más por su carácter que por la conexión deficiente.

—¿Hay algún problema?

—No me gusta que me utilicen.

—¿De qué estás hablando?

—Podrías haberme dicho que tenías problemas con el Departamento antes de pedirme que me pusiera a rastrear a propietarios de armas.

Ginny sintió un retortijón de tripas; menos mal que no se había comido ese bocadillo.

—Lo lamento —dijo con sinceridad—. Una cosa no tenía nada que ver con la otra. No lo pensé.

—Tengo un ascenso en perspectiva aquí —comentó él—. Tengo facturas que pagar. Lo último que necesito es relacionarme con una poli corrupta.

Eso le dolió.

—No hay nada como condenar a una persona sin juicio previo.

—¡Mierda! —exclamó él tras una pausa de cinco segundos—. Sé que no estás involucrada, sólo que...

—Sea como sea, ¿cómo te has enterado?

—Son rumores —contestó él—. Por lo menos no ha salido en la prensa.

—El departamento ha tenido suficiente mala prensa últimamente. Quieren asegurarse de tenerlo todo atado antes de crucificarme en los escalones de la sede del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿Quieres explicarme qué demonios está pasando? Todo lo que he oído es que aceptaste un soborno para dejar libre de sospechas por violación a un niño rico. Y entonces fue la víctima y...

—Ahora no —pidió Ginny—. ¿Puedes, simplemente, decirme a qué nombre estaba registrado el revólver? —Un gemido de disgusto seguido de silencio—. ¿Por favor?

Después de otra pausa dijo él:

—Un revólver Smith Wesson Chiefs Special calibre 38, registrado a nombre del mismo propietario desde 1981. —Ginny oyó que pasaba una página de su bloc de notas—. Philip Marchand, nacido el 8 de abril de 1941. Dirección, Avenida Chantilly. ¿Te suena de algo?

—Hay muchos Marchand por aquí.

—Escucha, eh..., siento lo de antes. Ha estado fuera de tono.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella.

—Pero en cuestión de favores... te agradecería que de momento éste sea el último, ¿vale?

Ginny le dio las gracias y colgó. A continuación marcó el número de Sonya, quien contestó con el rugido de un vídeo de Disney como ruido de fondo.

—Necesito preguntarte algo —comentó Ginny—. ¿Conocía Danny a alguien apellidado Marchand, que vive en la Avenida Chantilly?

Hubo una pausa mientras Sonya pensaba; pausa que llenó el canto de una sirena.

—No me suena —respondió—. ¿Por qué?

—Es el dueño del revólver.

—¿Y cómo lo consiguió Danny?

—Te lo diré en cuanto lo averigüe.

El trayecto en coche duró 10 minutos; habrían sido cinco, si Ginny no se hubiese quedado atascada detrás de un Buick conducido por un señor mayor con sombrero de fieltro. Se detuvo frente a la dirección de Chantilly, una impresionante casa de madera con un garaje casi tan grande como la casa.

Se disponía a bajar del coche cuando la puerta principal se abrió. Un hombre y una mujer se quedaron en la entrada; él asentía; ella le daba algo que parecía dinero. Él se lo metió en su bolsillo; ella le dio unas palmaditas en el pecho y cerró la puerta. Él descendió por el camino ajardinado, giró a la izquierda delante del coche de Ginny y continuó acera abajo.

Jimmy Griffin.

«¡Virgen santa! —pensó Ginny—. ¿Qué hace éste aquí?».

Esperó a que Jimmy hubiese vuelto la siguiente esquina antes de bajar de su coche. No había sabido nada de él desde aquella tarde en la habitación de Danny, y, francamente, por ella ya estaba bien así; no sabía qué pensar.

Llamó al timbre, y una mujer en la cincuentena abrió la puerta vestida con una bata de color rosa.

—¡Niño travieso! Quieres jugar otra vez a...

Dejó la frase a medias al ver a Ginny, ajustándose la bata para ocultar su escote. La mujer tenía la cara sonrojada, no de vergüenza, sino de lo que sea que hubiese estado haciendo antes. Y por el olor a almizcle que emanaba de su persona, Ginny se hizo una idea bastante aproximada de lo que era.

—¿En qué puedo ayudarla? —inquirió la mujer.

—¿Es usted la señora Marchand?

—Sí —contestó ella—. ¿Por qué?

Durante el interminable trayecto hasta allí, Ginny había estado pensando un poco en lo que diría. Dado que no podía simplemente mostrar su placa y empezar a formular preguntas, necesitaba otro enfoque. Después de considerar diversas estrategias, por fin se decidió por decir la verdad.

—Esperaba que usted pudiese ayudarme —respondió—. Soy una vieja amiga de Sonya Markowicz. —Aguardó por si el nombre le sonaba de algo, pero obviamente no lo hizo—. Es la madre de Danny Markowicz. El joven que mataron la semana pasada.

—¿Que mataron? ¿Se refiere a un accidente de coche?

La mujer parecía sinceramente confusa.

—Ha salido en todos los periódicos —comentó Ginny.

—He estado en el casino de Foxwoods con mis amigas —explicó la mujer—. He ganado un dineral en las tragaperras. ¿Qué dice que le pasó a esta persona?

—Encontraron su cadáver en una de las antiguas fábricas. Lo mataron a golpes.

La señora Marchand hizo una genuflexión, un acto que también parecía sincero; aunque un poco fuera de contexto, teniendo en cuenta que iba vestida con una bata de seda que apestaba a sexo.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¿Han cogido a quienquiera que lo hizo?

—Sí —contestó Ginny—. Pero lo que no saben es el porqué. Y, como le decía, soy una vieja amiga de la madre del chico. Ella me ha pedido que haga indagaciones sobre... sus últimos movimientos.

—No veo cómo puedo ayudarla.

—Si pudiese simplemente hablar con usted unos minutos; para su madre sería muy importante.

La mujer asintió y retrocedió, conduciendo a Ginny hasta la cocina. En la encimera había una cafetera y, justo al lado, dos barras de pan de canela.

Ginny no pudo reprimirse.

Capítulo 14

Ginny levantó una de las barras de la encimera; pesaba y era cilíndrica, todavía estaba ligeramente caliente al tacto. Su breve encuentro debió de ser un aquí te pillo, aquí te mato.

—¿Son de Molly's? —preguntó. Como si no lo supiera.

—Naturalmente —contestó la señora Marchand—. Las acaban de traer hace media hora.

—¡Caramba! —exclamó Ginny, intentando mantener la voz calmada—. No sabía que repartían directamente a domicilio.

—No a todo el mundo —replicó la mujer guiñándole el ojo—. Sólo a los clientes *especiales*. ¿Quiere un poco?

Ginny sacudió la cabeza; sentía náuseas. Lo tenía merecido por abrir la boca.

—Aunque, si no le importa, le agradecería un café.

La mujer le sirvió una taza y puso dos rebanadas de pan de canela en la tostadora. En pocos segundos un olor entre dulce y especiado inundó la cocina; muy a su pesar, a Ginny se le hizo la boca agua.

—Siento haber venido a verla tan inesperadamente —comentó, obligándose a concentrarse—. Es sólo que estamos intentando averiguar qué hizo Danny el tiempo que estuvo ausente, entre el momento de su desaparición y el del descubrimiento de su cadáver. —Extrajo una foto y la puso encima de la mesa de la cocina—. ¿Está segura de que no lo conoce?

La señora Marchand miró la fotografía con ojos entornados, después la sostuvo a la distancia de un brazo, como si necesitara gafas para leer pero no quisiera admitirlo.

—¿Sabe? —dijo—. Es curioso. Sí que lo he visto en alguna parte. Aunque no estoy segura... Espere un momento. Tal vez fuese uno de los chicos que trabajaron en mi garaje.

Ginny sintió un hormigueo en la base de la columna vertebral. Era una sensación que no había vivido en demasiado tiempo; la excitación de estar en el meollo de una investigación y de llegar realmente a alguna parte.

—¿Ha hecho obras recientemente?

La mujer asintió, levantándose para sacar la tostada y untarla generosamente de margarina.

—Antes teníamos un absurdo cobertizo para aparcar el coche, y un par de viejos y oxidados armarios de almacenaje. Mi marido siempre decía que ya hacían su función. Pero nunca me dejaba aparcar *mi* coche allí, ¡cómo no! Así que cuando murió, cogí parte del dinero del seguro y construí el garaje. Aumenta el valor de la casa, ¿no

cree?

—¿Recuerda qué empresa contrató?

La señora Marchand trató de recordar.

—Tenía un nombre polaco. Podría mirarlo en el talonario.

—¿Libanski?

—Eso es —contestó—. ¿Es ahí donde trabajaba el chico?

Ginny asintió.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—En total tardaron unas dos semanas. Ese chico trabajaba con otros dos compañeros. La verdad es que trabajaron bien; también eran limpios. No me llenaron la casa de serrín y barro.

—¿Estuvieron dentro de la casa? ¿Les encargó usted otro trabajo?

—No, pero los chicos tenían que ir al baño de vez en cuando. Y en cierta ocasión me ayudaron a llevar algunas cosas: cajas para beneficencia. Me vieron a mí intentado cargarlas y me ayudaron. Como le decía, eran unos chicos simpáticos.

—La pregunta que sigue es pura rutina —advirtió Ginny—. ¿Tiene armas de fuego en casa?

A Ginny le preocupaba que la pregunta inquietara a la mujer, pero no fue así; no dejaba de sorprenderle lo que llegaba a conseguir empleando la palabra «rutina».

—Una vez mi marido compró una, cuando se produjeron una serie de robos por la zona. Debe de hacer unos veinte años. Le dije que o se deshacía de ella o me deshacía yo de él. Nunca quise esa clase de cosas en casa. Así que enseguida la devolvió a la tienda.

«¡Ya lo creo que sí! —pensó Ginny—. ¡Ya lo creo que sí!».

Enterraron a Jack O'Brien el Saltimbanqui al día siguiente, en una mañana lluviosa que hizo que la ocasión pasase de ser mala a ser absolutamente lamentable. Allí no había ningún familiar: el padre de Jack había muerto, su madre estaba en una residencia de ancianos y padecía Alzheimer, y su hermana se había ido a vivir fuera. Los únicos asistentes a su sepelio fueron los tres viejos excombatientes que rendían los últimos honores en el entierro de todos los veteranos de guerra. Y Ginny y Sonya.

Sonya había insistido en acudir a la ceremonia, le había pedido a su vecina del piso de arriba que vigilara a los niños que tenía a su cargo, y se había puesto el mismo vestido negro que había llevado en el entierro de Danny. Era una declaración; su forma de decirle al mundo: *Jack O'Brien no mató a mi hijo*. Era importante, dijo. Aun cuando no hubiese nadie más alrededor para verlo.

La misa fue afortunadamente corta. Al finalizar, el padre LeGrand (el cura que había oficiado el funeral por Danny, así como la primera comunión de la propia Ginny) le hizo señas a uno de los excombatientes. El anciano pulsó una tecla de un radiocasete, lamentando que su corneta hubiese fallecido recientemente. Al son de la

forzada percusión metálica, los otros dos hombres cogieron la bandera del féretro de Jack y la doblaron rápidamente en forma de triángulo, trabajando con precisión pese a sus manos agarrotadas.

Cuando acabaron, parecía que no tenían claro a qué mujer dársela. Sonya alargó los brazos y la cogió, apremiando al cura a ponerle una mano encima de la cabeza antes de dirigirse hacia su vehículo.

—Que Dios te bendiga, hija —le deseó.

—Gracias por haber venido, padre —le agradeció ella—. Sé lo ocupado que está.

—¡No faltaba más! —repuso él, y cerró de golpe la puerta del conductor.

Después de que todos los demás se hubieran marchado, Ginny y Sonya permanecieron de pie junto a la húmeda tumba unos cuantos minutos. El féretro de Jack yacía en la sepultura familiar, al lado del de su padre. La parcela adyacente aguardaba a su madre, cuya fecha de nacimiento ya había sido inscrita; en el incompleto granito sólo faltaba por esculpir la fecha de su muerte.

—«Aunque a tu madre le dan la bandera —dijo Ginny en medio del silencio—. Así que no está tan mal».

Sonya se volvió hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Es algo que me dijo Jack sobre los que mueren en Vietnam. Dijo que te mandan a casa en un ataúd, pero que a tu madre por lo menos le dan la bandera.

—¡Qué horror! —exclamó Sonya.

—Lo sé.

Sonya contempló las lápidas del cementerio.

—Danny está ahí —comentó—, pasados esos dos árboles grandes y bajando la cuesta.

Ginny la cogió de la mano.

—¿Quieres ir?

—Todavía no. No puedo visitar su tumba hasta que sepa quién lo metió en ella. —Se volvió hacia Ginny—. ¿Te parece una tontería?

—No.

Sonya se giró y caminó en dirección al coche, sujetando con fuerza su paraguas. Tras mirar por última vez hacia la tumba de Jack O'Brien, Ginny la siguió.

De repente la había asaltado un recuerdo de Jack, algo de su infancia que había olvidado hasta ahora. Fue al salir de la escuela; la multitud de niños volvía andando a sus casas, Jack estaba haciendo su gimnasia habitual en la fuente, en la acera de enfrente del McDonald's. En ocasiones, los alumnos mayores se burlaban de él, pero por alguna razón ese día habían decidido copiar sus movimientos. Se sumaron a ellos cada vez más niños, y durante un par de minutos Jack dirigió un mini pelotón de abdominales y estiramientos de piernas. No tenía ni idea de que se reían de él; le

brillaban los ojos, y estaba feliz.

—Necesito que lo pienses detenidamente, Sonya —le pidió Ginny—. ¿Estás segura de que Danny no tenía problemas con nadie?

—Ya te lo he dicho —contestó Sonya por encima de su hombro—. No había nada. Todo iba bien.

—No me dijiste que Pete no quería pagarle la universidad. —Sonya se detuvo—. Ni que tuvieron una gran discusión, ni que él y Danny apenas se hablaban.

Hubo un prolongado silencio. Cuando por fin Sonya respondió, miraba el césped meticulosamente segado.

—Eso no tenía nada que ver con lo que le pasó.

—¿Cómo lo sabes?

Sonya se revolvió contra ella.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que Pete mató a golpes a su propio hijo para impedir que fuera a la Facultad de Bellas Artes? Es horrible...

—No, por supuesto que no. Eso es absurdo. Pero me pediste que averiguase quién lo mató. Eso implica que no tienes que ocultarme nada.

—Sigo sin entender qué...

—Danny necesitaba dinero desesperadamente. ¡Quién sabe en qué pudo involucrarse!

Sonya cabeceó; le hervía la mirada.

—Él jamás haría nada ilegal. Sabes que no lo haría.

Ginny inspiró hondo.

—Necesito que te decidas —concluyó—. ¿Quieres averiguar cómo murió Danny o no?

—¡Pues claro que sí! —exclamó Sonya—. Ya lo sabes.

—¿Aunque descubras cosas sobre él que hubieras preferido no saber?

—No me puedo creer que hiciese nada malo.

—Lo sé. Eres su madre. Pero todos los delincuentes a los que he arrestado tenían madres que juraban y perjuraban que eran tan inocentes como el día en que llegaron al mundo. —Sonya estuvo a punto de protestar, pero Ginny la interrumpió—. Y no estoy diciendo que Danny le hiciera daño a nadie. Pero tenía diecinueve años, Sonya. Tenía su propia vida. Y a menos que fuera la víctima de un ataque fortuito, esa vida tuvo algo que ver con el motivo de su asesinato. —Sonya se quedó de pie en silencio, pensativa, de nuevo mirando hacia las hileras de tumbas—. Entonces, si quieres, vuelvo a la ciudad y me olvido del tema. Pero si me dedico a averiguar quién lo mató, tendré que indagar mucho, y no tengo ni idea de lo que puede surgir.

Sonya permaneció en silencio un rato más. Después se volvió y miró a Ginny, aunque no directamente a los ojos.

—Hay algo más —advirtió.

Ginny esperó a que Sonya hablase, pero ésta se limitó a seguir ahí de pie; la mandíbula temblorosa, las manos cerradas en puños.

—¿Qué? —inquirió al fin.

—No he dicho nada porque no pensé que fuera importante. Y no quería... Me daba miedo que pensaras mal de él. Y quizá ni siquiera sea verdad.

—Dímelo —la instó Ginny.

—Tengo miedo —le confesó Sonya— de que Danny se haya ido al infierno.

Capítulo 15

Hubo un tiempo en que la planta eléctrica Sprague fue la mayor fuente local de empleo; una empresa proveedora del departamento de Defensa que había contribuido a llevar al hombre a la Luna y que al cerrar convirtió la localidad en una ciudad fantasma posindustrial. La nave había sido definitivamente cerrada cuando Ginny iba a la escuela de primaria, el último empujón importante en el declive de su ciudad natal hacia la ruina económica.

De pequeña, ella siempre había pensado que el complejo abandonado (dos docenas de deteriorados edificios, unidos por estrechos pasillos y salpicados de chimeneas) serían un escenario magnífico para una película de terror. Pero Hollywood nunca se manifestó, y la propiedad yacía inactiva, congelada en el tiempo detrás del hierro forjado y las alambradas.

Ahora era algo llamado Mass MoCa, Museo de Arte Contemporáneo de Massachusetts, el lugar que Monique había descrito y desdeñado al mismo tiempo. Ginny apenas recordaba rumores acerca del proyecto cuando iba a la universidad, pero las promesas de ampliar las maravillas de Boston más al oeste de Springfield siempre se habían desvanecido antes de conocerse el resultado de las citas electorales. Sin embargo, de un modo o de otro, había ocurrido, y la visión del museo, con su nombre anunciado con letras metálicas hábilmente iluminadas encima de los edificios otrora decrepitos, a Ginny le pareció no menos fantástica que la Ciudad Esmeralda irguiéndose en las zonas remotas de Oz.

Por asombroso que fuera, el museo no era el destino de Ginny, sino el Café des Artistes, en la acera de enfrente, la cafetería donde Danny había trabajado. Daba la impresión de que el negocio iba bien: todos los taburetes que había junto a la ventana estaban ocupados, y la gente se había desperdigado en los bancos de la acera, sujetando vasos de papel en una mano y cigarrillos en la otra.

Ginny entró, y al instante se sintió transportada a 300 kilómetros al sur. La cafetería tenía una energía urbana que la hizo sentirse en casa; lo que, irónicamente, le parecía totalmente fuera de lugar en su propia ciudad natal.

¿Quién era toda esa gente? Los hombres llevaban perilla y gafas curiosas; las mujeres, el pelo muy corto y pendientes en la nariz. No todos, naturalmente; pero los suficientes como para hacer que Ginny tuviera la sensación de que estaba en el East Village, y no sólo a un paso de Main Street. Tenía entendido que los artistas estaban comprando las antiguas fábricas para convertirlas en *lofts*; el cadáver de Danny había sido descubierto durante una visita de la inmobiliaria Realtor. Pero una cosa era saberlo, y otra ver a estos modernillos sorbiendo sus cafés con leche en una cafetería

enfrente de un museo de arte moderno.

Ginny se abrió paso hasta la barra, repleta de tarros de cristal con bizcochos bañados en chocolate. Supuso que eran importados de Little Italy hasta que vio un letrero escrito a mano que rezaba: TODOS LOS PRODUCTOS DE PASTELERÍA HAN SIDO ELABORADOS LOCALMENTE POR MOLLY'S, EN EAGLE STREET. Echó un vistazo a la vitrina de debajo y vio el habitual surtido de caras sonrientes y medialunas, junto con unos cuantos cruasanes y los exquisitos bocadillos de jamón ahumado y queso *cheddar* que Jimmy le había dado a probar en la cocina de Sonya.

¿Es que no iba a sacárselo nunca, jamás, de encima?

La chica de la barra vestía un reducido corpiño rosa que decía MISTER BURBUJA. Lo llevaba ceñido a la piel, revelando un estómago musculoso además del hecho de que iba sin sujetador. Ginny pidió una taza de café (café solo, simplemente para variar) y dijo que quería hablar con alguien llamado Topher.

La chica de la barra arqueó una ceja con un *piercing*.

—¿Busca usted trabajo? —inquirió—. Porque creo que la vacante ya está cubierta.

—No —respondió Ginny—. Sólo necesito hablar con él.

La chica señaló con la cabeza hacia la esquina del fondo. Ginny se llevó el café hasta la última mesa, dudando de lo que le diría al hombre que tal vez, o tal vez no, había sido amante de Danny.

«Tengo miedo de que Danny se haya ido al infierno».

Eso es lo que había dicho Sonya. Lo que había querido decir era que a lo mejor Danny era gay.

O bisexual. O... Sonya no tenía palabras para ello. Lo único que sabía era que su hijo no había sido el mismo desde que empezó a salir con esos chicos de Nueva York. Durante los meses previos a su muerte, él y Pete apenas eran capaces de cruzar una palabra civilizada; la discusión sobre ir a la universidad no había sido más que el inicio de su distanciamiento. Danny seguía estando alegre, seguía trabajando duro y siendo educado, pero había algo diferente en él. A duras penas traía ya a Monique a casa, y salía hasta tarde sin dar ninguna explicación de dónde había estado o con quién había estado.

Sonya no odiaba a los gays; se lo había dicho a Ginny una y otra vez, apretando su mano mientras sus zapatos se mojaban en la hierba del Southview Cemetery. Era sólo que... era un pecado mortal.

Sabía que Danny llevaba meses sin confesarse. ¿Y sí había estado haciendo cosas con esos chicos, cosas que ni se atrevía a pensar, y había muerto con ellas pesándole en su conciencia? Sin absolución, su alma no podía hallarse en estado de gracia. ¿Y si, cuando ella muriese, él no la estaba esperando en el cielo?

Ginny la había abrazado, le había acariciado el pelo intentando decir algo

reconfortante. No podía decir lo que sentía, que todo eso era un montón de bazofia: ella no creía en el infierno, y aun cuando hubiese uno, sin duda no creía que ser gay implicara un billete sólo de ida.

Pero el Papa lo creía, y Sonya también. La Iglesia había sido su baluarte en su repentina maternidad, en la ausencia de sus propios hijos, en las muertes de su madre y su padre, y en la de su hijo adoptivo. Y ella no pretendía intentar debilitar ahora su fe.

De modo que le había ofrecido lo único que podía ofrecerle: la verdad. No sabía si Danny había acabado en el cielo o en el infierno, pero podía averiguar quién se lo había arrebatado de su lado. Y, Sonya, tan pragmática como desolada, dijo que eso bastaría.

—Disculpa —dijo Ginny—. Busco a Topher.

Había dos hombres a la mesa; ambos de veintipico años, larguiruchos, muy pálidos. Iban vestidos de negro, con el pelo engominado y lucían un surtido de *piercings*; estaba claro que encajar con la población local no era prioritario para ellos.

—Soy yo —contestó el de la derecha—. Pero si vienes por el trabajo...

—No, soy una amiga de la madre de Danny Markowicz —aclaró—. Me gustaría hablar contigo un par de minutos, si no te importa.

—¿Sobre qué? —Esto lo dijo el otro hombre, que bebía un café con leche en una taza del tamaño de una pecera. Parecía varios años mayor que Topher y mucho más duro. Tal vez este local fuera de Topher, meditó, pero saltaba a la vista que el que mandaba era su amigo.

—Sigue habiendo mucha confusión sobre lo que le pasó a Danny —explicó—. Estoy tratando de reconstruir lo que hizo en sus últimos dos días.

Topher asintió. Ella se disponía a acercarse una silla cuando el otro hombre se puso de pie, acto que Ginny interpretó como buenos modales de antaño hasta que él anunció que debía regresar al museo.

—Espero que Topher pueda ayudarte, *agente* —le deseó.

Ginny lo examinó con ojos entornados.

—¿Cómo dices?

—Eres policía ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

El hombre forzó una desagradable sonrisa.

—Olfato —contestó, y se marchó andando.

Topher lo siguió con la mirada y una expresión divertida en la cara. Se volvió a Ginny.

—Lamento lo de Geoff —comentó. Tal como pronunció el nombre, parecía como si a él también le molestara su presencia—. Le encanta el papel de chico duro.

—He visto cosas peores.

—Entonces —dijo Topher—, ¿eres realmente policía?

—Soy detective del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿Sí? ¿Puedo ver tu placa?

—Me la he dejado en la ciudad.

—¿Qué clase de policía va sin placa? —inquirió él—. ¿Cómo te librarás de las multas por exceso de velocidad?

—Conduciendo despacio —respondió Ginny.

El chico sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes lobunos, rectos y muy blancos.

—Bueno, ¿qué quieres saber sobre Danny?

—No he venido en mi condición de policía —insistió ella con la sensación de haberlo dicho cien veces—. Como te decía, soy una vieja amiga de su madre. Estoy intentando averiguar lo que le pasó.

Topher se encogió de hombros y tomó un sorbo de su café. Le dejó una línea de espuma sobre el bigote, lo que le daba un aspecto ridículo.

—Tengo entendido que un chiflado lo mató a golpes.

—Ésa es la versión oficial.

—Pero tú no te la crees. —Él advirtió su asentimiento de cabeza y luego se reclinó en su silla—. ¿Qué quieres saber?

—Para empezar, ¿qué relación tenías con Danny?

El chico se pasó los dedos por el cabello, brillante y de punta como un cactus.

—Tú no te andas con rodeos, ¿eh?

—No —respondió Ginny—. ¿Y tú?

Capítulo 16

Topher la miró desde el otro lado de la mesa.

—Danny era un buen chico —comentó—. Merecía algo mejor.

—¿Mejor que ser asesinado?

—Mejor que vivir su vida como si ya estuviese muerto, como pretendían sus padres.

Ginny procuró mantener la voz serena.

—¿Qué significa eso?

—Esa gente se piensa que el mundo termina donde termina el condado. Que el universo mide diez kilómetros de ancho por diez centímetros de hondo.

Ella se reclinó y lo evaluó con la mirada.

—Te crees bastante listo, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Así lo creo.

—No has contestado a la pregunta. ¿Qué relación tenías con Danny?

—¿Te refieres a si follábamos? ¿Es eso lo que quieres saber? ¿Si Danny era...?

—¿Lo hacíais?

—Eso no te incumbe.

—Mira, no estoy intentando entrometerme en tu vida privada porque me divierta. Es importante que averigüe todo lo que pueda sobre Danny. Sé que le presentaste tus respetos a su madre en el funeral. Así que, por favor, límitate a responder a la pregunta.

—¡Oh, vaya...! —Su voz se apagó; sus ojos escudriñaron la sala, como si intentara rescatar un recuerdo—. No creo que nadie supiera cómo era Danny. Y menos aún él mismo.

—Pero ¿estabais juntos?

Él sacudió la cabeza.

—Yo estoy con Geoffrey.

—¿Se veía Danny con alguien?

—¿Te refieres a alguien más aparte de la Princesa Skipper? —Sonrió al ver su desconcierto—. Ya sabes, la hermana pequeña de Barbie.

—Su nombre es Monique.

—Lo que sea. Es tonta de remate. Danny ya se estaba hartando... su vida de bachillerato empezaba a formar parte del pasado. Al menos para él.

—Pues por lo visto ella cree que iban a prometerse.

—En sueños.

—¿Él se lo dijo a ella?

Topher se encogió de hombros.

—Danny detestaba herir los sentimientos de los demás. Quería gustarle a todo el mundo. Como te decía, todavía era un niño.

—Y que tú sepas, ¿no se veía con nadie más?

—¿Qué importa eso? ¿Crees que lo mató a golpes un gay? ¿O es que su madre está simplemente horrorizada de que su niño se hubiese vuelto maricón?

Ginny apretó su taza de café con más fuerza.

—Quizá no te hayas enterado, pero a Danny lo golpearon tan violentamente que ni siquiera pudieron dejar el féretro abierto. De modo que, ¡ya lo creo que me pregunto si tuvo algo que ver con el hecho de ser gay! Eso si lo era. Esta ciudad no es precisamente lo que llamaríamos un bastión de la tolerancia.

Dio la impresión de que Topher estaba verdaderamente desconcertado; quizá debajo de toda esa gomina había un buen chico. Al cabo de un minuto dijo:

—Danny tenía dudas, eso es todo. No puedo afirmar con seguridad que hubiese acabado siendo gay, hetero o bisexual. Sé que los hombres le atraían. Lo supe la primera vez que vino aquí, que fue mucho antes de que lo descubriese por sí mismo. Pero si obró alguna vez en consecuencia, no sabría decírtelo.

—¿Era amigo de alguien más de la cafetería?

—Como te he dicho, Danny era amigo de todo el mundo. Cuando encontré este sitio, parecía un pobre niño hambriento que había entrado en un bufé libre.

—¿De qué? ¿De chicos atractivos?

—No, idiota. De *ideas*. Arte, cultura, conversación, libros. De películas más interesantes que la que daban en el centro comercial. ¿Sabes que antes de entrar aquí Danny ni siquiera sabía que hay un cine de arte y ensayo en Williamstown? Ni siquiera había estado en el museo, y eso está en su propia ciudad natal. Geoffrey es ayudante del conservador del museo y le dio unas cuantas entradas gratuitas, y es como si se le hubiese abierto el mundo entero. Los dos se sentaban aquí y discutían sobre arte y música y lo que sea, hasta que yo cerraba la cafetería. Así que no, no se trataba de que Danny alcanzara su satisfacción sexual. Se trataba de que descubriera quién era. Y dudo que esos dos catetos que lo criaron fueran a serle de mucha ayuda.

—Cuidadito —advirtió Ginny.

Su mirada debió de indicarle que había ido demasiado lejos.

—Lo siento —se disculpó él—. Es sólo que... supongo que me sentía como protector de Danny.

—¿Por qué? ¿Pensabas que podía estar en peligro?

Él miró fijamente su taza de café mientras sacudía la cabeza.

—Era más bien como si nosotros fuéramos las primeras personas que realmente lo comprendían. Sentirte el protector de alguien es, en cierto modo, adictivo, ¿sabes?

—Te preocupabas por él —dijo ella.

—Sí. ¿Y sabes otra cosa? Lo envidiaba.

—Y eso ¿por qué?

—Porque todavía era lo bastante joven para creer que la gente es buena por naturaleza.

—Quizá no era más que un pueblerino. Aquí la gente crece confiando en sus vecinos.

—Y una mierda —replicó Topher—. Si es un paraíso, ¿qué demonios haces en la ciudad?

—Y sí no lo es, ¿qué haces *tú aquí*?

—El amor. Cuando a Geoff le dieron el trabajo en el museo, decidí acompañarlo e intentar abrir mi propia cafetería. —Extrajo un paquete de American Spirits y un pesado encendedor de metal—. Tuve que venir al quinto pino para dar con un sitio donde todavía puedas fumarte un cigarrillo con el *cappuccino*. —Le guiñó un ojo a Ginny, encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete—. ¿Quieres uno? —Ginny cabeceó—. ¿Sabes dónde solía trabajar Danny por las tardes antes de encontrar este empleo?

—En el Wal-Mart.

—Sí —afirmó él detrás de una cortina de humo—, ¿y acaso eso no lo dice todo?

Ginny salió del Café des Artistes media hora después; sin estar más cerca de saber quién había matado a Danny, pero con la sensación de que, por fin, lo iba conociendo.

Empezaba a darse cuenta de algo: Danny y ella tenían mucho en común. Ambos habían ansiado una vida más allá de esta pequeña ciudad, les había exasperado el encorsetamiento de las expectativas familiares. Al igual que ella, Danny había sido hijo único, había tenido una relación problemática con su padre, había querido labrarse su propio futuro en lugar de ocuparse del negocio familiar.

La sacudió la culpabilidad, un dolor punzante. ¿Por qué no había conocido mejor a Danny cuando aún vivía? Tal vez, si hubiese mostrado más interés por el único hijo de su mejor amiga, las cosas habrían sido diferentes.

Sacudió la cabeza; ahora estaba actuando como Monique, como si la muerte de Danny fuese su tragedia y no la de él. Se quedó de pie debajo de la marquesina, repasando las preguntas que Topher había respondido dejándola donde estaba. ¿Por qué guardaba Danny un revólver cargado en su habitación? ¿Qué estaba haciendo en esa fábrica abandonada? ¿Y quién podía odiarlo tanto como para matarlo a golpes?

Corrió calle abajo, yendo de marquesina en marquesina para protegerse de la lluvia. Era la clase de chaparrón que los ancianos de la ciudad detestaban, porque arrancaba las hojas de los árboles; la estación del follaje podía acabarse antes de empezar, y con él los dólares de los turistas.

Efectivamente, el tiempo espantoso fue el principal tema de conversación en el Golden Skillet, el restaurante que completaba el triple empleo de Danny. Estaba ubicado en Main Street, justo a la vuelta de la esquina y en la misma manzana que el Café des Artistes, pero parecía otro mundo: el techo de paneles de hojalata gofrados cubierto de décadas de grasa, los empresarios locales enfundados en sus lustrosos trajes y cortes de pelo militares, los pedidos especiales en plato azul que, en efecto, se servían en un plato azul. La carta, que no había cambiado en la memoria viva, ofrecía pollo rebozado con guarnición, y un dietético plato de la década de 1950 que consistía en una hamburguesa, queso fresco, y una guarnición de melocotones en conserva servidos sobre una hoja de lechuga iceberg.

Ginny entró, escudriñando a la muchedumbre en busca de rostros conocidos. El local estaba repleto; el tropel de profesionales de Main Street era la versión provinciana de una comida de negocios. Estaba el juez Sweringen, engullendo un cuenco lleno de gelatina cubierta de crema de leche en compañía de un par de abogados de la zona. El señor Dulaine estaba allí, comiendo un sandwich de pavo; Ginny no lograba recordar su nombre, pero sabía que presidía el banco local y que al casarse había entroncado con la familia propietaria de Letour Motors. Asimismo, reconoció a Bob Gianelli, dueño de la mayor agencia de seguros de la ciudad y padre de una de sus compañeras de clase en secundaria; estaba comiendo con el mismísimo comisario Rolly.

Había elegido un momento pésimo para intentar hablar con los colegas de Danny, que corrían de un lado a otro con las prisas de la comida. Ginny debió de habérselo imaginado: su padre había comido aquí casi todos los días laborables, y cuando acababa el colegio a veces se la llevaba a ella consigo.

Ocupó el único taburete libre que quedaba en la barra y pidió el veneno de su juventud: una hamburguesa Skillet y un refresco de naranja. Lo primero consistía en un gran trozo de carne picada, cebollas rehogadas, beicon, queso Münster y la omnipresente hoja de lechuga iceberg. La engulló, junto con una ración de tarta casera de ruibarbo y fresas; las dos por los viejos tiempos y por el simple placer de comerse un postre donde Jimmy Griffin no hubiera metido sus zarpas.

Volvió hasta el coche con la barriga llena, andando considerablemente más despacio que en el camino de ida. Iría otra vez al Skillet cuando no estuviese tan atestado de gente; y cuando hubiese recuperado un poco de autocontrol alimenticio.

Puso el coche en marcha; los limpiaparabrisas se movían débilmente bajo la cascada de lluvia. El Chrysler rechinó mientras subía la pronunciada cuesta de East Main Street, pero se agarraba en las curvas; su fiel corcel de combate. Llegó a la cima de la colina y giró a la izquierda, una calle con una empinada pendiente que bajaba hacia el río. Pero al apretar el freno para volver a girar a la izquierda por la calle de Sonya, éste no funcionó.

Apretó el pedal a fondo. Nada.

Capítulo 17

El coche iba cogiendo velocidad. Desesperada, sin convicción, siguió apretando el freno. Todavía nada. Tiró del freno de mano. Lo hizo aminorar, pero no lo suficiente para evitar la tragedia.

¡Oh, oh!

Intentó controlar el coche esquivando los pocos vehículos que estaban estacionados en Gallup Street. Al pie de la colina había una calle muy transitada; y más allá se encontraba el río. Palpó sobre su hombro izquierdo en busca del cinturón de seguridad; como cualquier ciudadana idiota, para el corto trayecto que suponía subir la colina desde Main Street, no se había abrochado el cinturón.

Logró cruzarlo por delante de su pecho y abrochárselo justo en el momento en que el Chrysler se precipitaba hacia el cruce que había al pie de la cuesta. Justo frente a ella había una camioneta pick-up. Giró bruscamente el volante a la derecha y por unos centímetros no chocó contra su parachoques trasero.

No tenía ni idea de la velocidad a la que iba (tal vez a 60 kilómetros por hora), pero fue suficiente para derribar la valla de alambre que bordeaba los márgenes del río. El coche saltó por el borde del canal para el control de inundaciones y cayó en el Hoosic: aguas negras, encrespadas, crecidas por la lluvia veraniega.

Primero entró el morro del vehículo, después se niveló, y luego se empezó a hundir.

Manhattan está rodeada de agua. En cierta ocasión Ginny había hecho un curso de salvamento, y les habían hablado un poco sobre lo que hacer si uno se encontraba, de pronto, con el hecho de vivir realmente en una isla.

Mientras el agua entraba (tenía un frío de muerte y el coche se inundaba más deprisa de lo que habría creído posible), trató de recordar lo que el instructor había dicho que hicieran si se quedaban atrapados en un coche que se hundía. Podía usarse una herramienta para romper una ventanilla con un golpe; no tenía la herramienta. Intentó abrir la puerta. La presión del agua era demasiado fuerte, y no cedió. Tampoco podía bajar las ventanillas: las lunas eléctricas eran prácticamente el único complemento moderno que había pedido en el Chrysler, ¡maldita sea!

El agua fría era como tener cientos de pequeñas hojas de afeitar sobre la piel. «Piensa —dijo para sí—. Piensa o estás jodida».

Primero se suponía que tenía que dejar que el coche se llenase de agua; esa parte ya funcionaba por sí sola. Se desabrochó el cinturón para subir con el nivel del agua, luchando por seguir respirando. Después había que comprobar en qué sentido iban las burbujas, para saber dónde estaba la superficie. En cuanto el coche se llenase de agua,

la presión se igualaría y la puerta podría abrirse.

Esperó hasta que el último espacio que quedaba de la bolsa de aire casi desapareció. Luego inspiró con desesperación y agarró la manilla de la puerta. Empujó con todas sus fuerzas, y ésta cedió. Con los pulmones a punto de reventarle, salió del coche aleteando con los pies y siguió las burbujas hasta la superficie. Respiró semiasfisiada, con la boca llena de agua del río y la lluvia.

La corriente era más fuerte de lo esperado y la arrastró mientras intentaba mantenerse a flote, mirando los desnudos muros de cemento en busca de una salida. ¿Había salido a rastras de un coche que se hundía sólo para morir de hipotermia?

Finalmente, después de ir a la deriva río abajo varios cientos de metros, divisó una escalera empotrada en el cemento. Nadó hasta ella mientras la corriente la apartaba de su rumbo; desesperada, se abalanzó sobre la escalera, logrando enganchar dos dedos en un peldaño y luego afirmar toda la mano. Sacó el torso del agua y se quedó allí un minuto, recuperando el aliento. Apoyando la punta de un pie en el resbaladizo peldaño metálico, subió; sus manos estuvieron a punto de soltarse y se obligó a sí misma a ir despacio. Llegó hasta arriba y se impulsó al otro lado, llenándose el pecho de barro y gravilla como recompensa.

Más tarde se le ocurrió preguntarse qué imagen debió de dar al entrar en el Dunkin' Donuts: empapada, cubierta de barro, jadeando y medio borracha de adrenalina. Alguien pidió ayuda a gritos, y una chica con un sombrero de papel salió de detrás del mostrador; tuvo la sensación de que las cosas flotaban ante sus ojos, un caleidoscopio de glaseados rosas y polvos de chocolate.

Sonya la obligó a ir al hospital. Ginny no quería (le dijo que estaba bien, que sólo habían sido unos cuantos rasguños y el susto), pero ella insistió. Por fin Ginny accedió: cualquier cosa con tal de que su amiga dejara de reprenderla por conducir un vehículo viejo, oxidado y peligroso, y haber estado a punto de romperle el corazón por segunda vez en quince días.

Así que dejó que Sonya la llevase a urgencias, donde la doctora que la examinó resultó ser otra excompañera de la tropa de *Girl Scouts* de Ginny y Sonya (y nada menos que la ganadora en la venta de galletas). Lizzie Erickson, esa niña pequeña de boca grande, con trenzas y gafas de culo de botella, había acabado doctorándose en medicina.

La doctora le echó un vistazo, no le diagnosticó nada grave y le vendó los rasguños con sus propias manos. Le dijo a Sonya cuánto sentía lo de Danny, y las invitó a cenar con ella y su marido y sus tres intachables hijos. Ginny le respondió que le encantaría, aunque no estaba segura de que lo dijera realmente en serio. Sea como sea, no podía pensar con claridad: la espalda le dolía horrores, y las pastillas que tan amablemente le había dado Lizzie no obraban efecto.

—En cualquier caso —comentó Ginny cuando Sonya fue a buscar el coche para

acercarlo—, gracias por las acciones.

—Me alegro de verte después de todos estos años —dijo la doctora—. Especialmente porque has entrado por tu propio pie. Hoy hemos cubierto el cupo con una compañera de East que han traído en camilla.

—¿A qué te refieres?

Lizzie se enjugó la frente, desordenando su práctico flequillo castaño.

—Esta mañana han traído a una chica que ya conocíamos, por sobredosis de metanfetamina de cristal. Seguramente no te acordarías de ella. Yo a duras penas la he reconocido.

—Belinda Cooper.

Lizzie la miró fijamente, como si Ginny acabase de adivinar el número de la lotería del día siguiente.

—¿Cómo lo sabías?

—Me encontré con ella en Main Street hace un par de días. ¿Sabes qué ha pasado con sus hijos?

—Ni idea. —La doctora se encogió de hombros, quitándose las gafas y limpiándolas con el borde de su bata blanca—. De todas formas, no iban con ella.

Ginny se pasó la lengua por el labio inferior. Estaba agrietado; debió de mordérselo al estrellarse.

—Metanfetamina. De modo que *eso* es lo que se metía. Y luego está ese chico que enloqueció la otra noche en un bar, gritando que todo el mundo estaba en su contra.

—Hay muchos casos así. La metanfetamina te vuelve paranoico.

—¡Maldita sea! ¿De dónde viene?

De nuevo la doctora se encogió de hombros.

—¡Ni idea! Yo sólo veo las consecuencias.

—¿Qué le ha pasado a Belco? —La doctora la miró con los ojos entornados; sin las gafas sus ojos parecían curiosamente pequeños—. A Belinda Cooper.

—Se repondrá —anunció la doctora—. Esta vez.

Sonya metió a Ginny en la cama; para entonces tenía un dolor casi insoportable en la espalda. Se tumbó entre las sábanas, que Sonya había lavado tan compasivamente tras su encuentro de aquella tarde con Jimmy, y cerró los ojos. Intentó dormir, pero las pastillas no le habían calmado el cerebro, alterado como un purasangre excitado.

La metanfetamina había llegado a la ciudad, al parecer con toda su fuerza. Danny necesitaba desesperadamente dinero para ir a la universidad. Frecuentaba gente nueva: urbana, moderna, metida en Dios sabe qué. Había robado un revólver de la casa donde estaba trabajando. ¿Lo robó porque vendía drogas y necesitaba un arma como un carpintero necesita un taladro eléctrico?

La idea aumentó su dolor de espalda. Sonya había jurado que quería que Ginny descubriese la verdad, fuese la que fuese. Pero por mucho que quisiese a su amiga, ella no le creía. Cualquiera cosa sería mejor que descubrir que su hijo había sido asesinado en alguna clase de negocio de drogas fallido; incluso no enterarse nunca. Ginny preferiría cargarle el mochuelo al pobre Jack O'Brien el Saltimbanqui; la ley no podía hacerle nada peor de lo que ya le había hecho.

Sacudió la cabeza, moviéndola de un lado a otro sobre la almohada de Danny. Realmente, era una poli estupenda, ¿verdad?

Se puso boca abajo, tratando de estar cómoda. No sirvió de mucho. Desistió, se puso boca arriba sobre la espalda dolorida y clavó los ojos en el techo. Cuando Danny era pequeño, Sonya había puesto unas pequeñas pegatinas en el techo: estrellas que brillaban en la oscuridad para que él pudiese dormir bajo un cielo titilante. Ahora ya no estaban las estrellas, pero no habían vuelto a pintar el techo; Ginny pudo distinguir los contornos de algunas de ellas: diminutas formas de estrella donde la pintura estaba menos descolorida.

Metanfetamina. Era una droga con la que Ginny se había topado un sinnúmero de veces, tanto uniformada como en calidad de detective. Durante los últimos cinco años, aproximadamente, había entrado en el radar de Víctimas Especiales como droga usada en las fiestas, sobre todo por hombres gays que la empleaban para potenciar encuentros durante toda la noche. Disminuía inhibiciones y te hacía sentir el rey del mundo. Pero, al igual que la mayoría de las drogas, una vez que te enganchabas, las euforias se acortaban y las depresiones se prolongaban.

Sabía que aunque la metanfetamina tenía sus entusiastas urbanos, también tenía fama de droga de los blancos marginados, que se fabricaba en remolques a partir de ingredientes fácilmente robados como medicamentos para el resfriado y el azufre de las cerillas. Así pues ¿la fabricarían en la zona? Y, lo que era más importante, ¿había estado Danny involucrado?

Ginny no había encontrado ninguna droga en la habitación de Danny; ni material de laboratorio ni fajos de billetes. Sonya no había dicho nada que insinuase que hubiera consumido; tampoco su novia ni su jefe en la cafetería. Pero sabía muy bien que los camellos no necesariamente consumían; de hecho, a los mejores ni se les pasaba por la cabeza.

Se giró de nuevo, desesperada por encontrar una posición cómoda. ¿Se estaba desviando tontamente del tema, tachando al pobre Danny de traficante de drogas sólo porque había descubierto que la metanfetamina se había incorporado al menú de estimulantes disponibles en la región? Tal vez. Pero no podía dejar de pensar en el revólver. O lo había robado porque tenía miedo de que alguien quisiese hacerle daño, o porque quería hacerle daño a alguien.

La puerta se entreabrió y Sonya asomó la cabeza. Al instante Ginny se sintió

culpable, como si su amiga pudiese adivinar que había estado mentalmente condenando a su hijo fallecido sin un juicio.

—¿Estás despierta? —le preguntó—. Te he oído darte vueltas en la cama.

—Sí —contestó Ginny, intentando incorporarse antes de decidir que era una mala idea.

—¿Quieres comer algo? —Ella cabeceó; aún tenía esa hamburguesa Skillet en medio de la barriga, pesada como un bolo—. ¿Un té quizá?

—¡Claro! —respondió Ginny.

Sonya puso a hervir agua, después volvió y se sentó en el borde de la cama.

—No tienes muy buena cara.

—Probablemente tenga el tifus por haber nadado en el Hoosic.

—No. Creo que allí sólo hay un poco de residuos químicos.

Sonya le apartó a Ginny el pelo de la cara. Fue un gesto de ternura absoluta, que a Ginny le recordó lo buena madre que había sido.

—¿Qué tal tu cabeza? —inquirió Sonya.

—Bien.

—¿Seguro que no tienes hambre? Hay una *quiche* en la nevera. Uno de los amigos neoyorquinos de Danny la ha traído antes cuando ha venido a dar el pésame.

—¿Topher?

—Exacto. Me ha parecido simpático. Pero llevaba más *piercings* que una almohadilla para alfileres.

—Sí.

—Acabo de hablar con Pete. Están sacando tu coche del río.

—Podrían haberlo dejado allí y enterrarlo en el mar. —Ginny sonrió, luego hizo una mueca de dolor cuando el labio agrietado empezó a sangrarle otra vez.

—La gente no ve esa clase de cosas con buenos ojos —repuso Sonya—. Especialmente cuando el nivel del agua baja.

—Es verdad.

—Espero que te guste el Lipton —comentó Sonya, esforzándose de pronto por reprimir las lágrimas—. Porque es todo lo que tengo. No tengo ningún té sofisticado.

Ginny posó una mano sobre el brazo de Sonya.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Sonya, sin ninguna convicción en absoluto—. Sí.

—Tranquila, cariño —dijo Ginny—. Estoy bien.

Vio que Sonya combatía las lágrimas, parpadeando y resollando a placer.

—Vale —concedió ella—. Porque si te...

—No pienses en ello —la interrumpió Ginny—. No fue más que un accidente tonto. Es mi culpa por ser demasiado tacaña para dejar de conducir una chatarra.

—Una chatarra —matizó Sonya—, podrías cambiarla por otra cosa.

Ginny la abrazó. Le dolió, pero lo hizo de todas formas.

—Siento haberte dado un susto de muerte.

Su amiga esbozó una leve sonrisa mientras la abrazaba con fuerza.

—Veo que has escarmentado, ¿eh? —Le dio unas palmaditas a Ginny en la cabeza y después se levantó en busca del té.

—¡Oye! —gritó Ginny cuando se fue—. Necesito hacerte una pregunta. —Sonya volvió a asomar la cabeza en la habitación—. ¿A qué te referías —inquirió— cuando dijiste que Jimmy hace el servicio completo?

Capítulo 18

Sonya no contestó de inmediato. Ginny la oyó trajinar en la cocina, justo al lado de la puerta de la habitación; cogiendo una taza del estante, abriendo una bolsita de té, poniendo agua de la tetera. Por fin volvió y puso la taza humeante encima de la mesilla de noche de Danny. Se sentó en el extremo de la cama, exactamente como había hecho antes, pero esta vez parecía del todo fascinada por el estampado de la colcha de cuadros.

—Me resulta curioso que me preguntes esto precisamente ahora —dijo.

—Sí —afirmó Ginny.

Sonya lanzó una mirada hacia la taza, como si eso le permitiera ganar tiempo.

—¿Te sigue gustando con azúcar el...?

—Dímelo ya, ¿vale?

—No entiendo por qué te preocupas por Jimmy cuando has estado a punto de ahogarte.

Ginny se dejó caer sobre los almohadones.

—Quizá porque dudo que pueda sentirme peor ahora mismo. O porque cuando fui a casa de la señora Marchand el otro día, Jimmy salía de allí, y cualquier idiota hubiera adivinado que se la había tirado. Creo que hasta es posible que la mujer le pagara por ello.

—Ya veo. —Sonya inspiró profundamente, frotándose los ojos con una mano como si el dolor de cabeza de Ginny fuera contagioso—. Siento haber dicho eso antes. He sido cruel. Es sólo que... no quiero que te vuelvan a hacer daño.

—Me parece que la última vez fue al revés. Fui yo la que lo dejó a él, ¿recuerdas? Y la que...

Ginny estuvo a punto de mencionar el aborto, pero cortó en seco. Nunca le había dicho a nadie, salvo a Jimmy, que había estado embarazada, ni siquiera a su madre o su mejor amiga. Sonya la quería como a una hermana, pero Ginny sabía que su elección de abortar era algo que Sonya jamás comprendería, que quizá jamás le perdonaría. De hecho, cuando en cierta ocasión Ginny le preguntó por qué Paula iba a tener a Danny, Sonya pareció impresionada: aunque su hermana tenía sus defectos, le dijo, jamás haría algo tan horrible como matar a su hijo nonato.

—No quise casarme con él —dijo en cambio—. Hincó una rodilla en el suelo y me dio el diamante más pequeño jamás visto, y yo lo rechacé. Así que no me debe nada. Es sólo que yo necesito saberlo.

Sonya levantó la vista y la miró, con las cejas arqueadas por la preocupación. Tras una larga pausa dijo:

—Digamos que se ha ganado la fama de algo, eso es todo.

—¿De qué? ¿De que se tira a señoras mayores por las tardes?

—Sí, exactamente eso.

—O sea, que me estás diciendo que es... ¿qué? ¿Una especie de gigoló o algo así?

—No sé qué nombre tiene. Digamos que es un secreto a voces que se ve con estas mujeres solitarias. Supuestamente reparte pedidos, pero todo el mundo sabe que su furgoneta está demasiado tiempo aparcada frente a las casas.

—¿Con mujeres casadas también?

Observó a Sonya mientras hacía un repaso mental de todas las mujeres con las que Jimmy se acostaba; se preguntó, con creciente humillación, si ella habría sido su única visita ese día concreto.

—No creo —contestó Sonya—. Yo diría que sólo con viudas y divorciadas.

—¡Oh, Dios! Sonya, ¿por qué no me lo dijiste?

Un destello de contrariedad cruzó el rostro de Sonya; para ella fue una gran ofensa.

—Perdona si mientras lloro la muerte de mi hijo no he sacado tiempo para ponerte al corriente de la vida amorosa de Jimmy Griffin. ¿Cómo iba a imaginarme que te abalanzarías sobre él en cuanto estuvieseis a solas?

—Perdona. Por favor... tienes razón. Soy una egoísta asquerosa.

La rabia de Sonya se disipó tan deprisa como había aparecido.

—No, no lo eres —concedió—. Has venido aquí porque yo te lo pedí. Sé que para ti la vuelta no está siendo fácil.

Sonya parecía avergonzada de sí misma. Ginny odiaba pensar en el aspecto que debía de tener: entre las magulladuras y la humillación, estaba profundamente agradecida de que en la habitación de Danny no hubiese espejo.

Construcciones Libanski tenía su cuartel general en un edificio que, en sí, no publicitaba sus servicios. El negocio se dirigía desde una pequeña casa situada en la carretera de Williamstown; el aparcamiento que rodeaba la modesta y achaparrada construcción la hacía parecer tan enana que a Ginny siempre le había recordado una casita del Monopoly.

El padre de Sonya había fundado la empresa con la esperanza de dejársela algún día a su hijo. Pero el niño murió de pequeño. Al quedarle dos hijas (y con una mentalidad en la que las palabras «mujer» y «contratista» no podían pronunciarse en la misma frase), el señor Libanski se puso por objetivo buscar un yerno apropiado. Por supuesto, la hermana mayor de Sonya fue un dechado de deshonra prácticamente desde que su madre la llevó al centro comercial a comprarse su primer sujetador. Eso dejaba a Sonya para atraer al hombre adecuado, y como en todos los demás aspectos de su vida, había enorgullecido a sus padres.

Pete era pasablemente inteligente y, por si fuera poco, un buen niño polaco. Había crecido en la ciudad vecina, pero durante el bachillerato había empezado a trabajar en verano para el padre de Sonya, al cual le impresionaron sus fuertes brazos y su ética laboral aún más fuerte. El propio señor Libanski se lo sirvió en bandeja, ofreciéndole a Pete un trato en el lenguaje no hablado de los hombres: no podrás desvirgarla hasta que os hayáis casado, pero podrás quedarte con el negocio antes de que me muera.

No es que Pete y Sonya no estuviesen enamorados o que lo suyo fuese menos un matrimonio que una fusión. En bachillerato habían sido auténticos enamorados, habían bailado agarrados en sus respectivos bailes de graduación y llenado de vaho las ventanillas de la furgoneta de Pete las noches en que Sonya cumplía por los pelos el horario permitido. Esculpieron sus iniciales en las sillas de los socorristas del Fish Pond, junto con las de todos los demás Romeos y Julietas adolescentes (entre ellos Ginny y Jimmy).

Ginny y Jimmy. Sus nombres habían estado unidos desde el primer año de secundaria (una pareja de nombres asonantes tan dulce como una galleta de media luna, tan encantadora como un par de cachorros). Por aquel entonces, cuando ella tenía 15 años y estaba locamente enamorada, lo había interpretado como una señal de que estaban destinados a vivir felices para siempre: sus nombres, al igual que sus corazones, eran un tándem perfecto.

Dio un respingo, tanto por el recuerdo como por lo que le dolió el hombro al accionar el tirador de la puerta. Había tardado unos cuantos minutos en encontrar la camioneta pick-up de Danny en el aparcamiento de la constructora, donde estaba estacionada en medio de un mar de camionetas prácticamente idénticas. Una vez más, había primado en Sonya la razón sobre el corazón, insistiendo en que Ginny condujese la querida Dodge Ram de Danny hasta que se comprase otro coche. La camioneta no servía de nada estando ahí aparcada; era una tontería que Ginny malgastara el dinero en un alquiler.

Se subió al asiento del conductor por segunda vez; la primera había sido cuando la revisó el mismo día que revolvió la habitación de Danny. Pete se la había llevado al solar de la empresa en cuanto Ginny apuntó que quizá no era necesario que Sonya la viese cada vez que salía por la puerta de casa. Ahora, debido a que Ginny se había quedado sin coche, volvería a su sitio de origen.

Pete era un hombre alto, y el asiento estaba muy lejos del volante; aun midiendo un metro setenta y cinco centímetros de estatura, Ginny tuvo que moverlo hacia delante. Manióbró hacia atrás con cuidado, decidida a no empeorar las cosas abollando la posesión más preciada de Danny. Pero en lugar de volver a casa de Sonya, se dirigió a donde el propio Danny había ido en la camioneta por última vez: el aparcamiento del Fish Pond.

El nombre oficial del lugar era Windsor Lake, pero nadie lo llamaba así; por

razones perdidas en la historia, era universalmente conocido como el Fish Pond, el estanque de peces. Donde Ginny se crió semejantes cosas no eran infrecuentes; aun cuando una tienda cambiara de dueño tres veces en los últimos cincuenta años, la gente seguía llamándola tenazmente por su nombre original. El Centro Universitario Estatal, por ejemplo, había intentado mejorar su imagen rebautizándose como el Massachusetts College of Liberal Arts. Pero todo el mundo seguía llamándolo «el Estatal», y se desvivió por comprar las antiguas camisetas y tazas de café antes de que las retiraran de los estantes.

Ginny tenía el aparcamiento para ella sola. La escuela había empezado, y como se acababa de celebrar el Día del Trabajo, no había nadie por ahí cobrando por aparcar. Apagó el motor y de nuevo la sobrecogió el peso absoluto del silencio. La ciudad nunca estaba tranquila: siempre había vecinos, sirenas, alarmas de coches, motores de autobús, chirridos de frenos, radiocasetes, el sonido de un claxon. Era una cacofonía constante, tan intensa e incesante que podía ser difícil pensar con claridad.

Había olvidado lo increíblemente silencioso que era esto. Quizá por eso se sentía tan desconcertada: no había nada que ahogara esa voz interior que le decía que su vida era un desastre. Desde que estaba en casa de Sonya ni siquiera había bebido mucho; apenas podía acurrucarse en la cama de Danny con un cigarrillo Crown Royal. De modo que no había ruido de fondo, ni anestesia química: por primera vez en mucho tiempo era consciente de lo mal que realmente iban las cosas.

Bajó de la camioneta para contemplar el lago. Había parado de llover la noche anterior, pero el cielo seguía encapotado y amenazante. Sin embargo, las hojas estaban cambiando, y había algo innegablemente maravilloso en esa atmósfera de melancolía.

Era la primera vez que había vuelto al Fish Pond (escenario de tantas travesuras infantiles y citas amorosas adolescentes). Habían cambiado la zona infantil del parque, pero era esencialmente lo mismo: columpios, toboganes, esa cosa giratoria que siempre le había hecho marearse.

No tenía ni idea que lo que había estado haciendo Danny aquí la noche de su muerte; Sonya tampoco. Había ido allí simplemente para reconstruir los pasos de Danny, o más bien para recorrer ese espacio en coche.

La zona estaba completamente vacía, y también parecía un buen lugar para examinar con más detenimiento el interior de la camioneta pick-up. Al inspeccionarla no había buscado drogas; aunque mantenía la esperanza de equivocarse, sabía que tenía que inspeccionar el vehículo adecuadamente. Los camellos escondían sus alijos en toda clase de sitios: dentro de las puertas, en las ruedas, en falsos compartimentos debajo del suelo. Tenía que desmenuzarla en sus partes constituyentes, y hacerlo donde Sonya no pudiese verlo. Colgó su chaqueta de cuero de un columpio y se dispuso a trabajar, revisando la pick-up con las herramientas del propio Danny.

Al cabo de dos horas no había llegado ni un solo coche al aparcamiento; y Ginny no había encontrado prácticamente nada. Danny, digno hijo de su madre, había mantenido su vehículo estupendamente limpio; hasta la plataforma trasera con su funda de plástico parecía lo bastante esterilizada para servir de quirófano. Lo único que encontró, escondido en el espacio donde coinciden el fondo del asiento y el respaldo, fue un trozo arrancado de la parte superior de un envoltorio de condón azul marino. No había nada más en ninguno de los recovecos y grietas, ningún compartimento secreto, nada escondido debajo del capó.

Dejándose lo peor para el final, se tumbó boca arriba y se deslizó por debajo de la furgoneta, iluminando el chasis con una linterna. No vio ninguna soldadura nueva, nada que indicase que algo hubiese sido añadido tras su compra. Con un suspiro de resignación buscó una llave inglesa y empezó a desatornillar la rueda de recambio; estaba cubierta de barro, probablemente endurecido desde el fallecimiento de su meticuloso propietario. Se iba a poner perdida.

La tuerca cedió con sorprendente facilidad; debían de haberla desmontado recientemente. La giró hasta que la tapa se soltó y la rueda cayó sobre su estómago.

Y, al fin, dio con algo: una bolsa de plástico bien sellada y envuelta con cinta adhesiva. Estaba exactamente como Danny la había dejado.

Capítulo 19

No era metanfetamina; eso lo supo al instante. El paquete era delgado y flexible, no pesaba más de unos cuantos gramos. Salió de debajo de la furgoneta arrastrándose, y lo examinó a la luz oblicua de la tarde. Eran un montón de papeles, metidos en una bolsa de cierre hermético reforzado con abundante cinta aislante.

Antes de abrirla se limpió las manos con las toallitas húmedas que Danny guardaba en el compartimento del salpicadero junto con el abrillantador y la cera, y se puso un par de guantes de látex. Después troceó la cinta con una navaja y abrió la cremallera de la bolsa. En el interior había un pequeño montón de documentos, doblados por la mitad y con las esquinas arrugadas por haberlos embutido dentro de la rueda de recambio.

El primero era una fotocopia de la partida de nacimiento de Danny; sus diminutas huellas dactilares formaban un par de manchas negras al pie de ésta. Daniel Michael Libanski había nacido el 8 de enero con un peso de tres kilos trescientos gramos; no se convertiría en un Markowicz hasta cinco años después, cuando Pete y Sonya lo adoptaron formalmente.

Junto a MADRE aparecía el nombre de Paula Marie Libanski; junto a PADRE ponía desconocido. Ginny recordó que el hospital local solía decorar sus partidas de nacimiento con sellos dorados y lazos rosas o azules, pero en la fotocopia no había rastro de lo uno ni de lo otro. Se preguntó si su ausencia se debería a la antigua indignación moral de algún funcionario: ninguna floritura para los niños bastardos.

Pasó a la página siguiente y se dio cuenta con un sobresalto de que había visto este papel antes; lo había incluso sostenido en sus manos. Era un original, gastado y manchado, doblado y desdoblado innumerables veces hasta amenazar con descomponerse.

Hola, Sonya:

No te enfades conmigo pero tengo que irme. Tengo que tener una vida, ¿vale? Tú eres realmente buena con Danny y le gustas mucho y mamá puede ayudar, así que no pasa nada. ¿Vale? Serán sólo un par de meses o así y él es tan pequeño que ni siquiera sabrá que me he ido. Si puedo, quizá te envíe unos cuantos dólares para pagar su comida y sus cosas. ¿Vale?

Te quiere mucho, tu hermana mayor.

Ginny recordaba cuándo había llegado esa carta: dos días después de que Paula le

hubiese pedido a Sonya que cuidase del pequeño y ya no regresó nunca. El hecho de que esa noche no volviese a casa no le había sorprendido a nadie; aunque los padres de Sonya le habían dejado gratis el piso del sótano nada más nacer el bebé, dónde dormía Paula por las noches era un misterio para todos.

Al día siguiente su ausencia fue digna de mención únicamente porque no apareció para comer gratis, o para robarle a su madre otros cinco dólares del monedero. Sólo cuando llegó la carta en el correo de la tarde siguiente, en un sencillo sobre blanco sin remite, la familia sospechó que Paula había abandonado la ciudad.

Sonya fue la única que esperó a que apareciese el dinero prometido, la única que hasta dos meses más tarde estuvo pendiente de que su hermana se presentase en el umbral de su puerta. Tras casi diez años de decepciones, sus padres habían aprendido a esperar lo peor. Podrían haber intentado encontrarla, podrían haber contratado la clase de detective privado bigotudo que les gustaba ver en las series de acción de televisión emitidas en la hora de mayor audiencia, pero buscarla habría incrementado el riesgo de que pudiese realmente volver.

Ginny tocó la nota con los dedos, recordando la cara de desesperación de Sonya cuando ésta le dijo lo que había hecho su hermana. «¿Cómo ha podido? —inquirió Sonya—. ¿Cómo ha podido dejarlo sin madre cuando ni siquiera tiene un padre?».

La carta en sí era tan indignante como Ginny recordaba, y el doble de patética: la horrible ortografía, el pequeño corazón que hacía de punto sobre la «i» de la palabra «quiere». Pero, ahora igual que entonces, era la repetición de la palabra «¿vale?» , lo que realmente exasperaba a Ginny. Era como si Paula le estuviese suplicando a Sonya que le perdonara lo que había hecho; no sólo abandonar a su hijo de un año, sino endosárselo a su hermana adolescente. Incluso en aquel entonces, la madre de Sonya tenía problemas de corazón; era tan incapaz de criar a su nieto como de bajar Main Street haciendo cabriolas.

«Tengo que tener una vida», había dicho Paula, ignorando alegremente el hecho de que dejando a Danny en el regazo de Sonya alteraba para siempre el modo en que su hermana viviría su propia vida.

Puso la carta a un lado. Debajo había una pequeña libreta de espiral comprada en una tienda de la cadena CVS. Estaba llena de notas escritas con la letra de Danny. Ginny tuvo dificultades para descifrarlas todas, pero al echarles un vistazo supo una cosa con certeza.

Danny había estado buscando a su madre.

Empezaba a hacer frío, pero Ginny no quería volver a casa de Sonya todavía. Condujo hasta Main Street y entró en un Café des Artistes prácticamente vacío, donde se acurrucó en una esquina con la libreta de Danny y un café «moka». El café, con leche y chocolate, estaba sumamente bueno; mucho mejor que cualquier cosa que hubiese podido tomar en el Dunkin' Donuts o el Golden Skillet, que eran sus otras

opciones. Se puede sacar a la chica de la ciudad, pero la ciudad no puede ser arrancada del corazón de la chica.

Abrió la libreta, imaginándose a Danny inclinado sobre ella, anotando los escasos detalles de la vida de su madre con letra inclinada y descuidada.

- Detención por robo en tienda Newberry, 15 años (amonestación del juez)
- Deja la escuela de secundaria, 6 de marzo de primer curso
- Trabaja en Pizza House, abril, despedida en mayo
- Alteración del orden público, 17 años, cerveza en el parque (servicios comunitarios)
- Trabaja lavando coches, junio y julio

El registro de Danny de los pecados y errores de su madre seguía así durante varias páginas. Ginny ignoraba cómo había recopilado toda la información; sin duda, si Danny hubiese estado haciendo preguntas sobre su madre, Sonya lo habría mencionado.

Aparte de unos cuantos detalles inofensivos sobre los escasos logros de Paula en su infancia (había ganado una especie de concurso de belleza infantil que patrocinó la revista *Elks* cuando ella estaba en segundo), las páginas a rayas azules y de mala calidad contenían pocos elementos sobresalientes. Ginny sonrió cuando llegó a una frase que decía *¡Yo, nacido el 8 de enero!* Pero el año durante el cual Paula estuvo de verdad presente en la vida de su hijo transcurría prácticamente sin comentarios. El 6 de abril, cuando Danny tenía casi 15 meses, lo abandonó para siempre.

Volviendo la vista atrás, había dicho Sonya, debería de haber sabido que algo no iba bien. Paula solía sentarle a Danny en el regazo sin siquiera parpadear. Pero ese día, ese último día, se había arrodillado y había besado a su hijo en la frente; lo había abrazado con tanta fuerza que éste empezó a gimotear, y le había dicho tres veces que mami lo quería cuando normalmente no se molestaba en decirlo para nada. Volviendo la vista atrás, dijo Sonya, podía ver que Paula se había despedido.

Estaba ahí, en la libreta, escrito con dureza en primera persona: *6 de abril, nueve de la noche; me deja con mamá.* A pie de página había una anotación sobre la carta de Paula que llegó por correo. Pero entre ambas había una frase que Ginny no se esperaba: *10.15; autostop hasta el bosque del Fish Pond w/B. McSheen, maleta grande.*

Así que, en cierto modo, Danny había rastreado la primera parte de la salida de su madre de la ciudad. Ginny podía visualizarlo: Paula cargando una maleta que había cogido a escondidas del apartamento del sótano sin que su familia se diera cuenta, arrastrándola cuesta arriba por Gallup Street, y el viejo Bob McSheen pasando por delante en su coche Oldsmobile azul claro y ofreciéndose a llevarla.

Un viaje hasta el Fish Pond; el mismo lugar donde la camioneta pick-up de Danny había sido encontrada la noche de su desaparición. ¿Había alguna conexión? ¿Y la búsqueda de su madre tendría algo que ver con el revólver cargado de su habitación?

—Hola, ¿qué sabes? Eres de la pasma.

Ella levantó la vista de la libreta. Había un hombre delante de ella, de cara huesuda y barba incipiente, con gafas rectangulares de montura negra y un aro plateado en la ceja izquierda. Era el tipo que había estado sentado con Topher; su novio, el ayudante del conservador del museo. ¿Cómo se llamaba? Sonaba pretencioso. Geoffrey; eso era. Pronunciado *Joff-rey*.

—Hola —saludó Ginny, cerrando la libreta y guardándosela en el bolsillo—. ¿Te gustaría sentarte conmigo?

La invitación pareció cogerlo por sorpresa. Pero se encogió de hombros, se sentó y encendió un cigarrillo, tirando el paquete encima de la mesa sin ofrecerle uno a ella. Sus malos modales exasperaron a Ginny lo bastante como para que sacara uno de sus American Spirits y lo encendiera sin pronunciar palabra. La expresión del rostro de Geoffrey era una mezcla de hosquedad y curiosidad.

—Tú eres la poli que hacía indagaciones sobre Danny.

—Exacto. Tenía la esperanza de hablar contigo sobre él.

—Eres amiga de su vieja.

—Su vieja —matizó ella— tiene treinta y cuatro años.

Una de las comisuras de la boca de él se curvó hacia arriba.

—Un fósil.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos tienes tú?

Él sonrió, expulsando el humo entre sus dientes, que se dispersó en un amplio círculo. Ella tuvo la sensación de que era algo que había practicado. Todo el mundo necesita tener algún talento.

—Veintisiete —contestó él.

—¿Dónde creciste?

—En Brooklyn Heights.

—Topher me ha dicho que eres conservador del museo. ¿Fuiste a la universidad para eso?

—Me especialicé en historia del arte en Bard.

—¿Es ahí donde conociste a Topher?

Él sacudió la cabeza. Empezaba a parecer molesto.

—Creía que querías saber cosas de Danny.

—Sólo estaba siendo educada. Pero podemos ir al grano. Tengo entendido que Danny y tú os veáis mucho.

—No mucho —replicó él—. A veces.

—Para hablar de arte y esas cosas, ¿verdad?

—Sí —contestó—. ¿Y qué?

—Quiero saber cómo era la vida de Danny las semanas antes de su muerte. Si pasabas tiempo con él, quizá puedas ayudarme.

Geoffrey dio otra larga calada a su cigarrillo, retuvo el humo como si se tratara de una pipa de agua y, finalmente lo expelió. Alrededor del antebrazo derecho tenía tatuada una serpiente.

—¿Qué quieres saber?

—¿Mencionó Danny alguna vez que estuviera buscando a su madre?

Ginny lo observó mientras reflexionaba sobre ello. Tuvo la impresión de que no estaba tanto considerando la pregunta como pensando si quería contestarla.

—Sí —afirmó Geoffrey.

—¿Llegó muy lejos?

Geoffrey se encogió de hombros.

—Indagó por ahí. Por lo visto estaba en un punto muerto. Pero el chico quería saber de dónde venía.

—De eso no se le puede culpar.

Él dio otra larga calada, luego expelió el humo.

—Le dije que lo mandara todo a la mierda, que se fuera de la ciudad y viviera su vida y no mirara atrás. Pero supongo que necesitaba... no lo sé. Comprobarlo o lo que sea.

—¿Sabes si tenía problemas con alguien? ¿Si le daba miedo alguien?

Geoffrey se encogió de hombros.

—Nada demasiado grave.

—¿Qué tal si dejas que sea yo la que juzgue lo que es grave?

De nuevo se encogió de hombros.

—Una vez se peleó con un chico, eso es todo.

—¿Con quién?

—No lo dijo. Danny podía ser bastante reservado a veces.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hará un par de meses.

—¿Y no tienes ni idea del motivo de la pelea?

—Creo que el chico simplemente lo atacó. Le dije a Danny que debería buscarse protección.

—¿Te refieres a una pistola?

—No —contestó, poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a una caja de condones. Para que se la tirara al chico, si volvía.

—¿Y tienes alguna idea de lo que podía estar haciendo en el Fish Pond la noche de su muerte?

Geoffrey se reclinó en la silla y la miró fijamente con los ojos desmesuradamente abiertos detrás de las gafas geométricas.

—No, en absoluto —respondió.

Ginny le devolvió la mirada segura de dos cosas. Que el hombre no era ni mucho menos tan atractivo como se creía, y que mentía.

Capítulo 20

Oyó la voz de Sonya a través del móvil, contrariada y distraída. Las gemelas Meeks tenían amigdalitis, y se había pasado el día atendiendo sus necesidades al tiempo que persiguiendo por la casa a los otros dos niños sanos pero aburridos.

Ginny le ofreció ir a buscar una *pizza* para cenar, pero Sonya le recordó que era el cumpleaños de Pete; aun cuando ella no estaba de humor para celebraciones, él se merecía una comida casera. Sus padres vendrían a cenar a casa, además de Monique, que llevaba tanto tiempo asistiendo a los acontecimientos familiares que Sonya no tuvo el valor de excluirla. Estaba haciendo pollo con salsa de crema, setas y pimientos, otra receta del libro de cocina que Danny odiaba.

—Oye, ¿podrías...? —empezó a decir Sonya, pero se detuvo.

—¿Podría qué?

—Nada.

—¡Venga! —la animó Ginny—. ¿Qué?

—Te iba a pedir si podías recoger el pastel, pero no importa, ya lo haré yo.

—Lo has encargado en Molly's.

—Normalmente lo hago en casa, pero...

—Yo lo iré a buscar.

—No te preocupes. Me acercaré en un momento en cuanto...

—¡Por Dios, Sonya! Yo lo iré a buscar. Soy adulta. ¿Necesitas que compre algo más?

—Sólo unos cuantos panecillos glaseados —pidió—. ¡Oh! Y casi se me olvida. Ha llamado tu tía Lisette. Cree que le estás dando largas.

—Me lo imagino.

—Y una cosa más. Tu coche está en el taller de Marty Mangino, en State Road. Pete supuso que dentro podría haber algunas cosas que querrías.

—Lo dudo, pero gracias.

—Quizá podrías acercarte hasta allí y comprobarlo hoy mismo —sugirió Sonya—. No creo que Marty tenga mucho espacio en su taller.

Ginny dijo que lo haría, abandonó la plaza de aparcamiento frente al Café des Artistes y se dirigió a las afueras de la ciudad. Por suerte no había tráfico (tampoco es que alguna vez hubiera mucho), porque sólo estaba medio concentrada en la carretera. El resto de su cerebro estaba repasando la breve conversación con Geoffrey, que había finalizado cuando Tophér apareció en la cafetería cargando una caja de siropes de diversos sabores. Geoffrey se había levantado de un salto y lo había besado largamente en los labios, acto que Ginny sospechaba que había sido diseñado para

hacerla sentir incómoda, pero que no consiguió.

Todos sus instintos le decían que Geoffrey sabía más sobre las últimas horas de Danny de lo que estaba dispuesto a reconocer. En sus tiempos de policía de verdad, podría haberlo retenido para interrogarlo, haberlo metido en una sala de interrogatorio y usar el habitual puñado de trucos para convencerlo de que hablara: engaño, persuasión, amenazas de juicio por obstaculizar la investigación. Pero ¿cómo iba a conseguir que cantara?

Entró el vehículo en el taller, maniobrando la camioneta entre los coches estacionados en diversos estados de reparación. No había nadie en la oficina; encontró al dueño en una de las dos naves, examinando los bajos de un PT Cruiser. Se presentó, y él le preguntó por su padre; al parecer, Lavoie había hecho un buen trabajo en el funeral de su abuela hace años.

—¡Qué pena lo de tu coche! —lamentó.

—Gracias —dijo ella—. Supongo que debí haberlo llevado a desguazar hace algún tiempo.

—No, probablemente aún le quedaban otros ochenta mil kilómetros. Ya no hacen los coches como antes.

Ginny lo siguió hasta el otro taller. No tenía elevador; por debajo de su coche salían dos piernas. Teniendo en cuenta que había saltado por encima de una valla y había caído al río, estaba en un estado sorprendentemente bueno.

—¡Guau! —exclamó—. ¿En serio podrá arreglarlo?

—No —volvió a decir—. Está en las últimas.

—Entonces, ¿qué...?

—Espero que no te importe —contestó Marty Mangino—. Como va a acabar en el cementerio de coches, he dejado que Stu lo manosee un poco. —Señaló las piernas, vestidas con unos tejanos sucios y unas botas de trabajo—. Es un aprendiz de mecánico del instituto profesional. No le dejaría tocar algo que pertenezca a un cliente.

—¡Oh, venga ya! —dijo una voz desde debajo del coche. Marty articuló la palabra «imbécil».

—¡Claro! —repuso Ginny, examinando los tristes restos del único coche que había tenido en toda su vida—. Supongo que da igual.

Marty la dejó sola, en compañía del coche destrozado y del imbécil escondido. Abrió la puerta, y salió un chorro de agua. Lo cierto es que no había nada que salvar; la caja empapada de Kleenex y las casetes estropeadas podían ir al mismo sitio que el vehículo.

—¡Oiga! —intervino la voz sin cuerpo—. ¿Tiene algún enemigo?

—Mmm... ¿cómo dices?

El aprendiz salió rodando de debajo del Chrysler. Debía de tener unos 16 años,

con la cara cubierta de grasa negra y un virulento acné rojo.

—Hay alguien que no le tiene mucho cariño.

—Lo sé —concedió ella—. He tenido muy mala suerte.

—La suerte no ha tenido nada que ver con esto —insistió él—. Alguien cortó la manguera del freno.

Después de todo, el aprendiz con rostro de *pizza* no era tan imbécil. Había adivinado lo que mucha gente habría pasado por alto; un corte irregular en la manguera del freno que, sin embargo, era demasiado limpio y perfecto para ser casual.

—Yo diría —dijo después de pedirle a Ginny que se metiera debajo del coche para verlo con sus propios ojos— que alguien quería que pareciera que había sido una piedra o algo. Pero no fue ninguna piedra. —Su jefe le echó un vistazo; aunque era evidente que le molestaba tener que reconocerlo, el chico tenía razón.

—¿Quién puede saber hacer algo así? —les preguntó Ginny—. ¿Tiene que ser un mecánico experto?

Marty se encogió de hombros.

—A mí me da la impresión de que cualquier idiota sabe dónde está la manguera del freno.

—Yo no lo sé —replicó Ginny.

—Tú no cuentas —comentó Marty—. Eres mujer.

No era algo de lo que la hubieran acusado antes, pero estaba demasiado perturbada para discutir con él.

—¿Cuánto tiempo pudo pasar desde que cortaron la manguera hasta que los frenos fallaron?

El chico abrió la boca para contestar, pero Marty lo interrumpió. Ya había tenido suficiente protagonismo por un día.

—Si perdía líquido realmente poco a poco, quizá doce horas. ¿Notaste si perdía líquido?

—No —respondió Ginny—. Llovía a cántaros. Y, además, el coche siempre perdía una cosa u otra.

—¿No se encendió el chivato del tablero?

«¡Virgen santa! —pensó ella—. No hay nada como culpar a la víctima».

—Era una maldita chatarra. Las luces de aviso se encendían y apagaban como un árbol de Navidad. De todas formas, siempre había funcionado bien.

El propietario carraspeó, un único gruñido que contenía un universo de censura. El chico lo imitó, claramente desesperado por caerle en gracia.

—Espero —concluyó Marty— que cuides mejor de esa camioneta.

El hecho de que alguien hubiera intentado matarla se les había escapado a los dos. Les dio las gracias (¿por qué?, no estaba del todo segura), y les pidió que remolcaran

el coche hasta el aparcamiento de la constructora. Ahora no era sólo chatarra; era la prueba de un intento de asesinato.

Condujo de vuelta a casa de Sonya, conteniendo inconscientemente la respiración cada vez que pisaba el freno. ¿Qué demonios ocurría? Si lo sucedido no había sido un mero accidente (y por lo visto, en el taller, los mecánicos estaban seguros de que no lo era), sólo había una razón posible para que alguien la quisiera matar. Quienquiera que hubiera manipulado su coche debía de estar tratando de impedir que investigara el asesinato de Danny. Tenía que ser eso; a menos, por supuesto, que alguien a quien hubiese ofendido en el instituto hubiera albergado rencor durante 15 años, esperando el momento adecuado hasta que ella viniese casualmente de visita para poder vengarse. ¡Ajá!

Quizás era una idiota, pero ni se le había pasado por la cabeza que el percance no hubiera sido sino un accidente. Y no era sólo que su Chrysler estuviese destrozado. Llevaba años trabajando en casos, y nunca antes nadie la había perseguido. Los criminales de Nueva York cometían un montón de fechorías, pero el asesinato premeditado de una agente detective era prácticamente inaudito. Ginny estaba acostumbrada a hacer frente al peligro en la calle. Pero ¿que un criminal hubiese manipulado su coche? Tenía que ser una broma.

Si el mecánico estaba en lo cierto y la manguera del freno había sido cortada unas doce horas antes, eso significaba que lo habían hecho por la noche, mientras el coche estaba estacionado delante de casa de Sonya. Era muy posible: la suya era una calle corta y sin salida, con sólo unas cuantas casas en un lado y una es carpada pendiente en el otro. Si Ginny hubiese querido manipular los frenos de alguien, no podría haber elegido un sitio mejor. Si uno sabía lo que hacía, probablemente acabase en un par de minutos y sin que nadie se diera cuenta.

Hijo de puta. Se había pasado más de diez años en las calles de Nueva York sin resultar gravemente herida, y no llevaba ni una semana de vuelta en su ciudad natal cuando habían estado a punto de matarla. No por primera vez anheló su revólver de servicio. Su arma estaba a más de 300 kilómetros de distancia, pero tenía claro que empezaría a llevar la de Danny. De todas formas, no podría considerarse una prueba (el revólver no estaba vinculado a ningún crimen), y en ese momento protegerse a sí misma le parecía mucho más importante.

Cruzó el paso elevado, giró a la derecha y aparcó la camioneta delante de Molly's. Tenía el pulso acelerado, la camisa de franela empezaba a estar mojada en las axilas. Nervios. Comprensible, puesto que acababa de descubrir que alguien quería matarla.

Tenía que ser eso, ¿verdad? Si le producía más ansiedad la idea de encontrarse con Jimmy Griffin que el intento de matarla, es que era una auténtica estúpida.

Mejor no pensar en ello.

Entró en la tienda; la campanilla que sonó sobre su cabeza le pareció menos un

recibimiento que un insulto. Por un instante tuvo la esperanza de que él pudiese no estar allí (quizás estuviera haciendo repartos a su cuadra de amigas menopáusicas), pero debió de habérselo imaginado. No merecía esa clase de suerte.

Allí estaba, llevando esa estúpida camiseta con la cara sonriente de color amarillo intenso. Pero su expresión de cuello para arriba no era ni mucho menos tan alegre: parecía tan incómodo como ella. Por lo menos eso le producía cierta satisfacción.

—¿Qué se te ofrece?

«Un billete de autocar a la Autoridad Portuaria», pensó Ginny.

—El pastel de cumpleaños de Pete.

—Muy bien. —Extrajo un pastel bañado de chocolate de la vitrina y lo dejó en la encimera para que ella lo viera. Sorprendentemente, ponía FELIZ CUMPLEAÑOS, PETE. ¿Esperaba Jimmy que ella se pusiera a aplaudir?

—Parece estupendo —concedió Ginny. Él lo metió en una caja, envolviéndolo con un cordel que sacó de un rodillo que había colgando sobre su cabeza—. ¡Ah..., y Sonya quiere unos cuantos panecillos glaseados!

—¿Cuántos?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que media docena.

—¿Cuántos sois a cenar?

—Seis.

—Llévate una docena —sugirió él—. Nadie come sólo uno. —Ginny cogió el monedero, pero él lo rechazó con un ademán—. Felicita a Pete de mi parte.

—No tienes por qué hacerlo.

—Para eso están los amigos —replicó Jimmy.

Introdujo los panecillos en una bolsa de papel encerado y la puso encima de la caja del pastel. Ginny cogió las dos cosas, y él bordeó el mostrador para ir a abrirle la puerta. Agarró el pomo, luego se detuvo.

—¿Quieres un tentempié para el viaje? —Ginny lo miró con fijeza, intentando descifrar sus palabras—. Pastelitos especiales. Ya sabes, los que están totalmente glaseados.

—¡Oh, sí! Me había olvidado.

—Los de coco y frambuesa hoy no se han vendido —comentó—. Y te noto un poco pálida.

—Supongo que he olvidado comer —se excusó ella—. He tenido un día horrible.

—¿Sí?

—Sí.

Jimmy lo interpretó como un asentimiento; aunque Ginny ignoraba por qué de pronto estaba siendo simpático con ella. Él le quitó la caja de las manos y la puso de nuevo en el mostrador, después se dio la vuelta y cogió un par de pastelitos de la

vitrina.

—Ten —dijo mientras los ponía en una bolsa—. De todas maneras, estoy a punto de cerrar.

Él le dio la bolsa. Ella la aceptó. Entonces la agarró y la besó, y los dos deliciosos pastelitos quedaron olvidados en el suelo.

Capítulo 21

Llegó a casa de Sonya justo a tiempo para la cena; medio atontada, con el pelo revuelto, sin el pastel de cumpleaños. Su espalda, que le había dolido desde el accidente, aún le dolía más. Hacía mucho tiempo que Ginny no hacía el amor encima de un saco de harina de 40 kilos, y ya no era una niña.

Sonya no dijo ni mu. Le bastó mirar a Ginny para saber lo que había ocurrido, pero en esta ocasión no se atrevió a criticarla. Al fin y al cabo, era ella la que le había pedido que pasase por Molly's; la que la había hecho meterse en la boca del lobo. No podía evitar sentirse parcialmente responsable. Tendría que limitarse a poner unas cuantas velas en una tarta congelada y aguantar la desaprobación de su suegra.

Ginny se había olvidado por completo del pastel; por no mencionar los panecillos glaseados. Estaba demasiado ocupada lamentándolo, tanto mentalmente como dándose golpes en un talón con los dedos del otro pie por debajo de la mesa. Ignoraba qué clase de *cosa* posadolescente había entre ella y Jimmy, pero estaba segura de algo: no podían estar a solas cinco minutos sin abalanzarse el uno sobre el otro. Lo que significaba que no debían quedarse los dos a solas en absoluto.

—Así que le dije —hablaba la madre de Pete—, adelante, pide más. Sabes perfectamente que volverán y te ofrecerán menos. Esa gente siempre lo hace.

La expresión del rostro de Sonya era de incomodidad, su expresión común y habitual cuando los labios de Rhonda se movían.

—No está bien generalizar —objetó—. ¿No es cierto, Ginny?

Estaba claro que su amiga necesitaba un cómplice; Ginny se obligó a meterse de nuevo en la conversación.

—¿De qué estamos hablando?

La señora Markowicz la miró pestañeando, sus ojos de lechuga agrandados por la respetable montura de plástico de color rosa claro.

—De los judíos —contestó—. De los judíos de Nueva York. Dos han hecho una oferta para quedarse con la casa de los Bernardo, la de al lado. Quieren una casa para los *fines de semana*. ¿Te lo puedes imaginar? ¿Tener esa enorme casa sólo para vivir en ella los *fines de semana*? ¿En qué se está convirtiendo esta ciudad?

Daba la impresión de que Sonya empezaba a tener migraña. Pete y su padre daban la impresión de no estar escuchando, lo cual era absolutamente cierto.

—Verás —explicó Ginny—, en Nueva York hay mucha gente que tiene una casa para los fines de semana. Es bastante normal allí, si tienes dinero.

Su intención había sido calmar a la mujer. No funcionó.

—Bueno, ¿quiénes se creen que son? —inquirió Rhonda—. Venir aquí y hacer

alarde de su dinero de ciudad como si éste no fuera un lugar donde la gente vive. ¿Y habéis visto algunos de los personajes que circulan por Main Street? En mi época se les daba una bofetada y se les decía que se cortaran el pelo y ya está.

Pete y su padre seguían comiendo. Sonya se frotó las sienes, mientras Monique permanecía allí sentada con una sonrisa hueca en la cara. Ginny se había quedado sola.

—A ver si lo entiendo —dijo—. ¿No te gustan porque son de la ciudad? ¿O porque tienen dinero? ¿O... porque algunos de ellos son judíos?

Un desagradable silencio inundó la habitación. Entonces Monique elevó la voz.

—Jesús ama a todo el mundo —intervino—. Incluso a aquellos que lo asesinaron.

Sonya se puso de pie de un brinco.

—¿Quién quiere más pollo?

El padre de Pete acercó su plato, repitiendo por tercera vez sin decir palabra. Sonya acababa de sentarse cuando llamaron al timbre; de nuevo se levantó de un brinco como un prisionero indultado.

Era Jimmy, que traía el pastel y la bolsa de panecillos. Ginny clavó la vista en su plato, donde el pollo y la salsa y los fideos yacían fríos, amarillos y amontonados junto a una torcida montaña de ensalada de tomate. No tenía mucha hambre.

—Siento haberme retrasado —se disculpó—. Cuando ha venido Ginny a recogerlo, no había acabado de decorarlo. Le dije que lo traería yo.

Naturalmente, era todo mentira, y mucho menos embarazoso que la verdad: que después de fornicar medio desnudos en el mismo sitio donde años atrás habían hecho el amor por primera vez, Ginny había salido corriendo nada más subirse los Levi's.

Se obligó a levantar la vista y mirarlo, para escuchar cuanto decía, para evitar pensar en lo que esa boca le había estado haciendo menos de una hora antes.

—Gracias —dijo.

—¿Y qué llevas en esa bolsa? —inquirió Rhonda, arrancándosela de la mano—. ¡Panecillos glaseados! ¡Mis favoritos! ¡Eres un encanto! ¿Tienes hambre? Debes de estar hambriento. Un hombre siempre está hambriento tras una larga jornada de trabajo. Siéntate, Jimmy. Cena un poco. Sonya, pon unos cubiertos. Es lo mínimo que puedes hacer después de que haya traído el pastel especialmente. ¡Eres un encanto! Ahora siéntate y come un poco de pollo a la *king*. Le falta sal y los fideos están un pelo pasados, pero seguro que no te importará. Un hombre nunca se da cuenta. ¡Oh, qué crujientes están estos panecillos! Petey, pásame el plato de la mantequilla, ¿quieres? A ver, Jimmy, ¿qué quieres beber? ¿Una Coca-Cola? Sonya, tráele a Jimmy una Coca-Cola bien fría.

Él intentó escabullirse (hasta Ginny tuvo que reconocer que hizo un denodado esfuerzo), pero al final se rindió. No podía culparlo: Rhonda Markowicz era una fuerza de la naturaleza, de esa clase que aparece derruyendo *campings* de

autocaravanas en los telediarios nocturnos.

Sonya le puso cubiertos, y a Monique le pidieron que fuese a buscar una silla más, y sin darse cuenta Ginny acabó cenando con Jimmy Griffin. Sonya, siempre diplomática, dirigió la conversación hacia temas no escabrosos: el último proyecto de construcción de Pete, los nuevos pasteles de Jimmy, las clases de Monique en la Estatal. En un momento dado Rhonda lanzó unas granadas en la conversación, advirtiendo que un chico encantador como Jimmy no debería estar aún soltero, ¿y no resultaba encantador verlos a él y a Ginny de nuevo juntos como en los viejos tiempos?, pero Sonya se apresuró a desactivarlas antes de que su suegra las hiciera estallar. Por enésima vez Ginny pensó en el hecho de que quería a Sonya más que a nadie en el mundo.

El pastel resultó ser fantástico, incluso mejor de lo que Ginny recordaba. Jimmy aceptó el cumplido (fue lo único que ella le dijo directamente en toda la noche) y musitó algo acerca de cómo había conseguido mejorar el chocolate de sus padres. Los siete lo devoraron, no dejando más que migas y azúcar glaseado sobre las pequeñas servilletas doradas. Ginny tenía que reconocerlo: en esta vida era bastante difícil ser realmente bueno siquiera en una cosa, y Jimmy Griffin era un experto por lo menos en dos.

Lo escuchó hablar de cosas intrascendentes con los demás comensales; del tiempo, del equipo de fútbol de secundaria, del precio abusivo de la gasolina. Prestó atención a su modo de hablar, procurando formarse algo así como una opinión imparcial de él, pero era imposible; lo había conocido demasiado pronto y desde hacía demasiado tiempo. No había manera ni siquiera de evocar el recuerdo de las primeras impresiones.

En aquel entonces, si alguien le hubiese preguntado a Ginny por qué estaba tan loca por él, habría dicho que Jimmy era inteligente y atractivo y simpático y divertido. Sin duda, no había perdido su atractivo, y era lo bastante listo para dirigir un negocio próspero. Pero lo de su simpatía era discutible, y últimamente, cuando ella estaba cerca de él, la risa era lo último en lo que pensaba.

El padre de Pete estaba rebañando el azúcar glas de su plato cuando sonó su busca. Aunque jubilado del departamento de mantenimiento de edificios e instalaciones del William College, seguía siendo bombero voluntario. Se levantó y usó el teléfono de la cocina, un anticuado aparato con un largo cable en espiral.

—Tengo que irme —anunció mientras se ponía su impermeable—. Buena cena, Sonya.

Ginny se levantó de la mesa, deseando desesperada que acabara la fiesta antes de que Rhonda dijera algo demasiado irritante que Sonya no pudiera esquivar.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido un accidente de coche en Kemp. Tengo que ir a dirigir el tráfico.

Supongo que Rolly anda escaso de personal.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Ginny.

Él la miró como si le hubiera salido un tercer brazo de la espalda. Después se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que estás capacitada. ¡Qué demonios!

Dejaron al resto boquiabierto, sus expresiones iban de la contrariedad (Rhonda) a la diversión (Jimmy). Nada más salir por la puerta, el señor Markowicz (Pete *sénior*) confesó que no veía muy bien de noche, de modo que quizá Ginny podría conducir. Cogieron la camioneta de Danny para el trayecto de kilómetro y medio, dejando atrás la escuela de primaria de Ginny y Sonya antes de llegar al lugar del accidente: la curva cerrada donde Kemp Avenue se encontraba con Bradley Street, justo frente a la entrada del Fish Pond.

Ya estaban allí dos coches de policía y una ambulancia, luces rojas y blancas intermitentes iluminaban la oscura noche. Los coches hacían cola, atrapados en la carretera bloqueada porque al departamento de policía le faltaba gente para establecer un desvío. Ginny estacionó en el andén, y los dos caminaron cuesta abajo hacia el lugar del accidente. A medida que se acercaron, ella vio el coche: un monovolumen Dodge plateado que se había salido de la carretera y se había estrellado contra un poste del servicio eléctrico, el cual había caído en medio de la calzada. La línea eléctrica chispeaba, las farolas de la calle estaban apagadas, y todas las casas circundantes se habían quedado completamente a oscuras.

—¡Menudo follón! —exclamó Pete *sénior*.

Los *airbags* del monovolumen se habían activado, y aunque su parte delantera estaba seriamente dañada, al parecer la cabina de los pasajeros estaba intacta. Por lo visto la conductora había salido por su propio pie: estaba sentada en la ambulancia, con el rostro ensangrentado, pero, al parecer, de una pieza.

—No sé de dónde salió —decía la mujer—. Levanté la vista y ahí estaba; tumbado en la calzada. Simplemente *tumbado*. Pero yo no lo atropellé. *Intenté* no atropellado. No creerá que lo atropellé, ¿verdad?

Ginny anduvo un poco más, alejándose del poste. En medio de la carretera había una sábana blanca, cubriendo un inconfundible cuerpo humano.

No había nadie por ahí (sea como sea, nadie que pareciera estar al mando), de modo que levantó la sábana. Había contado con ver el cadáver maltrecho de una víctima de accidente. Pero lo que no se había imaginado es que sería alguien conocido.

Capítulo 22

Ginny volvió hasta la ambulancia y escuchó a hurtadillas mientras el agente de policía tomaba declaración a la conductora. Regresaba a casa de un entrenamiento de hockey en Williamstown, aseguró, y llevaba a tres niños revoltosos y el coche lleno de palos y coderas. Acababa de dejar a un cuarto niño y bajaba por la pendiente de Kemp Avenue, a punto de doblar la esquina de Bradley Street, cuando de repente vio a una persona echada en medio de la calzada. Pisó el freno a fondo, giró bruscamente el volante a la derecha, y lo siguiente que supo es que un señor amable la ayudaba a salir de su maltrecho coche y que su abrigo de otoño nuevo estaba lleno de sangre.

El cadáver seguía tumbado debajo de la sábana, a tres metros de distancia de donde el coche se había salido de la carretera. Ginny dejó de merodear junto a la ambulancia; la conductora no paraba de decir lo mismo una y otra vez. Y por lo que pudo adivinar, la mujer decía la verdad. Cuando ella y su vehículo con aspirantes a Wayne Gretzkys habían descendido la cuesta, la víctima ya estaba muerta.

Ginny alumbró el cadáver con la linterna de Danny, esperando todavía a que alguien al mando viniese a decirle que se esfumara. Pero no vino nadie; de Rolly no había ni rastro, y los policías y los bomberos no daban abasto con el tráfico y la grúa y los niños magullados. Había llegado la brigada de reparaciones de la compañía eléctrica, y un hombre con casco protector estaba cabeceando ante los desperfectos y pensando en las horas extras que tenía por delante; por lo menos había logrado que el poste eléctrico dejara de echar chispas, aunque ahora el apagón se extendía a todas las casas que alcanzaba a ver.

Sobre el asfalto, a un metro del cadáver cubierto con la sábana, había una mancha roja oscura: sangre. Había otra cerca de ésta, y otra, y otra, que se alejaban del monovolumen en dirección al lago. Ginny las siguió; por el camino de entrada y hasta el aparcamiento, donde terminaban en un charco de color carmín. Era difuso, impreciso, como si alguien hubiese estado allí tumbado y se hubiera revolcado en él. A un lado del charco de sangre había un par de gafas rectangulares, con un cristal hecho añicos; al otro, un diente humano.

Sea lo que sea lo que le hubiera pasado a la víctima, había sucedido aquí, en el aparcamiento completamente a oscuras del lago. En cierto modo, pese a la pérdida de sangre y el dolor, la víctima había conseguido bajar arrastrándose por el camino de acceso y llegar hasta el centro de la calzada. Debía de necesitar ayuda desesperadamente. Y murió esperando.

Estacionado en un extremo del aparcamiento, no lejos de donde Ginny había inspeccionado la camioneta pick-up de Danny, había un Mini Cooper nuevo. Sabía

que no debía tocarlo, pero no podía soportar que Rolly malograra otra escena de un crimen. Ya había estropeado la investigación de la muerte de Danny; y al pobre Jack O'Brien le había costado la vida. Se limitaría a echar un vistazo, sin alterar nada. ¿Qué había de malo en eso?

Se puso un par de guantes y accionó la manilla de la puerta, que se abrió sin problema. Rápidamente, repasó por encima el coche con la luz del techo encendida. La documentación de la guantera reveló que Geoffrey Dobson era el propietario.

De modo que ése era su apellido.

Inspeccionó el interior del coche, después abrió el maletero. El espacio era diminuto, y la inspección no le llevó mucho tiempo, pero encontró algo interesante: escondidos en distintos sitios había un fajo de billetes de 100 dólares, una pistola semiautomática completamente nueva, vistosas hojas de colores con lo que Ginny dedujo que era LSD, y pequeñas bolsas de papel que contenían lo que a los agentes de policía les gustaba llamar polvos blancos sospechosos. Tal vez fuera cocaína, tal vez *crack*... tal vez metanfetamina.

Lo dejó todo donde lo encontró. Una cosa era hacer un registro furtivo, pero difícilmente podría justificar la manipulación de las pruebas.

Volvió hasta el cadáver de Geoffrey, todavía desatendido. Levantó la sábana y lo examinó más de cerca, sin tocar nada. El cuerpo estaba sobre un lado, la pierna derecha torcida en un ángulo extraño. Vestía tejanos negros y tenía una línea rojiza a la altura de medio muslo. Como agente de un coche patrulla, Ginny había visto suficientes atropellamientos para reconocer la clásica herida: se apostaría su placa confiscada a que Geoffrey había sido golpeado por un vehículo, un vehículo alto con el parachoques sucio. Pensó en el charco de sangre que había encontrado en el aparcamiento, el diente y las gafas hechas añicos. A pesar de las heridas había logrado de una manera o de otra arrastrarse hasta la carretera. Debía de estar agonizando.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Ginny soltó la sábana y se volvió para ver al comisario Rolly, que parecía más perplejo que enfadado—. Hola, Angie, eres tú —saludó con una sonrisa torcida y propinándole una fuerte palmada en el hombro dolorido—. Supongo que los policías de Nueva York simplemente no podéis resistiros a un tipo muerto, ¿eh?

Ginny dio un paso hacia él. El olor a cerveza era ligero pero inequívoco.

—He venido para ayudar a dirigir el tráfico.

—Siempre tienes que estar donde está la acción, ¿eh? —Dio dos puñetazos en el aire con una mano y con la otra, luego otra vez. Después clavó los ojos en el cadáver, sin hacer ademán de levantar la sábana—. Me imagino que el pobre desgraciado no había aprendido a mirar a ambos lados de la carretera antes de cruzar.

Ginny ladeó la cabeza en dirección al lago.

—No lo golpearon aquí —anunció—. Sucedió en el aparcamiento. Creo que logró bajar hasta aquí él solito antes de morir.

Él la miró fijamente, como si estuviese esperando la frase clave. Al no obtenerla, inquirió:

—¿Y eso cómo lo sabes?

—El reguero de sangre conduce en esa dirección. Y su coche está aparcado ahí arriba.

Rolly se rascó la cabeza; su perfecto peinado ladeado se movió bruscamente como si fuera una trucha engominada.

—¡Jesús! Ya que estás en ello, ¿quieres decirme quién es su pariente más cercano?

—No tengo ni idea, pero lo he reconocido. Se llama Geoffrey Dobson, es ayudante del conservador del museo. Es amigo del dueño del Café des Artistes, abajo, en Marshall.

—Un forastero.

—Sí.

Rolly parecía aliviado, un instinto que Ginny podía comprender. No tendría que llamar a la puerta de alguna familia vecina y decirle que su hijo estaba muerto; al fin y al cabo, sólo hacía dos semanas que había llamado a la puerta de Sonya.

Apareció una segunda ambulancia, e introdujeron en ella el cadáver de Geoffrey. Ginny llevaba puesto un chaleco naranja y cumplió su ofrecimiento de dirigir a los coches por el desvío, algo que nunca había hecho antes, ya que el Departamento de Policía de Nueva York tiene su propia Oficina especializada en Seguridad Vial. Era tarde, casi medianoche, y no había muchos coches; éste era un barrio residencial.

Mientras observaba un par de luces traseras que desaparecían en la oscuridad, repasó todo lo que había sucedido en las últimas 24 horas. Primero había descubierto que Danny había estado buscando a su madre; después se había enterado de que alguien había manipulado los frenos de su coche. Recordaba claramente haber estado de pie en la tienda de Jimmy y haberle dicho que había tenido un día horrible; y eso fue antes de que copularan como conejos en la trastienda y ella encontrase el cadáver maltrecho de Geoffrey en medio de Kemp Avenue.

Geoffrey Dobson. Hacía solamente unas cuantas horas ella había estado sentada frente a él en la cafetería, convencida de que mentía acerca de su ignorancia respecto a las últimas horas de Danny. Ahora estaba muerto.

¿Era porque él había hablado con ella? Eso parecía disparatado; pero si había alguien realmente dispuesto a *matarla* para impedir que investigara el asesinato de Danny, cualquier cosa era posible. Quizá Geoffrey estuviese enterado de algo (tal vez incluso de todo) y el asesino había tenido que silenciarlo antes de que hablase.

Luego estaba el alijo que había encontrado en el coche de Geoffrey; un sinfín de

pecados que prácticamente lo convertían en un miembro de la cooperativa de narcotraficantes. Pese a que ella se había unido al cuerpo después del apogeo de la epidemia neoyorquina de «*crack*», aun así había visto a un montón de camellos muertos en ajustes de cuentas. Pero ¿en su ciudad natal? La idea parecía absurda. Hasta que recordó la escena en el bar y la imagen de Belinda Cooper y sus hijos tristes y sucios... y no le pareció tan ridícula, después de todo.

La historia no llegó a tiempo al periódico local. Pero sí a las noticias de la radio; la voz del locutor solemne leyendo el guión: forastero muere en un accidente donde el causante del mismo se da a la fuga. Daba igual que Geoffrey hubiera estado trabajando en el museo durante casi un año y que su coche tuviera matrícula de Massachusetts; ésta era una ciudad en la que tener un abuelo nacido fuera del condado te convertía en foráneo.

Naturalmente, no ayudaba que las circunstancias de la muerte de Geoffrey no lo elevaran precisamente al grado de mártir. A medida que la multitud fue abandonando el Golden Skillet tras el desayuno, toda la ciudad supo que en el vehículo de la víctima habían sido encontradas una pistola y más drogas que en una farmacia de la cadena CVS.

Ginny esperaba que el locutor de noticias mencionara el fajo de billetes, pero al parecer nadie se había enterado de ello. Estaba desconcertada, aunque le duró poco: ese mismo día el comisario Rolly contrató a Pete para que reformara su cabaña de caza.

Había estado a punto de ir a hablar con él sobre su coche manipulado, basándose en el principio de que hasta un policía incompetente era mejor que nada. Pero ahora Rolly era incompetente y corrupto; Ginny decidió que prefería tenerlo lo más alejado posible del caso.

Podía visualizarlo inspeccionando el coche, encontrando las drogas y la pistola y el dinero, la baba resbalando por su doble mentón al caer en la cuenta de que tenía en la mano el sueldo de medio año. Se lo imaginó explicándose que Geoffrey no era más que un camello, ni siquiera un camello oriundo de la ciudad, ¿y de qué serviría todo ese dinero encerrado en algún armario de pruebas? Lo vio deslizando el fajo de billetes en el bolsillo de su abrigo, junto a los chicles Tootsie Rolls y las tabletas para la acidez de estómago, y considerándolo una victoria de la justicia.

Alguien juraba defender la ley y la tergiversaba en su propio beneficio. En lo que a ella concernía, más bajo no se podía caer.

Con un nauseabundo respingo se dio cuenta de que era exactamente así como la veían sus colegas: una poli corrupta. Y no tenía ni idea de cómo limpiaría su nombre.

Capítulo 23

Ginny se sacudió la lluvia de la chaqueta y movió enérgicamente la cabeza cual perro empapado. El tiempo no había mejorado, y la estación del cambio de colores se estaba yendo al traste.

Entró en el Skillet y examinó a la multitud, concentrándose en buscar a su cita de mediodía. El entrenador Hank estaba sentado en un estrecho banco corrido para dos personas, sosteniendo una lata de Sprite. Al verla acercándose a la mesa se puso de pie, porque era así como lo habían educado.

—Lavoie —saludó—, me alegro de que no te hayas ahogado.

—Se ha enterado, ¿eh?

—Salió en la portada del *Transcript* —contestó él—. Difícil no enterarse.

Ginny se sentó frente a él; el duro banco de fórmica era un instrumento de tortura medieval para su coxis dolorido.

—Gracias por quedar conmigo —le agradeció ella.

Él asintió con su «de nada».

—Supuse que querías hablar de Danny.

—Sí. —Ginny se movió en busca de una posición más cómoda—. Por cierto, conocí a sus hijas pequeñas en casa de Sonya. Las dos son guapísimas.

El entrenador puso los ojos en blanco simulando estar horrorizado.

—¡Que Dios me asista cuando tengan dieciséis años!

—Quizá sean unos angelitos. Como yo.

Él pasó por alto el comentario.

—Sabes que ya teníamos tres niñas mayores, también. Es lo que el buen Dios entiende por una broma.

—¿Cómo?

—Tres hijas eran más que suficientes, pero convencí a mi mujer de que intentáramos ir a por el niño, cerdo machista que soy. Y acabamos con dos gemelas.

—Sonrió al recordarlo—. ¿Y quieres saber lo mejor? Sólo tenemos un cuarto de baño.

—¡Guau!

Él miró su reloj.

—¿Te importa si vamos pidiendo? Tengo que volver a entrenar dentro de una hora.

Ginny consultó la carta, barajó la idea de pedir una ensalada que, sin duda, consistiría en una rodaja de tomate duro encima de una lechuga iceberg, y acabó pidiendo otra hamburguesa Skillet. Se quedó esperando que el entrenador Hank la

reprendiera, pero él pidió lo mismo.

—No pasa nada por comer eso —le dijo a una Ginny de cejas arqueadas—, siempre y cuando lo quemes.

—Amén.

Él abrió su segundo Sprite y tomó un largo sorbo.

—¿Y qué te puedo contar?

Ella se inclinó hacia delante con la esperanza de aliviar la presión sobre su coxis.

—Veamos... ¿le dio la impresión de que Danny estaba metido en algún problema?

El entrenador reflexionó sobre ello mientras se pasaba una mano por su tupido cabello rubio canoso. Sin duda, los años iban transcurriendo (su rostro tenía las arrugas de una persona de piel blanca que pasa demasiado tiempo al sol), pero seguía siendo un hombre atractivo. Sin embargo, cuando ella iba a la escuela, era guapo como una estrella de cine: la mitad de las chicas del equipo de atletismo empezaron a llevar las camisetas del uniforme una talla excesivamente pequeña, sólo con la esperanza de que él se fijaría.

—Es preciso que recuerdes —dijo él— que no lo vi mucho desde la graduación. No era como cuando estaba en el equipo. Pero debo decir que las últimas veces que lo vi, no parecía él mismo.

—¿Y eso por qué?

—No puedo poner la mano en el fuego. Era como si... ¿sabes cuando a veces los jóvenes son diferentes con un grupo de amigos o con otro? ¿Como si pudiesen ser realmente correctos junto a algunas personas y unos chulillos junto a otras?

—¿Se refiere a que cree que Danny se relacionaba con quienes no debía?

—Sí, tal vez. Y no quiero parecer un carcamal. No es únicamente que necesitara un afeitado. Era más bien un cambio de actitud, ¿sabes? Como si siempre hubiera sido un buen chico y, de pronto, le importase un bledo el mundo.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Pensó alguna vez que quizás estuviese metido en algo de drogas?

—Se me pasó por la cabeza. La ciudad no es la misma en la que tú y yo crecimos, créeme. —Una sombra cruzó su rostro, como si el tema le afectara muy directamente. Ginny se preguntó si estaría pensando en un alumno o en una de sus hijas de pelo dorado—. Pero no lo sé con seguridad —prosiguió—. Nunca lo vi colocado ni nada de eso.

—¿Alguna vez le pareció que estaba asustado?

Dio la impresión de que la pregunta lo había sorprendido.

—¿Asustado? ¿Danny? No. ¿Por qué lo preguntas?

—Pura rutina.

—Bueno, *ocurrió* algo. En aquel momento no pensé en nada de eso.

—¿Qué sucedió?

—La última vez que vi a Danny fue un domingo por la tarde; pocos días antes de que muriera. Las niñas querían bocadillos «sub», así que me fui a Angelina a buscarlos, y vi a Danny de pie al lado de su furgoneta, en el aparcamiento cercano al paso elevado, con aspecto de acabar de perder a su mejor amigo. De modo que paré, y resultó que alguien le había desinflado las cuatro ruedas mientras él trabajaba en el Skillet. Le pregunté por qué no les pedía a sus padres que lo fueran a recoger, pero me dijo que no quería molestarlos. Me ofrecí a llevarlo, pero dijo que iba a llamar a un colega suyo que tenía una bomba de aire.

—¿Y no dijo quién creía que podría haberlo hecho?

El entrenador Hank sacudió la cabeza.

—Le quitó importancia a todo el tema; dijo que debía de ser una broma de algunos niños, pero, lógicamente, estaba enfadadísimo. Como te decía, no había pensado en ello hasta ahora mismo.

—¿Y qué hay de su vida social? ¿Se veía con alguien aparte de Monique St. Cyr?

—Yo tenía entendido que los dos estaban prácticamente prometidos.

—Sólo es una pregunta que me hago. ¿Alguna cosa más?

El entrenador parecía dubitativo, después llegó a una conclusión.

—Bueno —contestó—, seguramente no es importante, pero poco antes de morir me preguntó algo sin venir a cuento.

—¿El qué?

Hizo una pausa para saludar con la mano a los dos hombres que estaban tomando asiento en una mesa cercana: el padre LeGrand y el señor Dulaine, presidente del banco y diácono de la iglesia. Ginny había ido a la escuela con los hijos de este último, a quienes recordaba como la clase de típicos mojigatos que se chivaban cuando el profesor se olvidaba de poner deberes.

Los dos hombres colgaron sus abrigos en unos colgadores que había entre los bancos corridos y se acercaron a dar la mano. El señor Dulaine (ahora recordó su nombre, Arthur) alabó a una de las hijas de Hank por ganar una medalla en patinaje sobre hielo. Todavía con su mano en la de Ginny, el padre LeGrand le dijo que esperaba verla en la iglesia el domingo.

—Te honra haber asistido al entierro de Jack O'Brien —dijo el padre LeGrand.

—Y a usted haberlo enterrado —repuso ella de corazón—. Pensaba que para los suicidios no podían celebrarse funerales religiosos.

Arthur Dulaine estuvo a punto de decir algo, pero por lo visto lo reconsideró.

—Jack era un hombre muy enfermo —comentó el cura—. En mi opinión, no era capaz de tomar decisiones racionales, y menos aún la de acabar con su propia vida. Su enfermedad lo mató.

—Esa es una forma de verlo —intervino Dulaine. Su voz era tranquila, pero tenía

la mandíbula apretada.

—El único pecado que cometió ese hombre fue negarse a ser ayudado —insistió el padre LeGrand.

—¿Y qué hay del pecado por el que estaba en la cárcel? —inquirió Dulaine con una sonrisa forzada—. ¿Qué hay del quinto mandamiento? No matarás.

—La propia madre de Danny no cree que Jack fuera culpable —dijo el cura—. Eso me basta.

Se despidieron y se sentaron en su propia mesa. Ginny abrió los ojos desmesuradamente.

—Un parroquiano conflictivo —declaró.

El entrenador Hank lanzó una mirada hacia Dulaine; después se inclinó hacia Ginny.

—Por él —comentó en voz baja— retiraron *Macbeth* de la biblioteca del instituto de secundaria.

—¿*Macbeth*? —repitió ella con un susurro—. ¿Por qué?

Él puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza, y dijo:

—Brujería.

—¡No!

—Y será mejor que no te hable de la clase de salud sobre la abstinencia como único medio. —Consultó de nuevo su reloj—. Perdona, ¿dónde estábamos?

—Decía que Danny le preguntó algo sin venir a cuento.

—Exacto. Quería saber si yo recordaba algo sobre su madre.

—¿Conoció usted a Paula?

—No, realmente. Empecé a entrenar el año en que ella dejó la escuela, y no era deportista. Pero se metió en un montón de líos, así que todos los profesores estábamos al tanto de quién era.

En ese momento trajeron la comida, y el entrenador Hank aún se ganó más el cariño de Ginny dejándole servirse ketchup primero.

—Entonces, ¿qué le dijo? —preguntó ella después de pegar un gran mordisco.

—Bueno —contestó él—, en primer lugar le pregunté por qué no hablaba simplemente con sus padres sobre el tema.

Ella mojó dos patatas fritas y se las metió en la boca.

—¿Y?

—Tenía miedo de que su madre se enfadara. Lo encontré lógico. Personalmente, siempre me he preguntado por qué le dijeron la verdad acerca de su madre biológica.

—Sonya tuvo muchas dudas al respecto —dijo Ginny—. Pero siempre supuso que Paula volvería a casa algún día. No quería que fuera un *shock* horrible. Cuando Danny tuvo edad suficiente, incluso le dio la carta que Paula envió después de haberse ido. Así pues, ¿qué le dijo usted a Danny?

—No pude decirle gran cosa. Me limité a darle unos cuantos nombres de amigos con los que ella solía salir, eso es todo.

—¿Recuerda quiénes eran?

—Phil McCoy, que trabaja en la oficina de asistencia social. Andy Draco, que sirve en el bar de la Legión. Steve Pecor. No estoy seguro de que haga gran cosa. Creo que tiene una discapacidad.

—Todos son hombres.

—No recuerdo que Paula Libanski tuviese amigas. Pero como te he dicho, no la conocía.

—¿Había alguien más?

Pensó en ello.

—Solamente esos tres —contestó—. ¡Ah, sí! Y Jimmy Griffin.

Capítulo 24

La hamburguesa Skillet, tan sabrosa, amenazaba con cortarle la digestión. Pero Ginny logró acabar la comida sin vomitarla sobre el entrenador Hank, le dio las gracias por su ayuda, y regresó a su camioneta bajo una lluvia torrencial.

¿Jimmy? ¿Divirtiéndose con Paula Libanski? Parecía imposible. En primer lugar, la lógica no cuadraba. Paula se marchó de la ciudad a los 19 años; ella, Sonya y Jimmy tenían todos 15. Por lo que tenía entendido, Paula siempre se había inclinado por chicos más bien mayores. ¿Le robaría realmente el novio a la mejor amiga de su hermana?

Recordaba haber oído por casualidad una discusión entre los padres de Sonya poco después de que Paula abandonara la ciudad; incluso a los 15 años y fanática del melodrama como cualquier adolescente, Ginny se había alegrado de que Sonya no escuchase nada. Sumada al abandono de su hermana, la conversación la habría dejado fuera de combate.

—Es mejor que se haya ido —había dicho su padre—. Esa chica envenena cuanto toca.

—No digas eso —había replicado su mujer—. ¡Es tu hija, por Dios!

—Dios le ha dado la espalda, y lo sabes.

—¡Ronnie!

—Es como si ella no pudiera soportar que algo sea bueno y puro y limpio. Tiene que ir y estropearlo, al igual que una persona normal necesita rascarse una picadura.

Entonces, ¿habría ido detrás de Jimmy? De haberle apetecido, naturalmente que sí. Pero ¿se habría Jimmy dado por vencido? Nunca se habría siquiera planteado algo semejante; Jimmy siempre le había parecido la persona moralmente más recta que conocía después de Sonya. Sin embargo, ahora que sabía que él repartía su amor por la ciudad a todas las divorciadas solitarias, no estaba tan segura.

Bajó por Main Street y dobló la esquina. Aminoró la marcha cuando pasó por delante del Café des Artistes y vio un letrero en la puerta que rezaba: CERRADO POR DEFUNCIÓN FAMILIAR. Giró otra vez a la derecha, luego otra vez, y antes de darse cuenta había estacionado el coche frente a la entrada trasera de Molly's. Abrió de golpe la puerta enmallada, dándole un susto de muerte al chico con el rostro lleno de espinillas que estaba inclinado sobre una bandeja llena de pastelitos de chocolate parcialmente glaseados. Pasó por su lado con andares majestuosos y cruzó la puerta que conectaba con la parte posterior del mostrador.

—¿Te tiraste a Paula Libanski?

Boquiabierto, Jimmy se volvió hacia ella. Una expresión semejante tenían los

rostros de las dos niñas pequeñas que estaban contando centavos para pagar unas galletas con forma de vampiro.

Él puso las monedas en la caja y la cerró con fuerza, después le dio a cada niña una galleta, meticulosamente envuelta en papel encerado. Sin articular palabra, tan sólo un par de discretas miradas hacia la temible y chiflada señora, salieron a la acera donde las aguardaba la madre de una de ellas.

Jimmy se giró lentamente hacia Ginny.

—¿Qué acabas de preguntarme?

—Ya me has oído.

—¿Te has vuelto loca?

—Es posible, pero contesta a la pregunta.

—No merece ni siquiera una respuesta. —Se acuclilló y empujó la bandeja de galletas de vuelta en el estante del interior de la vitrina—. ¿Qué te ha hecho irrumpir aquí para preguntarme *eso*?

Ginny se mordió el labio inferior.

—Es una larga historia.

—Pues resúmela.

—Como sabes, estoy intentando averiguar lo que le pasó a Danny. Resulta que justo antes de morir estaba buscando a su madre.

Él levantó las dos manos con las palmas hacia arriba; ella no supo si Jimmy estaba más enfadado que perplejo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—El entrenador Hank me ha dicho que Danny recurrió a él pidiendo información sobre Paula. Él le dio una serie de nombres de chicos con los que solía salir.

—¿Y uno de ellos era el mío? —Ginny asintió. Él la miró fijamente, mucho rato y con dureza—. ¡Cielos! —exclamó—. Estás celosa.

—No, no lo estoy.

—¡Oh! Entonces seguro que ya habrás ido corriendo a donde trabajan esos otros tipos, chillando como una loca. ¿Verdad? —Ella eligió ese momento para mostrar un gran interés por los hojaldres refrigerados rellenos de crema—. ¿A que no lo has hecho?

Ella se volvió y lo miró a la cara.

—¿Puedes, por favor, decirme simplemente la verdad?

—¿Qué más te da? Nunca me quisiste realmente.

Había una pizca de irritación en su voz; hablaba como si tuviera 15 años.

—¡Por supuesto que te quería! —repuso ella. Él apartó la vista—. ¡Venga, Jimmy! Sabes que te quería.

—Yo quería compartir mi vida contigo; casarme y todo eso. Pero te deshiciste de nosotros dos como si no importáramos nada.

—¿De qué dos?

La mirada de Jimmy le dio a entender a ella que era absolutamente estúpida.

—De mí y del bebé.

—¡Eres un hijo de puta, Jimmy! No pienso mantener otra vez esta conversación contigo.

—¿Qué quiere decir *otra vez*? En primer lugar, nunca la hemos mantenido. Te largaste tan deprisa que no supe ni en qué dirección te habías ido.

Ginny cerró los ojos con fuerza, y presionó su frente con los puños.

—No he venido aquí para hablar sobre nosotros.

—No —matizó él—, has venido aquí para preguntarme si te engañé con la puta de la ciudad. Imagínate qué agradable para mí.

—Bien, ¿lo hiciste?

Él dio un fuerte golpe en el mostrador con una mano, haciendo que las barras de pan saltaran al unísono.

—Si crees que tienes derecho a preguntarme eso, te has vuelto loca. Pero sólo para que conste, sólo para que no duermas mejor por la noche decidiendo que el padre de tu hijo te era infiel... no, te aseguro que no me acosté con Paula. No sé qué cree que recuerda Hank, pero la única vez que estuve siquiera a solas con ella durante cinco minutos fue cuando trabajó aquí.

—¿Cuando trabajó *aquí*?

—Sus padres les pidieron a los míos que le dieran trabajo. Supongo que pensaron que levantarse a las cuatro de la mañana para hacer cruasanes la pondría en el buen camino. Duró tres días.

—¡Oh!

—Sí —afirmó Jimmy, su voz tintada de sarcasmo como una media luna cubierta de azúcar glas—. ¡Oh!

Ella asimiló su respuesta.

—Hank me ha dicho que, en realidad, no conocía a Paula —comentó Ginny pasado un minuto—. Quizá se haya confundido.

Jimmy la miró largamente. Ella supo que él seguía furioso porque tenía las puntas de las orejas de color rojo intenso. Como cuando era adolescente.

—¡Dios! —exclamó él al fin—. Realmente, no eres lo que se dice una gran poli, ¿no?

Detrás del mostrador había una silla plegable, donde la madre de Jimmy se había sentado a hacer sopas de letras cuando había poco movimiento en la tienda. Ginny se dejó caer pesadamente en ella, hundiendo la cabeza en las manos.

—No —repitió ella—. Supongo que no.

—Honestamente, ¿es así como trabajáis en Nueva York? ¿Os aferráis a una información incompleta y entráis corriendo mientras disparáis las pistolas? No me

extraña que mueran tantos negros inocentes por disparos de bala.

Fue un golpe bajo, pero en este momento difícilmente estaba Ginny en posición de discutir con él.

—Lo siento —se disculpó—. Normalmente no soy así, te lo juro. Hubo una época en que la gente de verdad consideraba que yo era buena en mí trabajo. Pero últimamente, digamos que... estoy confusa.

—¿En serio? —replicó él—. No lo pareces.

Jimmy la llevó a tomar una copa. Era lo último que ella se esperaba, pero el niño bueno que había en él debió de compadecerse de ella. Puso al asustado chico que glaseaba los pastelitos de chocolate al frente del mostrador y la condujo hasta su camioneta pick-up y prácticamente la sentó en el asiento del pasajero. Ginny ignoraba a dónde se dirigían mientras él subía por Mohawk Trail, una serpenteante carretera de montaña que siglos atrás había sido un sendero indio. Se detuvo en una tienda de bebidas y le dijo que esperara; al salir, llevaba un *pack* de seis cervezas Michelob y una bolsa de chicharrones.

—¡Virgen santa! —Fue todo lo que ella alcanzó a decir al verlo.

—Viejas costumbres —comentó él, y siguió conduciendo hasta que llegaron a un mirador. Aparcó marcha atrás, y se sentaron en la plataforma posterior de la furgoneta contemplando el valle de Berkshire y las montañas de color morado oscuro salpicadas del rojo y dorado de las pocas hojas que quedaban.

Ginny apenas pudo distinguir a lo lejos las tres estrechas cascadas de Trinity Falls. Como el resto de adolescentes, Ginny y Jimmy habían pasado bastante tiempo en las cascadas, fumando cigarrillos y cosas peores. Pero a ella nunca le había gustado el sitio realmente; siempre le había parecido demasiado escalofriante. Según la leyenda, si ibas allí y escuchabas el rato suficiente, se oían las voces de los muertos, susurrándote por debajo del torrente de agua.

No dijeron nada hasta que ya iban por la mitad de sus primeras cervezas. Finalmente, cuando ella ya no pudo soportar más el silencio, preguntó:

—¿Qué estamos haciendo aquí arriba?

—¡Que me aspen si lo sé! —replicó Jimmy.

—Siento haber perdido los estribos ahí dentro. Es sólo que... Cuando Hank pronunció tu nombre y el de Paula en la misma frase, me quedé completamente desconcertada.

—¡Vaya! —exclamó él—. No me había dado cuenta.

Ella esbozó una ligera sonrisa, y los dos estuvieron un buen rato en silencio.

—Jimmy —habló ella al fin—, ¿qué demonios estamos haciendo?

Capítulo 25

Por el rabillo del ojo, Ginny vio que él se encogía de hombros.

—A mí no me lo preguntes —contestó él—. Eres tú la chica sofisticada de ciudad.

La carcajada de Ginny fue más bien un resoplido.

—Sí —afirmó—. Esa soy yo.

—Lo único que sé es que cuando estoy contigo no puedo pensar con claridad.

—Conozco la sensación.

—Bien —repuso él.

—¿Bien? —le chilló ella—. ¿Estás mal de la cabeza? No puedo permitirme el lujo de actuar como una niña borracha de hormonas. He venido aquí para ayudar a Sonya. Le he jurado que averiguaría quién mató a Danny, y hasta ahora mi labor ha sido tan fantástica que hay dos muertos más, y alguien por poco logra que me ahogue en el río.

Su discurso bastó para que él dejara de contemplar las montañas y la mirara a ella.

—¿De qué estás hablando? Creía que había sido un accidente.

Ella le explicó lo del coche manipulado, noticia que a Jimmy le sorprendió tanto que apuró su cerveza y abrió otra. Ella continuó diciéndole lo culpable que se sentía por no haber puesto más empeño en sacar a Jack el Saltimbanqui de la cárcel, por no darse cuenta de que no sería capaz de soportar estar encerrado en una celda. Después, tras unos segundos de titubeo, inspiró profundamente y le habló de Topher y Geoffrey, de que la orientación sexual de Danny estaba en el aire, de que estaba convencida de que Geoffrey sabía más sobre la muerte de Danny de lo que había admitido... de cómo sólo unas horas después de que ella hubiese hablado con él, había aparecido muerto.

—¿Qué dices? —inquirió Jimmy—. ¿Crees que ese tal Geoffrey mató a Danny?

—No lo creo; de todas formas, él solo no. Danny le sacaba por lo menos quince centímetros y pesaba al menos veinte kilos más que él. Es evidente que Geoffrey traficaba con drogas, pero mi instinto me dice que no era un asesino.

—Tenía entendido que habías dicho que encontraste una pistola en su coche.

—Lo sé —afirmó ella—. Pero creo que nunca habían disparado con ella; sólo la vi con mi linterna, pero parecía nueva, recién sacada de la caja. Quizá la tuviese únicamente para protegerse en sus trapicheos.

—¡Qué primor!

—Vale, sé que ahora mismo no las tengo todas conmigo, pero mi instinto me dice

que Geoffrey no fue quien lo hizo, aunque quizá sabía quién lo hizo. Cuando le pregunté qué hacía Danny en el Fish Pond la noche en que murió, dijo que no lo sabía. Pero estoy segura de que mentía.

Jimmy abrió la bolsa de chicharrones y le ofreció a Ginny. Solían ser uno de sus aperitivos favoritos, pero ahora los rechazó con un gesto.

—¿Crees que este Geoffrey estaba allí con Danny? —preguntó él.

—Tal vez. O tal vez sabía quién estaba con él... y ese alguien podría perfectamente ser la persona que golpeó a Danny hasta matarlo.

—Pero ¿cómo acabó siendo atropellado por un coche en el aparcamiento del Fish Pond? —Jimmy levantó la vista de los chicharrones—. ¿Por qué sonríes?

—No lo sé. Es sólo que... Los policías van de dos en dos por un motivo. Es realmente útil tener a alguien con quien compartir la información, y debatir las hipótesis.

—Y tú has estado intentando descifrarlo todo en tu cabecita.

—No puedo hablar con Sonya de esto. Casi todo lo que descubro destruiría la imagen que tiene de Danny. Al principio pensaba que el mejor enfoque era simplemente decírselo todo, pero ahora no estoy tan segura.

—¿Sabe Sonya que es posible que Danny hubiera estado saliendo con chicos?

—Me ha dicho que tiene miedo de que su alma arda eternamente en el infierno.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Chorradas de mente estrecha.

—Y yo que te tenía por un buen católico.

—Por lo menos voy a misa.

—¿Sí? ¿Cuántos avemarias tienes que rezar por repartirles tus barras gigantes de pan de canela a las divorciadas solitarias?

No lo había dicho intencionadamente, pero le salió de sopetón. La pregunta, estúpida en sí, dio la impresión de que flotaba en el aire que había entre ellos. Como un niño que empieza a andar y al caerse se debate entre la risa y el llanto, ninguno de los dos sabía con seguridad en qué desembocaría la situación.

Pero al cabo de unos segundos de silencio ambos rieron simultáneamente; Jimmy sujetándose las costillas, Ginny riéndose entre dientes con tal fuerza que la cerveza le salió por la nariz.

—¡Mierda! —exclamó él en cuanto recuperó el aliento—. Quizá no seas tan mala detective después de todo.

La lluvia cesó esa noche, simbolismo que hasta Ginny era lo bastante prudente como para encontrar ridículo. A la mañana siguiente se levantó justo al amanecer, hizo café para Sonya, y le preguntó si sabía que Danny había estado buscando a su madre biológica.

Su amiga se tomó la pregunta mejor de lo que se había temido. Pero el tema

seguía siendo embarazoso e importante; Sonya se sentó frente a la mesa de la cocina, como si la superara para tratarlo de pie.

—Verás, solía preguntar por ella constantemente cuando era pequeño. Siempre quería saber si volvería, y durante muchos años le dije que sí. Incluso cuando mis padres me decían que era cruel alimentar sus esperanzas, seguí diciéndole que ella volvería a casa, porque eso es lo que yo realmente creía. Por fin, cuando se hizo mayor, debió de ser en primero de bachillerato, dejó de preguntar por ella.

Ginny cogió la mano de Sonya entre las suyas.

—No puedes culparte, cariño. La causante ha sido Paula. Sé que era tu hermana, y la madre de Danny, pero nunca se preocupó de nadie más que de sí misma.

Sonya sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad. Paula no era tan mala. Sé que me quería. Y cuando quería, podía ser un encanto; tenía esta forma de hacerte sentir la persona más importante del mundo entero. Sé que tenía sus defectos, créeme, pero aun así era... *irresistible*. Era tan guapa, ¿verdad? Los hombres simplemente se sentían atraídos hacia ella. Supongo que, al final, Danny también sintió esa atracción.

—He echado un vistazo al montón de papeles que tenía escondidos en su furgoneta. Guardaba un bloc de notas con datos sobre la vida de Paula. Por ejemplo, ¿sabías que la noche que ella huyó hizo autostop y el señor McSheen la llevó hasta el Fish Pond? Lo he buscado, pero está en un geriátrico; tuvo un derrame cerebral hace dos meses y está bastante gagá. Danny debió de hablar con él antes de eso.

—¿El Fish Pond? ¿Para qué?

—Llevaba una maleta grande. Quizá se iba con alguien, y era allí donde se tenían que encontrar.

Un recuerdo cruzó el rostro de Sonya, fugaz y agridulce.

—Ese era nuestro sitio, ¿sabes? Paula y yo dejamos de estar tan unidas cuando ella creció y no podía soportar compartir habitación conmigo. Pero cuando éramos pequeñas, digamos cuando ella tenía diez años y yo seis, e iba detrás de ella todo el rato... pasábamos un montón de tiempo allí.

—Lo recuerdo.

—Íbamos de aquí para allí y jugábamos a juegos y escondíamos cosas en lugares secretos. Volviendo la vista atrás, fue la única época en que realmente sentí que tenía una hermana, ¿sabes?

Ginny apretó su mano con más fuerza.

—Siento desenterrar todo esto. Sé que no es fácil.

Sonya cogió su taza de café, la levantó con una mano temblorosa y la dejó de nuevo.

—Lo que has dicho de que ella tuviese que encontrarse con alguien en el Fish Pond —comentó— es muy lógico. Creo que siempre se sintió como la reina de ese

sitio. Se paseaba tranquilamente en bañador, y todos los chicos la miraban.

—¿Se te ocurre con quién pudo haber quedado? ¿Con algún chico en concreto con el que hubiese estado saliendo en la época en que se marchó?

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Quizá ninguna. Pero si ésta es la pista sobre la que estaba Danny, creo que tengo que seguirla.

Sonya reflexionó sobre ello.

—La verdad es que no recuerdo a nadie en concreto. Sé que tenía más dinero del habitual; al menos no les pedía tanto a mis padres. En ese momento no lo pensé, pero al recordarlo, me pregunto si se habría metido en algo ilegal. A veces me pregunto si dejó la ciudad para evitar que la pillaran.

—El entrenador Hank ha mencionado a unos cuantos chicos. —Ginny recordó los nombres—. Phil McCoy, Andy Draco, Steve Pecor. ¿Es posible que Paula huyese con uno de ellos?

—Francamente —respondió Sonya—, los confundo a todos. ¿Has hablado con ellos?

—Todavía no. Me he despistado un poco. —Ginny no le había hablado a Sonya del número que había montado en la tienda de Jimmy; de cómo había irrumpido en ella a gritos para saber si se había acostado con Paula y de que les había dado un susto de muerte a dos niñas pequeñas que estaban comprando pastelitos de Halloween.

—¿Crees que estará viva en alguna parte? —Ginny no respondió—. Bueno, sé que Paula era una chica guapa con un juicio pésimo. Naturalmente, se me ha pasado por la cabeza que quizá no cumpliera los treinta y ocho.

Ginny empezó a decir algo reconfortante, pero decidió que era inútil.

—No tengo ni idea —fue su respuesta—. Podría haber muerto por sobredosis o Dios sabe qué más. O quizá después de estar un tiempo fuera, se imaginó que nadie quería que volviera.

Sonya se levantó y anduvo hasta la puerta de la habitación, deslizando la punta de un pie a lo largo de la juntura de la alfombra y el linóleo de la cocina.

—A veces, cuando mamá y papá no estaban en casa, me prohibía entrar en su habitación. Decía que tenía que quedarme al otro lado de esta línea. ¿Te acuerdas?

—¡Claro! Siempre me pregunté por qué simplemente no cerraba la puerta.

—Le gustaba tener público. Así que yo pegaba los pies a la línea, me agarraba al marco de la puerta y me inclinaba hacia delante todo lo que podía. —Sonya cabeceó—. Pero nunca me chivé.

—Deja que te pregunte otra cosa. ¿Te comentó Danny en alguna ocasión que alguien le había desinflado las ruedas de su furgoneta?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El domingo antes de morir. El entrenador Hank me ha dicho que se encontró con Danny, y que le habían desinflado las cuatro ruedas mientras trabajaba en el Skillet.

Sonya cabeceó de nuevo.

—No —dijo—. No me dijo nada.

—¿Y en alguna ocasión te comentó que un chico lo había atacado?

—¿Qué? No. ¿Crees que...?

Sonó el móvil de Ginny. A regañadientes, le soltó la mano a su amiga y se fue a su habitación a buscarlo.

—¿Diga?

—Eres Virginia, ¿verdad? ¿Llamo al número correcto?

La voz del hombre le resultaba familiar, pero Ginny no podía identificar quién era. No ayudaba que la voz sonara empañada, por lo que creyó que eran lágrimas, interrumpidas por sollozos. No reconoció el número de teléfono, pero empezaba por 917, un prefijo de móvil de Nueva York.

—Soy la detective Lavoie. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito verte ahora mismo. ¿Puedes bajar aquí?

—¿Quién eres?

—Topher Malkovich. Del Café des Artistes, ¿me recuerdas?

—Por supuesto. Perdona. ¿Qué ocurre?

—He estado revisando las cosas de Geoffrey —explicó—. Y hay algo *horrible*.

Para Ginny, la definición de «horrible» incluía cosas tales como partes del cuerpo humano descuartizadas y una recopilación de canciones del grupo Air Supply. Lo que Topher Malkovich le mostró sobre la mesa de la cafetería no coincidía exactamente con esto. Pero teniendo en cuenta lo que acababa de perder, lo que continuaba perdiendo, pudo entender por qué le entregó el sobre de manila como si estuviese lleno de arañas.

Eran un montón de fotografías. Fotografías de un joven desnudo posando en diversas posturas pseudoartísticas pero eróticas sobre una sábana de dibujos geométricos. Fotos hechas por Geoffrey. De Danny.

—Ésa es nuestra cama —confesó Topher. Eso lo decía prácticamente todo.

Había lágrimas en el rostro de Topher; tenía la nariz roja de sonarse. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas que al instante le recordaron a Ginny las de Sonya media hora antes. Algunos días, pensó, este mundo genera tanto dolor que hay más que suficiente para que todo el mundo tenga doble ración.

—¿Estás seguro de que quieres estar aquí? —Ginny señaló la concurrida cafetería, donde había seis personas haciendo cola para un café con leche.

—No puedo ir a casa —contestó él—. Esa era nuestra cama.

—¿Dices que las encontraste entre las cosas de Geoffrey?

Las lágrimas afloraron de nuevo, y él las enjugó con una servilleta.

—Ha llamado su madre. Quiere que lo entierren con los gemelos de su abuelo. Como si él hubiera llevado alguna vez en su vida una camisa con puño doble. Pero supongo que es importante para ella. —Volvió a sonarse la nariz, un trompeteo ensordecedor—. No creo que la mujer esté pensando con claridad. Está totalmente descompuesta. Como si no fuera bastante dramático que su hijo fuera marica. Ahora es un marica muerto.

—Topher, yo...

Él retrocedió como si ella hubiese intentado tocarlo, aunque no había movido un músculo.

—No intentes consolarme, ¿vale? No eres amiga mía.

Ginny procuró mantener la voz calmada, temerosa de ahuyentarlo si decía algo inconveniente.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—No lo sé —respondió él—. No sabía qué más hacer. Todos mis amigos... son sus amigos, también. Y tú querías información sobre Danny, así que... —Hizo una pausa, el cuerpo le temblaba por los sollozos—. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo ese hijo de puta hacerme esto a mí?

Ginny no sabía con seguridad a quién se refería: si a su novio infiel o al chico con el que éste lo había engañado.

—Espera un segundo —dijo ella—. Quizás estés sacando conclusiones precipitadas. Geoffrey era un artista. ¿No podría ser que fueran simplemente...?

—¿Has visto alguna vez algo artístico con una erección tan descomunal?

Tenía razón; era pornografía. Cubierta, además, de huellas dactilares sospechosamente pegajosas.

Topher sacudió la cabeza, una desagradable expresión se instaló en su rostro.

—¿Sabes? Renuncié a toda mi maldita vida para venirme aquí con él. Tenía un trabajo en un restaurante que me gustaba de verdad y un gran piso en el East Village. Salía todas las noches de la semana. Tenía montones de amigos. Pero lo dejé todo porque lo quería. ¿Y qué coño se supone que debo hacer ahora?

—Lo siento mucho —se lamentó ella, poniendo una mano encima de la suya. Esta vez no se apartó.

—Ya tenía bastante con que traficara como si fuera el jodido Ronald McDonald de la metanfetamina. Le dije que se estaba pasando, que acabaría muerto. Pero no; le encantaba el dinero, pero todavía más el maldito riesgo. Creo que por eso... —Cabeceó de nuevo, golpeando indignado la mesa con el puño.

—Por eso ¿qué?

Ginny vio que se debatía entre contestar o no. Entonces él clavó los ojos en las fotos y éstas parecieron ayudarle a decidirse.

—Lo oí hablando por teléfono el día después de que encontraran el cadáver de Danny. Él no sabía que yo me había quedado en casa. Pero creo que estaba amenazando a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé. Sólo escuché parte de la conversación, pero creo que decía que iría a la policía si la otra persona no hacía lo que él quería.

—¿Y qué quería? ¿Dinero?

—No lo sé. No creo. Por eso digo que le encantaban las emociones fuertes. —Dio una calada a su cigarrillo con las manos aún temblorosas—. ¡Qué cabrón!

—Perdona, pero hay algo más que necesito preguntarte. ¿Tienes idea de si Geoff estaba con Danny la noche en que murió?

Topher cerró los ojos con fuerza, permaneció un rato así, y luego los abrió.

—Nunca me lo dijo —respondió—. Y en ese momento, nadie sabía siquiera que le había pasado algo a Danny, ¿sabes? Esa noche llegó a casa bastante tarde, y parecía enfadado. Pero me dio miedo hacer demasiadas preguntas.

—¿Porque sospechabas que había otro chico?

Topher negó con la cabeza.

—Supuse que tenía algo que ver con sus trapicheos, y no quería saber nada del tema. Por aquel entonces pensaba que las cosas no podían empeorar.

Miró fijamente las fotos, con tanta atención que Ginny tuvo la sensación de que Topher no podía apartar la vista. El Danny fotografiado en blanco y negro era musculoso y guapo. Y aunque intentaba fingir un aire de sensualidad mundana, la expresión de sus ojos era curiosamente inocente.

Capítulo 26

El informe de la autopsia llegó por fin en el correo de esa tarde. Ginny lo escondió debajo de un catálogo de Lillian Vernon y se lo llevó a escondidas al cuarto de baño, donde lo leyó con la puerta cerrada con pestillo.

No le reveló gran cosa. La autopsia había sido realizada por un médico local, no por el juez de instrucción responsable del control de animales, ni tampoco por el médico forense acreditado de Pittsfield. Hojeó las escasas páginas, traduciendo el lenguaje médico al inglés.

Las heridas de Danny indicaban que había sido golpeado con un objeto cilíndrico semejante a un tubo o un bate de béisbol. En la ciudad, el médico forense habría analizado las heridas en busca de pruebas determinantes, como astillas de madera o virutas de metal. No hubo suerte. El médico había anotado lo que pesaba el cerebro de Danny, que su corazón parecía sano y que el análisis toxicológico daba negativo en drogas y alcohol. Eso no la ayudaba lo más mínimo.

Al mismo tiempo, Ginny había pedido, y pagado, un juego completo de fotos de la autopsia. Se armó de valor y abrió el sobre, hojeándolas deprisa; no podía estar eternamente en el baño sin que Sonya sospechara.

Ella pensaba que estaba por encima de la influencia de semejantes cosas; haber crecido en una funeraria y ser policía de adulta deberían haberla hecho inmune a estas alturas. Y no la impresionó la parte médica: la ignominiosa incisión en «y» griega, el embrollo de órganos internos al descubierto, el cráneo abierto con sierra y el cuero cabelludo vuelto hacia atrás para dejar ver el cerebro. Todo eso era el procedimiento normal.

No, lo que la impactó fue el rostro de Danny. Sonya le había dicho que las heridas de Danny eran tan graves que tuvo que ser identificado por sus registros dentales; Bernie le había advertido que los daños eran de lo peor que había visto nunca. Pero aun así eso no la preparó para la realidad en sí. El rostro de Danny no había sido simplemente destrozado; es que no había rostro.

Ginny metió la cabeza debajo del grifo y tomó un gran sorbo de agua, mojándose un poco la cara. Sería diferente si se tratara de cualquier otra víctima. Pero éste era el hijo de Sonya, y alguien lo había golpeado de un modo inconcebible.

Si se tratara de cualquier otro caso, habría hecho exhumar el cadáver y que un profesional repitiese la autopsia. Pero sacar al hijo de Sonya de su tumba recién cubierta de césped era impensable. Escondió el informe en su bolso de lona, donde ya había guardado las fotos de Danny desnudo; si Sonya tropezaba algún día con esa mochila, acabaría en el hospital.

Mientras cerraba la cremallera del bolso sonó su móvil. Era su delegado sindical, que llamaba para darle las últimas noticias del proceso abierto contra ella.

Ginny escuchó, procuró hacer las preguntas adecuadas, y consiguió no tirar el teléfono por los aires al enterarse de que el departamento podría convocar un comité especial para investigar el alcance de la corrupción. Todavía no la habían acusado de nada, pero ella se temía que fuese solamente cuestión de tiempo.

Después de estar veinte minutos al teléfono, hizo el recuento de los antiguos novios de Paula: Phil, de la oficina de asistencia social; Andy, de la Legión Norteamericana; a Steve lo encontró en el porche de su apartamento, un sórdido apartamento en River Street que había empezado como vivienda de los trabajadores de la fábrica y que a partir de ahí se había ido deteriorando.

Las reacciones de los tres eran tan similares que Ginny lo encontró sumamente deprimente. Era como si Paula nada más hubiera tenido una relación, y la hubiese ido repitiendo con un hombre tras otro: nombre distinto, camioneta pick-up de otro color, música de fondo distinta, con o sin bigote.

Los tres recordaban a Paula con gran nostalgia y cero preocupación; era buena en la cama, y estando con ella, nunca tenían bastante; pero no era la clase de chica que uno llevaba a cenar a casa un domingo por la noche. Ninguno de ellos tenía ni idea de con quién podía haber huido, pero si apareciese de nuevo, y aún conservase la mitad del encanto que tenía entonces, estarían más que dispuestos a darse un revolcón con ella.

Pero este trío de exromeos barrigones le fueron útiles en un aspecto: todos comentaron que Danny había recurrido a ellos con las mismas preguntas.

Las entrevistas pusieron a Ginny de un humor de perros. Intentó ahuyentarlo corriendo hasta la escuela de secundaria, ida y vuelta, pero no bastó. Llegó al principio de Bradley Street, con una pendiente tan brutal que era casi perpendicular. No necesitaba volver a casa por ahí, pero el castigo físico le resultó perversamente atractivo. Ascendió resoplando, los pulmones le estallaban y las piernas le ardían, y cuando la calle se niveló, se inclinó hacia delante y aspiró aire en grandes cantidades intentando no vomitar.

Se incorporó, la cabeza aún le daba vueltas pero tenía el estómago controlado, y se dio cuenta de dónde estaba: en la entrada del Fish Pond. El escenario del asesinato de Geoffrey; el lugar donde Danny había estacionado su camioneta la noche en que murió. Su psique era un montón de cosas, pero desde luego nada sutil.

Recorrió el camino de acceso al aparcamiento desierto; las huellas de sangre eran visibles pese a la lluvia reciente. La policía seguía sin dar con el coche que había arrollado a Geoffrey, y Ginny no confiaba mucho en que lo hiciera; a menos que alguien confesara o se produjese un milagro. Se había enterado de que Rolly había efectivamente inspeccionado los talleres de la zona para ver si alguien había llevado

un coche cuyo parachoques delantero tuviera una abolladura de aproximadamente las medidas de un neoyorquino bajo y gay; sin embargo, era sorprendente que no se hubiera dado parte de ningún daño semejante.

¿Qué había estado haciendo Geoffrey allí esa noche? La respuesta más obvia era que ejercía su segunda profesión como traficante de drogas y había tenido un encuentro inoportuno. Pero ¿qué criminal que tuviese dignidad se olvidaría de un alijo de drogas y del dinero? Aturdida, Ginny descartó varias posibilidades, incluida la idea de que el asesino había sido interrumpido antes de poder robarle a Geoffrey. Pero si alguien hubiese casualmente pasado por ahí, ¿por qué tuvo Geoffrey que arrastrarse medio muerto hasta la calle en busca de ayuda?

No, tenía más sentido que las drogas no fueran el móvil. Estaba casi segura de que Geoffrey sabía algo sobre las últimas horas de Danny. ¿Y si...?

Su línea de pensamiento fue interrumpida por una voz procedente del bosque situado en el extremo más alejado de la playa: una voz de niño, aguda y atemorizada, que pedía auxilio.

Capítulo 27

Ginny salió corriendo en la dirección del grito; pasados los columpios y los balancines, cruzando la playa, girando en la esquina y a través del bosque. La voz ya no se oía, y tuvo que detenerse para orientarse.

—¿Hola? —chilló—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Miró entre los árboles en busca de movimiento. Al cabo de unos cuantos segundos el niño gritó otra vez.

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Aquí! ¡Por favor!

Corrió otros veinte metros y encontró a un niño, de unos ocho años quizá, agachado sobre el cuerpo de otro de más o menos la misma edad. Los ojos del primer niño reflejaban más que histerismo; los del segundo estaban cerrados, su respiración era tan imperceptible que al principio Ginny lo creyó muerto. Su amigo estaba intentando levantarlo para llevarlo en sus raquícos brazos, pero era demasiado pequeño para ese cometido. La cabeza del niño inconsciente colgaba hacia atrás, le salía sangre de un corte profundo que tenía en la frente; daba la impresión de que brotaba más con cada intento de levantarlo del suelo.

—¡Para! —chilló ella.

Al ver que su advertencia no parecía ser asimilada, Ginny corrió hasta allí y quitó a la fuerza los brazos del niño de la espalda de su amigo.

—No puedes moverlo —dijo—. Tal vez sea peor. —El niño clavó los ojos en sus manos ensangrentadas, frotando una contra la otra como una *Lady Macbeth* de tercer curso—. Dame tu camisa.

—¿Có-cómo? —Su expresión fue incluso de mayor alarma; sin duda, se estaba preguntando si su salvadora resultaría ser una perversa.

—Tengo que intentar que deje de sangrar —explicó ella—. Dame tu camisa, ahora.

Él se quitó la camisa de franela de cuadros, dejando al descubierto la camiseta que llevaba debajo. Ginny cogió la camisa y la presionó sobre la cabeza del niño. Éste soltó un leve gemido, que ella interpretó como una buena señal. «Responde al estímulo doloroso. No hay muerte cerebral». Con delicadeza, envolvió la cabeza del niño con la camisa, atando las mangas a modo de venda. Su amigo permaneció allí de pie, inmóvil, rodeándose el cuerpo con los brazos.

—Escúchame —le dijo Ginny cuando hubo acabado—. ¿Cómo te llamas?

La pregunta tardó un poco en ser registrada. Justo cuando ella creía que tendría que agarrarle de los hombros y empezar a sacudirlo, el niño respondió:

—Charlie. Charlie Bo-Bo-Bombardier. Como-la-ferretería.

La frase salió de sopetón, con incongruencia y casi incomprensible, y Ginny tuvo la sensación de que él se había identificado de esa manera mil veces: Bombardier, como la ferretería que tenía su familia en State Road. Igual que el modo en que la gente solía referirse a ella de pequeña: Ginny Lavoie, la hija del dueño de la funeraria.

—Vale —repuso ella—. Creo que conozco a tu padre. Se llama Mark, ¿verdad? —El niño asintió—. Mi nombre es Ginny. Ahora cuéntame que ha pasado.

—Tommy y yo íbamos en bici. Se cayó y se dio un golpe en la cabeza.

Ginny se levantó de su posición en cuclillas y al volverse vio un par de bicicletas: una volcada sobre la tierra, la otra con el morro encasquillado en un profundo hoyo en el suelo. Al girarse de nuevo, se dio cuenta de que el niño señalaba con un dedo tembloroso en la dirección de un abedul.

—¿Se golpeó la cabeza contra el árbol? —inquirió ella. Charlie asintió otra vez—. ¿No llevaba casco?

El niño sacudió la cabeza y contestó:

—Los cascos son para las ne-ne-nenazas.

—Está bien, ahora tienes que escucharme. No llevo el teléfono encima y debo quedarme aquí con Tommy. Así que lo que quiero que hagas es que corras hasta una de las casas que hay al otro lado del lago y le digas a quienquiera que esté en su casa que llame a una ambulancia. Diles exactamente dónde estamos, ¿vale? Tú llama hasta que encuentres a alguien. —Por un instante Ginny pensó que él protestaría, pero asintió una vez más y se dirigió hacia la entrada del parque con paso tambaleante—. ¡Espera! —gritó Ginny, que aún tenía la imagen del maltrecho cuerpo de Geoffrey vivida en el recuerdo—. Asegúrate de mirar a ambos lados antes de cruzar la calle, ¿de acuerdo?

Lo observó mientras arrastraba los pies hacia el aparcamiento, después miró a Tommy. Seguía inconsciente; en todo caso, su respiración era incluso más superficial que antes. Recordó su cursillo de primeros auxilios: estabilizar, mantener abrigado, llamar a alguien que sepa lo que hace. De momento había conseguido dos cosas de tres.

Se apartó de él el tiempo suficiente para ver si había algo útil en las bicis: tan sólo una bolsa de aros de cebolla junto a una de ellas; y un casco colgando impotente de cada uno de los manillares. Ginny se quitó la camiseta de tirantes y cubrió con ella el pecho escuálido del niño; no era gran cosa, pero sí lo máximo que podía hacer.

Volvió a arrodillarse al lado del niño. Su piel parecía tremendamente pálida; claro que ignoraba su aspecto habitual. El frío aire vespertino le escocía sobre el sudor seco de su piel recién desnuda; deseó tener un modo mejor de mantener al niño abrigado. De cerca, parecía incluso más pequeño que su amigo: cejas finas, pestañas de niña, un par de dientes de conejo que sobresalían con los labios medio abiertos.

Se puso de pie, abrazándose a sí misma, como había hecho Charlie momentos antes, frotando las palmas de las manos contra sus bíceps para entrar en calor. Exploró el lugar, visualizando lo que debía de haber pasado: los dos niños esmirriados, aburridos al salir de la escuela y antes de cenar, habían salido escopeteados por el bosque desierto en bici, esquivando los árboles, y llamando «nenaza» y «enclenque» a aquel que se quedara atrás. Se imaginó la rueda de Tommy encasquillándose en un bache, su pequeño cuerpo volando por encima del manillar y chocando contra el árbol, a su amigo frenando de golpe y saltando junto a él. A esa edad, recordó, lo más probable es que te dé tanto miedo que tu amigo se muera, como la cantidad de problemas que igualmente tendrás aunque no muera.

Las dos bicis estaban donde sus dueños las habían dejado. La de Charlie tumbada sobre un lado, la de Tommy atascada en el barro. Se acercó más y se fijó en que la de éste no había tropezado con un bache, sino con un agujero en el suelo, agujero que había sido excavado y sólo ligeramente tapado.

Sin dejar de controlar al niño, Ginny dibujó andando un círculo más amplio alrededor de la escena. Resultó que el hoyo al que había ido a parar Tommy no era el único: contó otros tres justo cerca del primero, lugares donde la tierra había sido removida y repuesta con diversos grados de éxito. No podía asegurar cuánto rato hacía que los hoyos habían sido excavados, pero le dio la impresión de que precedían a la lluvia: toda el agua había hecho que la tierra suelta se solidificase en forma de barro y se hundiera ligeramente por debajo del nivel del suelo, haciendo que las alteraciones fueran más fáciles de apreciar.

Regresó al lado de Tommy; no parecía haber mejorado en los dos minutos transcurridos. Acarició el brazo del niño y musitó algo tranquilizador, tratando de compensar su falta de experiencia maternal imitando lo que Sonya tal vez haría. Le dijo que todo iría bien, que la ayuda estaba en camino. El niño no parecía convencido.

Ginny se levantó de nuevo, demasiado ansiosa para permanecer quieta. Caminó por el bosque, aguzando el oído para escuchar una sirena en dirección a ella, pero no oyó nada más que el viento. Quizás hubiese tomado la decisión errónea; quizá debería haber dejado a Charlie con su amigo e ir ella misma a buscar ayuda.

Bueno, ahora era demasiado tarde, ¡maldita sea!

Sacó la bici de Tommy del barro, tumbándola sobre un lado junto a la de su amigo. El hoyo donde se había encasquillado era el más profundo de los cuatro; no era de extrañar que el pobre niño hubiese salido despedido. Quienquiera que hubiese estado excavando por aquí era obvio que no se había parado a pensar que alguien podría romperse un tobillo, o algo peor. ¿En qué estaría pensando?

Volvió a echar otro vistazo a Tommy. La venda había aguantado; la hemorragia de la herida de su cabeza había cesado. Le vino una imagen a la memoria, tan vivida

como indeseada: Danny tumbado en el suelo de la fábrica vacía, con el rostro golpeado y rodeado de un amplio charco de sangre. Ginny no había visto a Danny desde hacía años antes de su muerte (la culpa era suya por no haber vuelto a casa), y aun sabiendo que era un adulto, no podía evitar pensar en él como en un niño aproximadamente de la misma edad que el que estaba echado en el suelo ante ella.

Danny. Danny había estado aquí el día en que murió; el mismo lugar donde su madre había sido vista por última vez la noche de su huida. Geoffrey, que, para su desgracia, probablemente sabía demasiado acerca de la muerte de Danny, había estado aquí la noche de su muerte. Y ahora alguien excavaba en el bosque, en busca de algo o para esconder Dios sabe qué. ¿Podría haber sido Danny, o Geoffrey... o ambos? ¿O era simplemente una...?

Las sirenas dieron al traste con su línea de pensamiento. Se puso de pie y aguzó la vista entre los árboles: una ambulancia había llegado al extremo del aparcamiento y corría a toda velocidad por la hierba. Se detuvo en el margen del bosque, y ella gritó y les hizo señas a los dos técnicos de emergencias médicas. Pusieron a Tommy encima de una camilla y lo trasladaron a la ambulancia, ligero como un saco de pan blanco, y como ella no era un miembro de su familia, no la dejaron subir con él.

De modo que se quedó en el aparcamiento viendo cómo las luces centelleantes desaparecían pendiente abajo; la sirena se desvaneció rápidamente. Su camiseta de tirantes iba en dirección a urgencias, y en un esfuerzo por mantenerse caliente e ignorar la imagen del rostro destrozado y ensangrentado de Danny, corrió hasta casa.

Capítulo 28

El titular apareció en el periódico del día siguiente: HALLADO MONOVOLUMEN DEL ATROPELLO Y FUGA DEL FISH POND. Se lo trajo Sonya a la cama, junto con una taza de té y una rosquilla dulce de la marca Pillsbury todavía caliente del horno. Después de tanto correr, del frío que había cogido y de los persistentes efectos de su accidente de coche, Ginny apenas podía moverse.

El artículo relataba cómo un tal George Baldessarini, electricista jubilado y voluntario de un edificio de apartamentos para la tercera edad, había llegado al aparcamiento a las nueve de la mañana del día anterior dispuesto a llevar a los ancianos a sus visitas médicas y demás. Pero cuando quiso poner el vehículo en marcha, un Dodge sin identificación de modelo recientemente donado por la familia de un entrañable residente que acababa de morir, vio que las llaves no estaban encima de la visera, donde las dejaba siempre. No tardó en encontrarlas en la alfombrilla, entre los dos asientos delanteros, pero la alteración del orden habitual de las cosas le inquietó bastante como para revisar el vehículo. Descubrió que la parte frontal del monovolumen, que habían dejado estacionado de cara al edificio, estaba dañada: tenía sangre seca y trozos de carne metidos en la rejilla.

El señor Baldessarini cazaba, y sabía qué aspecto tenía la piel de un ciervo: ésta no era de ciervo. Tampoco eran los restos de algún pobre perro. Tras leer todos los días en los periódicos sobre la muerte de ese camello de Nueva York, y con la mente más lúcida que nunca, dijera lo que dijera su mujer cuando se olvidaba de apagar la manta eléctrica, sólo necesitó lo que se tarda en tomar una taza de café para sumar dos y dos. Así que llamó a la policía, que había acudido a inspeccionar los daños, y esa misma tarde Rolly había convocado una rueda de prensa para anunciar que el coche del delito había sido identificado. Cierre de comillas.

Ginny cerró el periódico, se introdujo en la boca el resto de la rosquilla dulce y se recostó sobre los almohadones. Así que Geoffrey había sido arrollado por un monovolumen robado (o, más bien, tomado prestado) del aparcamiento del edificio de apartamentos. Eso reducía los sospechosos a aquellos que supieran que el vehículo no estaba cerrado y que tenía las llaves dentro; lo cual probablemente incluía a media ciudad.

El hecho de que hubiesen robado el monovolumen a Ginny le parecía menos importante que su devolución. Eso sugería un nivel todavía mayor de premeditación: un arma imposible de localizar, no robada bajo la ofuscación del efecto de las drogas, sino con premeditación, devuelta exactamente al sitio donde fue encontrada con el fin de que los daños quizá tardasen días en descubrirse. De nuevo, estaba convencida de

que ningún camello ni yonqui habría dejado un compartimento lleno de drogas y dinero en el coche de Geoffrey. Alguien ya había intentado herirla a ella para impedir que averiguase lo que le había pasado a Danny. ¿Y si Geoffrey realmente sabía demasiado y alguien se había asegurado de cerrarle el pico para siempre?

Oyó que sonaba el teléfono. Sonya lo cogió y después le dijo a Ginny que se pusiera.

—Es Jimmy —anunció Sonya, sin siquiera tomarse la molestia de ocultar la jocosidad de su voz.

Haciendo caso omiso tanto del dolor del cuello como del cosquilleo que sentía en el estómago, Ginny alargó el brazo para coger el auricular.

—Hola —saludó. Se manoseó el pelo, momentáneamente sorprendida de lo corto que lo llevaba; se sentía como una adolescente.

—Te llamo —dijo él— para pedirte una cita.

—¿Una qué?

—Una cita —respondió Jimmy—. Es lo que hace la gente cuando quiere conocerse.

—Eso es ridículo. Te conozco desde siempre.

—Menos quince años. Entonces, ¿qué me dices?

Ella enroscó un rizo con el dedo. Era absurdo, pero le estaba siguiendo la corriente. Más adelante, cuando volviera a la ciudad, podría lamentarse de haberse dejado tentar por estas travesuras adolescentes; de momento, no estaba en condiciones de resistirse.

—¿Qué tenías pensado?

—Ir a cenar y a ver una película.

—Muy original.

—Pues no cenamos nada y contemplamos la nieve por la tele. ¿Te parece mejor?

Ginny se rió. No, ¿por qué no reconocerlo?: se rió tontamente.

—Prefiero la primera opción.

—Muy bien. Te recogeré a las seis y media.

—Tendrás que traerme a casa a las doce —replicó ella—, es mi hora tope de vuelta.

Siguieron un rato así, farfullando como un par de estúpidos adolescentes, hasta que Sonya asomó la cabeza por la puerta y fingió que se ahorcaba y vomitaba al mismo tiempo. Ginny colgó el teléfono; nada más levantarse para ir a buscar otra rosquilla dulce, éste volvió a sonar. Sonya descolgó y se lo pasó a Ginny.

—Es para ti —comentó—. Y no te emociones. No es tu príncipe azul.

Ginny le dedicó una mueca, pero lo cierto es que estaba más aliviada que molesta: por primera vez desde que Danny falleciera, Sonya ya no actuaba tanto como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

La voz sin cuerpo resultó pertenecer a Elsie Bombardier, la madre de Charlie, el aterrorizado niño con el que había tropezado en el bosque. Gracias al chismorreo de la pequeña ciudad había averiguado quién era esa tal Ginny que había ayudado a su hijo, y la había llamado a casa de Sonya para decirle que los dos niños se repondrían. Pero les había ido por un pelo: el doctor Erickson, de urgencias, le había dicho que sin los primeros auxilios de Ginny, Tommy podría haber perdido un montón de sangre, y sufrido una conmoción cerebral y sabe Dios lo que podría haber sucedido. Sea como sea, Elsie quería saber si habría alguien en casa a la mañana siguiente; quería traerle un guiso.

Ginny colgó el teléfono y reflexionó unos minutos. A continuación, asegurándose de que Sonya no podía escucharla, descolgó y marcó un número.

—Molly's Bakery.

—Hola, Jimmy, soy yo. ¿Puedes salir antes del trabajo?

—Puedo hacer lo que quiera —respondió él—. La empresa es mía.

—Entonces recógeme a las dos —dijo ella—. Y tráete una pala.

Estaban empapados de sudor, jadeaban irregularmente, tenían la ropa pegada a sus cuerpos sucios. Pero nadie hubiera considerado esto romántico: pasar cuatro horas en el bosque del Fish Pond, excavando en la tierra para no encontrar nada.

Habían empezado por los cuatro hoyos que Ginny había visto el día anterior, pero de haber habido algo allí, había desaparecido hacía tiempo. Después, debido a la insistencia de Ginny, se habían puesto a remover trozos de tierra al azar por la zona en general, por si acaso alguien había estado buscando algo y no lo había encontrado.

—¿Sabes qué? —dijo Jimmy, enjugándose la frente con el brazo y manchándola de tierra—. Ver la nieve por la tele sería magnífico.

Ella hundió la pala en la tierra y se apoyó en ella.

—Debes de pensar que me he vuelto loca.

—Decir que te has vuelto loca —replicó él— implicaría que antes estabas cuerda.

—¡Ja, ja, ja! —se rió ella, y empezó a excavar en otro lugar.

—En serio, ¿cuánto rato quieres seguir con esto? Hemos excavado medio bosque, ¿y por qué? Porque crees que *quizás* el estúpido hoyo donde se cayó ese niño tenga algo que ver con... qué sé yo qué. Tengo tanta hambre que he perdido la noción del tiempo.

—Tengo un presentimiento. ¿Has tenido alguna vez un presentimiento?

—¡Claro! —exclamó él—. En cierta ocasión tuve el presentimiento de que la mezcla de queso provolone y cebollino quedaría realmente bien dentro de un panecillo de centeno. No me equivoqué. Y no fue necesario excavar.

—De acuerdo, sé que es una locura. Pero como te decía, todo me remite a este lugar: Danny, Geoffrey, hasta Paula. Y he pensado: ¿y si Danny creía que su madre dejó algo aquí por aquel entonces? Sonya me ha contado que su hermana y ella solían

tener escondites secretos alrededor del lago cuando eran pequeñas. Tal vez se le metió en la cabeza que podía encontrar algo que quizá lo condujese hasta ella.

—¿Excavando al azar en el barro como un chiflado?

—No estamos excavando al azar. Estamos excavando alrededor del lugar donde alguien *ya ha estado* excavando. Eso significa que estamos siguiendo su rastro.

—Suponiendo que haya un rastro que seguir.

—Vale, de acuerdo, ya lo he pillado. Ésta no es tu idea de una cita.

Él miró a Ginny, que tenía la cara tan sucia de tierra como la suya.

—Si es la tuya —comentó—, entonces esa ciudad en la que vives es incluso más rara de lo que me imaginaba.

—¿No has ido nunca allí?

—Naturalmente —respondió él—. Varias veces. No puedo decir que me atraiga.

—¿Qué dices? Hay miles de cosas que hacer. Broadway y museos y...

—Sí, sí. Llevé a mis padres a ver *El fantasma de la ópera* por su aniversario, antes de que se fueran a vivir a Arizona, y lo pasamos bien. Pero ese lugar es sencillamente... demasiado.

Ginny volvió a apoyarse en su pala.

—¿A qué te refieres?

—Demasiado ruido, demasiado tráfico, demasiado dinero. Demasiada gente.

—Pero en parte por eso me encanta a mí. Hay muchísimas opciones. Y sí, está abarrotado de gente, pero curiosamente es mucho más fácil estar sola, ¿sabes?

Era evidente que Jimmy no lo sabía.

—Ese sitio te hace estar en guardia las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Como si uno fuera un puro nervio, de la cabeza a los pies. Esa no es manera de vivir.

—¡Madre mía! —exclamó Ginny—. Es evidente que has estado pensando en ello. Él se encogió de hombros.

—Un poco —confesó. Su voz estaba tranquila, pero arremetía contra la tierra como si ésta lo hubiera agredido—. Quiero decir, por supuesto. Fue por eso que me dejaste, de modo que sí. Pensé en ello. Quizás habría sido más fácil si me hubiera atraído.

Su respuesta la dejó a ella sin nada que decir. Reanudó la excavación, preguntándose si la temperatura del bosque acababa realmente de bajar 10 grados en los últimos dos minutos.

—Verás —comentó ella instantes más tarde—, acostumbrarse a la ciudad requiere cierto tiempo. Dicen que se tardan dos años antes de sentir realmente que... —Hizo una pausa, explorando la tierra con el pico de la pala.

—¿Qué? —la apremió Jimmy—. Antes de...

—Creo que he chocado con algo.

Él dejó lo que estaba haciendo y se acercó a verlo. En efecto, había algo sólido debajo del barro. Ayudó a Ginny a sacar la tierra, con cuidado de no dañar lo que sea que hubiera enterrado. Cuando habían excavado prácticamente un metro, Ginny saltó al agujero y empezó apartar la tierra con las manos.

Era una bolsa de basura, intacta a excepción de la pequeña rotura que Ginny había hecho con el pico de su pala. Con cuidado, extrajo el plástico negro.

Huesos.

Capítulo 29

Y de nuevo una inmensa pena la embargó.

Los dos brazos de desconsuelo de Sonya se alargaron y se abrazaron el uno al otro, como dos ciudades gemelas cuyas poblaciones crecían y crecían hasta convertirse en una. Era imposible saber dónde acababa la pérdida de su hijo y empezaba la de su hermana.

Ginny trató de consolarla, pero fue inútil. Era como si su amiga estuviese ausente, y se hubiese trasladado a alguna gran metrópoli de tristeza adonde ella no pudiera seguirla. Incluso Pete, que Ginny siempre había considerado que tenía menos sensibilidad que una almeja, era capaz de ver que su mujer estaba más que destrozada.

La pérdida de Danny había sido horrible y se sumaba a la de sus padres, que fumaban un cigarrillo tras otro y habían muerto antes de los 60. Pero descubrir que su hermana no había llegado a los 20, que ni siquiera había llegado a abandonar la ciudad... eso la dejó postrada en la cama, y allí se quedó.

«Pensar —le dijo a Ginny en uno de sus momentos más lúcidos—, pensar que ha estado allí todos estos años, descomponiéndose debajo de la tierra en la que solíamos jugar. Durante todo este tiempo la he odiado por haberse ido, y ni siquiera llegó a irse».

Los restos del esqueleto de Paula, identificados a través de los registros dentales, estaban bajo la custodia del médico forense del condado, en Pittsfield. Nada más percatarse Ginny de que habían desenterrado huesos humanos, tomó la decisión de impedir que Rolly y su pandilla de comparsas estropearan la escena del crimen. De modo que había llamado al médico forense, que trajo consigo a la unidad de recopilación de pruebas de la policía estatal. Probablemente Rolly pondría el grito en el cielo cuando invadieran su jurisdicción, pero por lo menos el lugar del hallazgo sería inspeccionado con arreglo al reglamento.

Ginny había permanecido allí de pie mientras el técnico trabajaba; tomando muestras del suelo, extrayendo el resto de tierra del plástico, dando vía libre para que sacaran el cadáver. Lo pusieron sobre una camilla, al igual que al niño herido sólo unas horas antes, pero en lugar de llevarlo en ambulancia, lo llevaron en una furgoneta. Resultó que Paula no había sido enterrada sola: había una gran maleta en la fosa con ella, supuestamente la misma que el viejo señor McSheen había declarado que cargaba consigo cuando la dejó.

¿Lo convertía eso en un sospechoso? A Ginny le costaba creerlo. Si la había matado él, ¿por qué iba siquiera a reconocer que la había recogido en su coche? Y

más concretamente, era evidente que alguien había estado buscando el cadáver hacía muy poco tiempo, y el señor McSheen llevaba dos meses postrado en la cama de un geriátrico.

Ginny reflexionó sobre el tema mientras colgaba la indumentaria de trabajo de Pete en la cuerda de tender. Sonya no era partidaria de las secadoras (pensaba que estropeaban el tejido y que eran un desperdicio económico), así que secaba la ropa en una cuerda que iba desde el extremo del porche lateral hasta un palo que había al fondo del jardín trasero. Como Sonya estaba demasiado turbada para levantarse de la cama, ella supuso que quedaba en sus manos que la casa siguiera funcionando; la madre de Pete ya había insinuado que se trasladaría a su casa para ocuparse de ellos, y de ser así, Ginny tendría que buscarse un motel barato.

De modo que allí estaba ella, colgando las prendas de Pete en la cuerda con alegres pinzas de plástico, haciendo girar la ruedecilla para desplazarlas hacia el jardín y hacer sitio a las siguientes. Ya estaba pensando en lo que haría para cenar, ¡que Dios los amparara a todos! Durante los últimos quince años la idea de comida casera para Ginny había consistido en cenas congeladas de «Swanson para hombres hambrientos» y un microondas.

A pesar de las circunstancias no pudo evitar reírse. Aquí estaba ella; de vuelta en su ciudad natal, haciendo las tareas del hogar y preparando un pollo asado para alimentar a un operario tras una larga jornada de trabajo. Había hecho lo posible por evitarlo, pero había sucedido: Ginny se había convertido en la madre de Sonya. Gracias a Dios, era sólo temporal; de lo contrario, se levantaría la tapa de los sesos con el revólver de calibre 38 que le había robado a Danny.

Dio una palmaditas sobre el revólver, metido dentro de la parte posterior de sus tejanos entre su camiseta y la sudadera que le había cogido prestada a Sonya. Lo cargaba desde que descubrió que le habían manipulado los frenos, pero por el momento no había percibido el menor atisbo de peligro; al menos en lo que a ella concernía. Geoffrey no había sido tan afortunado, aunque a juzgar por la interminable lista de pecados que ella había encontrado en su maletero, tenía la sensación de que se había buscado su propio destino. Y luego estaba ese pobre niño herido en el bosque; no a propósito, por supuesto, pero eran daños colaterales, exactamente eso.

El descubrimiento de los huesos de Paula hizo que Ginny viera los hoyos del bosque desde una nueva perspectiva. No podía creerse que Danny hubiese estado buscando allí algo que su madre había escondido; era demasiada coincidencia. No, quienquiera que hubiese excavado allí debía de estar buscando precisamente lo que ella había encontrado: los restos de Paula. ¿Sería posible que hubiera sido Danny?

Pero ¿quién habría sabido dónde estaban los huesos, a excepción de la persona que los había enterrado allí? Parecía lógico que fuese difícil dar con la fosa después de todo este tiempo, con árboles nuevos creciendo por doquier y otros viejos ya

talados. Lo que dejaba en el aire la pregunta de *por qué* estaba alguien intentando encontrar el cadáver. ¿Por qué no simplemente dejarlo donde estaba? Nadie lo había encontrado durante casi veinte años; en su opinión, Paula habría seguido tranquilamente enterrada otros veinte años o más.

Pero ¿y si no era el cadáver lo que el excavador misterioso andaba buscando? ¿Y si era algo que estaba en la maleta, algo que todavía podía implicar al asesino después de todos estos años? Ginny había observado cómo abrían la maleta en el laboratorio de criminalística; el joven y amable investigador estaba razonablemente impresionado por sus credenciales de agente del Departamento de Policía de Nueva York incluso sin la placa. Aunque él no le había dejado tocar nada, Ginny hizo fotos de cada artículo y garabateó páginas con anotaciones. La maleta había sido meticulosamente hecha, la ropa impecablemente doblada; quizá Paula fuese una vaga, pero le gustaba cuidar su aspecto.

Ginny conocía tan bien el contenido de esa maleta que prácticamente podía recitar la lista de memoria, como las letras de las canciones de moda que Sonya y ella solían escuchar en el programa de radio *Casey's Coast to Coast*:

- 2 pares de tejanos Jordache.
- 1 par de botas de cuero rojo de Frye, número 37
- 7 pares de braguitas de algodón, ordenadas por colores, con los días de la semana bordados
- 8 pares de calcetines
- 1 camiseta decorada con una lengua roja y negra (el logo de los Rolling Stones)
- 1 ejemplar de la revista *Cosmo*
- 1 cepillo para el pelo color rosa
- 4 sujetadores, todos blancos, talla 85 B
- 1 rosario, cuyo crucifijo de plata tenía las iniciales P. L. grabadas
- 1 peto blanco de algodón
- 1 caja de galletas saladas
- 1 sudadera color verde chillón con cuello desbocado, a lo «Flashdance»
- 9 Fotos familiares: de ella y Sonya cuando tenían unos cuatro y ocho años respectivamente con vestidos de verano floreados; de Danny, colocado delante de unas nubes y un cielo azul en el Estudio de Fotografía Sears; de su abuela. Sus padres eran los claros ausentes.
- 1 bolsa de plástico llena de cosméticos comprados en la farmacia
- 1 minifalda tejana
- 1 par de pantalones cortos tejanos
- 1 vestido de noche de color verde mar
- 1 paquete de seis barritas de chocolate Hershey
- 1 bikini negro de topos blancos

- 1 pequeño radiocasete y 11 cintas compradas en la tienda
- 1 cepillo de dientes
- 1 par de chancletas amarillas de plástico
- 1 llavero rosa con el conejo de la suerte

Si había algo revelador en el inventario de pertenencias de Paula, Ginny no supo verlo. Se le había pasado por la cabeza que quizá pudiese haber algo en las casetes (algo además del estilo musical de Fleetwood Mac y Steely Dan), y el investigador de la policía estatal le había asegurado que las examinaría. Aparte de eso, daba la impresión de que la maleta no contenía nada más destacable que los sueños de una chica de 19 años que creía que iba a empezar una nueva vida en alguna parte. En alguna parte cálida, conjeturó Ginny: ella se marchó a primeros de abril, cuando las noches siguen siendo frías en Nueva Inglaterra, pero no había puesto ropa de abrigo en la maleta. Suponiendo que pensara quedarse en Estados Unidos (y Paula no tenía pasaporte), eso significaba viajar hacia el sur o hacia el oeste.

Llamaron a la puerta principal, un alivio agradable para dejar de pensar en muertes y en la colada. Era Jimmy Griffin, con la cara pálida y apestando a tabaco.

—Quería ver a Sonya —anunció—. ¿Está bien?

—Está durmiendo. Larguémonos de aquí. —Garabateó una nota para Pete diciéndole que salía y que no sabía exactamente a qué hora volvería.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó él mientras subían a su furgoneta.

—Me da igual. A cualquier sitio.

—¿Qué ha pasado?

—Nada nuevo —respondió ella—. Es sólo que necesito pensar.

Ginny bajó la ventanilla y miró fijamente afuera. Jimmy no estaba de humor para soportar el silencio; siguió hablando.

—Creía que era yo el único que había alucinado al encontrar... lo que encontramos. ¿Sabes? No había fumado desde el instituto. Pero cuando llegué a casa la otra noche, me puse a deambular como un perro enjaulado, y al final bajé a la tienda de Pop y me compré un paquete de cigarrillos. No sé por qué lo hice. Probablemente sea una estupidez. ¿No te parece increíble lo caros que son los cigarrillos?

Encendió uno y le ofreció el paquete a Ginny. Ella lo cogió y se encendió uno, y siguió mirando por la ventanilla. Jimmy salió de la ciudad y ascendió por la colina en dirección a Clarksburg, mirando hacia Ginny de vez en cuando para asegurarse de que no se había caído del vehículo.

—Es que no me lo puedo creer —comentó él—. Que alguien matase a Paula y que haya estado enterrada todo este tiempo delante de nuestras narices. Quiero decir que... parece una locura. Que algo así haya podido pasar aquí...

Ginny dio un puñetazo sobre el reposabrazos.

—¡Despierta de una vez! Esto no es un paraíso. Paula está *muerta*. Danny está *muerto*. Geoffrey Dobson está *muerto*. Ya te expliqué que alguien manipuló mis frenos. Sé que piensas que la vida en la ciudad es terrible, pero aquí tampoco es tan fantástica, ¿verdad? —La expresión del rostro de Jimmy era de dureza, una mano sujetaba con fuerza el volante mientras con la otra tiraba la ceniza por la ventanilla dando golpecitos impulsivos—. Mira a Paula —prosiguió ella—, seguramente pensaba que huía con la persona adecuada, y la mató.

—¿Cómo sabes que eso es lo que pasó?

—No lo sé —respondió Ginny—. Pero incluso sacando las conclusiones más simples, siempre que asesinan a una mujer, lo más probable es que el asesino sea un hombre con quien ella mantiene una relación sexual.

Jimmy no dijo nada, se limitó a sacudir la cabeza y a encender otro cigarrillo. Al cabo de varios minutos miró fijamente la ceniza incandescente y sólo dijo:

—¡Qué triste!

—Lo sé. Paula no era ningún angelito, pero no merecía lo que le ocurrió.

—No estaba hablando de ella —repuso él—. Estaba hablando de ti.

Capítulo 30

—¿Perdona?

Jimmy apretó el freno y detuvo la furgoneta en el arcén de la carretera. Atardecía, la luz dorada se proyectaba entre los árboles, rebotando en los letreros que rezaban: COTO DE CAZA.

—¡Vives con unas ideas tan espantosas! —soltó él—. ¿Cómo puedes siquiera dormir por las noches? —La expresión del rostro de Ginny hizo que él alargara el brazo para tocar su hombro—. No te ofendas. No estoy diciendo que seas una persona horrible. Es sólo que... Pensar en lo que debe de ser para ti contemplar una tragedia y ser capaz de pensar igual que el hijo de puta que la ha provocado. —Golpeó el volante con la mano—. ¡Dios! —exclamó—. Parezco un imbécil.

Se miraron el uno al otro, luego apartaron la vista. Jimmy dio una larga calada a su cigarrillo e inquirió:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tiene que haber alguna razón por la que el asesino no quisiera que se descubriese la fosa de Paula; algo por lo que valiera la pena correr el riesgo de intentar desenterrarla. Espero averiguar qué era, y que eso me conduzca a él.

—Genial.

—¡Santo Dios! Jimmy, después de todo el discursillo que acabas de soltarme, sé que no pensarás que en Nueva York me dedico a poner multas de tráfico. Puedo cuidar de mí misma.

—¿No crees que deberías... no sé, pedir refuerzos?

—La policía estatal está investigando la muerte de Paula. Pero por lo que respecta a la policía local, el caso de Danny está cerrado, y Geoffrey es un simple camello que ha recibido su merecido. ¿A quién voy a llamar? Por si te habías olvidado, oficialmente ni siquiera soy policía en este momento.

Jimmy asintió, de nuevo tenía esa expresión hosca en su cara.

—Diría algo propio de un machote sobre cómo yo te protegeré —comentó—, pero a estas alturas de nuestras vidas, creo que probablemente podrías darme una paliza.

—A ti y a varios de tus mejores amigos —añadió ella—. Pero por suerte no llegaremos a eso.

Jimmy llevó a Ginny de vuelta a casa de Sonya, y se despidieron sin siquiera darse un beso; desde aquella tarde en que ella había irrumpido en su tienda exigiendo saber si él se había acostado con Paula, su relación había pasado de copular sin palabras a palabras sin copular. Y a ella ya le iba bien así; le bastaba con tener

simplemente a alguien con quien hablar. Quizá después de todos estos años, y con lo mucho que había llovido desde entonces, podrían realmente ser amigos.

—¿Ginny?

La voz de Sonya, tan débil que a Ginny le partió el alma, procedía de la habitación.

—Soy yo —contestó ella—. Ya estoy en casa.

—Tienes que repartir los dulces.

A Ginny le preocupaba que su amiga estuviera empezando a alucinar.

—¿Los qué?

—Es Halloween. Tienes que repartir los dulces. No puedes darles un disgusto a los niños.

—Descuida, ¿dónde está Pete?

—No lo sé. Tienes que hacer lo de los dulces. Están en el armario de la cocina — insistió Sonya—. *Por favor. A Danny le encantaba repartir los du-du-dulces...*

La voz de Sonya se deshizo en sollozos; la oyó girándose en la cama y amortiguándolos con una almohada. Sonya parecía absolutamente destrozada, una sombra de sí misma. Ginny había acariciado brevemente la idea de llevar a su amiga al médico, pero ¿para qué? ¿Para que le diera pastillas que le hicieran dejar de sentir lo que tenía todo el derecho de sentir?

Sacudió la cabeza y fue a buscar los dulces de Halloween. Había ocho bolsas de diversas barritas de chocolate, y las vació en el cuenco más grande que pudo encontrar. No habían pasado dos minutos cuando los primeros niños con su «convite o multa» llamaron al timbre de la puerta.

Halloween. El incesante desfile de vampiros, fantasmas y brujas con puntiagudos sombreros le trajo a la memoria todas esas noches en que Sonya y ella habían merodeado por el vecindario, llenando sus calabazas de plástico de un botín desbordante. Pasaban la noche en casa de Sonya, atiborrándose de dulces hasta que les dolía el estómago; Paula se aprovechaba del botín de ellas hasta que Sonya llamaba a su madre a gritos. Aunque con el paso de los años se habían producido variaciones, por lo general habían reciclado los mismos disfraces año tras año: Sonya era una princesa de cuento de hadas, y Ginny el policía que la arrastraba hasta la cárcel.

Habría dicho que la tragedia por partida doble de Sonya quizás ahuyentaría a los niños de «convite o multa», pero debió de habérselo imaginado: si el 31 de octubre la luz de tu porche está encendida, eres un blanco fácil.

Se presentaron los dos hijos de Belinda Cooper, ataviados con los disfraces menos logrados de la noche: el niño se había sujetado con alfileres una toalla sobre los hombros y dibujado con pintalabios un par de colmillos con dos rayas mal hechas; su hermana mayor llevaba un sombrero de *cowboy* de plástico y un chaleco grande

que parecía haber formado parte de un viejo traje de tres piezas. Los niños sostenían sendas fundas de almohada, cada una repleta como si llevaran horas haciendo esto, pero metieron las manos en el cuenco y extrajeron tantas barritas de chocolate como les cupieron en sus pequeños puños. Ginny estuvo a punto de decirles que únicamente cogieran dos cada uno, pero entonces pensó que no importaba. Por lo menos los dulces eran algo con lo que llenar sus estómagos. No vio a su madre por ninguna parte.

Después aparecieron Lizzie Erickson con sus tres hijos, todos vestidos con batas de laboratorio y estetoscopios; el entrenador Hank y sus cuatro hijas menores, disfrazadas de diversos monstruos muy guapos, y hasta el irritante Arthur Dulaine, acompañando a la que debía de ser su nieta; sea como sea, era la única niña que se presentó vestida de Madre Teresa.

A Dulaine pareció molestarle que ella abriera la puerta; a Ginny le dio la impresión de que traía todo un discurso preparado para Sonya, acerca del valor redentor del sufrimiento o alguna estupidez semejante. La pequeña, que debía de rondar los seis años, sólo tenía ojos para los dulces.

—Me sorprende que esté usted de acuerdo con la celebración de Halloween —le soltó Ginny a Dulaine cuando se iban. Sabía que no estaba bien provocar al abuelo delante de la pequeña Hermana de la Caridad, pero no pudo contenerse—. Tantas brujas y fantasmas y todo eso —continuó—. ¿No es un pelo demasiado, ya sabe, *esotérico* para su gusto?

Dulaine parecía confuso y molesto a partes iguales.

—No sé a qué te refieres.

—Bueno, si está en contra de *Macbeth*, entonces todo esto...

—Eso es completamente diferente —replicó él.

Ahora era Ginny la que estaba confusa.

—No veo por qué.

Dulaine se atusó el grueso cabello gris, que de hecho no necesitaba ningún arreglo.

—Seguro que no —espetó él.

—Entonces, ¿por qué no me lo explica?

—Si no entiendes por qué Jack O'Brien no merecía un entierro religioso —fue su respuesta—, entonces dudo que puedas entender nada.

Y con eso, cogió de la mano a su diminuta monja y se alejaron andando.

Los buitres se habían abalanzado y barrido con todo. Ginny nunca habría dicho que se acabaría el enorme montón de barritas de chocolate de Sonya, pero los fantasmas en miniatura y duendes habían desfilado como un ejército invasor. A las nueve en punto apagó la luz del porche y se acomodó en el sofá con lo único que había quedado, una barra de chocolate. Justo se disponía a morderla cuando sonó el

teléfono; se levantó de un brinco y descolgó, temerosa de que Sonya se despertase.

—Casa de los Markowicz.

—¿Virginie? Soy tu padre.

Ella se quedó helada; ahí de pie en la cocina, sujetando el auricular, el largo cordel balanceándose a su lado.

—¿Virginie? ¿Hola?

—Mmmm... ¿sí?

—Soy tu padre.

Era plenamente consciente de eso. Seguía sin tener ni idea de lo que decir; todo lo que se le ocurrió fue un:

—Hola.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él.

No había oído la voz de su padre en casi diez años. Sonaba diferente a como la recordaba; menos brusca, más relajada. Florida debía de haberle sentado bien; o quizá dormir con una mujer lo bastante joven para ser su hija tenía beneficios para la salud.

—Estoy bien —contestó Ginny. Seguía de pie en estado de alerta; por el momento le parecía que sentarse requería una coordinación muscular excesiva.

—¿Por qué estás todavía en la ciudad? ¿Te han despedido del trabajo?

Solamente su padre sacaba la peor conclusión posible sobre su persona, aunque debía admitir que esta vez no iba desencaminado.

—He pedido una excedencia para poder estar con Sonya. Su hijo, Danny...

—Me lo ha dicho Lisette. Así es como he sabido dónde encontrarte.

—¡Oh!

—Es tremendo —comentó él— que un hombre no tenga el número de teléfono de su propia hija.

—La mayoría de los policías no aparecen en el listín telefónico.

—Esa no es excusa. —Las cuatro palabras contenían un montón de resentimiento. Ahora sí, *ésa* era la voz que recordaba.

—¿Cómo está tu mujer?

Una pausa.

—Se llama Suzie. Y está bien. Entrenándose para ser una gran golfista.

—Magnífico.

Él se aclaró la garganta.

—Podrías bajar a hacernos una visita de vez en cuando.

—O podrías subir tú aquí.

—Ya estoy mayor, Virginie.

—¡Por Dios, papá, tienes sesenta y dos años! Probablemente estés en mejor forma que yo.

Él no mordió el anzuelo.

—Deberías llamar a tu tía Lisette. Está preocupada por ti.

—¿Para qué?

—Cree que tienes problemas. —Otra pausa—. ¿Estás en apuros?

—Estoy bien.

—¿Te han despedido del trabajo?

—Ya te he dicho que no.

—¿Por qué no vienes aquí a pasar unos días de vacaciones? Te pago el billete de avión. Será un regalo tardío de cumpleaños.

«Sí —pensó ella—. De los últimos diez cumpleaños».

—Lo pensaré —respondió Ginny—. Ahora mismo tengo que cuidar de Sonya.

—¿Qué tal anda?

—Ha perdido a su hijo.

—Es horrible —comentó él— perder un hijo.

—Lo sé.

Entonces su padre hizo algo que ella jamás se habría imaginado: dijo algo acertado.

—Hay muchas formas de perder un hijo —explicó—, que nada tienen que ver con que se haya muerto.

Capítulo 31

Ginny estaba tumbada en la bañera, con la esperanza de que el agua caliente le relajara los doloridos músculos. Trató de estirar las piernas, pero la bañera era demasiado corta para ella; era impresionante pensar que Sonya y ella solían caber juntas allí, y sobraba espacio.

Aún le daba vueltas la cabeza tras la conversación que había mantenido con su padre la noche antes; no tanto por el contenido de la misma como por el hecho de que, para empezar, hubieran siquiera hablado. Habían perdido el contacto hacía tanto tiempo, furiosos el uno con el otro, con temperamentos tan similares que era imposible el entendimiento.

Ahora que su padre había hecho un gesto de paz (incluso se había ofrecido a costear su vuelo para que fuera a visitarlos), ignoraba lo que debía hacer. Y, más concretamente, ignoraba qué *quería* hacer.

Igualmente perdida estaba respecto a cómo tenía que comunicarse con Sonya. Su amiga apenas había dicho una palabra coherente desde que se enteró de lo que le había sucedido a su hermana. Ginny la había dejado sola con su aflicción; no sabía qué más hacer. Pete, que la noche de Halloween había vuelto a casa hacia las diez, musitando algo acerca del papeleo y una hamburguesa de McDonald's que se había comido en su despacho, le había preguntado cómo estaba su mujer, y había tomado por respuesta la expresión de desconsuelo de Ginny. Se había aseado y se había ido a la cama, y a través de la delgada puerta Ginny lo oyó calmando los sollozos de Sonya y diciéndole que la quería y que todo iría bien. A veces la gente te sorprende.

Esa mañana él salió hacia el trabajo un poco más tarde de lo habitual, y Ginny le llevó a Sonya un poco de té y una tostada, pero ni los tocó. Entonces se le ocurrió salir a correr, pero decidió que le dolía demasiado el cuerpo. De modo que se metió en la bañera ovillándose en posición fetal para que las cuatro extremidades estuvieran debajo del agua. Había introducido a la fuerza una toalla para la cara en el rebosadero de seguridad, pero el nivel del agua seguía bajando, así que dejó abierto el grifo del agua caliente.

Procuró vaciar su mente, dejar de pensar en su lacrimosa amiga y en todas esas vidas desperdiciadas: Danny, Paula, incluso Geoffrey Dobson y Jack O'Brien el Saltimbanqui. Cerró los ojos, pero seguía viendo sus rostros. Con el chorro de agua podía oír sus voces, al igual que en la cascada de Trinity Falls.

¿Qué había activado Paula? Había huido con alguien que había acabado con su vida a menos de un kilómetro y medio de casa. ¿Quién podría ser? Pensó en el trío de pretendientes de Paula, ninguno de los cuales era una joya. Consideró la posibilidad

de que cualquiera de ellos hubiese podido manipular sus frenos, o perseguir y arrollar a Geoffrey, o atacar a Danny. Pero esos tres no podían ser los únicos hombres con los que Paula se veía; su reputación y los propios recuerdos de Ginny le indicaban que tenía que haber otros más. Si Danny había hecho un registro de las relaciones de su madre, ella no lo había encontrado todavía. Ni Pete ni sus padres podían recordar nombres específicos de hombres con los que Paula hubiese salido.

—¿Qué esperabas? —le había dicho Ronda Markowicz chasqueando la lengua—. Esa no era la clase de chica que uno mostraría en público.

De pronto Ginny se incorporó y cerró el grifo, salpicando agua en el suelo. Habría jurado que había oído a alguien tratando de forzar la puerta. Escuchó de nuevo pero no oyó nada.

Lanzó una mirada hacia el revólver de calibre 38, colocado sobre una toalla en el rincón; si había algo hermoso, eso desde luego lo era. Tras limpiarlo, había comprado munición extra, y había ido a un descampado arenoso del condado para probarlo disparando contra una hilera de inocentes latas de sopa de la basura reciclada de Sonya. Funcionó de maravilla (si uno considera maravilloso hacer saltar algo por los aires).

Se puso de pie y vació la bañera, dejando un poco de agua caliente por si lograba convencer a Sonya de que tomase una ducha. Más tarde o más temprano su amiga tendría que levantarse de la cama.

Ginny se secó con una toalla y se vistió, y se llevó al porche delantero una taza de té. Sobre una silla plegable que había frente a la puerta había una bolsa de papel encerado. La cogió; con cuidado, como una persona a la que le han cortado los frenos y que lleva un revólver de calibre 38 metido en la parte trasera de sus pantalones. La bolsa no hacía tictac; de hecho, olía bastante bien. La abrió. En su interior había una nota.

Para Ginny.

Mi hogaza gigante de pan de canela.

Jimmy.

Efectivamente, debajo estaba el famoso pan de Molly's, pero con esteroides. Medía algo más de un palmo de diámetro; por suerte Sonya tenía un horno tostador.

Sonrió y llevó la delicia de más de dos kilos a la cocina. La hogaza podría alimentar a una familia durante una semana entera. Visualizó a Jimmy levantándose a la hora atroz que sea que se levantara, elaborándolo mientras, a sus espaldas, sus empleados ponían en entredicho su cordura, y dejándolo frente al umbral de la puerta. Jimmy siempre había tenido un sentido del humor genial. Y estuviese en la fase que estuviese su relación, era muy romántico por su parte.

Introdujo una rebanada en el horno (era del tamaño de una *pizza* pequeña) y le llevó a Sonya una taza de té recién hecho.

—¿Hola? —saludó—. ¿Estás despierta? —Sonya contestó con un gemido—. ¡Venga! —exclamó Ginny—. Tienes que comer algo. No te vas a creer lo que ha traído Jimmy.

Sonya se giró, entornando los ojos debido a la luz que entraba por la puerta abierta. Las persianas de las ventanas de la habitación llevaban cerradas dos días seguidos.

—Gracias —dijo, con tanta educación que le dio miedo—, pero ahora mismo no tengo hambre.

—Jimmy nos ha hecho un pan de canela tan grande como tu cabeza —continuó Ginny. Estaba intentando mostrarse alegre, pero hasta ella se dio cuenta de que hablaba como un director de crucero embalado.

—¡Qué simpático! —repuso Sonya.

—Lo ha traído esta mañana. Con un barrilete de cerveza y la Banda de Música masculina Hibernian.

—¡Qué simpático! —repitió Sonya.

Ya era suficiente. Ginny caminó a zancadas hasta las ventanas y subió primero una persiana, luego la otra. Sonya dio un respingo y se tapó la cabeza con la colcha como un vampiro necesitado de sueño. Ginny se sentó en el borde de la cama y echó la colcha para atrás.

—Tienes que levantarte —la instó—. ¡Venga! Te he hecho un poco de té.

Sonya cerró los ojos con fuerza y además se los cubrió con una mano. Por la expresión de su cara Ginny dedujo que quería decirle que se largara, que se fuera de su habitación y la dejara en paz, pero incluso medio destrozada por el dolor no era propio de Sonya ser grosera.

—Por favor —suplicó Ginny—. Necesito que me ayudes. Es sobre Paula.

Eso obró efecto; Sonya abrió los ojos. No se incorporó, pero era un comienzo.

—Tengo fotos de todo lo que había en su maleta. Necesito que les eches un vistazo y me digas si hay algo extraño.

Sonya cerró los ojos de nuevo.

—Después —pidió—. ¡Por favor! Sólo déjame dormir un poco más.

Ginny tenía ganas de discutir con ella, pero sonó el teléfono. Ya se dirigía a la cocina pero decidió cogerlo en el dormitorio. Se disponía a descolgar el auricular cuando en lugar de eso pulsó el botón del altavoz; lo que fuera con tal de sacar a Sonya de su estupor.

—¿Diga?

—Con Virginia Lavoie, por favor.

—Yo misma.

—¿Detective? Soy Matt Zeigler, de la oficina del médico forense del Condado de Berkshire.

Se oyó su voz a través del altavoz, metálica y apagada, pero clara. Ginny alargó el brazo para descolgar con el fin de que Sonya no tuviese que escucharlo, pero ésta exclamó desde la cama:

—¡No!

—¿Detective Lavoie? ¿Sigue usted ahí?

—Estoy aquí. —Le lanzó a Sonya una mirada que decía: «¿Estás segura de esto?». Sonya la ignoró.

Matt Zeigler era el médico forense que había reunido los restos de Paula. Incluso pese a la mala conexión su voz sonaba amable, al igual que aquel día en la fosa. Ginny le había dicho que era policía, y le había pedido que cuando tuviera los resultados se lo hiciera saber. Pero no se imaginaba que estarían listos tan pronto.

—Le oigo bien —dijo.

—¿Quiere todo el galimatías médico o la explicación sencilla?

Ginny lanzó otra mirada a Sonya de reojo.

—Por ahora mejor ser breves.

—Está bien. Como sabe los restos sólo eran el esqueleto, y sólo los podemos analizar hasta cierto punto, pero mi teoría es que Paula Libanski fue estrangulada. El hueso hioides estaba roto, lo cual indica... —Hizo una pausa—. Eso da igual. Probablemente fuera estrangulada.

Sonya tenía los ojos clavados en el techo, la cara inexpresiva. A Ginny le recordó ese cliché sobre los acusados que no muestran ninguna emoción mientras les leen el veredicto.

—¿Había...? —a Ginny se le anudó la voz; tosió y se aclaró la garganta—. ¿Había alguna herida defensiva?

—Nada apreciable en el esqueleto —respondió el médico forense—, como una herida por arma blanca que hubiese dejado una muesca en el hueso.

Hubo un largo silencio sepulcral; era evidente que Zeigler no sabía si ella quería que él continuase o no. Parecía confuso: ¿qué clase de policía no podía hacer frente a un informe de autopsia?

—¿Quiere que le hable de la posición del cadáver? —Zeigler empezaba a parecer molesto.

Ginny miró a Sonya; que ella supiera, no había movido un músculo desde que había sonado el teléfono.

—Ya me dará luego los detalles. Gracias, doctor.

—Hay una cosa más —anunció Zeigler.

Su parquedad no ocultaba su mensaje implícito. «Si no ha podido soportar lo que le acabo de explicar —decía—, sin duda, no le gustará lo que viene ahora».

Capítulo 32

—Encontramos otra cosa en los restos de la señorita Libanski —comentó el doctor Zeigler.

Ginny deseó descolgar el auricular para que Sonya no pudiese oírlo, pero mantuvo los puños cerrados junto al cuerpo.

—¿El que?

—Los restos del esqueleto de un feto.

—¿Se refiere...?

—La víctima estaba embarazada de tres meses aproximadamente.

—¡No!

La voz pertenecía a Sonya, que se incorporó de golpe en la cama. La frase del doctor Zeigler la había transformado. Tenía las mejillas rojas, los ojos le ardían. La noticia (cosa que Ginny se había imaginado que devolvería a Sonya a su espiral de dolor) la había enfurecido total e implacablemente.

—¡No! —volvió a exclamar, y se levantó—. ¡No!

—¿Detective? —La voz de Zeigler por el altavoz se apreciaba más desconcertada que antes.

Sonya se acercó al teléfono con paso majestuoso y se inclinó sobre él, como si uno de los niños que cuidaba se hubiera metido en un buen lío.

—Soy Sonya Markowicz. La hermana de Paula Libanski.

—Ya veo. —El tono de su voz indicaba que entendía lo que había pasado anteriormente.

—¿Lo que quiere decir es que alguien la asesinó a sangre fría estando embarazada? ¿Que la estrangularon a pesar de estar asesinando también a un bebé inocente?

Ginny se quedó momentáneamente sin habla. El doctor, por el cual empezaba a sentir auténtica compasión, asumió el papelón.

—Es posible —contestó— que el asesino no tuviera ni idea de que estaba...

—*Bobadas* —lo interrumpió Sonya—. *Bobadas, bobadas, bobadas.* ¿Con quién más podría haber huido Paula si no es con su novio, el padre de su hijo? ¡*Dios bendito!* —Se volvió hacia Ginny; tenía los ojos de un tono azul sorprendente. Sonya era su mejor amiga, pero en ese momento a Ginny le parecía casi una desconocida—. ¡Dios me ayude! —exclamó—. Cuando cojas a ese hijo de puta, utilizaré ese revólver que encontraste y yo misma lo mataré. Lo juro por la tumba de mi hijo.

Ginny miró a Sonya y luego hacia el teléfono.

—Mmm... doctor Zeigler, ¿le importaría que le llamara más tarde?

—En absoluto —contestó él, y colgó.

Sonya fue desde el teléfono a su vestidor con andares majestuosos y empezó a sacar ropa bruscamente, se enfundó unos tejanos y se puso una sudadera de flores por la cabeza. Se miró en el espejo, vio que tenía el pelo grasiento y enredado, y se pasó un cepillo con tal violencia que dejó en las cerdas de plástico una maraña de cabellos. Después se dirigió a Ginny.

—Dime lo que tengo que hacer —comentó.

—Sonya, yo...

—Ya basta de perder el tiempo. Danny tenía diecinueve años. Paula tenía diecinueve años. Los dos juntos no suman siquiera una vida entera.

—Calmémonos un poco y...

—Dime lo que tengo que hacer. —La voz de Sonya estaba tranquila, pero tenía un retintín que Ginny no había oído nunca antes, un tanto acerado y cruel—. Dime cómo puedo ayudarte a encontrar al hijo de puta que me los ha arrebatado.

No hacía falta ser detective para entender que era inútil discutir con ella.

—Vamos a la cocina —ordenó Ginny.

Se fue a su habitación y cogió las fotos del contenido de la maleta de Paula. Durante los breves momentos que estuvo ausente, Sonya había asaltado la nevera y se estaba comiendo un resto de *chili* con carne (frío, directamente del *tupperware*), metiéndose en la boca una cucharada detrás de otra. Permaneció ahí de pie comiendo, sin saborear nada, mientras Ginny colocaba las fotos encima de la mesa.

—Le encantaban esas botas Frye —dijo Sonya con la boca llena de *chili*—. Al ver que no estaban en su armario me convencí de que realmente había huido.

—Lo recuerdo —repuso Ginny—. Ahora, simplemente echa un vistazo a estas cosas y dime si hay algo extraño.

—¿Qué te hace pensar que lo hay?

—Alguien andaba buscando la tumba de Paula. Me pregunto sí quizás hay algo aquí que no quería que encontrarán.

La mirada de Sonya repasó la serie de fotos: tejanos, casetes, braguitas para cada día de la semana. Acarició con el dedo la foto del llavero del conejo de la suerte de Paula, aún de color rosa chillón tras dos decenios bajo tierra.

—Supongo que no le dio mucha suerte —comentó—, ¿no?

Sonya dejó el *tupperware* vacío y fue a buscar leche a la nevera. Bebió directamente del recipiente de cartón, algo que ni tan siquiera había hecho de pequeña. Después abrió una bolsa de galletas Oreo y se introdujo una en la boca, entera. Ginny empezaba a pensar que esta nueva identidad de Sonya era incluso más preocupante que la versión que se había pasado en cama los últimos dos días.

Su amiga iba por la cuarta galleta y miraba todavía las fotos, cuando de pronto dejó de masticar. Cogió una de las instantáneas y se la llevó junto al fregadero, donde

la examinó bajo la intensa luz del fluorescente.

—Este rosario —anunció—. No es de Paula.

Ginny consultó sus notas.

—Tiene sus iniciales al dorso de la cruz. P. L.

—Me da igual —insistió Sonya—. Mi hermana no tuvo un rosario en su vida.

—¿No le regalaron uno cuando hizo la primera comunión?

—Naturalmente que sí. A las dos nos regalaron uno. Pero ella lo perdió enseguida. Y no era ni mucho menos tan bueno como éste.

Ginny observó cómo Sonya se acercaba la foto hasta la nariz. A continuación buscó una lupa en el cajón de cachivaches, la que su abuelo solía utilizar para leer el periódico.

—No estoy segura —dijo—, pero creo que lo he visto antes.

—¿En serio? ¿Dónde?

Sonya se encogió de hombros, su expresión hosca por la frustración.

—No me acuerdo. Pero si lo he visto, fue hace mucho tiempo.

—Eso es lógico. Quiero decir que lleva casi veinte años enterrado. Quizá Paula lo tuviese hacia la época en que...

—No, créeme. Mi hermana y un rosario... es simplemente incompatible.

—Pero lo tenía en su maleta —dijo Ginny—. Fue una de las cosas que se llevó al huir, y no se llevó muchas.

Sonya se sentó en la mesa de la cocina, sin dejar de mirar la foto con la lupa.

—Lo sé.

—¿Y si lo robó? —continuó Ginny—. Tú misma has dicho que parece bueno. Quizá tuviese planeado venderlo cuando llegase a su destino.

—Tal vez —concedió Sonya—. Pero ¿qué posibilidades hay de que robara un rosario que tuviera sus mismas iniciales?

Ginny no estuvo en desacuerdo.

—¿Y no te puedes acordar dónde lo has visto antes? —Sonya cabeceó de nuevo—. Bueno, es evidente que pertenecía a una persona católica. Piensa en quién conocías de la iglesia por aquel entonces. —Observó mientras Sonya rescataba sus recuerdos—. ¿Había alguien con las iniciales P. L.?

Sonya dio una palmada sobre la mesa, la lupa cayó con un golpe seco.

—¡Oh, Dios mío! Eso es. ¡Oh, *Dios bendito!* Paula, ¿cómo pudiste?

—¿Qué?

—Justo cuando creía que esto no podía empeorar. Paula cogió ese rosario del padre LeGrand.

—¿Se lo robó a un *cura*?

—Por eso me sonaba. Estoy casi segura de que es el rosario que él llevaba en el campamento católico de verano cuando éramos pequeñas. Todas esas flores pequeñas

de plata entre las cuentas son bastante peculiares. Y las iniciales encajan; el nombre de pila del padre es Pierre.

—¿Hay algo más? ¿Algo en la maleta que te llame la atención?

Sonya examinó otra vez las fotos, luego sacudió la cabeza.

—Todo son cosas de Paula. Quiero decir que no recuerdo cada una de las cosas, pero no hay nada más ahí que esté fuera de lugar.

Ginny amontonó las fotos.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Supongo que iré a hablar con el padre LeGrand. Ahora mismo es la única pista que tenemos.

Sonya agarró a Ginny por la muñeca, con fuerza.

—¿No pensarás que él tuvo nada que ver con la muerte de Paula?

Ginny negó con la cabeza, mientras la mano se le entumecía rápidamente.

—Sólo porque Paula le robase su rosario no significa que él hiciera nada malo. Pero es lo único que llama la atención en su maleta. Y tuvo que haber alguna razón por la que el asesino estuviera intentando desenterrarla después de todo este tiempo.

—Quizá no lo robase —replicó Sonya—. Quizá quienquiera que lo robase tenía miedo de que, de un modo o de otro, el rosario lo condujese hasta él.

—Quizá —concedió Ginny, aunque no estaba realmente convencida—. Cualquier cosa es posible.

Telefoneó al padre LeGrand y salió su buzón de voz; con todo el dinero destinado a resolver los casos de abusos, la diócesis había despedido a la secretaria de la parroquia. Ginny le dejó un mensaje diciéndole que le gustaría hablar con él y luego salió a correr. Sonya, que caminaba por el piso como un leopardo enjaulado, estaba empezando a perder la razón.

Corrió cerca de cinco kilómetros, se extenuó, y se fue a casa a ducharse. Sonya estaba a cuatro patas, encerando el suelo de la cocina. El cura no había devuelto la llamada. Para evitar caer en el ataque de limpieza de Sonya, le dijo a su amiga que tenía algunos recados que hacer, y bajó al Golden Skillet a comerse una hamburguesa.

Todavía era pronto para comer, y no había mucha gente. Ginny se sentó en la barra y pidió su habitual pócima destroza-arterias. No reconoció a la camarera en edad universitaria; no le había servido con anterioridad, y no había estado allí cuando fue al local en busca de información útil sobre Danny durante el fin de semana que le habría tocado trabajar.

—¿Eres nueva aquí? —inquirió Ginny cuando la chica le sirvió la comida: la hamburguesa grasienta que resplandecía entre un mar de crujientes patatas fritas.

—Llevo aquí más o menos un mes —respondió ella—. Normalmente trabajo los

fines de semana, pero el pasado domingo me lo cambié con Wanda, así que aquí estoy.

La chica era de compleción atlética, tenía una larga trenza castaña que caía sobre su espalda, y una cara de pan redondo con piel blanca y lechosa. A Ginny le recordó las hijas de granjeros que en el desfile de otoño iban subidas a la carroza llamada PRINCESA LÁCTEA. Estaba mascando su chicle y apoyada en la barra, con la cafetera en la mano; como si estuviera haciendo una prueba para el papel de *camarera*, y quisiera asegurarse de cubrir todos los clichés.

—Me preguntaba —quiso saber Ginny— si solías trabajar con Danny Markowicz.

—Pobre chico —dijo la chica—. Pero está en un lugar mejor, ¿sabe?

Ginny no lo sabía, en absoluto. Pero se limitó a asentir y a sonreír.

—¿Lo conocías mucho?

—Trabajamos juntos un montón de veces. —Hizo un globo de chicle, lo reventó y volvió a meterse el chicle en la boca—. Me habría gustado conocerlo mejor. Danny estaba muy *bueno*. —Abrió desmesuradamente los ojos, como si hubiese roto algún tabú acerca de querer tener relaciones con los muertos—. Quiero decir... que descanse en paz.

—¿Notaste alguna vez si le pasaba algo raro?

Ella se encogió de hombros.

—¿Como qué?

—¿Discutió con alguien? ¿Había alguna persona concreta con la que tuviese un problema o algo así?

—La verdad es que no —respondió ella—. Excepto esa vez en que alguien se presentó aquí diciendo a gritos que ojalá se muriese.

Capítulo 33

Habló sin pizca de ironía. Desde su pelo trenzado hasta sus cómodas zapatillas de deporte blancas, Ginny pudo ver que la joven carecía completamente de artificio. Y de gran parte del cerebro, intuyó.

—¿Vino alguien aquí a amenazarlo de muerte?

La camarera la miró perpleja.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que alguien deseaba su muerte.

—Exacto —replicó la chica—. No es lo mismo.

Ginny pegó un gran mordisco a su hamburguesa. Tenía la sensación de que necesitaba sus proteínas.

—¿Qué tal si me lo explicas?

La chica se encogió de hombros.

—La gente dice cosas así constantemente. «¡Muérete! ¡Ojalá murieras!». Pero nadie habla en serio.

Ginny quiso precisarle que, a lo mejor, si la persona receptora de ese deseo concreto acaba muerta, quizás eso sí cambie las cosas un pelín. Decidió no molestarse en hacerlo.

—¿Puedes simplemente explicarme qué sucedió?

—Danny y yo estábamos cerrando un sábado, los dos solos; fregando el suelo y demás. Y oímos unos golpes tremendos en la ventana frontal, tan fuertes que pensé que iba a romperse el cristal. Fui a decirles que habíamos, ya sabe, cerrado, pero era la novia de Danny.

—¿Monique?

Los anchos hombros de la chica se levantaron y se encogieron.

—Supongo. Quiero decir que nunca me la presentó. La vi por aquí un par de veces; era más bien esquelética, el prototipo de animadora, pero la verdad es que Danny nunca hablaba de ella. En cierta ocasión le pregunté si salía con alguien. ¿Y sabe lo que me dijo?

La joven parecía querer una respuesta, de modo que Ginny contestó:

—No.

—Me dijo que estaba en una *fase transitoria* —le explicó poniendo con dramatismo los ojos en blanco—. No sé, ¿qué clase de chico de nuestra edad habla así?

A Ginny la distrajo momentáneamente el hecho de que la chica, en cierto modo, la había tratado como a una colega universitaria.

—Una fase transitoria —repitió la camarera, que agitó la cafetera en el aire haciendo que el café se desplazara peligrosamente hacia su pico—. ¿Qué demonios es eso?

Ginny sabía exactamente de dónde había sacado Danny esa particular manera de expresarse: de sus nuevos amigos del Café des Artistes.

—¿Oíste si ella le dijo algo?

La chica entornó los ojos.

—No es que yo estuviese escuchando ni nada.

—Por supuesto que no —concedió Ginny—. Pero si ella gritaba, probablemente no pudieses evitar oír.

La camarera hizo una pausa para volver a colocar la cafetera en el calentador; Ginny sintió que aumentaban considerablemente sus posibilidades de comer sin quemaduras de tercer grado.

—Bueno —dijo ella—, como le he dicho, estaba enfadada. Le dijo a Danny que ojalá se muriese. Le dijo que no podía humillarla así y salirse con la suya. Que ella era la reina del Carnaval de Invierno o alguna otra estupidez; le dijo que ella podría salir con cualquier chico de la ciudad y que él era un cerdo asqueroso. O algo así... todo fue una especie de chorreo.

—¿Recuerdas algo más?

La chica hizo memoria.

—Dijo algo acerca de un condón; un envoltorio que encontró en algún sitio. Supongo que no era del modelo apropiado. No lo pillé todo.

—¿Cuánto tiempo estuvo ella aquí?

—Quizá ni siquiera dos minutos. Danny me pidió que acabara yo, y la sacó rápidamente de aquí. Y al día siguiente no dijo nada del tema, y ésa fue la última vez que lo vi.

—¿Te refieres a que esto sucedió el sábado antes de su muerte?

—Sí —afirmó la chica encogiéndose de hombros—. Creía que ya se lo había dicho.

Empezaban a entrar más clientes, y la chica fue a servirles. Ginny siguió sentada y se comió su hamburguesa, preguntándose si la historia de la camarera tenía alguna importancia. Cuando menos, ponía de manifiesto que Monique era una mentirosa, o que, en el mejor de los casos, se autoengañaba a placer.

El ataque a Danny tildándolo de «cerdo asqueroso» tenía una causa probable: de una manera o de otra, Monique debía de haber descubierto que él estaba liado con Geoffrey Dobson. Y aunque Ginny nunca podría demostrarlo, estaba bastante segura de que acababa de resolver el misterio de quién había desinflado los neumáticos de Danny; había ocurrido al día siguiente, y esa clase de maniobra pasivo-agresiva le daba la impresión de que a Monique le venía como anillo al dedo.

Pero cuando Ginny había hablado con ella en el camping de caravanas, le había parecido convencida de que había perdido al amor de su vida. Así que ¿a quién estaba engañando? ¿A Ginny o a sí misma?

—Virginie Lavoie. —Ginny notó una palmada en la espalda, y levantó la vista para ver quién tenía ese vozarrón de barítono. Era el juez Sweringen, presidente del tribunal de la ciudad desde incluso antes de que Rolly fuese comisario de policía—. ¿Qué tal está tu padre?

—Bien —respondió ella.

—¿Sigue jugando a golf?

—Supongo que sí.

El juez se sentó a su lado. La Princesa Láctea apareció enseguida y llenó su taza de café, trayéndole una jarrita de metal con leche desnatada y dos edulcorantes sin calorías. El juez Sweringen era un cliente habitual, y estaba a régimen.

—Me ha dicho un pajarito que no has venido aquí simplemente por los viejos tiempos.

La voz del juez era aterciopelada, pero había en ella cierta acritud. Ginny cogió una patata del plato y la examinó.

—¿De dónde ha sacado eso?

—¡Oh! Ya sabes cómo es esta ciudad. Todo el mundo sabe lo que hace cada cual.

Ella hundió la patata en un montón de ketchup.

—Sí —concedió ella.

—Sólo quería que supieras que, si hay algo que yo pueda hacer, simplemente pídemelo. Mi nombre todavía abre algunas puertas por aquí.

Ginny se volvió y lo miró. El juez tenía un abundante pelo gris con barba a juego, tan corta que se asemejaba a una neblina planeando precisamente sobre sus mejillas y barbilla. Sus ojos eran de color azul claro, su nariz muy puntiaguda. De pequeña, siempre le había dado un miedo horrible; como si fuera la mismísima personificación de la autoridad, con una especie de visión moral de rayos-X con la que sólo mirándote sabía si te habías portado mal.

—Gracias —dijo ella.

—Rolly me ha comentado que no crees que Jack O'Brien matara a Danny Markowicz.

De modo que iba directamente al grano; por ella no había ningún problema.

—No, no lo creo —replicó Ginny—. ¿Usted sí?

—Yo mismo revisé las pruebas —explicó el juez—. El caso parecía obvio. Ese O'Brien siempre fue un arma cargada.

Era una elección de palabras curiosa. También era una sandez.

—Bueno, investigar tampoco será perjudicial —se defendió ella—. Tampoco estoy gastando el dinero de los contribuyentes, ¿verdad?

La camarera le puso a Sweringen la comida delante; debía de haberla pedido nada más entrar por la puerta. Era el infame plato de régimen del Skillet. Sweringen cortó la hamburguesa con su tenedor; el interior estaba poco cocido, casi crudo, que por lo visto era exactamente como a él le gustaba.

—Lo más lógico sería que estuvieses más que ocupada en Nueva York.

—He pedido una excedencia —explicó Ginny—. Estoy viviendo en casa de la madre de Danny.

—Es curioso lo diferentes que se ven las cosas en esa ciudad —comentó él al tiempo que se metía un trozo de carne en la boca—. Aquí lo llamaríamos sin tantos adornos.

A Ginny se le erizó el vello de la nuca.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Mmm... Cese, aceptación de soborno o algo por el estilo.

Hablaba en un tono suave, como si estuviese hablando de que su padre jugaba a golf. Ginny estudió sus rasgos; la afilada nariz, la pequeña barbilla, los ojos azul claro. Dejó su refresco de naranja sin llegar a tomar un sorbo y pensó: «Mierda».

—¿Qué curiosas son las costumbres de las ciudades pequeñas! —exclamó.

—Dicen que con las noticias locales es suficiente —repuso Sweringen—. Pero en ocasiones está bien descolgar el teléfono y averiguar lo que ocurre fuera de aquí.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!». Sweringen había hecho indagaciones sobre ella; fuese o no un juez de provincias, el hombre tenía contactos en todas partes. Por eso le había dicho «si necesitas ayuda, dímelo», tramposo hijo de puta.

—De momento, me preocupa más lo que pasa aquí, en casa —quiso desviar ella el tema—. Como quién arrolló a Geoffrey Dobson a sangre fría en el aparcamiento del Fish Pond; y luego está la pregunta del millón: ¿quién mató a Paula Libanski hace dieciocho años y la enterró en el bosque como a un *perro*?

Su discursillo pareció sorprender al juez, si bien sólo momentáneamente. Ginny tuvo la sensación de que él esperaba que su amenaza implícita («deja de fisgonear o le diré a todo el mundo que la brillante joven lugareña es un fraude y una deshonra») le hiciese volver corriendo a Nueva York dejando la comida a medias y con el rabo entre las piernas. De eso nada.

—Dobson era un camello que vendía veneno a nuestros hijos —matizó el juez. Y ese extremo difícilmente podía ella rebatirlo.

—¿Qué me dice de Paula?

—Una tragedia —respondió él—. Pero después de tantos años tal vez nunca se haga justicia.

Ginny observó cómo se llevaba a la boca otro trozo de carne de color rubí. Era un trozo minúsculo, como si intentase hacer durar la hamburguesa.

Era evidente que Sweringen tenía un objetivo: que Ginny se largara de la ciudad

de inmediato. La cuestión era por qué.

—¿Conocía usted a Paula? —inquirió ella.

—Todo el mundo la conocía —respondió él—. Tenía un señor carácter. —De nuevo, Ginny no podía llevarle la contraria.

—Presidió usted su caso por robo, ¿verdad?

El juez cogió su taza de café.

—No me acuerdo.

—Yo sí. Arrestaron a Paula por robar maquillaje en Newberry. La liberó previa amonestación. Lo cual es extraño, porque tenía usted fama de ser muy duro de pelar. —Él no dijo nada; se limitó a tomar con prudencia otro sorbo de café—. Luego la pillaron por beber siendo menor de edad, y aunque podía usted haberla empapelado, fue condenada a prestar servicios comunitarios, que si no recuerdo mal, jamás llegó a prestar.

El juez se aclaró la garganta, como si el café se hubiera equivocado de camino.

—Estoy convencido —dijo— de que la señorita Libanski cumplió su condena.

De repente había algo diferente en su voz. Y Ginny lo entendió: «Me tiene miedo».

Capítulo 34

—¿Sabe? —continuó Ginny—. Hay unas cuantas cosas que recuerdo de Paula; unas cuantas cosas que tengo muy presentes. ¿Quiere saber cuáles son?

La camarera se acercó para llenar hasta arriba la taza de café del juez. Cogió con brusquedad de la barra el vaso vacío de Fanta de Ginny y le sirvió otro, aunque la hamburguesa Skillet no incluía más de un refresco. Le guiñó un ojo, como si fueran íntimas amigas y cómplices.

Cuando no podía escucharlos, Ginny le sonrió al juez, con dulzura y picardía, encantadora. Le dijo:

—Primero, Paula era sumamente guapa. Dos, era capaz de hacer casi cualquier cosa para conseguir lo que quería. Tres, tenía tanta facilidad para acostarse con cualquiera como la gente para saludarse dándose la mano. Y cuatro, le atraían los hombres mayores que ella. —El juez mantuvo la mirada fija en su plato, donde el jugo de la carne había teñido el queso fresco de un tono rosa nauseabundo—. Quizá no lo sepa —siguió ella—, pero Paula estaba embarazada cuando murió. ¿No le parece triste?

Él trató de disimularlo, pero aun así ella lo notó: la respiración más marcada, la tensión refleja de los músculos de la mandíbula. Su corazonada era correcta. Sweringen se había acostado con Paula.

—Tal vez no te acuerdes —habló el juez—, pero el editor del *Transcript* es íntimo amigo mío.

Ella le dedicó de nuevo su dulce sonrisa.

—Me alegro por los dos.

Él le devolvió la sonrisa.

—Sería una pena si esos problemas tuyos aparecieran en el periódico.

—¡Una tragedia! —puntualizó Ginny.

Él hubiera querido contestarle otra vez con astucia, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. Rolly había entrado y se dirigía directamente hacia ella, con las mejillas enrojecidas por la indignación.

—¡Mira quién está aquí! —dijo—. La detective Buttinski.

«¡Oh, Dios!». Por lo menos ya no la llamaba Angie Dickinson.

—Hola, señor jefe de policía.

—Nada de «hola, señor jefe de policía» —gruñó él—. ¿Quién te crees que eres para llamar a mis espaldas a la policía estatal y al médico forense de Pittsfield?

Ginny abrió desmesuradamente los ojos, pestañeando deprisa.

—Lo siento —se disculpó—. ¿No era eso lo que debía hacer?

Le pareció oír a la camarera riéndose con disimulo, pero no pudo verla por ahí cerca. Empezaba a caerle bien a Ginny. Rolly, por otra parte, tenía la cara de un tono morado más oscuro.

—Ahora, escúchame bien —ordenó él—. Que seas poli en una gran ciudad no significa que puedas pasearte por mi ciudad como el maldito Perry Mason.

—Perry Mason es un abogado —replicó ella.

—Lo que sea. No pienso quedarme aquí a discutir contigo. —Señaló con su grasiento dedo pulgar a un hombre que estaba solo sentado en un banco corrido, leyendo el periódico—. Voy a comer con ese colega —anunció—. ¿Sabes quién es?

—¡Claro! —exclamó Ginny—. Bob Gianelli. Fui al colegio con su hija.

—Bien, pues ahora es el *alcalde* Gianelli. Por si quizá no te habías enterado.

Ella miró a Gianelli, a Rolly y al juez respectivamente, el cual la miraba como si fuese la hamburguesa de su plato.

—¿Y eso qué quiere decir?

—El alcalde controla prácticamente todo por aquí —contestó Rolly—. La oficina de la inspección de inmuebles, por ejemplo. Y tengo entendido que Molly's quiere obtener la cédula de habitabilidad. —Le guiñó un ojo a Ginny, y ella percibió que hasta sus pestañas eran gordas—. Sería una pena tremenda que no fuese aprobada y que Jimmy Griffin tuviese que cerrar.

Ginny miró a Rolly y a Sweringen y viceversa. No le sorprendería que los dos se pusieran a cantar, como el coro de un musical de Broadway.

—¡Por Dios! —exclamó ella—. ¿Habían ensayado ustedes esto con anterioridad? Son un auténtico espectáculo. Son unos auténticos campeones, pero no de patinaje sobre hielo sino de la extorsión. —Ginny había esbozado una amplia sonrisa, algo que pareció dejar a Rolly fuera de juego—. Pero, a ver, cuantos más, mejor. Quizás al señor alcalde le gustaría venir y amenazar con arrestar a Sonya por montar una guardería sin licencia.

Rolly se había quedado sin palabras. El juez no.

—Cometes un error —advirtió.

—No sería la primera vez —repuso Ginny—. Pero, claro, soy una aficionada. Es difícil superar la construcción de una cabaña de caza nueva con dinero robado a un traficante de drogas. —Se volvió al juez—. O dejar en libertad a la puta de la ciudad a cambio de una mamada.

Sweringen dejó caer el tenedor en el plato con estrépito.

—Por cierto —le dijo Ginny—, asegúrese de decirle a su amigo del *Transcript* que me he cambiado el nombre. Ahora me llamo Virginia. Con «a», no con «e». Virginie simplemente no me gustaba. —Volvió a dirigirse a Rolly—. ¡Ah..., una cosa más! Si tocan a Jimmy Griffin, les daré tal patada en sus gordos culos que los mandaré de aquí a Nueva York.

GINNY tiró sobre la barra un billete de 10 dólares, se despidió del nuevo alcalde electo con un gesto desenvuelto, y salió a la luz del sol. Sus axilas estaban empapadas de sudor. Pero, por lo demás, estaba tranquila.

—Se llamaba —explicó ella— Michael Scott. Era un detective de mi equipo. Y estaba casado.

Jimmy se sentó frente a ella en una silla plegable de su despacho, un espacio diminuto que había sido llenado con un escritorio y una bici de carreras que colgaba de un gancho en el techo. El aire que los rodeaba era denso debido al olor de las galletas con pepitas de chocolate. Ginny estaba bastante convencida de que también podía detectar otro olor (posiblemente emparentado con la culpabilidad), pero probablemente eran sólo imaginaciones suyas.

—Verás —repuso él—, no tienes por qué contarme esto.

—Me parece que sí —insistió ella—. Prefiero que lo sepas por mí a que lo leas en la primera plana del periodicucho local.

—¿Crees realmente que Sweringen cumplirá con su amenaza? ¿Aunque tú sepas que él se acostaba con Paula?

—Quizá sí —contestó Ginny—. Quizá no. De cualquier forma creo que ha llegado el momento de sincerarse.

Respiró profundamente. No es que no hubiera estado dándole vueltas a la historia todas las noches desde hacía dos meses, pero expresarla con palabras era harina de otro costal.

—Mike no era colega mío —continuó—, pero trabajamos juntos en un par de casos grandes. —Examinó su dedo meñique, luego se empezó a morder la uña—. Me enamoré de él. No sé cómo explicarlo. Pero sabía que estaba casado, y me importaba un comino. Lo que no sabía es que era un corrupto.

—¿Corrupto en qué sentido?

—Llámalo como quieras. Se dejó sobornar prácticamente desde el día de su graduación en la academia. Nada grave al principio; sólo aceptaba favores de las tiendas que estaban dentro de su ronda. «Mantén a los niños callejeros lejos de mi tienda, y te daré una televisión de pantalla grande». Ese tipo de cosas. Con el tiempo, aceptó sobornos de abogados defensores por ayudarles a que sus clientes salieran sin cargos... a cambio de cuarenta, cincuenta mil dólares por caso.

—Pero ¿cómo...?

—¿Cómo lo hacía? De muchas maneras distintas. Si el caso era suyo, se enredaba al testificar en el estrado, no de forma que pudieras cazarlo, pero le creaba al jurado dudas razonables. Mike es un hijo de puta, pero no es estúpido. O pedía un favor, y un testigo esencial se volvía amnésico.

—¿Y te viste en cierto modo arrastrada?

—Asuntos Internos lo vigilaba desde hacía años. Un día estábamos trabajando en

nuestros casos cuando aparecieron dos tipos de Asuntos Internos y le leyeron sus derechos. Y allí estaba yo, boquiabierta... creía que era todo un error.

—¿Y qué te pasó a ti? ¿Eras culpable por asociación?

Ginny negó con la cabeza.

—Mike no es lo que llamarías una persona recta. Lo primero que hizo fue empezar a dar nombres. Pactó una reducción de condena, y la Oficina de Asuntos Internos empezó a investigar a cincuenta policías más. Entre ellos estaba yo. Y lo peor fue que —volvió a inspirar profundamente y luego exhaló— él tenía pruebas para demostrarlo.

Capítulo 35

—Imposible —replicó Jimmy—. Es imposible que tú hicieras algo así. Simplemente no eres ese tipo de persona.

Ginny notó que le escocían los ojos por las lágrimas, y parpadeó frenéticamente para devolverlas al sitio del que procedían. «Por eso —pensó—. Por eso lo amaba. Jimmy Griffin siempre ha visto mi mejor yo, siempre ha creído que merecía ser amada. Hasta que le fallé».

Pero todo lo que dijo fue:

—Llevo mucho tiempo esperando oír eso.

Jimmy arrugó el rostro por la confusión.

—Pero tus compañeros de trabajo... ¿no te apoyaron?

—Algunos de ellos. Pero tienes que entender que esto es una maldita caza de brujas; a todo el mundo le da un miedo horrible ser el siguiente. Si lo que Mike dice es verdad, el escándalo Rampart de Los Ángeles no sería nada al lado de esto.

—Pero tú no creerás que es para tanto.

—Lo único que sé es que soy inocente. Sólo puedo presuponer que algunos de los demás también lo son. Pero Mike tiene la oportunidad de salvar su culo y ajustar viejas cuentas, y lo está aprovechando al máximo; sobre todo contra mí. En cuanto averigüé en qué andaba metido, no quise saber nada más de él, y eso lo enfureció. Nadie deja a Mike Scott en la estacada.

—¿Qué dice que hiciste? Todo lo que me habías dicho es que fue un caso de violación.

Ginny se pasó los dedos por el pelo. Era una historia larga, sórdida, y en este momento apenas tenía energías para la versión corta.

—Había un chico llamado Alexander Van Vlick; veinte años, de una familia de clase alta de Park Avenue. Vuelve de la universidad para pasar en casa las Navidades, pero sus padres están fuera esquiando, así que tiene el piso para él solo. Liga con una chica en un club y se la lleva a casa junto con un par de amigos suyos, y los dos se meten en su habitación para jugar.

»Al principio ella está encantada, pero resulta que a Alexander le gusta el sexo duro. Está borracho, y cuando ella no cede, se enfada. Le pega y la viola. Por lo visto no era la primera vez.

—¿Y sus amigos no tenían ni idea de lo que él estaba haciendo?

—Dicen que no pasó nada malo. Ella dice que en un momento dado logró escapar y llegar hasta el salón. Alexander la arrastró de vuelta a la habitación, y por la forma en que ella lo describe, sus amigos creyeron que lo hacían para divertirse.

—¿Me estás diciendo que este chico fue absuelto?

—No has oído lo peor del tema. Ella sólo tenía quince años. Parecía mayor, pero la chica estudiaba cuarto de secundaria.

Encima del escritorio de Jimmy había una botella de agua, y Ginny tomó un sorbo. Después de todo, la versión corta estaba resultando no ser tan corta.

—Yo no era la detective principal —continuó—. Pero fue un caso muy sonado en los medios de comunicación, lo que algunos policías llaman un caso mediático, así que éramos cuatro los que trabajábamos los distintos aspectos del mismo: yo, Mike y otros dos.

»Como la chica era tan joven, aun cuando el chico pudiese convencer a un jurado que había sido sexo consentido, lo acusarían igualmente de violar a una menor. Su semen estaba por todo el cuerpo de ella. El único modo en que podía librarse era si pasaba algo con las pruebas forenses de la agresión sexual.

Ginny hizo un alto, aparentemente para tomar otro sorbo, pero en realidad para retrasar lo inevitable. Lo que había hecho era tan estúpido que le horrorizaba que Jimmy lo supiera. Pero mejor que lo supiera por ella que por el periódico matutino.

—Al día siguiente de la detención de Van Vlick, Mike me llamó realmente temprano. Dijo que había cometido un error con las pruebas forenses. Que había confundido las muestras con las de otro caso, y que podía perder el empleo. Me suplicó que me acercase al laboratorio antes de que las procesaran... me dijo que estaba liado con sus hijos, y que como yo también trabajaba en el caso, no se rompería la cadena de pruebas. Así que, como una imbécil, firmé al salir del laboratorio y se las di a Mike, y él arregló las cosas y trajo otras muestras.

—Y cuando comprobaron el ADN —intervino Jimmy—, no coincidía con el del niño rico.

—Naturalmente que no. Fue absuelto.

—¿Y este Mike te culpó a ti de todo?

—Tenía mi firma en el archivo de pruebas. Además de mi ficha bancaria. Le guardé algún dinero, como una subnormal, supuestamente para impedir que su mujer lo desplumase al divorciarse. De modo que estoy jodida. No me esposaron ni me encausaron, pero me han cesado hasta que decidan de qué árbol colgarme.

—¿No tienes abogado?

—De la Asociación Benevolente de la Policía, y un delegado sindical, pero con todo lo que está ocurriendo no dan abasto. Y, de cualquier forma, todo sucedió unas cuantas semanas antes de que Danny muriera. Realmente, no he tenido ocasión de ocuparme del tema.

—¿Qué pasó con la chica?

—Su familia interpuso una demanda judicial contra los Van Vlick, y por supuesto los periódicos la trataron de mentirosa y avariciosa. Nunca publicaron su nombre,

pero apareció en Internet y tuvo que dejar la escuela. Un par de semanas después me enteré de que había sufrido una sobredosis.

—¿Y murió? —inquirió él.

—Y murió —contestó ella.

Dicen que confesarse es bueno para el alma. Para empezar, Ginny no tenía ni idea de si tenía un alma (o, de tenerla, a dónde iría a parar), pero debía reconocer que desahogarse con Jimmy hizo que se sintiera cincuenta kilos más ligera.

Cuando hubo acabado, como si él no pudiese soportar dejarla tan indefensa, le dijo que quería explicarle lo de sus rondas de reparto por las tardes. Ella le aseguró que no tenía por qué hacerlo; él le dijo que cerrara el pico y escuchase.

Se sentía solo, dijo, y ellas también; no había significado nada, y las mujeres únicamente habían pagado los pasteles. Juró que su última parada fue esa tarde con la señora Marchand. Últimamente, todo el asunto había empezado a parecerle absurdo y sórdido.

—Fue una coincidencia brutal —comentó Ginny—. Te vi saliendo de la misma casa de la que Danny cogió ese revólver.

—No hay tal coincidencia —replicó él—. Podría decirse que Danny estaba ahí por mí.

—¿Eh?

—Lorna, la señora Marchand, estaba buscando a alguien que le construyese un nuevo garaje. Le recomendé la empresa de Pete.

—¡Oh!

Se sentía agotada y pegajosa, como si hubiese estado corriendo a toda velocidad y sin aliento cuesta arriba por Bradley Street. Jimmy debió de notarlo, porque se levantó de su silla y se arrodilló frente a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—No hiciste nada malo —le dijo—, salvo equivocarte de hombre al enamorarte.

Ella sacudió la cabeza, se mordió el labio inferior.

—No era amor —replicó ella—. No sé lo que fue.

Él levantó una mano de su hombro y le acarició la mejilla. Ginny empezó a sonreírle, pero todo en sí era simplemente demasiado, y tuvo que concentrarse para no llorar como una idiota. Pero él se dio cuenta y le dedicó una leve sonrisa, y luego se inclinó y la besó.

Fue diferente de antes; diferente de cuando eran unos niños y de la semana anterior, cuando habían estado fornicando como locos. Le resultaba difícil explicarlo; lo único que sabía era que el beso era jugueteón y serio al mismo tiempo. Fue muy largo, y después él se apartó y dijo:

—Pasa la noche conmigo.

—¿Aquí?

—No, tonta. En mi casa. Quiero enseñártela.

—He estado mil veces en tu casa.

—No me refiero a la de mis padres. Ahí es donde viven mi hermano y su mujer. Me refiero a la casa que me he construido en la montaña.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Apartada del camino, cerca de donde fuimos el otro día.

Ginny pensó unos instantes en ello. Entonces dijo:

—Vale.

—¿Sí? —Una amplia sonrisa había aparecido en el rostro de Jimmy. Lo cierto es que a veces parecía que tuviese 16 años, ni un minuto más.

Le dio la dirección, y ella prometió estar allí a las siete. Volvió a casa de Sonya para darse otra ducha y (por si acaso el juez Sweringen cumplía su amenaza) para contarle a Sonya todo lo que le acababa de contar a Jimmy.

Sonya escuchó sin decir una palabra hasta que hubo terminado. Ginny esperaba que su amiga la sermoneara por liarse con un hombre casado, que le dijera que le había decepcionado que se hubiese apartado tanto de los valores que le habían inculcado de pequeña, pero algo había cambiado en Sonya en las últimas 24 horas. Era como si hubiese soltado amarras y se precipitara por aguas desconocidas donde no hubiera principios morales absolutos. Había dicho que mataría al hombre que había asesinado a Danny; Ginny empezaba a pensar que no era una amenaza vacua.

A pesar de todo, a las seis y media Ginny estaba tan nerviosa como una estudiante en la noche del baile de fin de curso. Había venido a la ciudad con tres pares de pantalones: unos tejanos, otros de color caqui, y los pantalones negros que había llevado en los dos funerales. Se decantó por los caqui por un proceso de eliminación, y cuando todas sus camisas le parecieron demasiado masculinas, Sonya se compadeció de ella y le ofreció un jersey de angora azul claro que extrajo de una caja de su armario rotulada como ROPA PEQUEÑA.

Se subió a la camioneta de Danny, pero en lugar de ponerla en marcha cogió primero su teléfono móvil.

—Doctor Zeigler.

—Hola —saludó ella—. Soy la detective Lavoie. Quería darle las gracias por haberme llamado antes. Lamento que fuera un poco surrealista.

—La próxima vez —pidió él— no ponga el altavoz.

—Lo sé. Lo siento. La hermana de la víctima creyó por aquel entonces que ésta había huido. Enterarse de que fue asesinada ha sido un golpe bastante duro para ella.

—Por eso soy patólogo —confesó—. Es mucho más fácil tratar con los muertos que con los vivos.

—Me preguntaba si podría hacerme un favor más. ¿Sería posible obtener el ADN de los restos del feto?

—Teóricamente sí. ¿Por qué?

—Si le envió una muestra del otro hijo de la víctima, ¿podría decirme si los dos son del mismo padre?

—¿Se refiere al caso de Danny Markowicz?

—Exacto.

—Entonces no es necesario que me envíe una muestra. Mi oficina ha realizado algunas pruebas para su juez de instrucción local. Hay suficiente material excedente para procesar el ADN. Aunque tardará una semana por lo menos. Estamos bastante saturados de trabajo.

—Le agradeceré cualquier cosa que pueda hacer —repuso ella. Tomó nota mentalmente de mandarle una botella de *whisky* escocés y puso en marcha el motor.

La casa de Jimmy estaba en Florida, una diminuta aldea conocida principalmente por sus colinabos; los vecinos decían que era debido a la tierra. La ironía de semejante nombre aplicado a una ciudad de las montañas nevadas de Berkshire no le pasaba a nadie por alto: todos los años el periódico local hacía una foto del cartel BIENVENIDO A FLORIDA con carámbanos y la publicaba en primera plana como si fuera una broma novedosa.

Tenía suerte de conducir la camioneta de Danny mientras subía lo que debía de ser el camino de acceso a la casa de Jimmy, un pronunciado camino de tierra repleto de piedras y baches. Estacionó la camioneta junto a la de Jimmy, todavía a considerable distancia de la casa ubicada encima de una larga y empinada escalera de madera.

Se puso a comprobar su aspecto en el espejo retrovisor: pelo impecable, pintalabios intacto, nada notorio entre los dientes. Estaba todo lo bien que podía estar.

Bajó de la camioneta y se dirigió hacia la casa; unos focos fijados en los árboles iluminaban la oscuridad. No sabía con seguridad qué pasaría esta noche, pero su instinto le decía que estaba exactamente donde tenía que estar.

Sin embargo, por lo visto se equivocó. Nada más poner un pie en el primer escalón notó el cuchillo en su garganta.

Capítulo 36

—No te muevas.

Era una voz de hombre, quizá vagamente familiar, ciertamente nada amigable. Se quedó petrificada, valorando la situación. ¿Estaba solo? ¿Y de dónde demonios había salido?

—No te muevas —repitió la voz—. O te rebano la jodida garganta, ¿lo entiendes?

El hombre era un manojo de nervios. El cuchillo en su garganta era todo menos firme; la punta de la hoja le había rascado la piel, dejándole un rastro en forma de delgada línea de sangre que le corría por el cuello.

—No me estoy moviendo —contestó ella—. ¿Qué quieres?

—Vuelve a subir a la camioneta —ordenó él—. Nos vamos a dar una vuelta.

—Por favor, no me hagas daño —pidió Ginny. Estaba intentando sonar indefensa; si él consideraba que era una histérica, quizá bajase la guardia—. Haré todo lo que quieras —dijo sin mover un músculo—. Pero, por favor, no me hagas daño.

Ginny podía notar cómo él respiraba hondo detrás de ella; su cuerpo entero apestaba a tabaco. Lanzó una cautelosa mirada hacia el brazo que rodeaba su cuello. Aun con la camisa de franela pudo deducir que el hijo de puta era fornido. La única razón por la que casi eran igual de altos era que ella estaba sobre un peldaño a un palmo de distancia del suelo.

—Ahora baja, muy despacio.

¿Cómo había salido de la nada este tipo? No la había seguido ningún coche; de eso estaba segura. Desde que le cortaron los frenos no había dejado de estar alerta. No se lleva un revólver metido en la cintura de los pantalones para luego moverse despreocupadamente como si nada fuese mal; de lo contrario, lo que le ocurriese le estaría bien merecido.

¿Se había el hombre enterado de alguna forma de que ella vendría a ver a Jimmy? Parecía improbable. «Estaba escondido en la parte trasera de la camioneta —pensó—. Es la única explicación. Y yo estaba tan emocionada con mi gran cita que ni siquiera me he dado cuenta. ¡Dios! Tal vez sí merezca que me destripen como a un pez».

Todo cruzó por su cerebro en cuestión de segundos. Pero saltaba a la vista que era demasiado tiempo para el señor del brazo fornido, que presionó con más fuerza el cuchillo contra su garganta.

—He dicho que bajes —gruñó en su oído—. Y ni se te ocurra chillar pidiendo ayuda. Te rebanaré el cuello antes de que salga alguien de la casa.

—Vale, vale —concedió ella—. Pero, por favor, no me hagas daño.

Ginny tenía la mano derecha aún en la barandilla; en la izquierda llevaba una

bolsa de papel que contenía una botella de vino Shiraz australiano de doce dólares. Levantó las dos como si se rindiera. Entonces, conjeturando que el volumen y la velocidad no eran compatibles, se volvió rápidamente y estrelló la botella contra la cabeza del otro con ambas manos. Lo había hecho a ciegas y sólo lo rozó, pero fue suficiente para romper la botella, y que el vino de color rojo sangre se derramara encima de los dos.

Él se tambaleó hacia atrás, no tanto asombrado como tremendamente enfadado. La cabeza de ese hombre debía de estar hecha de cemento. Pero había soltado el cuchillo; algo es algo.

Ginny quiso coger el revólver que llevaba en la espalda, pero estaba cubierto por varias capas de jersey y chaqueta de piel, y no fue lo bastante rápida. ¡Maldita sea!; realmente, debería haber invertido en una pistolera de tobillo.

Él la agarró de los hombros y la llamó bruja loca, y ella le propinó un rodillazo tan fuerte en la entrepierna que le dolió hasta a ella. Él soltó un grito pero no cayó al suelo, de modo que lo golpeó una segunda vez, una derecha cruzada seguida de un gancho a la cara, al igual que en el saco de boxeo del gimnasio de la Liga Atlética de la Policía.

Ni aun así se cayó. Por fin se hizo con el revólver calibre 38 y lo apuntó con él, con la mano derecha ayudada de la izquierda. Empezó a apretar el gatillo; el sonido fue uno de los más agradables que había oído en toda su vida.

—Quieto —le ordenó.

Él se quedó ahí de pie jadeando, aún parcialmente doblado por el dolor en los testículos.

—¡Joder!

El hombre tenía aproximadamente 45 años; medía más de metro ochenta de estatura y pesaba alrededor de 110 kilos. Su barriga era incluso más grande de lo que ella se había imaginado cuando le presionaba la espalda. Llevaba una vieja gorra de tela en la que ponía JOHN DEERE, unos sucios pantalones marrones de trabajo Carhartt, guantes de cuero, y un deshilachado chaleco de plumas encima de una camisa de franela a cuadros rojos y azules. A diferencia de su voz, su cara redonda y de barba espesa no le resultaba familiar.

—¿Quién eres? —le espetó. Él la miró furioso—. Si te estás preguntando si sé usar este cacharro, deja que te informe de que soy policía y sé usarlo perfectamente.

Él no contestó, se limitó a seguirla mirando furioso con una expresión que revelaba que de verdad, de verdad quería recuperar su cuchillo.

—¿Ginny?

Era la voz de Jimmy, procedente de lo más alto de las escaleras, y la distrajo durante medio segundo; no mucho tiempo, pero justo lo suficiente para que el tipo desapareciera en el bosque.

Ginny corrió tras él, procurando seguir el sonido de su cuerpo mientras se movía pesadamente haciendo crujir los matorrales, pero fue inútil. No había luna, y Jimmy vivía en medio de la nada. Al salir entre los árboles se encontró a su anfitrión al pie de las escaleras.

—He visto tus luces delanteras, pero no subías. —Reparó en el revólver que Ginny tenía en la mano, los fragmentos de cristal verde y el papel empapado de vino; las manchas en su sudadera tan parecidas a la sangre—. ¿Qué demonios ha pasado?

Ella le explicó lo que acababa de suceder, se detuvo para ponerse un guante y coger la navaja con la hoja serrada del lugar donde el hombre la había tirado, y al terminar, tuvo que persuadir a Jimmy de que no la subiera por las escaleras como a una inválida. Las subió por su propio pie; Jimmy rodeándole la cintura insistentemente; Ginny recordándole que muchas gracias, pero que había sido ella la que había golpeado al tipo.

Él la hizo entrar en su casa, un espacio de estilo rústico con grandes ventanales mirando a la montaña negra azabache. La mesa de la esquina del salón había sido preparada para dos, con vasos de vino y luces de velas, pero Jimmy la acompañó al sofá y la obligó a quitarse el jersey para poderla examinar.

Desapareció durante un minuto y volvió con un frasco de alcohol y unas cuantas bolitas de algodón, que aplicó sobre las diminutas gotas de sangre que se deslizaban por su garganta como uno de esos juegos para niños donde hay que unir los puntos; ella permaneció allí sentada e hizo muecas de dolor, desnuda de cintura para arriba salvo por su sujetador negro. Sus pantalones de color caqui también estaban impregnados de vino, ásperos y húmedos, y tras desaparecer otra vez, él volvió con una camiseta y un par de pantalones cortos de gimnasia.

—¡Tanto acicalarme para nada! —se lamentó ella mientras se los ponía.

—¿Te has acicalado? —Jimmy esbozó la primera sonrisa de la noche—. Lo aceptaré como un cumplido.

—Y yo aceptaría una bolsa de hielo —pidió ella—. Me he aplastado los nudillos al golpear a ese tipo. —Él le trajo el hielo, se sentó de nuevo y simplemente la miró—. ¿Qué miras? —inquirió Ginny.

—Has dicho que ese tipo pesaba como el doble que tú.

Ella dibujó círculos hacia atrás con los hombros, y con el cuello. Su espalda no había estado realmente bien desde el accidente de coche.

—Sí —afirmó Ginny—, pero era lento.

—Te has convertido en una mujer de armas tomar —comentó Jimmy—. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Oh, naturalmente! —replicó ella—. Soy una poli que ha caído en desgracia y que ni siquiera es capaz de averiguar quién mató al hijo de su mejor amiga. Me sorprende que nadie haya organizado un desfile en mi honor.

—Calla. Acabas de enfrentarte a un psicópata en mi jardín delantero, y ni siquiera se te ve una gota de sudor.

—De acuerdo —dijo ella, cambiando la bolsa de hielo de una mano a la otra—. ¡Pero de qué sirve!

Él sacudió la cabeza, exasperado y divertido.

—¿Qué piensas hacer con este tipo?

—Dar parte al sheriff del condado. Al menos estamos fuera de la jurisdicción de Rolly. —La expresión de la cara de Jimmy le indicó lo contrario—. ¡Oh, no! Me tomas el pelo.

—La ciudad contrata sus zonas de cobertura. Nos toca Rolly.

—¡Oh, mierda! —exclamó ella—. Entonces supongo que tendré que hablar con él. Me imagino que repasaré algunos libros con fotos de sospechosos por la mañana y veré si tiene antecedentes; eso, si tienen libros de sospechosos aquí. Y podría rastrear su navaja. Parece cara.

Jimmy se levantó y se dirigió hacia el otro lado de la encimera de granito que dividía el salón de la cocina.

—¿Quieres beber algo? Yo desde luego que sí.

—He traído vino —explicó ella—, pero lo he usado para abrirle la cabeza a ese tipo. —Él dijo que era un buen motivo y cogió un botellín de Heineken para cada uno—. ¿Sabes? —continuó ella—. Viviendo aquí arriba, me extraña que no tengas un perro. Querías con locura a aquella perrita que tenías en el último curso de bachillerato.

—Esa perrita vivió quince años —comentó él—. Murió justamente la Semana Santa pasada. Todavía no me veo capaz de tener otro perro.

—Lo siento.

Jimmy lo agradeció asintiendo con la cabeza, luego dijo:

—¿Tienes hambre? Había pensado hacer un par de filetes a la parrilla. Hay patatas asadas en el horno. Y ensalada.

—Eso —repuso ella— es muy casero.

Él abrió las cervezas y le dio una a Ginny.

—Estoy pensando en abrir una cafetería en el centro; donde se sirvan ensaladas y bocadillos calientes y zumos de frutas y cosas así. El local que está en Marshall acaba de salir a la venta. No sirven comidas, pero supongo que puedo ampliar el negocio.

—¿El Café des Artistes?

—Ése es.

La noticia le produjo una tristeza inexplicable. Topher había perdido al hombre que amaba, y luego, además, había dejado de idealizarlo. Ahora dejaba el negocio que había empezado desde cero. ¡Una gran pena!

—¿Podemos posponer la cena? —inquirió Ginny—. En estos momentos estoy

demasiado tensa.

—¿Demasiado tensa para hablar?

De pronto había un tono distinto en la voz de él; un tanto grave y serio, como si hubiese pasado de hablar del tiempo a debatir la paz en Oriente Medio.

—Mmm... no.

Jimmy se sentó en el sofá, y su botellín de cerveza entró en contacto con el cristal de la mesa de centro con un suave tintineo. Ella sostuvo el suyo en su regazo como si fuera un escudo.

Él inspiró hondo, y Ginny tuvo la clara sensación de que estaba haciendo acopio de valor. Al parecer, lo encontró.

—Te sigo queriendo —anunció él.

Capítulo 37

Daba igual la cerveza; Ginny se quedó sin aliento como si le hubiesen dado a ella una patada en la entrepierna.

—¡Virgen santa! —exclamó—. No te andas por las ramas.

Él se encogió de hombros, pasándose nervioso una mano por su pelo rubio cobrizo.

—Ya no tenemos edad para tontear. Y me conoces, Gin. No soy un tío complicado. En mi opinión, la mayoría de la gente puede considerarse afortunada, si se cruza una vez con la persona adecuada. No son muchos los que tienen una segunda oportunidad.

Ella no respondió; lo cual no era una casualidad, porque no tenía ni idea de lo que decir.

—Míranos —continuó Jimmy—. Tenemos casi treinta y cinco años. Ninguno de los dos ha tenido una relación decente desde el día en que rompimos. ¿Has estado siquiera a punto de casarte con alguien? —Ella cabeceó—. Yo tampoco. Eso significará algo.

—Quizá signifique que los dos somos unos bichos raros e inadaptados.

—Entonces lo mejor será que estemos juntos —replicó él—. Porque no nos querrá nadie más.

Ginny sonrió; no pudo evitarlo.

—De eso estoy segura.

—Entonces, ¿qué me dices?

—Perdona —contestó ella—, pero ¿te has fijado en que vivimos en dos planetas distintos?

—Lo sé. Créeme. Y a mí me sería imposible vivir en esa ciudad, y sé que es imposible que tú quieras volver aquí.

—¿Y pues?

—Intentémoslo igualmente.

Ella tomó un sorbo de cerveza, simplemente para hacer algo, pero le supo amarga en la boca, y lo devolvió de nuevo al botellín.

—¡Santo Dios, soy yo la mujer! —constató—. Pensaba que debía ser yo la romántica empedernida.

—Nuestros papeles están invertidos —comentó él soltando una carcajada—. Yo hago el pan y tú pegas a tipos que te doblan en tamaño. Menos mal que estoy seguro de mi masculinidad.

Ginny sacudió la cabeza, procurando no reírse, pero la expresión seria de su

rostro simplemente no se mantuvo en su sitio. Lo miró, ahí sentado junto a ella en el sofá, los ojos chispeantes por los nervios y el humor y la esperanza. Había estado enamorada de él desde los 15 años, y los viejos hábitos son obstinados. Pero también sabía que en ocasiones el amor no es suficiente.

—Antes tengo que preguntarte algo —habló ella—. Necesito saber que entiendes por qué me fui entonces. —Él no dijo nada—. Jimmy, sé que estabas entusiasmado con ello en ese momento, pero ¿de verdad crees que estabas preparado para ser padre a los dieciocho años? Porque yo no estaba en absoluto preparada para ser la madre de nadie.

Ginny lo vio meditar sobre ello, aunque siguió sin decir nada.

—Lamento lo del aborto —confesó ella—. De verdad. No lo hice ni mucho menos con la arrogancia con la que crees que lo hice. Pero pensé que era lo mejor para los dos en ese momento, y lo sigo pensando. —Él desvió la vista hacia el gran ventanal y la oscuridad—. ¡Venga! No éramos más que unos críos, ¡por Dios! Yo tenía una beca para ir a la Universidad de Massachusetts, y tú estabas emocionado con estudiar administración de empresas en la Estatal. Si nos hubiéramos casado y hubiésemos tenido un hijo tan jóvenes, ¡sólo Dios sabe cuánto nos habríamos podido arrepentir ahora mismo!

Tras otro largo silencio Jimmy dijo:

—Eso lo sé.

—Sí, a lo mejor racionalmente lo sabes. Pero si piensas echármelo en cara el resto de mi vida, entonces no entiendo cómo va a funcionar lo nuestro.

Él no contestó de inmediato. Pero después de mirar un rato más hacia el vacío que había detrás de la ventana, dijo:

—Supongo que tienes razón.

—¿La tengo?

—No estoy diciendo que esté de acuerdo con lo que hiciste. Pero supongo que entiendo por qué lo hiciste. —Al fin se volvió y la miró—. Y como sigo estando loco por ti... me imagino que tengo que pasar página.

—¿Sí?

—Sí.

Ella le miró detenidamente, tratando de asegurarse de que lo decía en serio. Cuando se quedó tranquila, dijo:

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

Ginny echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el techo.

—No vas a parar hasta que lo diga como una boba cursi, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Está bien. Tú ganas. Siempre te he querido, y aún te quiero. Para que negarlo.

Y que Dios nos ampare cuando lleguen las facturas de teléfono.

Él exhaló un largo suspiro, como si acabara de esquivar una furgoneta corriendo a toda velocidad.

—¡Gracias a Dios!

Ella se burló, pero no con maldad.

—¿Y ahora qué?

—Ahora viene la parte en que te cojo en brazos y te llevo a la cama —contestó Jimmy—. Antes de que tú te adelantes.

El despertador de Jimmy sonó a las cuatro de la mañana. Lo silenció, realizó una llamada y volvió a acostarse. Lo siguiente que Ginny supo es que eran las siete, y él le dio huevos con beicon y le explicó que aun cuando era la Reina de las Amazonas, no había querido dejarla sola en su casa del bosque en plena madrugada. Pero tampoco había querido despertarla tan temprano, de modo que le había dicho a sus empleados que se las apañaran sin él durante unas cuantas horas.

Se quedaron en la cama, comiendo las galletas caseras de Jimmy untadas con mermelada de arce y escuchando las noticias por la radio. En un momento dado ella lo miró y él hizo lo propio, y sus expresiones fueron idénticas: «No me puedo creer la suerte que tengo». Entonces ella sonrió y lo besó, y de lo siguiente que se enteró fue de que eran las ocho y media.

Salieron juntos, conduciendo montaña abajo y separándose cuando él se fue a su trabajo y ella giró a la izquierda para ir a casa de Sonya y cambiarse de ropa. Los niños que su amiga cuidaba durante el día ya estaban en la casa, y Sonya los había puesto a pintar con las manos alrededor de la mesa de la cocina. Los dejó allí, tras advertirles que no armaran follón, y siguió a Ginny hasta la habitación de Danny y cerró la puerta.

—Supongo que lo habrás pasado bien —dijo Sonya. A Ginny le pareció notar una pizca de censura en su voz, pero tal vez fuera sólo estrés.

—Eso depende de a qué parte de la noche te refieras. —Hablando en voz baja para asegurarse de que los niños no la oían (la pequeña Britney probablemente tuviese una oreja pegada a la puerta, pendiente de las palabrotas que dijera), le explicó a Sonya que había sido atacada delante de la casa de Jimmy. Dos días antes su amiga hubiese soltado un grito de sorpresa preocupada por haber estado a punto de perderla; ahora se limitó a permanecer allí escuchando, como si el mundo ya no pudiera sorprenderla.

—¿Y no sabes quién era? —Ginny negó con la cabeza—. ¿Qué crees que tenía en mente?

—Nada bueno.

Sonya asintió, abrió la puerta para comprobar que los niños no se habían alborotado, y la volvió a cerrar.

—¿Qué tal con Jimmy?

—Quiere que volvamos juntos.

—¿Y?

—Y yo también.

Sonya la abrazó con fuerza, lo cual, dado su humor crispado, era lo último que Ginny se esperaba. Pero cuando se separaron, el rostro de su amiga seguía estando apesadumbrado.

—¿Vas a dormir allí arriba cada noche?

—Él lo quiere. Yo le he dicho que, de momento, seguiré aquí.

Sonya exhaló con alivio.

—Soy una egoísta —dijo—, pero lo cierto es que no quiero que te vayas.

—Tranquila. De todas formas, instalarme allí en pleno bosque probablemente sería complicarme la vida. Quiero decir que ¡vete a saber lo que este tipo puede intentar la próxima vez! —Entonces se le ocurrió algo—. ¿Sabes? Quizá sí *debería* trasladarme. ¿Y si os estoy poniendo a ti y a Pete en peligro, o incluso a los niños que cuidas?

—¿Qué crees? —inquirió Sonya—. ¿Que incendiará la casa mientras estamos durmiendo?

—Desde luego espero que no. Pero Rolly ya ha amenazado con cerrar la tienda de Jimmy. ¿Quién sabe qué más es capaz de intentar?

—¿No creerás que Rolly ha tenido nada que ver con tu ataque de anoche? Me refiero a que sé que es un pésimo jefe de policía, pero...

—Ya te he contado que robó un fajo de billetes del coche de ese traficante de drogas. Cuando uno es un corrupto, una cosa simplemente lleva a la otra.

—¿Y el juez Sweringen?

Ginny pensó en ello.

—Es obvio que no quiere que averigüe con quién se veía Paula —contestó—. Pero si él es quien está detrás de mi ataque, entonces ¿por qué iba a amenazarme mirándome a la cara? Es, sencillamente, demasiado obvio.

Sonya echó otro vistazo a los niños, después se sentó en el borde de la cama. Algún temor cruzó su rostro, y Ginny se limitó a observarla. Por fin, dijo:

—Soy realmente egoísta.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que debería pedirte que te fueras a casa y te olvidaras de todo esto. Debería decirte que no vale la pena descubrir quién mató a Danny y a Paula... que quizá te hagan daño o algo peor. Pero es que simplemente no puedo.

Ginny se sentó en la cama y rodeó a Sonya con un brazo.

—Aunque me dijeras todo eso —repuso—, de ningún modo me iría.

Capítulo 38

Sonya asimiló la información, las dos sentadas en silencio durante un par de minutos. Entonces oyeron gritos al otro lado de la puerta, y Sonya se levantó de un brinco para intervenir.

—¡Ah, casi se me olvida decírtelo! El padre LeGrand llamó anoche preguntando por ti. Me dijo que no contestabas en el móvil.

—En casa de Jimmy no hay cobertura. ¿Qué dijo?

—Que estará en su despacho toda la tarde. Hoy es su día de descanso, pero tiene papeleo que poner al día. Puedes pasar a verlo.

—¿Le explicaste de qué iba la cosa?

Sonya sacudió la cabeza.

—La verdad —respondió—, creo que tiene la esperanza de que hayas decidido volver al redil.

Ginny se lo tomó a broma y se metió en la ducha. Se puso el traje de pantalón negro (no le parecía bien ir a ver a un cura en tejanos), y reconoció que tendría que comprarse un poco de ropa nueva. La idea era tan apetecible como darse otro chapuzón en el río Hoosic.

Dado que aún no eran ni siquiera las doce, condujo hasta el centro para dar parte del ataque de la noche anterior. Estaba a dos manzanas de la comisaría de policía cuando vio a una rubia menuda por la acera, dirigiéndose hacia una de las tiendas de Main Street. Ginny frenó y aparcó. Había querido hablar con Monique desde que la Princesa Láctea le habló de la pelea con Danny en el Golden Skillet. No sabía con certeza si Monique tenía alguna información de utilidad, pero cuando la interrogó, la joven se había inventado un montón de patrañas; ¿quién sabe qué más podía estar ocultando?

El establecimiento donde había entrado era la sofisticada tienda de artículos de regalo que había sustituido a la vieja tienda Newberry de baratillo. Resultó que Monique no iba a comprar; se había plantado detrás del mostrador, donde le estaba sacando brillo a una vitrina.

—¡Oh! —exclamó cuando levantó la vista y vio a Ginny—. Es usted.

—No sabía que trabajabas aquí —dijo Ginny para romper el hielo.

—Es mi empleo a tiempo parcial —explicó Monique—. Los fines de semana y siempre que no tengo clase. Cuando el dueño no está aquí, yo estoy a cargo.

La última frase la pronunció sin disimular su orgullo; si bien la autoridad de Monique no impresionaba demasiado dado que en la tienda no había ni un solo cliente.

—Necesito que hablemos —dijo Ginny, pensando que sería mejor entrar en materia antes de que apareciese alguien—. Sobre Danny.

La mirada de Monique era inexpresiva.

—Ya lo hicimos —replicó ella.

—Me contaste trolas —le espetó Ginny—. Ahora necesito la verdad.

—No sé qué...

—Danny y tú no estabais prometidos, Monique. Sé lo de vuestra pelea en el Skillet. Sé que sabes que Danny se veía con otras personas. Concretamente... con otros hombres.

La cara de Monique se enrojeció; era tan pronunciado el contraste con su piel blanca que resultaba casi gracioso. Tiró el trapo del polvo sobre el mostrador; su expresión se había vuelto intensamente furiosa.

—Es usted una mentirosa —replicó la chica.

—¡Para! —ordenó Ginny—. ¡Despierta, por Dios! Danny y tú no ibais a vivir felices para siempre. Sé que descubriste que era gay...

Monique le propinó una bofetada en la cara. Ginny no se la esperaba, y la pilló por sorpresa. Con escozor en la mejilla, hizo lo único lógico: devolverle la bofetada, más fuerte.

—¡Ay! —chilló Monique. Miró a Ginny estupefacta, como si no pudiera creerse que alguien tuviese el descaro de hacerle a ella algo semejante. Entonces empezó a llorar; sollozos realmente sentidos, no las lágrimas de cocodrilo que había derramado junto a la caravana de su familia. Esta vez se le estropearía todo el maquillaje de los ojos.

—Danny fue asesinado —declaró Ginny—. Estoy aquí para descubrir quién lo hizo, y tus estúpidas historias no han hecho otra cosa que dificultarme un montón el trabajo. Ahora necesito que me expliques lo que sabes.

Todavía sollozando, Monique alargó el brazo hacia una pila de servilletas y usó una para enjugarse la cara. Cuando por fin habló, lo hizo con un hilo de voz.

—Yo no sé nada —dijo.

—Encontraste el envoltorio de un condón —la aguijoneó Ginny—, ¿no es así?

La joven asintió y se sonó la nariz.

—Era de una clase extraña, Seven algo. Lo encontré en una chaqueta que Danny se dejó en mi coche. Y cuando le pregunté por ello, se echó a reír. Y luego me dijo... —Se le trabó la lengua, después empezó de nuevo—. Me dijo que ya no sabía quién era. Dijo que tal vez se había enamorado de otra persona. Y luego, cuando me puse furiosa, me dijo que ni siquiera se trataba de otra chica, como si eso lo hiciese más fácil. ¿En serio creyó que yo preferiría descubrir que me había enamorado de un *perverso*? Y luego simplemente se fue a trabajar al Skillet. Así, sin más, como si yo no le importara. Como si no me debiese...

Empezó a llorar más fuerte. Ginny alargó el brazo y le puso una mano sobre el suyo. Puede que Monique no fuese su nominada a alumna del año, pero descubrir que el chico al que amas se acuesta con otro hombre... eso tiene que inspirar compasión en cualquier mujer.

—Así que le desinflaste las ruedas para vengarte. —Monique asintió, aún resoplando y gimoteando—. ¿Es eso todo lo que hiciste? Dime la verdad.

Monique alzó la vista y la miró con ojos de mapache. Saltaba a la vista que su rímel no era resistente al agua.

—Eso es todo —respondió—. Lo juro. ¡Estaba como loca!

—¿No cometiste ninguna locura? ¿Como convencer a alguien de que le diera una lección a Danny?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente ante la inconfundible sorpresa.

—¿Qué? *No*. Yo jamás le habría hecho daño a Danny. Lo amaba. Aunque me engañó, lo seguía queriendo. —Le sobrevino un recuerdo que le hizo llorar aún con más fuerza—. Le dije que ojalá se muriese —confesó—. Y luego realmente *murió*. Pero no lo dije en serio. En ningún momento lo dije en serio. Le dije tantas cosas horribles... y ni siquiera tuve la oportunidad de retirarlas.

Estaba diciendo la verdad; en cualquier caso, eso es lo que le decía a Ginny su instinto. Monique parecía demasiado abatida para mentir. Siguió sollozando y sollozando hasta que, por fin, Ginny colgó el letrero de CERRADO en la puerta de la tienda para que no entrara ningún cliente y se encontrara detrás del mostrador a una exanimadora histérica.

Ginny se quedó con ella hasta que volvió el dueño, al que explicó que la pobre Monique había tenido una reacción tardía al *shock* por la muerte de Danny y que no estaba en condiciones de trabajar. Subió a la joven en la camioneta de Danny (la sola visión de ella le provocó toda una oleada nueva de lágrimas), la llevó a casa y dejó que se desplomara en un sillón del pequeño pero ordenado salón de la caravana.

Después condujo de vuelta a la ciudad, llegando finalmente a donde iba antes de desviarse: la comisaría de policía. El agente, el señor Minifalda-de-Topos de su juventud, le tomó declaración acerca de la agresión de la noche anterior y señaló que su descripción podía encajar con la mitad de los hombres del condado. Hojeó lo que hacía las veces de libros con fotos de sospechosos, pero su agresor no estaba allí.

—Curioso —comentó el policía—. El tipo ni siquiera se molestó en ponerse una máscara.

La idea ya se le había ocurrido a ella. O el hombre que la había atacado era demasiado tonto para pensar en ocultar su cara, o creyó que no importaba: supuestamente Ginny no tenía que vivir tanto como para identificarlo.

—Soltó la navaja —contó ella—. La tengo. Esperaba que pudierais comprobar las huellas dactilares.

—Está bien —replicó él—, pero no lo hacemos aquí. Si nos la dejas, podemos enviarla a...

Ginny se lo agradeció, pero dijo que prefería no desprenderse de ella; de ninguna manera perdería de vista la navaja. A continuación, porque no podía resistirse, fue de la comisaría de policía a la pastelería, donde Jimmy y ella estuvieron tonteando como un par de idiotas. Después de más o menos diez minutos de tonto, se marchó con una bolsa gratuita de pastelitos de nueces y anduvo calle abajo por delante de varios escaparates hasta Accesorios Deportivos Couture. Siempre le había resultado extraño que «deportivo» fuera sinónimo de «caza»; como si los ciervos fueran armados y pudieran defenderse.

La tienda tenía el mismo tamaño que Molly's (los edificios habían sido construidos en la misma época por el mismo promotor), pero en lugar de galletas y pasteles, las vitrinas estaban repletas de armas y munición. Una hilera de cañas de pescar decoraban una pared, y en un expositor de cristal había una selección de cuchillos, de acero pulido y reluciente.

Había dos clientes frente al mostrador, cerrando el trato de ciertos servicios de taxidermia. Cuando se fueron, el señor Couture sonrió a Ginny y le preguntó en qué podía ayudarle, y aparte de eso ¿qué tal le iba a su padre en el sur, en Florida?

Ella le mostró la navaja, dentro de una bolsa de plástico.

—La verdad —dijo—, esperaba que usted pudiera ayudarme. La encontré en el bosque, en la montaña, y pensé que quizás podría saber de quién es para devolvérsela.

Él cogió la bolsa y admiró la navaja. Medía 18 centímetros de largo con la peligrosa hoja serrada doblada en el interior del mango, y más de 33 centímetros extendida. El mango había sido labrado utilizando un cuerno de animal de color marfil, y grabado al aguafuerte en negro con la imagen de unos faisanes en el borde de un estanque.

—Es una maravilla —comentó él—. Es un bonito gesto por tu parte que se la devuelvas a su propietario.

—Me imagino que probablemente significará mucho para él. ¿Fue comprada aquí?

—No recientemente, pero quizás el año pasado. Solía fabricarlas un artesano de Becket.

—¿Y ésta es la única tienda a la que se las suministraba?

—No. Creo que las vendía en todo el este de Springfield.

—¿Hay alguna forma de averiguar quién compró precisamente esta navaja? Bueno, suponiendo que la comprara aquí.

Él se encogió de hombros.

—Todas se fabricaban por encargo. Podría consultarlo, si no te importa esperar.

Ella dijo que no le importaba; el hombre se fue a la trastienda y apareció con una

caja archivero de plástico y rebuscó en ella hasta que encontró la carpeta adecuada.

—Toe Preminger.

—¿Ése es quien compró la navaja?

—No. Ése es el artesano que la hizo. —Abrió la carpeta y repasó un montón de papeles amarillos, hojas de pedido impresas de antemano que habían sido rellenas a mano.

—Mmm... déjame ver. Por lo visto sólo vendimos una con faisanes. La mayoría de la gente eligió los ciervos o las truchas. Aunque nunca acabé de entender por qué se necesita una navaja como ésta para destripar un pez. O tal vez simplemente les gustara el grabado. La de las truchas que saltaban del estanque era realmente bonita. Vale... ya lo tengo. —Extrajo un folio del montón—. La compró Josie Pecor. Como regalo de Navidad para su hijo.

—¿Se refiere a Steve Pecor, el que vive en River Street?

Él sacudió la cabeza.

—Ella no es su madre. Y, de todas formas, Steve no caza. Desde que tuvo un accidente de moto, apenas puede cruzar la calle. Era para su hermanastro Lance.

—¿Un chico fornido, de aproximadamente un metro noventa de estatura y más de cien kilos de peso? ¿Con barba espesa?

—¿Lo conoces?

—No personalmente —contestó Ginny—. Pero creo que presencié cuando se le cayó.

Capítulo 39

La voz; eso fue lo que Ginny había reconocido. Lance Pecor no se parecía en nada a su hermanastro Steve, pero *hablaba* como él.

Tardó una hora entera en encontrar los datos de Lance: cómo había sido despedido cuando la cantera de piedra caliza cerró, luego lo echaron de un taller de coches de la zona por su notoria haraganería. Su pareja lo había dejado, y vivía en una caravana en un terreno propiedad de su madre, porque el banco le había embargado su casa. Carecía de antecedentes penales, tan sólo un par de detenciones por embriaguez y alteración del orden público, y una pelea en un bar declarada como falta. ¡Ah!: y tenía por lo menos tres rifles de caza.

Tardó considerablemente más en decidir qué hacer con él. Lo lógico era avisar a la policía local, pero la idea de que ésta hiciera confesar a Pecor parecía absurda. La policía estatal y el sheriff del condado dirían que estaba dentro de la jurisdicción de Rolly, ¿y para qué molestar a un agente colega para encarcelar a cierto gamberro de su jurisdicción? Pensó en recurrir a Jimmy, por la simple razón de que pensaba en él casi cada segundo que pasaba despierta y que no estaba pensando en el caso, pero descartó la idea por parecerle aún más absurda. No pretendía ofender su hombría, pero ¿qué podía hacer él? ¿Golpear al individuo con una barra de pan?

Entonces se le ocurrió otra posibilidad: un hombre no tan corpulento como Pecor, pero con un respetable arsenal de caza propio. De modo que después de pasar por casa de Sonya para cambiarse el traje pantalón, condujo hasta Construcciones Libanski y le dijo a Pete que quizá tuviese, al fin, un sospechoso del asesinato de Danny. Se encerró con él en su despacho y le informó de que había sido atacada la noche antes y de cómo el rastreo de la navaja la había conducido hasta Lance.

—¿Y qué tienes pensado? —inquirió él—. ¿Que lo arreste la policía?

A Pete parecía interesarle la idea. Ella se dio cuenta de que en todo esto se había olvidado de que Sonya no era la única que había perdido un hijo.

—No exactamente —respondió Ginny—. Pero en cuanto pase a manos de Rolly, Pecor se buscará un abogado, y fin del asunto.

—Entonces... ¿qué? ¿Quieres retenerlo a punta de pistola hasta que confiese? Dudo que eso resultase convincente en un juicio.

—Te equivocas de planteamiento —replicó ella—. Ni siquiera quiero enfrentarme con él. Simplemente quiero revolver su casa en busca de pruebas; entender si voy por el camino correcto.

—Entonces, ¿para qué me necesitas?

—Porque sólo una idiota entraría en casa de un sospechoso sin refuerzos —

respondió Ginny—. O porque desease morir, o porque creyese que es invencible. Y a mí no me pasa ninguna de las dos cosas.

La madre de Lance vivía en las afueras de Clarksburg; en su camino de acceso había la rueda de una carreta y dos viejos cabriolés. Hacía el turno de día en el Wal-Mart; por lo menos de ella no tendrían que preocuparse.

Ginny y Pete estacionaron abajo en la carretera y subieron andando, Pete cargando su rifle y con aspecto de cazador, que lo era. Ella todavía tenía el revólver en la cintura, porque en Accesorios Deportivos Couture no vendían pistoleras de tobillo.

La caravana de Pecor no guardaba ningún parecido con la de Monique; aquí no había piletas para pájaros ni molinetes de plástico en forma de flores. La cosa era un desastre, colocada sobre bloques de cemento y decorada por el óxido. No había coches a la vista; por lo menos ninguno que pudiera moverse.

Salieron del bosque al jardín repleto de hierbajos, y Ginny pegó una oreja en la delgada pared lateral de la caravana. Ningún ronquido, ni televisión; no había nadie en casa.

La puerta no estaba cerrada con llave. Entraron, y fueron recibidos por el olor a cigarrillo y a leche agria.

—¡Venga! —exclamó Pete mientras ella empezaba a revolver el único espacio que hacía las veces de dormitorio, salón y cocina de Pecor—. Date prisa y encuentra lo que sea que buscas.

—Acabamos de llegar.

—Mi corazón late tan rápido como el de un conejo —comentó él—. ¿En serio haces esta mierda todos los días?

—Normalmente vamos con una orden —respondió ella—. Esto del allanamiento de morada podría decirse que no entra en el protocolo.

—¡Genial! —celebró Pete, vigilando el camino de entrada por la ventana agrietada—. ¿Podrías, por favor, ir más deprisa?

Ella rebuscó entre el desorden: viejos abrigos de invierno, correo basura, envases grasientos de comida, cajas de cartón, botas con barro incrustado. Si Lance se tomase alguna vez la molestia de vender todos sus botellines de cerveza vacíos, probablemente valdrían más que la propia caravana. Empezaba a preocuparle contraer hepatitis por la ropa sucia de Lance cuando Pete la interrumpió.

—Ginny.

Estaba frente a la ventana, gesticulando con vehemencia. Ella oyó el sonido de unos neumáticos sobre la gravilla. ¡Oh, mierda!

Pecor conducía una destartada camioneta: las planchas laterales imitación madera se caían, el guardabarros frontal estaba ladeado, las ruedas bailaban en sus ejes y los tapacubos habían pasado a mejor vida. Ginny observó cómo bajaba de ella,

el vehículo casi suspiró aliviado al deshacerse de su pesada carga. Pecor se quedó ahí de pie, bajo un cielo gris, matando mosquitos y fumando un cigarrillo, y después se puso a orinar sobre la hierba excesivamente crecida.

—¡Vamos! —le instó Ginny a Pete, señalando hacia el baño. Él la siguió, y Ginny cerró la delgada puerta tras ellos e intentó echar el pestillo, pero naturalmente el picaporte estaba roto. El cuarto de baño en sí no era más grande que una cabina de teléfono; Ginny estaba más cerca del marido de su mejor amiga de lo que hubiera esperado jamás.

Pudieron oír a Pecor entrando en la caravana; bajo su peso todo pareció moverse como un columpio. Ella se llevó un dedo a los labios, y luego trató de abrir la ventana. Estaba encasquillada, y Ginny intentó forzarla y al mismo tiempo no hacer ruido. Lo consiguió sólo a medias: la ventana cedió, pero en el contexto de la ratonera que Pecor tenía como casa, eso se tradujo en que toda la estructura se desmontó, el marco y demás.

El conjunto aterrizó en el suelo de fuera y se hizo añicos con estrépito. Ginny miró a Pete, y Pete miró a Ginny, y antes de que ella pudiese decir nada, él la había levantado y empujado por el boquete. Se hizo un corte en la mano con el metal a la vista, los tejidos se desgarraron y se produjo cortes en los muslos, pero consiguió salir... y aterrizó sobre el cristal roto, lo que le provocó algunos cortes más.

Pete le pasó el rifle a través de la ventana e intentó salir, pero no pudo: o el boquete era demasiado pequeño o él era demasiado grande. *Mierda*.

Ginny oyó que Pecor gritaba: «Pero ¿qué coño?», y un estrépito, y luego que volvía a gritar lo mismo. Empuñando el revólver, Ginny bordeó corriendo el lateral de la caravana y entró por la puerta principal, controlando todos sus movimientos. Debían de haber pasado un par de meses desde la última vez que entró armada por una puerta, pero todavía sabía hacerlo bien.

Pecor estaba a cinco metros de distancia, su grueso bíceps derecho claramente hundido en la endeble puerta del baño; Pete debía de haberle agarrado del brazo cuando abrió la puerta, y los dos estaban luchando como un par de visones enjaulados.

—¡Alto ahí! —chilló Ginny, y tal como dijo el jugador de béisbol Yogi Berra, fue como un *déjà vu* otra vez.

Saltaba a la vista que le había dado un susto de muerte a Pecor, y Pete aprovechó la ocasión para sacar el brazo por la puerta y darle un buen puñetazo en la mandíbula. Como no surtió mucho efecto, Ginny avanzó unos cuantos pasos y presionó el cañón de la pistola contra los michelines de grasa que unían su nuca con su cráneo.

—Hola, Lance —saludó—. ¿Te acuerdas de mí?

Capítulo 40

Ginny no tenía pensado interrogar a Lance Pecor en su apestosa caravana, pero había que ser flexibles. Le ordenó sentarse en la única silla decente que había y le apuntó con el revólver mientras Pete lo sujetaba a la silla con cinta adhesiva plateada. Cuando hubo terminado, Pecor tenía el aspecto de una madre gorda y plateada; cada pierna y cada brazo atados a la parte correspondiente de la silla, y por si fuera poco, un millar de metros de cinta alrededor de su cintura.

Lance los insultó, hasta que Pete le propinó otro puñetazo y le ordenó que no hablara de esa forma delante de una dama. Ni una sola vez les dijo su prisionero nada acerca de que tendrían problemas con la poli por haber invadido su pequeño hogar, lo cual le indicaba a Ginny que Lance tenía mucho que esconder.

—¿Qué demonios quieres? —inquirió él.

Ginny extrajo la navaja, aún en su bolsa de plástico.

—Había pensado en devolverte esto —respondió.

Lance miró la navaja con ojos de cordero degollado; era evidente que el objeto significaba mucho para él.

—¿De verdad?

—No —replicó ella—. De verdad no. ¿Tan estúpido eres? —Lance la miró con ira pero no contestó—. Háblame de Danny Markowicz.

—¿Quién?

—El chico que mataste a golpes.

Lance se volvió hacia Pete, como si cualquier hombre fuese mejor que una mujer chiflada; incluso un hombre que estaba de pie en su salón empuñando un rifle de caza.

—Está loca —comentó.

Pete le apuntó con el rifle.

—Limítate a contestarle.

—Pero si ni siquiera sé lo que me pregunta. —Pronunció la frase gimoteando; Lance Pecor parecía un bebé grande.

—Bien —dijo Ginny—. Empecemos por el principio. Paula Libanski.

Ese nombre, por lo menos, le resultó familiar.

—¿La que solía tirarse Steve cuando éramos pequeños? ¿Qué pasa con ella?

—Quizá tú también solías tirártela.

Él negó con la cabeza, y varios segundos después su doble mentón hizo lo propio.

—No —contestó.

—Seguro que sí. La dejaste embarazada y ella quiso que huyeras con ella, pero tú

no tenías ganas de ser el padre de nadie. Así que la mataste y la enterraste en el bosque, junto al Fish Pond.

—No —repitió Lance, alzando la voz.

—No me mientas.

—No lo hago —replicó—. Paula me rechazó. Me dijo que yo no era su tipo.

Pete y Ginny se miraron mutuamente, y ambos pensaron: «Esto es nuevo».

Ginny se acercó a Lance y tiró con fuerza de un puñado de cabellos grasientos de su cabeza: él gritó y la llamó bruja loca. No había sido un acto necesario, pero a ella le gustaba por su impactante valor.

—Enviaré esto para una prueba de ADN —anunció—. Y demostraré que eras tú el padre de su hijo. Y eso demostraré, con toda seguridad, que te acostabas con ella.

—Pues envíalo —chilló él—. Te he dicho que nunca me tiré a esa zorra.

Ginny lo miró detenidamente, envuelto en un sudor pegajoso y justificadamente indignado. Estaba bastante convencida de que decía la verdad.

—Entonces tienes que estar cubriendo a tu hermano —concluyó ella—. Quizá no esté tan inválido como aparenta.

Lance se volvió a Pete, con ojos suplicantes y echando saliva por la boca.

—¿Puedes decirle a esta tía pirada que se equivoca por completo?

Ginny introdujo la pistola de nuevo en su funda de cinturón y agarró a Lance por la parte delantera de su sucia camisa. Él procuró desviar la vista, pero ella lo sacudió hasta que la miró a los ojos.

—Me pusiste una navaja en la garganta —le dijo—. ¿Me estás diciendo que lo hiciste simplemente para pasar el rato? —Colocó la hoja a un par de centímetros de su cara—. Estuviste trabajando en un taller de coches. Si comparo cómo corta esta navaja con el corte de la manguera de mis frenos, ¿qué te apuestas a que sale positivo?

Ginny se había tirado un farol, o lo que había dicho como mínimo era una fanfarronada. No tenía ni idea de si sería siquiera posible comparar el corte de la manguera de freno con el que producía la navaja; pero eso Lance no lo sabía.

Dejó que reinara el silencio; al igual que un psiquiatra, una buena detective sabe que el silencio puede ser su aliado. La mayoría de las personas no lo soportan, y se apresuran a llenarlo con lo que, ocasionalmente, resulta ser la verdad. Lance la miró con indignación; su coeficiente intelectual de dos dígitos se esforzaba para calcular exactamente la envergadura de sus problemas.

—¿Y qué? —dijo al fin—. Tampoco te hiciste tanto daño.

Ginny soltó su pechera, y el impulso que cobró su cuerpo hizo que su cabeza rebotara hacia atrás.

—Se llama tentativa de asesinato, imbécil.

Ella reprimió el deseo de darle de nuevo un puñetazo en plena cara enrojecida. El

hombre era absolutamente asqueroso, un matón que vivía rodeado de mugre, durmiendo entre montañas de platos sucios y ropa con barro incrustado.

—¿Ginny? —Era Pete, que había estado revolviendo las pútridas pertenencias de Lance en busca de algo que lo incriminara—. Creo que será mejor que le echés un vistazo a esto.

Le dio un trozo de papel, blanco y prístino, probablemente lo más limpio de toda la caravana. Estaba encabezado por el logo de la Caja local de Ahorros de Tunnel City. Ginny lo leyó; tenía fecha de hacía dos días.

Estimado señor Pecor:

A tenor de nuestra reciente conversación telefónica, nos complace adjuntarle un certificado conforme la hipoteca pendiente ha sido liquidada en su totalidad y la ejecución de la hipoteca por resolución judicial, anulada. Lamentamos el error que condujo al embargo de su propiedad y estamos haciendo indagaciones para determinar si su origen fue electrónico o administrativo. Una vez más, le rogamos que acepte nuestras más sinceras disculpas por cualquier molestia ocasionada.

Reciba un cordial saludo,

*Mary Ellen Montgomery
Directora de oficina*

De modo que para eso eran todas esas cajas de embalar: Pecor había recuperado su casa. Y no solamente no habría resolución judicial, sino que la hipoteca había sido liquidada.

¡Dios! ¡Qué idiota había sido Ginny! Lance no iba detrás de ella porque hubiese estado liado con Paula; no era más que un sicario. El hecho de que su hermano hubiese salido con Paula era una coincidencia; y no una especialmente insólita, dado que Paula se había acostado con media ciudad.

Ginny se volvió a él, sujetando la carta a medio palmo de sus morros. Por primera vez, Lance Pecor parecía asustado.

—¿Para quién trabajas?

Él no respondió. Incluso debajo de los michelines de grasa, Ginny pudo ver que apretaba fuertemente sus mandíbulas.

Formuló la pregunta por segunda vez, sin más éxito que la primera.

Por lo visto Pete se tomó su silencio como una ofensa personal. Se puso justo frente al rostro de Lance y lo zarandeó, dos veces más fuerte de lo que Ginny lo había hecho antes; las patas de la vieja silla de madera aporreaban rítmicamente el suelo de la caravana. Pero Lance siguió sin decir nada.

—Tentativa de asesinato —declaró Ginny—. Intento de secuestro. Por no mencionar el homicidio en primer grado en la muerte de Geoffrey Dobson.

—¿Qué?

—Ningún jurado del planeta se creará que no lo arrollaste a propósito.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Geoffrey Dobson. El traficante de drogas que sabía demasiado sobre el asesinato de Danny. Robaste un monovolumen y lo atropellaste.

—No lo hice —replicó él. Empezó a mirar a Pete buscando complicidad masculina, pero entonces pareció darse cuenta de que quizás él estuviera tan loco como ella—. Adelante, pégame hasta que reviente, si quieres. Pero no pienso reconocer algo que no he hecho.

—Entonces dinos lo que has hecho —propuso Ginny—. Eso estará bien para empezar.

Lance reunió toda la saliva que tenía en la boca y le tiró un escupitajo a Ginny. Pero le faltó fuerza; no llegó hasta ella y aterrizó en el suelo.

—¡Que os jodan! —exclamó.

Ginny le dio una bofetada en la cara, lo bastante fuerte para que él supiera que estaba enfadada. Si los de Asuntos Internos la vieran ahora, tratando con violencia a un sospechoso atado con cinta adhesiva a una silla, no beneficiaría lo más mínimo a su caso.

—Ya te he dicho que no tendrías escapatoria por intentar secuestrarme a punta de cuchillo. El dueño de la casa te vio huir. También puede identificarte. —Era absolutamente mentira, pero de nuevo Lance no sabía eso—. Y ya te he dicho que la policía puede vincular tu navaja con mi coche. Pasarás mucho tiempo entre rejas. El único modo de reducir un poco tu condena es confesando.

Dio la impresión de que su discurso lo afectaba, pero ni mucho menos lo suficiente. Lance cabeceó y dijo:

—No te diré nada.

—Muy bien.

Ginny dio dos pasos hasta la cocina, donde había una botella prácticamente llena de ron barato con alto contenido alcohólico entre los envases de cartón vacíos de lasaña precongelada. Le quitó el tapón y empezó a verter su contenido por la habitación; sobre la ropa sucia, las cajas de embalar, las latas llenas de colillas de cigarrillo. Reservó el final para la cabeza de Lance Pecor. El líquido transparente se deslizaba por sus mejillas, produciéndole escozor en las zonas rojas donde Pete o Ginny le habían agrietado la piel.

—Pero ¿qué coño?

A modo de explicación Ginny cogió una caja de cerillas que encontró por ahí y la agitó delante de su cara.

—O me cuentas lo que sabes —advirtió ella— o quemo este agujero de mierda y dejo que te frías como una jodida y sebosa nube de algodón de azúcar.

—¿Ginny?

Era Pete, con los ojos fuera de las órbitas. Ginny se colocó de espaldas a él.

Lance negó con la cabeza, sacudiéndose el ron de ésta como un perro se sacude el agua.

—Eres incapaz —contestó, pero su voz denotaba mucha preocupación de que lo hiciera—. Eres una maldita *poli*.

—Se supone que tenías que matarme, ¿verdad? —Encendió una cerilla y la acercó a un par de centímetros de su pelo—. ¿Verdad?

Él asintió. Ginny apagó la cerilla de un soplado y, simplemente por placer, volvió a darle una bofetada a Lance en la cara. El recuerdo de ese cuchillo gigante contra su garganta aún la exasperaba.

—Pero eso es todo lo que hice. Solamente eso y atacar en una ocasión al hijo de los Markowicz. Y excavar un poco en el Fish Pond, pero eso no cuenta.

Ginny lanzó una mirada hacia el montón de ropa apestosa, las botas cubiertas de barro; debería haber sumado dos y dos nada más verlas, pero era tanta la mugre que sencillamente habían pasado desapercibidas.

—Tonterías —replicó ella.

Había algo en la voz de Lance que le indicaba que mentía. Quizá no hubiese matado a Danny y tampoco a Geoffrey Dobson, pero era culpable de más cosas de las que había admitido hasta el momento. Ginny encendió otra cerilla.

—Vale —dijo él, apartándose de la llama tanto como la cinta adhesiva y la silla le permitían—. Está ese otro tío.

—¿Qué tío?

—El tío de hoy. Al que se supone que tenía que asustar para que tú dieras marcha atrás.

Una desagradable sospecha se instaló en la boca del estómago de Ginny.

—¿Quién?

La cerilla se consumió rozando sus dedos. Apenas lo sintió.

—El tipo al que he atropellado cuando iba en bici —contestó—. El dueño de Molly's.

Capítulo 41

Ginny hubiera podido matarlo. De hecho, quizá lo hubiese hecho, de no haber intervenido Pete. Mientras corrían a toda velocidad por carreteras rurales hasta donde Lance había dejado a Jimmy muriéndose ni siquiera hacía una hora, todavía no estaba absolutamente segura de haber tomado la decisión correcta. Bueno, por lo menos ese desgraciado estaba muy incómodo, atado en la parte trasera del vehículo como un trofeo de caza camino del taxidermista.

Aún no les había dicho quién lo había contratado. Incluso con la mirada de asesina de Ginny, él no había confesado. Todo lo que dijo fue que, si lo hacía, lo perdería todo y su vida carecería de valor, así que mejor que ella siguiera adelante y le prendiera fuego a la caravana con él dentro.

—¡Dios! —le dijo ella a Pete—. ¿No puedes ir más rápido? —De haber tenido cobertura en sus teléfonos móviles, habrían llamado a una ambulancia. Pete pisó el pedal del acelerador acercándolo más al suelo.

Tardaron 40 minutos en encontrarlo. En la carretera no había ningún rastro; tanto Jimmy como su bici se habían salido del asfalto y rodaron por una pendiente cubierta de hierba que acababa en un pastizal para vacas. Ginny corrió hacia él, tropezó con una piedra y perdió el equilibrio pero se mantuvo en pie. Llegó primero a su bici, un desastre larguirucho y retorcido que no presagiaba nada bueno sobre su conductor.

Jimmy yacía a varios metros de distancia. A Ginny le dieron un vuelco el corazón y el estómago; le parecía que cambiaban de sitio en sus entrañas y luego se volvían a colocar bien. Estaba vivo y al menos parcialmente despierto. Llevaba puesto un casco, el cual había recibido un golpe tan fuerte que se le salía el poliestireno.

—¿Jimmy?

Él gimió y pestañeó. Allí tumbado de esa forma, semiconsciente y tan condenadamente vulnerable, no parecía mucho mayor que el niño que había encontrado herido en el bosque, junto al Fish Pond. Como mínimo Jimmy había tenido el buen juicio de llevar casco; ¡gracias a Dios!

Tocó con suavidad su pecho.

—¿Jimmy?

Estaba a punto de decirle a Pete que llamase a una ambulancia cuando Jimmy musitó algo y abrió los ojos.

—¿Qué demonios ha pasado? —Gimió, trató de incorporarse, entonces lo pensó mejor—. Un imbécil... me echó de la carretera.

—Lo sé —repuso ella—. Lo llevamos atado en la parte trasera del vehículo.

Saltó a la vista que su respuesta le había dejado perplejo.

—Estás loca —comentó, intentando incorporarse de nuevo.

—No te muevas —dijo Pete, que estaba de pie en el borde de la pendiente—. Llamaré a una ambulancia.

Jimmy la rechazó con un ademán de su brazo derecho. El izquierdo colgaba flácido a su lado, en un ángulo un tanto extraño. Se sentó y se desabrochó el maltrecho casco, cuya imagen daba claramente qué pensar.

—Creo que me he dislocado el hombro —anunció.

—Razón por la cual deberíamos avisar a una ambulancia —repuso Ginny.

Jimmy cabeceó.

—Tú dame la mano.

Alargó su brazo bueno para apoyarse, y aunque ella quiso discutir con él, le ayudó a levantarse. Parecía tambalearse, allí de pie con su ceñido atuendo de ciclista y su brazo izquierdo considerablemente más largo que el derecho, pero consiguió mantenerse erguido.

Pete cogió la dañada bicicleta y la metió junto a Lance en la parte trasera de la camioneta, sin esforzarse mucho por evitar golpearlo con ella. Los tres se subieron al vehículo, Ginny pegada a Pete para eludir rozar el hombro malo de Jimmy. Este hacía muecas de dolor con cada bache, pero no se quejó, y ella decidió que era mucho más fuerte de lo que se imaginaba.

Su primera parada fue en la comisaría, adonde llevaron con resolución a Lance Pecor, todavía envuelto con cinta adhesiva plateada como un regalo. Rolly no se alegró de ver a Ginny, pero Pete era un ciudadano de bien, y eso hizo que el comisario sacase su mejor comportamiento. Ella dijo que quería formular cargos contra Pecor por agresión e intento de secuestro, y ofreció como prueba la navaja con las huellas de Lance en el mango y su propia sangre en la hoja.

Satisfecha de que Rolly lo encerrase, Ginny y Pete llevaron a Jimmy a urgencias para que le encajaran de nuevo el brazo. Después de un sinfín de pruebas de su cabeza golpeada, apareció sin nada más serio que el brazo en cabestrillo y la receta de un analgésico, Vicodin. Tras dejar a Pete, Ginny llevó a Jimmy a casa y le dio un poco de sopa enlatada, que logró quemar.

Él se la tomó de todas formas, y ella se sentó en el borde de su cama con Jimmy recostado en unos almohadones estratégicamente colocados.

—Me alegro mucho —comentó ella— de que ese idiota no te matara.

—Estás hecha una poetisa. —Su voz sonaba un poco pastosa; las pastillas empezaban a obrar efecto.

—En serio, yo...

Él le quitó importancia con un gesto, como había hecho con la ambulancia.

—Lo sé, Gin-Gin.

No la había llamado así desde el instituto. Era el apodo que él le había puesto, y

ella nunca tuvo el valor de decirle que sonaba igual que el modo en que la chica de la serie «Mi bella genio» llamaba a su perro. Se inclinó hacia delante y lo besó suavemente en los labios; él la rodeó con su brazo bueno y la besó con más intensidad.

—Será mejor que te deje descansar —dijo Ginny.

Él seguía rodeándola con el brazo.

—No te vayas todavía. Tienes que explicarme qué demonios está pasando.

—Por eso no te preocupes.

—Me encuentras en medio de la nada, con el tío que me ha empujado atado en la parte trasera de la pick-up de Danny —repuso Jimmy—. Ahí tiene que haber una buena historia.

Ella le contó cómo había localizado a Pecor y lo había interrogado en su caravana, suavizando los detalles para no parecer tan psicópata. Cuando, al fin, la medicación hizo efecto sobre Jimmy y se puso a roncar ligeramente sobre la almohada, le dio un beso en la frente, se aseguró de que la casa estaba cerrada a cal y canto, y condujo montaña abajo.

Ginny entró en la iglesia, silenciosa, tenebrosa, enorme, y por costumbre se santiguó con el agua bendita. Era un sitio donde había entrado por primera vez mucho antes de poder hablar; había sido bautizada en esa pila de mármol, justo a la derecha del altar. Aunque no había reflexionado sobre ello, había medio esperado que la iglesia le pareciera más pequeña de lo que recordaba, pero era más bien al contrario. El techo abovedado se elevaba sobre su cabeza, y el Cristo crucificado sobre el altar le parecía que estaba increíblemente lejos, irguiéndose como una montaña en el horizonte.

Caminó por el pasillo, recordando los pasos que su madre diera siendo novia. Se estremeció; sencillamente, era demasiado extraño.

A la derecha, detrás de la pila bautismal, había una puerta que daba a una sacristía repleta de sotanas, colgadas en perchas como los abrigos en el guardarropa de una fiesta. Encontró la imagen ligeramente herética, aunque ignoraba por qué; ¿acaso esperaba que las guardaran en un arca de oro, como en *Indiana Jones*?

Al otro lado de la sacristía había otra puerta con un rótulo que rezaba DESPACHO PARROQUIAL. Ginny llamó y el padre LeGrand le dijo que entrara.

Estaba sentado frente a un escritorio de madera oscura que ocupaba la mayor parte de la habitación; sin ninguna razón concreta, a Ginny se le ocurrió preguntarse cómo lo habían hecho pasar por la estrecha puerta. El padre le dijo que se sentara y le preguntó si quería un poco de té. Ella contestó que sí. Él le sirvió una taza de una tetera de barro marrón que había en el antepecho de la ventana que estaba a su izquierda, haciendo una mueca de dolor al alargar el brazo para cogerla. Sonya le había dicho que el cura padecía un caso avanzado de bursitis.

—Bueno —dijo él—, ¿de qué querías hablarme?

Ginny se removió en la silla como un niño en apuros. Nunca había tenido ocasión de interrogar a un cura; aun siendo su día de descanso y sin vestir el atuendo clerical, ella no dejó de sentirse como si estuviera cometiendo un pecado mortal contra el octavo mandamiento.

—Está relacionado con Paula Libanski.

El rostro del padre adquirió una expresión sombría. Pero asintió y extrajo un bloc amarillo.

—Me imaginé que Sonya y Pete se encargarían de los preparativos. Claro que si ella está demasiado afectada...

—Mmm... ¿preparativos?

—Para el entierro. ¿No has venido aquí por eso?

—¿Qué? No. El médico forense tardará aún un tiempo en entregar sus restos. He venido por algo que encontramos enterrado con ella.

Él frunció las cejas, cejas finas más propias del rostro de una mujer. El padre LeGrand era un hombre menudo, aproximadamente tan alto como Ginny pero probablemente más delgado, de pequeños ojos grises y labios delgados. También tenía las manos pequeñas, y una de ellas agarraba el bolígrafo de plata con tanta fuerza que se había vuelto blanquecina.

Ginny dejó una fotografía sobre el bloc de notas.

—¿Reconoce esto? —Él miró fijamente el rosario sin parpadear—. El crucifijo tiene grabadas las iniciales P. L. ¿Es suyo?

El padre LeGrand asintió, muy levemente. Se aclaró la garganta, trató de hablar, se aclaró de nuevo.

—Me lo dieron mis padres —respondió—. En mi ordenación.

—¿Tiene alguna idea de cómo lo consiguió Paula?

Él siguió mirando la foto con fijeza. Pero soltó el bolígrafo y juntó las manos, no como si estuviera rezando, pero con los dedos tan entrelazados que sus yemas habían pasado de ser blancas a ser de color rubí.

—Padre —preguntó ella otra vez—, ¿tiene alguna idea de cómo consiguió Paula el rosario?

El padre abrió la boca como si hubiera encontrado la respuesta, luego la cerró, como si le supiera agria en la lengua. Permanecieron allí sentados así; las manecillas del reloj de pared marcando el paso de los minutos, y el retrato enmarcado de un Jesús rodeado de varios exleprosos felices, mirándolos fijamente a ambos.

Por fin, la boca del padre LeGrand se volvió a abrir. Y dijo:

—Se lo di yo.

Capítulo 42

Su respuesta le provocó mil preguntas, pero Ginny se las guardó para sí; se limitó a dejar que el silencio bajara flotando desde el techo y se suspendiera de nuevo sobre ellos. Siguió mirándolo, pero su mente visualizó a toda velocidad los posibles escenarios. Visualizó al padre LeGrand dándole a Paula el rosario en un acto de fe, como el cura que le da los candelabros de plata a Jean Valjean al principio de *Los Miserables* (el musical, no la novela que ella había sido demasiado impaciente para leer en la universidad).

Pero la expresión del rostro de LeGrand le decía que la historia ni mucho menos acababa ahí. Parecía un zorro con una pata atrapada en una trampa, muriéndose de dolor y muy consciente de que la única manera de liberarse era prescindir de algo muy valioso.

—Ella dijo que quería ese rosario —comentó él, hablando tan súbitamente que Ginny se sobresaltó—. Dado que las iniciales eran iguales que las suyas, dijo que era como el destino.

—¿Y usted se lo dio sin más ni más? ¿Algo con tanto valor sentimental? —Él asintió con las manos todavía fuertemente entrelazadas—. ¿Por qué?

—No tengo ni idea —respondió el padre.

Ginny supo que decía la verdad; también supo que la verdad era más compleja que eso.

—Padre —inquirió ella—, ¿conocía mucho a Paula Libanski?

Él tenía los antebrazos apoyados sobre el escritorio. Ahora, sin desenlazar sus dedos, los levantó hasta apoyarse en los codos con la frente hundida en sus manos entrelazadas. Al cabo de unos instantes irguió la cabeza y dijo:

—No te mentaré. —Dio la impresión de que la frase iba tanto dirigida hacia ella como a sí mismo.

—Padre —preguntó Ginny—, ¿tuvo usted relaciones sexuales con ella?

Otro largo silencio. Seguido de la palabra «sí».

—¿Es usted el padre de Danny Markowicz?

—No —respondió—. Daniel ya había nacido.

—¿Sabe que Paula estaba embarazada de tres meses cuando la asesinaron?

Él dio un respingo al comprender el alcance de la pregunta; la información no era nueva, pensó, sino más bien como poner el dedo en la llaga. El padre asintió.

—¿Era suyo el bebé?

Asintió de nuevo, después apoyó otra vez la frente en sus manos entrelazadas. Ginny estaba a punto de hacerle otra pregunta (*la pregunta*) cuando él levantó la

cabeza, implorando comprensión con la mirada.

—No era de mi parroquia —explicó—. Su familia iba a la iglesia polaca, en Adams, y por aquel entonces me acababan de destinar aquí. No lo digo como excusa. Es sólo una explicación. Cuando la conocí, ya tenía dieciocho años.

Ella escuchó sin interrumpirle. Desde luego, a ella sí le sonaba a excusa.

—La conocí en un *picnic* de verano del campamento católico —continuó el cura—. Sonya quería ir, y sus padres obligaron a Paula a llevarla en coche. No creo que hablase con ella ni cinco minutos. Pero después de eso empezó a... —Buscó la palabra pero no la encontró. Al fin, Ginny se compadeció de él.

—¿Perseguirlo?

Él asintió con los ojos desmesuradamente abiertos, como si ella acabase de realizar un perfecto truco de magia.

—Al principio pensé que quería orientación espiritual. Eso es lo que me dijo. Pero ése no era el caso. Y era muy *decidida*.

Ginny pensó en lo que le había oído decir al padre de Paula hacía más de veinte años: «Es como si no pudiera soportar que algo sea bueno, puro y limpio. Tiene que ir y estropearlo, al igual que una persona normal necesita rascarse una picadura».

—¿Está diciendo que ella lo sedujo?

Él no contestó enseguida. Ella vio cómo el recuerdo se materializaba en la expresión de su cara. El padre LeGrand debía de tener poco más de cuarenta años, pero parecía unos diez años mayor. Tenía unas arrugas marcadas entre los ojos, y una araña de venas rosas que trepaban por su nariz.

—Yo era... —Empezó a hablar, se detuvo, empezó de nuevo—. Ésta era mi primera parroquia. Yo era joven e... inexperto. Había pasado de un colegio de chicos directamente al seminario. Sentí mi vocación a una edad muy temprana. Nunca había tenido siquiera una cita. ¡Y ella era tan guapa! No me podía creer que me quisiera a mí.

Ginny se imaginó al cura a los 25 años, torpe e introvertido y puro como la maldita nieve virgen. Paula debió de comérselo vivo.

—Y se quedó embarazada —apuntó ella. Otro asentimiento, de nuevo casi imperceptible—. ¿Qué le hace estar tan seguro de que el bebé era suyo? No es que Paula tuviera precisamente reputación de monógama.

La pregunta pareció sobresaltarle. La idea, se percató Ginny, ni siquiera se le había ocurrido nunca.

—Ella me dijo que el niño era mío —respondió.

El padre había empezado a sudar. El despacho estaba mal ventilado y olía a cerrado, y las gotas de transpiración bajaban en zigzag por el cabello cano de sus sienes. Se quitó la chaqueta y se desabrochó los dos botones superiores de su camisa blanca lisa, que la había llevado abrochada hasta el cuello. A continuación volvió a

entrelazar las manos, como si las hubiera juntado una fuerza magnética.

—¿Lo amenazó con contarle? —Él sacudió la cabeza—. ¿Le pidió dinero?

—Hice voto de pobreza —contestó—. No tengo dinero.

«También hizo voto de celibato —dijo Ginny para sí—, y mire lo bien que lo ha cumplido».

—¿Qué quería Paula? —inquirió Ginny.

—Quería que abandonase la Iglesia y me casara con ella —fue su respuesta—. Quería que le demostrara que la amaba más a ella que a Dios.

El recuerdo le produjo demasiada agitación para permanecer sentado. Se puso de pie y caminó detrás del escritorio, de espaldas a ella para mirar por la diminuta ventana de cristal emplomado.

—Padre —dijo ella—, ¿qué le sucedió?

Ginny no se refería a su hundimiento moral. Al volverse de espaldas, ella había visto las líneas rojas entrecruzadas, inflamadas marcas sangrientas que habían traspasado su camisa blanca. De modo que por eso había hecho una mueca de dolor al coger la tetera.

—¿Le ha hecho daño alguien?

Él negó con la cabeza, todavía de espaldas a ella. Finalmente, con una voz más cercana a un susurro, oyó que decía:

—Es mi castigo.

—¿Se ha hecho eso usted mismo? —Algo afloró en la memoria de Ginny, una antigua lección de antes de que dejara de asistir a catequesis, y de pronto lo entendió.

—Después de que hallaran el cadáver de Paula —dijo ella—, usted se flageló. —El silencio del padre provocó su crueldad—. ¿Qué ocurre? —inquirió—. ¿No pudo encontrar un cilicio y una cama de pinchos?

Él no contestó; tampoco ella esperaba que lo hiciera. Pero no importaba; era el momento de formular la pregunta.

—Padre —dijo—, ¿la mató usted?

Él siguió mirando por la ventana. Cuando por fin se volvió, había lágrimas en sus ojos.

—Asumo toda la responsabilidad —confesó.

—No ha respondido a la pregunta.

—Sí —afirmó él—. Yo la maté. ¡Dios me asista, porque maté a mi propio hijo!

La acompañó a la comisaría, donde un sorprendidísimo jefe de policía Rolly tomó nota de la confesión del padre LeGrand como si se tratase de un caso de indigestión. Ginny no estaba en la sala; Rolly no lo consintió. Antes de separarse de él, por compasión o un simple sentido de la rectitud, ella le preguntó a LeGrand si quería asesoramiento legal. Él dijo que no quería un abogado; quería un cura.

Ginny condujo otra vez montaña arriba. No quería que Jimmy estuviera solo al

despertarse, y todavía no podía decirle la verdad a Sonya. ¿Cómo iba a decirle que a su hermana la había matado un cura? ¿Y no sólo cualquier cura, sino un hombre al que ella había recurrido para que la guiara durante su vida adulta?

Se lo encontró ya despierto, echado en la cama, viendo una carrera de ciclismo en el canal ESPN2. Era perverso hacer eso después de lo que le acababa de pasar, y así se lo expresó. Entonces, como necesitaba sus consejos, le explicó lo del padre LeGrand.

—¿Estás segura? —replicó él, que parecía mucho más despierto de lo que ella se había imaginado—. No me lo puedo creer.

—Ha confesado —dijo Ginny—. Estoy convencida de que eso no es todo; Rolly no me ha dejado escuchar los detalles. Pero sé a qué suena la culpa, y él es absolutamente culpable.

—Quizá fuese un accidente. No lo sé... o en defensa propia o algo.

—¿Estás buscando excusas simplemente porque es un cura?

—No. Pero al hombre le debe martirizar la culpa —contestó Jimmy—. Flagelarse hasta sangrar...

—No perdamos de vista lo ocurrido, ¿vale? Pierre LeGrand *no* es la víctima. El tipo mató a una mujer embarazada. A la madre de su hijo, ¡por Dios! Él mismo lo ha dicho.

Jimmy lo asimiló con una expresión de angustia en el rostro. Si a *él* le estaba costando tanto aceptarlo, ¿cómo iba a darle la noticia a Sonya?

—¿Crees que Lance Pecor trabajaba para el padre LeGrand? —inquirió Jimmy—. ¿Y podría realmente un cura liquidar la hipoteca de ese tío?

—No, a menos que heredara dinero de su familia. Y sus padres le compraron ese caro rosario, así que quizá... —Hizo un alto—. Pero la carta no se limitaba a decir que la hipoteca estaba liquidada. Decía que todo el asunto había sido un error.

—¿Y qué?

—Pues que ¿quién podría hacer eso excepto alguien que trabajase en el banco? —Ginny se levantó de la cama de un brinco, hundiendo el colchón y haciendo que Jimmy gimiese de dolor—. Perdona —se disculpó. Entonces dijo—: Creo que a lo mejor sé quién lo contrató. El maldito Arthur Dulaine. Es el presidente del Tunnel City. Apuesto a que ha podido liquidar la hipoteca de Lance mandando un escrito sin que el dinero haya cambiado de manos en ningún momento.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque es un peso pesado de la parroquia. Tal vez estuviese encubriendo a LeGrand.

—¿De verdad crees que el padre LeGrand le dejaría matar a alguien para encubrir lo que él mismo le hizo a Paula?

Ginny reflexionó sobre ello.

—Quizá LeGrand le pidió ayuda, y a Dulaine se le fue la mano. Quizá con todos los escándalos por acoso en Boston pensó que la Iglesia no podría aguantar más mala prensa. Me lo he encontrado un par de veces. Es un beato hijo de puta.

—¿No le hace eso —masculló Jimmy— *menos* proclive a infringir la ley?

Ginny ahogó una carcajada; si Jimmy y ella tenían alguna clase de futuro, debería respetar su fe al igual que respetaba la de Sonya. Pero no podía quedarse completamente callada.

—A veces esos fanáticos religiosos —comentó— son los más hipócritas de todos.

Capítulo 43

Ginny estaba agotada; por el encuentro con Pecor, por haber escuchado la confesión de LeGrand, por el estrés de lo que le había sucedido a Jimmy. Pero había otra parte de ella que estaba tan exaltada que le sorprendió no sufrir una descarga eléctrica al tocar el pomo de la puerta principal de Sonya. Entró y se encontró a su amiga igual de nerviosa que ella; caminando por la cocina, sujetando una cuchara de madera para cocinar en la mano derecha y golpeando con ésta la izquierda. Nada más verla Ginny pensó: «Ya lo sabe».

Efectivamente, en lugar de un hola, Sonya dijo:

—No me lo puedo creer.

—Lo sé —repuso Ginny—. Lo siento mucho.

—Pero es un buen hombre. Sé que lo es.

—Ha confesado, Sonya.

—Lo sé —admitió ella—. Me lo ha dicho.

—¿Qué?

Sonya dejó de caminar y la miró a la cara.

—¿Sabes que en la tele cuando te encarcelan te dejan hacer una llamada? Bueno, pues él usó la suya para llamarme a mí.

—¿Qué te dijo?

—Que lo lamentaba. —*Paf*, hizo la cuchara de madera. *Paf, paf, paf*—. Que sabía que por muchas veces que se confesara no había absolución.

—¿Mencionó a Arthur Dulaine?

Sonya la miró como si le estuviese hablando en chino.

—¿Qué pinta él en esto?

Ginny respondió con un gesto de impotencia.

—Ha sido una pregunta estúpida. Pero creo que ha sido él quien ha pagado a Lance Pecor para que me atacara. Y fue Lance el que excavó en el bosque, junto al Fish Pond, en busca del cadáver de Paula.

—No conozco realmente al señor Dulaine —comentó Sonya—. La única vez que estuve con él fue cuando su banco nos prestó dinero para que Pete pudiese comprar maquinaria nueva. Pero ¿por qué iba él a...?

—Creo que estaba encubriendo a LeGrand, intentando asegurarse de que el escándalo no saliera nunca a la luz.

Le habló a Sonya de la carta del banco que había encontrado en la caravana de Pecor. Su amiga se sentó pesadamente, todavía sujetando la cuchara.

—Lance mató a Danny. Eso es lo que crees, ¿verdad?

Ginny se sentó a su lado.

—No lo sé —respondió—. Él lo ha negado categóricamente, y fue bastante convincente. Pero quizá mienta mejor de lo que creo.

—Danny estaba intentando encontrar a Paula —dijo Sonya—. ¿Crees que Dulaine tenía miedo de que, de un modo o de otro, Danny averiguara que ella se había estado acostando con el cura?

—Se me ha pasado por la cabeza. Y si algún día encontraban su cadáver, ese rosario sería directamente relacionado con LeGrand.

—Pero parece tan improbable. Nadie sabía dónde estaba Paula. No había motivos para encontrarla.

—He estado pensando en eso —repuso Ginny—. Recordé algo que dijo tu suegra acerca de los edificios de apartamentos que están construyendo en el lago. Tal vez el padre LeGrand tenía miedo de que la desenterrasen, y fue a pedir ayuda a Dulaine.

—Supongo que sí.

—Bien, ¿se lo preguntaste? ¿Te dio algún detalle?

—Le pregunté muchas cosas —respondió Sonya—. Prácticamente todo lo que dijo fue que lo lamentaba, una y otra vez. «Por favor, perdóname, toda penitencia será poca». —Sacudió la cabeza, soltando una carcajada llena de amargura—. No se equivoca.

—¿Estás bien? —Ginny le quitó a la fuerza la cuchara que sujetaba, después la cogió de la mano—. ¿Quieres beber algo?

Sonya cabeceó. El movimiento hizo que algo gris y minúsculo flotara en el aire y bajara hasta la impoluta mesa de la cocina. Ginny acarició con los dedos el pelo de su amiga; estaba cubierto de polvo. Por primera vez reparó en que sus manos y su camisa también estaban sucias de polvo.

—He estado arriba en la buhardilla —declaró Sonya.

—¿Para qué?

—Hablar con el padre me hizo pensar en algo. Sobre Paula. —De pronto parecía sumida en sus pensamientos, tan sólo levemente consciente de que Ginny estaba sentada junto a ella.

—¿De qué se trata? —la instó Ginny.

—Le pregunté por el rosario. Supongo que esperaba que él me dijera que se lo dio porque la amaba. Pero me dijo que ella se empeñó en tenerlo, como si fuera una especie de trofeo. Fue prácticamente la única respuesta clara que me dio. Pero me hizo pensar.

Sonya se levantó y la condujo hasta la habitación de Danny. Sobre la prístina colcha, una isla de suciedad en un mar de limpieza, había un viejo tambor de detergente Wisk precintado con cinta de embalaje marrón.

—Yo siempre creí que Paula volvería a casa. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí —contestó Ginny.

—Aproximadamente seis meses después de que se fuera, mis padres decidieron que había llegado el momento de alquilar el apartamento del sótano. Dijeron que Paula no volvería, y no andábamos precisamente sobrados de dinero. Papá tenía dos trabajos, y mamá ya estaba enferma. Así que me dijeron que vaciara el apartamento y tirase todas las cosas de Paula.

—Pero no pudiste.

—No —dijo Sonya—. Yo sabía que vendría a casa. Y aun cuando no volviera, pensé que quizás algún día Danny las querría. Pero, de cualquier forma, tirar sus cosas me pareció sencillamente muy cruel, ¿sabes?

—De modo que las guardaste.

—No todo. Algunos enseres los di al refugio de mujeres. Pero sus cosas personales las guardé y las puse en la buhardilla.

—¿Les echó Danny un vistazo alguna vez?

Sonya sacudió la cabeza.

—Como te dije, sólo preguntaba por ella cuando era muy pequeño. Y yo misma me he olvidado de estas cosas durante muchos años. Hasta ahora mismo.

Sonya sacó la cinta. Se despegó del cartón con facilidad, como si se hubiera cansado de proteger los secretos del mismo. La colcha estaba cubierta de polvo, señal de que el tambor no había sido tocado en años; aun cuando Danny hubiese subido a la buhardilla a fisgonear en busca de recuerdos maternos, dijo Ginny para sí, esto no lo había encontrado.

Sonya abrió la tapa para descubrir una colección de cosas misceláneas: un encendedor Zippo con el logo de Harley-Davidson, un guante de piel, un billetero vacío adornado con un símbolo del dólar de plástico verde, un llavero sin llaves del canódromo del bosque nacional de Green Mountain.

—Es pura basura —declaró Sonya—. Cosas que encontré en un par de cajas de zapatos debajo de la cama de Paula.

Ginny las estudió. Había docenas de objetos allí dentro, ninguno especialmente valioso ni revelador. Una medalla de plata de natación; una lata de tabaco Skoal; una chapa de socio del Club Rotario; una borla de la graduación; un pañuelo rojo; un enorme reloj Timex; un amarillento ejemplar escolar de *La buena tierra*; una medalla de San Cristóbal con una cadena de plata deslustrada.

—No lo entiendo —dijo Ginny—. ¿Por qué has ido a buscar esto?

—Trofeos.

—¿Eh?

—Recuerdo que incluso entonces cuando encontré estas cosas no pude comprender para qué las quería Paula. Lo cierto es que ni siquiera las miré con detenimiento; simplemente las guardé todas y me olvidé de ellas. Pero después de

hablar con el padre LeGrand, es como si se me hubiera encendido la bombilla.

Ginny miró el tambor, a Sonya y viceversa.

—Te refieres...

—Todo esto son cosas masculinas. O eso o son neutras. Pero no hay nada ahí que Paula se hubiera comprado para ella.

—¿Y crees que las obtuvo de los tíos con los que salía? ¿Como hizo con el rosario del padre LeGrand?

Sonya se encogió de hombros.

—¿Qué más puede ser?

Ginny cogió los objetos uno a uno, colocándolos sobre la colcha polvorienta. Había muchísimos. Si Sonya tenía razón acerca de que eran trofeos de las aventuras sexuales de su hermana, entonces a la madura edad de 19 años Paula había acumulado el triple de muescas en la columna de su cama que Ginny a los 34.

Las dos examinaron a fondo la colección, que resultó incluir un trofeo real: un primer premio en cierta competición de lucha libre del oeste de Massachusetts celebrado durante el segundo curso de bachillerato de Paula. No había grabado ningún nombre, ninguna inicial en el encendedor o el reloj o la medalla de San Cristóbal.

Ginny estaba mirando dentro del guante de piel cuando oyó el grito de Sonya. Su amiga tenía en las manos el ejemplar de *La buena tierra*, la horrorizada blancura de su rostro aún más pronunciada en contraste con las páginas amarillentas.

—¡Oh, no! —se lamentó Sonya—. ¡Oh, Dios, *no!*

Ginny intentó quitárselo, pero al principio Sonya no lo soltó; como si aferrándose a él, esta cosa espantosa no pudiese ser verdad. Pero Ginny insistió y le arrebató a Sonya el libro de las manos y leyó el nombre garabateado con bolígrafo en el dorso de la cubierta. Y al instante sus pensamientos repitieron las palabras de Sonya.

«¡*Oh, no!*».

Capítulo 44

Pasó la noche en casa de Jimmy, cambiándose al otro lado de la cama para evitar su hombro lesionado. A él le había sorprendido verla; había dado por sentado que ella querría estar cerca de Sonya mientras ésta hacía frente a la noticia del padre LeGrand. Y fue entonces cuando Ginny le explicó que Sonya se había enterado de algo incluso peor.

El nombre garabateado en el libro, el que Sonya había encontrado entre los trofeos de las hazañas sexuales de Paula, era Pete Markowicz.

Su marido se había acostado con su hermana Paula.

Ginny se había ofrecido a estar allí cuando Sonya le plantase cara (le había suplicado que la dejara quedarse), pero su amiga prácticamente la había arrastrado hasta la puerta. Quería estar a solas con él, dijo, mirarle a los ojos y hacerle jurar que no era verdad. Pero nada más ver su letra en ese viejo libro en rústica de bachillerato, lo había sabido en su fuero interno: algún recuerdo fragmentado, algún vestigio de antiguos celos o recelo, le dijeron que tenía razón.

Ginny le preguntó a su amiga qué haría si él lo reconocía; Sonya no tenía una respuesta. Y cuando Ginny llamó a la casa hacia las diez de la noche para ver cómo estaba, el teléfono simplemente sonó y sonó.

A la mañana siguiente dejó a Jimmy en la pastelería y se fue directamente a casa de Sonya. No había nadie, ninguno de los niños que ella cuidaba a la vista. Condujo hasta Construcciones Libanski y descubrió que Pete, por primera vez desde siempre, no había ido a trabajar.

¿Dónde estaban?

Condujo en dirección a la cárcel, prácticamente pegándose un susto de muerte cuando alguien le dio un bocinazo estando el semáforo en rojo, y recordó sobresaltada que por aquí tocar el claxon significaba «hola» en lugar de «mueve el culo». Efectivamente, allí estaba Lizzie Erickson, la médica de urgencias de su antigua tropa de niñas exploradoras, dedicándole un alegre saludo con la mano desde el carril contiguo.

Estacionó frente a la cárcel y entró con la esperanza de intentar otra vez que Lance Pecor hablara, pero se enteró de que su madre se lo había llevado bajo fianza, poniendo su terreno como garantía. De modo que pidió ver al padre LeGrand y le dijeron que estaba con otro cura; le dio la impresión de que Rolly disfrutaba especialmente al decirle que los dos habían estado rezando juntos durante horas, y que sólo Dios sabía cuánto tiempo más estarían.

Frustrada y furiosa, Ginny caminó hasta la Caja de Ahorros Tunnel City y pidió

hablar con Arthur Dulaine. Su secretaria, una mujer fea y ñoña, le dijo que estaría reunido todo el día, pero que si le dejaba su nombre, el genial hombre procuraría hacerle un hueco en su apretada agenda.

Salió al sol matutino, mirando a derecha e izquierda, desesperada por darle un puñetazo a algo.

«¡Maldito sea Pete Markowicz! Salía con la chica más guapa del mundo, cuyo padre lo nombró heredero del negocio familiar, y aun así fue incapaz de mantener el pene en sus pantalones hasta la noche de bodas. Y ya puestos, maldita fuera Paula Libanski por necesitar seducir a todos los chicos que se le ponían delante, incluido el tonto que tenía su pobre hermana por novio».

Pero, por supuesto, pensó Ginny, la Paula que había conocido en las últimas semanas habría considerado a Pete una conquista irresistible. Francamente, habría sido un milagro que hubiese mantenido sus garras lejos de él.

Anduvo por la acera que había frente al banco, preguntándose qué hacer a continuación. Consideró la posibilidad de tomarse una tortilla de beicon y queso en el Golden Skillet, pero decidió que no tenía hambre; pensó en pedir un café en el Café des Artistes, y entonces recordó que estaba cerrado. Podía volver a Molly's en busca de un poco de compasión, pero Jimmy tenía que ocuparse de la contabilidad, y sólo con una mano.

Ginny sintió el peso del revólver calibre 38, que a estas alturas probablemente había tatuado su forma sobre su columna vertebral. Lance Pecor tendría que ser un idiota para intentar hacer algo estando en libertad bajo fianza; lo que significaba que sería mejor que se guardara las espaldas.

¿Realmente había sido Dulaine quien lo contrató? La carta del banco difícilmente era una prueba irrefutable. Pero había en él algo tan desagradable, tan quebradizo y puritano. Desde el instante en que lo conoció, le había parecido la clase de persona que veía el mundo en blanco y negro. Sabía cómo eran ese tipo de personas, que dividían a la gente en santos y pecadores. Los primeros eran incapaces de hacer el mal, y los últimos simplemente no importaban.

Si el padre LeGrand le había confiado a Dulaine lo que le había hecho a Paula, bien podía ser que el banquero lo hubiese considerado un buen hombre envilecido por una perversa Jezabel (despiadada reina bíblica); francamente, Ginny no estaba segura de si eso se alejaba demasiado de la verdad. En lugar de apremiar al cura para que confesara, quizá se hubiese ofrecido para ayudarlo a encubrirlo: habría pagado a Lance para que trasladase el cadáver antes de que la cuadrilla de la constructora lo desenterrara, y para que se deshiciese de la gente que había amenazado con poner al descubierto el secreto de LeGrand. De cualquier forma, todos eran pecadores: un hijo bastardo que practicaba la sodomía, un traficante de drogas. Y una policía corrupta.

La idea hizo que le doliera la cabeza y que se le secara la boca. Bajó por Main

Street y giró a la izquierda por Eagle, pasando por delante de Molly's y la tienda de artículos deportivos. En la esquina de la manzana había un McDonald's, donde pidió una Coca-Cola grande y se sentó a pensar en un banco corrido.

«Paula seduce al cura LeGrand. Se queda embarazada, le dice que él es el padre. Si lo es o no lo es, ¿quién sabe? Pero él se lo cree. Ella le dice que acuda a su encuentro en el Fish Pond. Pero algo va mal, y en lugar de huir con ella, la mata y la entierra allí.

»Salto de dieciocho años hacia el futuro. Danny empieza a buscar a su madre. Tal vez le pide consejo al cura. LeGrand comienza a alarmarse. Le confiesa su asesinato a Dulaine, quien dice que se ocupará del tema. Hace intervenir a un matón para darle una lección a Danny, para que escarmiente un poco, pero las cosas se le van de las manos y Danny acaba muerto.

»De un modo o de otro, Geoffrey Dobson sabe lo que hizo Lance, y amenaza con ir a la policía; adiós a Geoffrey. Entonces Ginny empieza a meter las narices en todo; una policía e hija de lugareños y la mayor amenaza de todas».

Era un resumen impecable y muy razonable. Pero ¿era la verdad? ¿O se le escapaba algo? Pensó en el juez Sweringen, cuya amenaza de humillarla en el periódico local aún no se había materializado. ¿Tenía simplemente miedo de que su cita con Paula saliese a la luz, o había más? ¿Y qué pasaba con Rolly, que tan alegremente había robado el dinero que Geoffrey ganó traficando? ¿Era sólo ligeramente deshonesto... o un auténtico corrupto?

Ginny hizo un inventario mental de la chabacana colección de trofeos de Paula: tantos hombres como ocasiones para los celos y la venganza. El pensamiento desembocó en otra pregunta: ¿dónde demonios estaban Sonya y Pete?

Marcó de nuevo su número de teléfono; seguían sin contestar. Se acabó el refresco, decidió que estaba lo bastante hambrienta para un sandwich de huevo McMuffin, y se lo comió mientras caminaba hasta la iglesia francesa. La pasó de largo; el ojo de cíclope del rosetón la miraba fija y reprobadamente sin pestañear, como si supiera lo que pretendía hacer.

Dobló la esquina hacia la casita de ladrillo en la que vivía el padre LeGrand. La puerta no estaba cerrada con llave. No sabía con seguridad qué buscaba (únicamente tenía una idea general de dar con una conexión entre LeGrand y Dulaine, algo que fuese más allá de la actividad parroquial normal). LeGrand resultó ser un maniático de la limpieza doméstica, y no era lo que se dice un consumado acumulador compulsivo; no había mucho que buscar.

¿Qué esperaba? ¿Una nota que dijera: «Apreciado Arthur, estrangulé a mi exnovia embarazada hace veinte años. Por favor, encúbreme, y *merci beaucoup*?».

Estaba hojeando el insignificante contenido del perfectamente ordenado archivador de LeGrand cuando sonó su teléfono móvil. El identificador de llamadas

indicaba en la pantalla NO DISPONIBLE.

—¿Diga?

—¿Virginia? Soy Sylvia Zweig.

A Ginny le dio un vuelco el estómago. No había hablado con Sylvia desde hacía tres meses, desde que habían soltado al hombre que la violó tras interponer un recurso de apelación. Durante el largo y difícil camino entre la investigación y el juicio, Ginny y ella se habían hecho amigas; no habían hecho vida social, pero se habían tenido un gran respeto mutuo. Incluso después de que liberaran al hijo de puta, Sylvia no había culpado a Ginny de los errores del fiscal. Pero las semanas transcurridas desde entonces en las que había tenido que mirar si alguien la seguía podían haber cambiado eso perfectamente.

A Sylvia Zweig la habían violado en el camino de vuelta a casa tras salir de su trabajo en un laboratorio médico. O llamaba porque tenía información acerca de las muestras que Ginny le había enviado (acompañadas de una disculpa por abusar de su relación), o para decirle que se fuera a la mierda.

—Hola —saludó Ginny—. ¿Qué tal estás?

—Tengo lo que me enviaste —anunció Sylvia. Hablaba con un hilo de voz, como si la llamada se realizara desde mucho más lejos que Manhattan. La conexión era pésima, y Ginny no pudo saber de qué humor estaba—. ¿Estás ahí?

—Estoy aquí. ¿Has podido procesarlo?

—Sí. Siento haber tardado tanto.

—No pasa nada.

—Resulta que las muestras procedían de dos personas distintas.

De nuevo el estómago le dio un vuelco. Había albergado la esperanza de que el asesino de Danny hubiese podido dejar alguna prueba en la escena del crimen; ¿cómo era posible que alguien saliera incólume de esa violencia?

—Los dos donantes eran hombres —continuó Sylvia—. Uno tenía sangre A positiva.

—Esa es la víctima.

—El otro era del tipo AB negativo.

—¿Y has analizado el ADN?

—Sí. No había anomalías genéticas ni enfermedades que puedan ayudarte a identificar a ninguno de los dos, si es eso lo que pretendes.

—De acuerdo. Gracias.

—No hay de qué —repuso Sylvia—. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Te lo agradezco mucho.

—Pero reparé en algo más. En primer lugar, la sangre de tipo AB negativo procedía del mismo donante que el vómito. Y comparada con la otra, su inhibidor de carboxipeptidasa superaba los tres mil.

—¿Eso qué significa?

—Que los dos donantes —contestó Sylvia— eran padre e hijo.

Capítulo 45

Permaneció de pie en el modesto salón del padre LeGrand, aún sujetando con fuerza el móvil durante un minuto más después de que la llamada hubiera terminado, pensando a toda velocidad.

A Danny lo había matado su propio padre. No había otro modo razonable de interpretar las pruebas. Seguro que quizás en algún universo paralelo era posible que la sangre y el vómito del hombre aparecieran simple y *casualmente* en la misma habitación donde su hijo había sido golpeado hasta morir, pero en cuanto Ginny analizó un poco la idea, le pareció absurda.

El padre biológico de Danny lo había asesinado. Con el forcejeo, dejó un rastro de su propia sangre. Y al ver lo que había hecho, vomitó: el vómito que Ginny tan alegremente había atribuido a la policía local era del propio asesino.

Eso indicaba que el asesino tuvo remordimientos, ¿no? ¿O móviles encontrados, o maldad pura y simple?

Con el cerebro zumbándole todavía, se obligó a sí misma a terminar lo que había empezado; aun cuando el padre LeGrand siguiera negándose a una fianza, sería una coincidencia que apareciese alguien mientras ella revolvía su casa. Mecánicamente, realizó una búsqueda concienzuda de la diminuta vivienda. De haber algo útil, no lo encontró.

De manera impulsiva juntó todos sus papeles (los del escritorio, los de la bandeja de la estantería, los del archivador) y los metió en una bolsa de plástico de la compra para una posterior inspección. Caminó hasta la tienda de Jimmy y se lo encontró sentado frente a su ordenador del despacho, mirando ceñudo un programa de hoja de cálculo. Le sonrió a Ginny, pero una mirada le indicó que algo iba increíblemente mal. Ella lo puso al tanto de la llamada telefónica de Sylvia y de su propia y absoluta certeza de que a Danny le había arrebatado la vida una de las personas que se la dio en primer lugar.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquirió Jimmy cuando ella terminó—. La sangre únicamente significa que su padre estaba *allí*, ¿no? No...

—Hace muchos años que soy poli —replicó Ginny—, y las fotos de la autopsia de Danny casi me hicieron vomitar.

—Sigo sin...

Ginny se golpeó una palma de la mano con el otro puño.

—Era como si el asesino estuviese intentando borrar el rostro de Danny. Eso es lo que dijo el tipo que lo embalsamó. Pensé que era simplemente un puro arrebato de cólera por algo pasado, pero ahora lo entiendo. Esto fue tan personal como que un

padre intentó eliminar a su propio hijo.

—Pero yo creía que nadie sabía siquiera quién era el padre de Danny. Hasta su propia madre dijo siempre que no lo sabía. ¿Realmente crees que Danny, de una manera o de otra, lo descubrió? ¿Y que por eso su padre lo mató?

Ginny pensó en ello. Los resultados del ADN la habían dejado tan perpleja que ni siquiera había empezado a plantearse cuál podría ser el móvil.

—Y espera... —dijo Jimmy—. Pensaba que te basabas en la presunción de que a Danny lo mataron para impedir que averiguara lo que realmente le ocurrió a su madre. ¿Estás diciendo entonces que la misma persona mató a los dos... el padre LeGrand?

Ginny se sentó en la otra silla, frotándose el entrecejo con el pulgar y el dedo índice.

—Me dijo que únicamente salió con Paula después de que naciera Danny, y le creo. Además, no veo ningún parecido entre ellos dos. ¿Tú sí?

Jimmy sacudió la cabeza.

—¿Y qué hay de Lance Pecor?

—Con él tampoco hay ningún parecido. Y hubo algo en la forma en que me dijo que Paula nunca le había dado una oportunidad; estoy bastante segura de que decía la verdad. —Continuó masajeándose la frente, como si la estimulación pudiese hacer que su cerebro funcionara más deprisa—. Quizá desde el principio haya seguido la pista equivocada. Quizás el asesino de Danny no esté realmente conectado con el de Paula. A menos que...

Hizo un alto, mirando fijamente, sin prestar atención, la pantalla de ordenador encendida.

—¿Qué?

—A menos —contestó Ginny— que el padre LeGrand mienta.

—¿Por qué iba a hacer eso? Tú misma dijiste que sabías cuándo una persona era culpable sólo con verla.

—Sé que se *siente* culpable —dijo ella—. Pero eso no significa necesariamente que *sea* culpable. Alguien que se flagela con un látigo hasta sangrar a duras penas está en su sano juicio.

Él la miró como si estuviese aún más loca que el cura; como si en su despacho hubiese alguna violenta criatura, y él sin su pistola tranquilizadora.

—¿Estás diciendo que, después de todo, LeGrand no se acostó con Paula?

Ella lo ignoró, agarró la bolsa de plástico que había dejado en el suelo y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A casa de Sonya. No sé nada de ella desde que descubrió lo de Paula y Pete. Estoy empezando a preocuparme.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—¿No lo comprendes? Pete se acostó con Paula. Podría ser el padre de Danny tanto como cualquier otra persona, y sabe Dios que no se llevaban bien. Y Sonya me explicó que había hecho negocios con Dulaine. ¿Y si no era el padre LeGrand a quien Dulaine encubría? ¿Y si...?

—Te debes de haber vuelto loca —soltó él—. ¿De verdad piensas que Pete está detrás de todo esto? ¿Que mató a su propio hijo? ¿Y que ahora le ha hecho algo a su mujer?

Salió disparada de su despacho sin contestar; las advertencias de Jimmy de que no se precipitara le entraron por un oído y le salieron por el otro al tiempo que se iba de la tienda corriendo y corría hasta la camioneta de Danny. Fue únicamente pura suerte que se zafara de que uno de los subordinados de Rolly le pusiera una multa mientras bajaba por Main Street y subía la colina volando.

No había nadie en casa de Sonya; todo estaba en el mismo sitio que la última vez que Ginny había estado allí. ¿Qué ocurría? Empezando a sentir una comezón, se vino abajo y telefoneó a los padres de Pete. Pero ellos no tenían ni idea de dónde estaba su hijo, ni tampoco su nuera.

Examinó la casa en busca de pruebas de violencia, una experiencia de lo más surrealista. ¿Hablaban en serio? ¿Podía Pete haber realmente herido a su mujer? ¿Pete, ese pedazo de zoquete del que Sonya había estado enamorada desde que era una niña?

Entonces Ginny recordó algo que Sonya había dicho: que cuando descubriese quién había asesinado a Danny, lo mataría con sus propias manos. Tal vez no era Sonya de quien Ginny debía preocuparse.

No había nada extraño en la casa; eso, al menos, era un alivio. Les llamó a sus respectivos móviles por enésima vez y no obtuvo respuesta. Volvió a llamar a la constructora; Pete aún no se había presentado.

Frustrada, desesperada por distraerse con otra cosa, extendió los papeles del despacho del padre LeGrand sobre el suelo de la cocina. Estaba dando palos de ciego, cambiando sus hipótesis del crimen como si fueran cromos. Pero aun cuando el cura no hubiese sido el asesino de Paula, ni siquiera el padre de su hijo, su instinto le decía que no era ni mucho menos inocente.

Revolvió los documentos: correspondencia oficial de la iglesia, facturas de suministros, borradores de homilías. El padre había estado trabajando en algo sobre el pecado original (tema adecuado). Ginny lo recordó de pie delante de la ventana de su despacho, con la camisa manchada de sangre que él mismo se había provocado.

Oyó un ruido en la puerta principal. Se levantó y cruzó corriendo el salón hasta el recibidor. Sonya estaba allí de pie, con aspecto de estar perdida en su propia casa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Ginny abrazándola con fuerza—. ¡Estaba tan

preocupada!

La expresión de Sonya era tanto de confusión como de agotamiento.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Me daba terror que te hubiera pasado algo. ¿Dónde has estado?

—Dando vueltas por ahí en coche.

—¿Toda la noche? —Sonya respondió asintiendo a medias, como si no tuviese energías para asentir del todo—. ¿Adónde has ido?

—Al Lago George.

—¿Has ido en coche hasta las montañas Adirondacks? ¿Para qué?

Sonya se encogió de hombros.

—Mis padres solían llevarnos a Storytown... ese parque temático donde hay esos personajes de cuentos de hadas hechos de cemento.

—¿Y?

—Siempre me gustó ir allí. Pero ahora está cerrado. Se ha terminado la temporada.

Sonya pasó por delante de ella y entró en la casa. Ginny la siguió, agarrándola del brazo y obligándola a sentarse en el sofá del salón.

—¿Has ido hasta allí, has dado media vuelta y has bajado otra vez?

—He dormido un rato —explicó Sonya—. En el coche.

Ginny lanzó una mirada hacia la puerta principal.

—¿Dónde está Pete?

—No tengo ni idea.

—¿No vino a casa anoche?

Otra vez asintió a medias.

—Por supuesto que vino.

—¿Y qué pasó?

—Preguntó por qué no estaba su cena en la mesa —contestó Sonya—. Le enseñé ese libro. *La buena tierra*.

—¿Reconoció que se había acostado con Paula?

Ella negó con la cabeza, cogió una de las revistas de la mesa de centro y la hojeó. Ginny empezaba a preguntarse si estaría borracha.

—Sonya. —Ginny le quitó el ejemplar del *Reader's Digest* de las manos—. ¿Qué te dijo Pete?

Sin inmutarse, Sonya cogió un viejo ejemplar de la revista *La buena ama de casa* y se puso a leer una receta de pastelitos para la celebración del cuatro de julio como si encerrase el secreto de la eterna juventud.

—Lo negó —respondió—. Pero no importa. Supe que mentía. Dieciséis años de matrimonio a cambio de una sarta de mentiras.

—¿Y dónde está ahora?

—Le dije que no quería volver a verlo nunca más.

Sonya hablaba con voz tranquila, distraída. Aun así, tras ese aire de indiferencia había algo implacable; Ginny tuvo la sensación de que hablaba en serio, al menos de momento.

—¿Y de verdad no sabes dónde está?

—¿Qué más da?

Ginny le quitó la segunda revista, luego cogió las dos manos de Sonya entre las suyas.

—Tengo que decirte algo —anunció—. No será agradable oírlo.

—¿Y? Adelante. —La actitud de Sonya indicaba, sobre todo, que le molestaba que Ginny le hubiese confiscado su revista.

—Cogí unas cuantas muestras de sangre de la fábrica —le contó Ginny—. Hoy me han llegado los resultados. Revelan que el padre biológico de Danny estuvo en la escena de su asesinato.

—¡Oh!

Eso fue todo lo que dijo: ¡Oh!

—¿Entiendes lo que digo? —insistió Ginny—. Es bastante probable que a Danny lo asesinara su propio padre.

Ginny había relajado su mano, dándole a Sonya la posibilidad de que apartase las suyas. Como una autómatas, empezó a alargar el brazo para coger otra revista pero, al parecer, cambió de idea; sus manos cayeron sobre su regazo.

—¿Por eso no dejas de preguntar por Pete? —preguntó Sonya con voz extrañamente monótona—. ¿Porque crees que él es el padre de Danny y que lo mató, y pensabas que me había matado a mí también?

Así verbalizado sonaba absurdo. Pero hacía menos de una hora tanto ella como Pete estaban desaparecidos en combate; la probabilidad de que él se hubiese acostado con Paula, sumada a todas esas peleas con Danny acerca de su futuro, lo habían señalado como culpable.

Pero aun cuando Ginny hubiese errado el tiro (sacando una conclusión precipitada porque estaba preocupada por su amiga), no explicaba lo que Sonya hizo a continuación. Ginny permaneció allí sentada y observó cómo Sonya aspiraba grandes bocanadas de aire, y el sofá temblaba con el movimiento de su cuerpo al tiempo que ella reía y reía y reía.

Capítulo 46

Pete era estéril. Ésa era la versión larga, la corta, y la definitiva. Sonya, que daba totalmente la impresión de estar a punto de perder la razón, le explicó a Ginny toda la historia como si fuera el remate de un chiste.

Cómo, cuando Sonya no había conseguido concebir tras dos años de matrimonio, una visita al médico reveló que su marido era estéril. La adopción estaba descartada; Pete ya estaba criando a un niño que no era suyo. Las intervenciones médicas o eran demasiado caras, o estaban prohibidas por motivos religiosos. De modo que ella había renunciado al sueño de tener sus propios hijos. Pero no pasaba nada; Pete era el hombre que amaba.

Sin embargo, ahora que sabía que él se había acostado con su hermana, cualquier cosa era posible. Cuando Ginny consiguió que se tragara un par de pastillas de Tylenol PM para dormir y meterla en la cama, estaba hablando de «anulación» y anunciando que a los 34 años aún era bastante joven para tener un hijo. Ya se vería cómo acabaría la cosa. Sonya tenía un corazón misericordioso, pero todo tenía un límite.

Sudorosa y desquiciada, Ginny fue a la cocina a buscar una Coca-Cola; pero tropezó con el desorden de papeles del padre LeGrand que había esparcido por todo el resbaladizo linóleo. Mantuvo el equilibrio, cogió un refresco, y se sentó en el suelo. Con Pete libre de sospechas y Sonya a salvo (y ella capaz de pensar con claridad), más valía que los analizara detenidamente.

Examinó los papeles uno a uno. Tenía al padre LeGrand por un tipo meticuloso, pero esto era ridículo; guardaba incluso antiguos recibos de la tienda de comestibles. Saltaba a la vista que el hombre tenía predilección por los pomelos, pero eso difícilmente parecía solucionar nada. Al fin, después de otra lata de Coca-Cola y una escapada para cerrar la puerta de la habitación de Sonya para amortiguar sus ronquidos, Ginny dio con algo interesante.

Era la factura del teléfono móvil del padre LeGrand. Mostraba que en un solo día había realizado la friolera de 53 llamadas, todas ellas al mismo sitio. Era un número que acababa en dos ceros; seguramente una empresa. Ginny se levantó con las piernas medio dormidas y marcó el número desde el teléfono de la cocina.

«Buenas tardes. Está llamando a la Caja de Ahorros Tunnel City. Si conoce el número de extensión...».

De modo que LeGrand había llamado al trabajo de Arthur Dulaine... lo que hizo que sus sospechas iniciales de que éste había encubierto el delito del cura pareciesen más probables que nunca.

Entonces Ginny reparó en la fecha: 30 de octubre. Y en la hora: las llamadas se efectuaron cada pocos minutos, a partir de las ocho de la mañana. Cada una duraba exactamente 60 segundos; probablemente la tarifa mínima para la compañía de telefonía móvil, que redondeaba al alza los segundos hasta el siguiente minuto para poder pegarte un sablazo.

Se sentó de nuevo y hojeó las demás facturas de teléfono. LeGrand había llamado al banco varias veces de forma esporádica, pero nada comparado con la mañana del 30 de octubre, cuando el cura había protagonizado un asalto telefónico sin piedad.

Tenía que haber alguna razón. Ginny reflexionó sobre los papeles que había encontrado en la camioneta de Danny (su registro de la corta vida de su madre) y pensó en los intentos de éste por seguirle la pista a Paula. Luego estaba todo lo que se había producido después: la muerte brutal de Danny, el suicidio de Jack el Saltimbanqui, la amenaza de chantaje y asesinato de Geoffrey, los atentados contra su propia vida.

En todo ese ínterin, el padre LeGrand no había realizado más que unas cuantas llamadas sueltas a su supuesto ángel de la guarda; a menos que hubiera usado el teléfono de la oficina parroquial, lo cual dudaba, y dado que tenía tres parroquias de las que ocuparse, no parecía probable que pasara mucho tiempo en casa.

Pero el 30 de octubre, después de que se hubiera acabado la mayor parte del alboroto, había llamado al banco 53 veces en seis horas, cada llamada justo con la bastante duración para que dejara un mensaje. Si LeGrand fuese un pretendiente y Dulaine su objeto de deseo, la factura de teléfono sería prueba suficiente para acusar al cura de acoso. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo?

Siguió rastreando. El 31 de octubre, obviamente, era Halloween. Recordó cómo Sonya le había suplicado que repartiese los dulces del «convite o multa». Ella estaba destrozada porque dos días antes había sido hallado el cadáver de su hermana.

«Hijo de...».

Salió volando por la puerta y se subió a la camioneta pick-up, de nuevo exponiéndose a la ira de Rolly al bajar la colina a toda velocidad e irrumpir en la comisaría como un ángel vengador. El jefe de policía no estaba allí; gracias a Dios por esos pequeños favores. Le dijo al agente de guardia que necesitaba ver al padre LeGrand, y aunque había ido dispuesta a discutir, el tipo se limitó a dejarla pasar con un gesto.

—Está usted en la lista —comentó él.

—¿Qué lista?

El policía puso los ojos en blanco.

—La de las personas a las que ha perjudicado. Si pasan por aquí, tenemos que dejarlas pasar para que él pueda expiar sus pecados.

Por un instante Ginny pensó que le tomaba el pelo, pero hablaba totalmente en

serio.

—¿Quién más está en la lista? —inquirió ella.

—¿Cuánto tiempo tiene?

El agente abrió la pesada puerta metálica y le dio a Ginny la llave de la celda de LeGrand; el cura a duras penas era un peligro para nadie. Ella recorrió el corto pasillo y por poco tropezó con un montón de cosas que había justo frente a los barrotes: flores y dulces y tarjetas de condolencia y una pila literal de Biblias. LeGrand no la oyó acercarse. Estaba arrodillado, de cara a la pared del fondo, rezando.

—¿Padre?

LeGrand se volvió, no parecía lo más mínimamente sorprendido de verla. Había algo extraño en la expresión de su rostro, y al acercarse más, Ginny vio que sus ojos estaban vidriosos y apagados.

—¿Qué es todo esto? —Ella señaló el montón de regalos que había frente a la celda.

Él no contestó, pero la explicación era obvia: los defensores del cura cerraban filas en torno a él. Resultaba conmovedor o nauseabundo, dependiendo de cómo lo viera uno.

—Necesito hablar con usted —anunció Ginny—. Sobre Arthur Dulaine.

Ginny no pensó que el cura pudiera parecer más abatido, pero lo logró.

—He sido una idiota —prosiguió—. Y usted, un mentiroso.

El cura no rebatió ninguna acusación, simplemente aceptó el insulto como si fuera su merecido. Ginny abrió la celda con la llave. No había ninguna silla, tan sólo una cama y un retrete metálico. Dado que LeGrand no parecía dispuesto a levantarse, ella se sentó en el delgado colchón y se quitó la chaqueta de cuero. Entonces extrajo del bolsillo de ésta la factura del móvil y la tiró al suelo frente a él.

—El cadáver de Paula Libanski fue descubierto el 29 de octubre —dijo—. La historia salió en el *Transcript* a la mañana siguiente. Usted empezó a llamar al Tunnel City a las ocho de la mañana, que es cuando me imagino que adquirió su periódico matutino y se enteró de que durante los últimos dieciocho años había estado viviendo una mentira.

El padre LeGrand no dijo nada. Permaneció allí arrodillado sobre el suelo de cemento, con las lágrimas encharcando sus ojos.

—Lo llamó cincuenta y tres veces, padre. *Cincuenta y tres*. De no haber visto esas marcas sangrientas en su espalda, quizá creería que lo hizo porque tras el descubrimiento del cadáver le daba pánico que estuvieran a punto de pillarlo. Pero usted no teme el castigo... de hecho, lo ansia.

»Los policías tenemos un dicho que habla de que cuando arrestamos a alguien, son los inocentes los que caminan por la celda y lloran toda la noche. Los culpables duermen como bebés, porque una parte de ellos está aliviada por poder, al fin, dejar

de mirar si alguien los vigila.

El cura hizo ademán de decir algo. Pero aunque su boca estaba abierta, no emitió ningún sonido.

Capítulo 47

—Lo que intento que comprenda —continuó Ginny— es que esas cincuenta y tres llamadas no cuadran con un hombre tan horrorizado por lo que ha hecho que se flagela hasta sangrar y se confiesa con la primera persona que aparece en su oficina y le menciona el nombre de Paula.

»Así que quizá llamase porque se sentía culpable. Pero eso tampoco tiene sentido; Arthur Dulaine no es su confesor. Los he visto a los dos juntos; en lo que atañe a la moralidad ni siquiera se rigen por el mismo código. Sonya tenía razón sobre usted, padre. Aun cuando se acostara con Paula, es usted un buen hombre. Y Arthur Dulaine es un puritano hijo de puta.

LeGrand parpadeó (no tenía otra opción, fisiológicamente hablando) y las lágrimas resbalaron por su cara en dos líneas claras.

—Dígame la verdad, padre. Hasta que lo leyó en el periódico ni siquiera sabía que Paula estaba muerta, ¿verdad? —Hubo una leve reacción en sus ojos. No era gran cosa, pero la animó a seguir—. Por eso llamó a Dulaine esas cincuenta y tres veces; porque se dio cuenta de lo que realmente le había pasado a Paula.

El cura cerró los ojos con fuerza, haciendo que el resto de lágrimas cayera por sus mejillas. Tenía las manos cerradas en un puño, que presionaba contra su cara, como si la falta de visión pudiera hacerlo desaparecer. Ginny se levantó de la cama y se arrodilló a su lado.

—No ha sido sólo ahora que Dulaine lo ha encubierto —dijo—. Fue hace dieciocho años, cuando usted era joven y estaba atemorizado. Me contó usted lo inocente que era en aquel entonces. Yo debería haber sabido que usted hubiese sido incapaz de matar a una mujer embarazada y enterrarla con sus propias manos. Pero parecía tan culpable.

LeGrand sollozaba, sus grandes gemidos desgarradores reverberaban en las paredes vacías de la celda, brutales y desesperados.

—Escúcheme, padre. No voy a dejar que muera aquí otro hombre inocente. Tiene que decirme la verdad. Recurrió a Dulaine en busca de ayuda hace dieciocho años, ¿verdad? Le dijo que había dejado a Paula embarazada, y él le dijo que se ocuparía del tema, ¿verdad?

Su única respuesta fue otra tanda de gritos de lamento. Ginny lo agarró de los brazos y le apartó las manos de la cara, obligándolo a mirarla.

—¿Qué le dijo? ¿Que el bebé crecía en una amable familia en alguna parte? ¿Y todo este tiempo usted ha pensado que su hijo estaba sano y salvo mientras se pudría bajo tierra dentro del útero de su madre?

El cura se alejó de ella y se arrodilló, en su agonía se inclinaba en la oximorónica postura de un musulmán creyente orientado a La Meca como mandaba su religión. Lo había presionado demasiado. Sus brazos estaban extendidos frente a él, los sollozos convulsionaban su cuerpo contra el cemento implacable. Le tocó la espalda, que subía y bajaba, pero si notó el contacto, no supuso diferencia alguna.

—Nunca fue su intención que pasara esto —susurró Ginny—. Se acostó con Paula. Rompió sus votos. Pero fue Dulaine quien la mató, ¿verdad? Cincuenta y tres llamadas, padre. Cincuenta y tres veces llamó para preguntar: «¿Qué hiciste?».

La diminuta celda reverberó con el sonido de su sufrimiento. Entonces, por encima de éste se oyó una voz de hombre.

—Pierdes el tiempo —dijo—. Jamás hablará.

Ella alzó la vista. De pie en la puerta abierta de la celda estaba Arthur Dulaine, con un impoluto abrigo negro y una arrogante sonrisa.

—Sí lo hará —repuso Ginny. Miró al banquero y luego al cura. Seguía arrodillado, pero con la cabeza erguida, reparando en Dulaine con la mirada hueca.

El banquero sacudió la cabeza; sus ojos sonreían detrás de una máscara de arrepentimiento fingido.

—El secreto del confesionario —comentó— es sagrado.

—Espabilado hijo de puta —lo insultó Ginny—. Se lo confesó todo al padre. Pero lo hizo en la iglesia para asegurarse de que jamás pudiese testificar en su contra.

El banquero examinó la manga de su abrigo y se sacó una pelusa microscópica. Ginny se puso de pie y lo miró a la cara.

—Da igual que no testifique —soltó ella—. Sé que contrató a Lance Pecor para que hiciera el trabajo sucio por usted. Eso será suficiente para que lo encierren durante mucho tiempo. ¿Y qué edad tiene... sesenta y cinco? Quizá signifique cadena perpetua.

El elegante abrigo de Dulaine debía de ser de teflón: sus amenazas volaron por la celda, pero no se pegaron a él. Ginny observó cómo se las sacudía con una plácida sonrisa en su cara bien afeitada.

—No sé de qué me hablas —replicó.

Ginny lo miró, escudriñó su rostro buscando un ápice de culpa y no lo encontró.

—¿Sabe? —le dijo—. Nunca he podido entender a la gente como usted. Personas que pueden justificar cualquier cosa en nombre de la protección de la Iglesia. Como si fuera mejor arruinarle la vida a un pobre niño que admitir que su cura abusaba de él... transfiriendo a un perverso a otra parroquia en lugar de llamar a la policía.

Se quedaron allí de pie mirándose con odio el uno al otro en un silencio relativo; los sollozos de LeGrand se habían reducido a un patético resuello. El cura seguía arrodillado, con aspecto tan desdichado que Ginny pensó que la crucifixión constituiría un gran paso adelante.

—Es usted un maldito hipócrita —lo acusó Ginny—. ¿Qué ocurrió? ¿Paula no quiso huir discretamente? ¿Apareció en el Fish Pond esperando huir con su novio y en vez de eso se encontró con usted?

Dulaine entornó los ojos. Al principio ella pensó que había dado en el clavo, pero entonces algo en su actitud le indicó lo contrario. Pensó en el esqueleto de Paula, envuelto en plástico como si fuera basura, sus posesiones favoritas enterradas junto a ella como si fuera una reina egipcia; una reina que no pudiera ir al más allá sin un par de botas Frye. O un radiocasete, o un llavero del conejo de la suerte, o el rosario de su novio.

«El rosario».

—Espere un momento —dijo Ginny—. ¿Cómo llegó a saber que el rosario estaba en la maleta de Paula?

Él la miró inquisitivamente. Ella tuvo la clara sensación de que no tenía ni idea de lo que hablaba.

—El padre LeGrand creyó que ella estaba en alguna otra parte dando a luz a su hijo —conjeturó Ginny—. Lo que desde luego no se hubiera imaginado es que su maleta estaba enterrada en el bosque con ella. De modo que si usted no tenía miedo de que alguien siguiese la pista del rosario hasta él, ¿por qué intentaba desenterrarla? ¿Qué podía justificar el riesgo que se estaba tomando?

La tensión había aparecido alrededor de la mandíbula de Dulaine; por fin estaba averiguando la verdad. Por primera vez a Ginny le pareció ver un destello de miedo en sus ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Qué idiota he sido! No era el absurdo rosario lo que le preocupaba. Era el *bebé*.

Ginny empezó a reírse; no de forma tan histérica como había hecho Sonya unas cuantas horas antes, pero con el suficiente entusiasmo como para hacer que ambos hombres la miraran fijamente como si le faltara un tornillo.

—¡Virgen santa! —exclamó—. Desde que lo asocié con Lance, he estado pensando que mató usted a Paula para salvarle el pellejo al padre LeGrand. Creí que era usted un hijo de puta mal aconsejado. Pero resulta que tenía demasiado buen concepto de usted.

Dulaine permaneció de pie rígido, su alargado cuerpo enmarcado por las firmes líneas negras de los barrotes de la cárcel. Era un buen sitio para él, dijo Ginny para sí. Se volvió al cura.

—Levántese —le ordenó—. Este no es su sitio. —Él no se movió. Ella fijó sus ojos en Dulaine—. Corrió un riesgo bastante grande contratando a Lance. Quizá lo haya puesto entre la espada y la pared con la hipoteca de su casa, pero aun así podría revolverse contra usted. Jamás debería haberme creído que se jugaría usted el tipo de esta forma por nadie que no fuera usted mismo.

El padre LeGrand miraba a Ginny y a Dulaine respectivamente, con los ojos desmesuradamente abiertos pero secos. Por fin, por primera vez desde que ella entró en la celda, se levantó del suelo y habló.

—Arthur —dijo—, ¿qué está pasando?

El cura se tambaleó, como si hubiese estado tanto tiempo arrodillado que hubiera olvidado cómo andar. Se balanceó hacia atrás y se sentó en el catre, abrazándose a sí mismo con los brazos cruzados. Ginny dio un paso hacia él, sin dejar de vigilar a Dulaine. Le costaba creer que intentara cometer alguna estupidez en una dependencia de una comisaría, pero de hacerlo, sin duda lo reduciría.

—Contrató a alguien para que intentara matarme —le explicó Ginny al padre LeGrand, que seguía observando al banquero—. Y lo que es peor, mató a su propio hijo.

Eso lo hizo reaccionar al fin.

—No la escuches —dijo Dulaine—. Es una maldita mentirosa.

Ginny se dirigió al cura:

—Que Paula le dijera que el bebé era suyo no quiere decir que sea verdad. Se acostaba con la mitad de los hombres de la ciudad. Y uno de ellos la mató.

El cura hizo una mueca de disgusto, como si sus palabras le hubieran abofeteado la cara. Incluso con su frente arrugada y su pelo cano, le recordó a un niño extraviado. Ella se sentó junto a él en el catre y puso una mano sobre su rodilla.

—Sólo se me ocurre una razón por la que Dulaine habría corrido el riesgo de intentar desenterrar el cadáver de Paula —continuó Ginny—. Hace dieciocho años no se hubiera preocupado por el ADN del bebé. —LeGrand estaba boquiabierto, recorría la celda con los ojos pero no veía nada—. Pero ahora, con la construcción de los apartamentos junto al lago...

—Cierra el pico —espetó Dulaine.

Ginny lo ignoró.

—Sonya me dijo que su hermana había recibido un poco de dinero antes de desaparecer. Dudo que fuera usted quien se lo diera. —LeGrand sacudió la cabeza, casi imperceptiblemente, y se mordió el labio inferior—. Ella era incapaz de conservar un trabajo. Así pues ¿de dónde saca el dinero una chica como ella? De un novio rico.

Una expresión de desdén se había apoderado del rostro de Dulaine. LeGrand, por otra parte, empezaba a dar la impresión de que estaba medio ausente.

—¿Cómo te atreves a acusarme de liarme con esa zorra? —le soltó Dulaine—. No tengo ni idea de lo que les pasó a Paula y a su mocoso bastardo, pero fuera lo que fuera se lo merecía.

Ginny había estado en guardia por Dulaine. No se le había ocurrido preocuparse por el cura, pensar que este hombre angustiado y atormentado por la culpa, que era

una sombra de sí mismo, pudiera intentar doblegarla a ella mientras estaba sentada a su lado consolándolo.

Debería habérselo imaginado; la rabia puede ser más potente que los esteroides. Aun así, no estaba preparada para que el cura la empujara hacia delante, contra el suelo, haciendo que perdiera el equilibrio y cogiéndole el revólver que llevaba en la cintura.

Lo siguiente que supo Ginny es que el padre LeGrand se había puesto de pie de un brinco, con más agilidad de la que ella se había imaginado que tenía. Permaneció allí de pie, sosteniendo el revólver de calibre 38 con sorprendente firmeza, apuntando directamente a Dulaine.

Entonces, con la destreza de alguien que sencillamente sabía cómo funcionaba una pistola, le quitó el seguro.

Capítulo 48

—Padre —dijo Ginny—, deme la pistola.

Él hizo caso omiso.

—Deja de agitar esa cosa en el aire —comentó Dulaine—. Ni siquiera sabes lo que haces.

—Mi padre me enseñó —repuso LeGrand.

Dulaine no parecía impresionado.

—Sabes que no serías capaz de matar ni a una mosca. —Al ver que el cura no contestaba, Dulaine chilló—: ¡Agente!

No vino nadie. Solamente había dos policías de guardia en la comisaría, y ninguno de ellos podía oír a Dulaine.

—¡Cállate! —le gritó LeGrand—. Y no te muevas.

Su tono de voz rozaba la histeria, en abierta contradicción con la firmeza con que sujetaba el revólver. Dulaine miró hacia el arma, su rostro de pronto dejó traslucir un considerable respeto por la capacidad de ésta para hacer daño.

—¿Qué piensas hacer, Pierre? —preguntó con una voz todavía teñida de arrogancia—. ¿Dispararme? Eres cura.

—Y tú, diácono —replicó LeGrand—. ¿Cómo pudiste?

La arrogancia venció al miedo.

—Ten cuidado —le advirtió Dulaine—. No puedes romper el secreto de confesión.

LeGrand se disponía a apretar el gatillo del revólver.

—¿Cómo osas esconderte detrás de la Iglesia? Durante años te he visto pavonearte por ahí, como si tú fueras el único lo bastante santo para distinguir el bien del mal. Pero no eres más que un hipócrita.

—¡Agente!

El segundo grito de Dulaine pidiendo ayuda no tuvo más éxito que el primero, pero enfureció al cura. LeGrand se acercó más y presionó la boca del cañón contra la frente de Dulaine. Ginny dio unos pasos hacia delante, aproximándose a él con un brazo extendido.

—Padre —le dijo—, por favor, deme la pistola.

—Si das un paso más —le advirtió el cura—, lo mato ahora mismo. Lo juro.

Ginny bajó el brazo.

—Nadie tiene que resultar herido —comentó—. Dulaine pagará por lo que ha hecho. Lo prometo.

Él la ignoró, concentrándose de nuevo en Dulaine.

—Arrodíllate —le ordenó.

El banquero alzó las manos en posición de rendición.

—Tranquilo, Pierre. No...

—¡Arrodíllate!

Dulaine hizo lo que le ordenaban con los brazos todavía alzados.

—Ahora —siguió el cura—, reza para pedir perdón.

LeGrand retrocedió un paso, apuntando aún con la pistola a la cabeza de Dulaine. El banquero juntó las palmas de sus manos, el anillo de diamantes que llevaba en el dedo meñique centelleaba bajo la luz de la única bombilla que había.

—Lo siento —dijo Dulaine con una voz finalmente desprovista de fanfarronería—. Por favor, perdóname.

—Ahora, dile a ella lo que hiciste. Dile que mataste a esa pobre chica.

Dulaine miró a Ginny suplicante.

—No puedes simplemente dejar que...

—¡Díselo!

Algo en la voz del cura asustó a Dulaine incluso más que antes. Cerró los ojos con fuerza, las manos presionadas una contra otra en posición de rezo, mientras el impoluto abrigo se ensuciaba de polvo.

—Pierre me pidió ayuda —gimoteó Dulaine con los ojos aún cerrados—. Un día lo encontré llorando en la rectoría, y me lo contó todo. Que Paula estaba embarazada y que quería que él se fuese con ella. —Abrió los ojos, suplicando de nuevo a Ginny—. Por favor, no puedes simplemente quedarte ahí y...

—¡He dicho que se lo digas!

El cura estaba de pie frente a él, la mirada furibunda. Dulaine respiró deprisa, aterrorizado.

—Pierre no sabía que yo también me veía con ella. Hacía años que nos veíamos. Ella me prometió dejar de acostarse con todo el mundo y dar a su hijo bastardo en adopción y serme fiel. Así que le di dinero, y le dije que le pondría un piso. —Se volvió a Ginny buscando patéticamente su comprensión—. Yo la quería. Estaba obsesionado con ella. No tienes ni idea de lo guapa que era, de lo increíblemente sensual que era. Me hacía sentir tan vivo. Mi mujer sólo tiene relaciones conmigo con las luces apagadas, es como hacer el amor con un cadáver...

—Arthur.

Era una sola palabra, pero contenía suficiente malicia para hacer que Dulaine volviera a cerrar los ojos con fuerza, como si fuera demasiado horrible ver a LeGrand y su pistola.

—Estaba celoso —continuó Dulaine—. Trastornado. Lo planeé todo. Paula le había dicho a Pierre que se encontrara con ella en el Fish Pond. Yo le dije a él que iría yo en su lugar; intentaría que recobrarla la sensatez y la metería en un autobús para

que abandonara la ciudad. Cuando llegó allí, estaba nerviosísima pensando que huiría con otro hombre. Verme a mí la desconcertó. Le dije que no tenía ningún derecho. Ningún derecho a chuparme la sangre y burlarse de mí... a quedarse con mi dinero y luego ponerme los cuernos con un *cura*.

A Dulaine le había salido el discurso a borbotones; las palabras se le atropellaban, la saliva regaba el suelo, y el cura seguía frente a él. La respiración era muy agitada, la pechera de la camisa subía y bajaba debajo de su corbata y su abrigo.

—Acaba —ordenó LeGrand.

Su voz asustó a Dulaine, quien levantó las manos otra vez en señal de rendición. Cuando reparó en lo que había hecho, juntó de nuevo las palmas de las manos; desesperadamente, como si esperara que el cura no se hubiera dado cuenta.

—La estrangulé —confesó—. Ni siquiera le di la oportunidad de explicarse. Me daba igual lo que hubiera podido decirme. Fui preparado. Había llevado una pala y varias bolsas de basura. Excavé un agujero y la enterré con su maleta. Le dije a Pierre que todo había salido exactamente según lo previsto. Que era la verdad.

Los ojos del cura se habían llenado de lágrimas. Corrían por su cara, pero Ginny pensó que ni siquiera las notaba. Empezó a temblarle la mano con que sujetaba el revólver.

—¡Venga, padre! —exclamó ella—. Ya está. Él ha confesado lo que hizo. Ahora tiene que bajar el revólver.

Ginny dio unos pasos hacia él, tratando de calibrar si podía desarmarlo antes de que disparase a Dulaine, Pero, al parecer, el cura intuyó que ella se disponía a actuar y empuñó la pistola con más fuerza. Ginny observó la distancia que había entre ellos; ella era rápida, pero no tanto.

En el momentáneo silencio, procuró detectar cualquier indicio de que uno de los policías pudiera estar viniendo hacia ellos. Pero había una gruesa puerta entre el bloque de celdas y el resto de la comisaría, y ninguna razón por la que los hombres de Rolly tuvieran que ir a ver a LeGrand en un futuro próximo. Francamente, Ginny tenía la esperanza de que se mantuvieran alejados; si se sumaban al cóctel un par de policías inexpertos y con el dedo puesto en el gatillo, alguien acabaría muerto.

—Háblame de Daniel —le ordenó el cura.

Al principio Dulaine pareció confuso, como si no supiera con seguridad de quién estaba hablando LeGrand. Tosió y se aclaró la garganta. Cuando habló de nuevo, lo hizo con monotonía, como un hombre bajo hipnosis.

—Buscaba a su madre —dijo Dulaine mirando el suelo de la celda—. Se dedicó a preguntar por ahí. No podía dejar que descubriera lo que había pasado entre Paula y yo... ¿Y si alguien recordaba habernos visto juntos? Así que le pedí a mi sobrino Lance...

—¿Sobrino?

Ginny soltó la palabra sin pensar. Por lo visto Dulaine se sobresaltó, como si momentáneamente se hubiera olvidado de que ella estaba allí.

—El hijo de la hermana de mi mujer. Me había hecho... favores en el pasado. Sabía que no se negaría a ensuciarse las manos. Y estuvo dispuesto a ayudarme en cuanto le prometí devolverle su casa. Pero juro que jamás quise que le hiciera daño al chico Markowicz; sólo que lo asustara para convencerlo de que dejara el tema. Pero no me hizo caso.

Levantó la vista hacia LeGrand con los ojos implorando comprensión; no la obtuvo. Una larga pausa, varias inspiraciones y volvió a clavar los ojos en el suelo.

—Entonces el Ayuntamiento vendió el terreno donde estaba enterrada Paula. Sabía que era sólo cuestión de tiempo que descubrieran su cadáver. En cuanto empezara la construcción de esos edificios de apartamentos frente al lago, seguro que la desenterrarían, y al bebé también. Yo sabía que el bebé era mío. Habíamos estado juntos muchísimas veces. ¿Cómo no iba ser mío? Así que había que deshacerse de ella. Pero fue hace tanto tiempo que no podía recordar con exactitud dónde la había enterrado.

Alzó la vista hacia Ginny.

—Y luego viniste a la ciudad. Sabía que te darías cuenta de todo. Había que detenerte. No matarte, simplemente detenerte. Le dije a Lance que manipulara tu coche, pero seguiste sin rendirte. Así que le dije que se ocupara de ti, pero pudiste con él. Y entonces te vi con Jimmy Griffin. Todo el mundo sabía que habíais salido juntos durante todo el bachillerato. Pensé que si a él le pasaba algo, pararías. —Sacudió la cabeza—. Pero no paraste. Incluso encontraste a Paula, cosa que ni yo mismo fui capaz de hacer.

Dulaine cabeceó de nuevo, pero esta vez parecía que volvía a la realidad, que entraba en razón.

—Nada de esto importa —dijo—. Una confesión obtenida a punta de pistola. Ningún juez la aceptaría en un tribunal.

—No ha acabado —puntualizó Ginny—. Dígame lo que le hizo a Danny. —El banquero sacudió una vez más la cabeza, apretando la mandíbula—. Cuénteme cómo lo mató a golpes. Cómo mató a Geoffrey Dobson cuando intentó chantajearlo.

Dulaine no respondió. Por su parte, LeGrand había recuperado la firmeza empuñando la pistola, ahora dirigida hacia el pecho del banquero.

—Una mujer embarazada —dijo el cura—. Una criatura inocente. Te los envié como corderos que van al matadero.

La boca del banquero se curvó en un mínimo esbozo de una sonrisa. Dulaine empezaba a recuperar su chulería.

—No hace falta que seas tan dramático, Pierre —repuso—. Paula era cualquier cosa menos inocente. ¿Quién sabe a cuántos hombres los habré librado de ella?

El revólver empezó a temblar de nuevo, y el cura levantó la mano izquierda para estabilizar la derecha. Ginny pensó que se le debía de estar cansando el brazo. Tendría que actuar.

—Sólo tenía diecinueve años —contestó LeGrand.

—Te libré de ella, Pierre —insistió Dulaine—. Ambos nos libramos. ¿Cuántos hombres buenos han sido corrompidos por...?

LeGrand le disparó. El sonido fue ensordecedor en el interior de la diminuta celda, la explosión rebotó en las paredes, dando la impresión de que se intensificaba en lugar de disiparse.

Dulaine miró fijamente hacia la pechera de su camisa, hacia la mancha que se extendía por el prístino lino blanco. Entonces, sin decir palabra, se desplomó hacia delante.

El cura se volvió a Ginny, empuñando aún el arma; durante medio segundo Ginny se sintió en apuros. Pero entonces él giró el revólver y se lo dio por la culata, como debió de enseñarle su padre.

Se sentó en el catre y levantó la vista hacia Ginny con una expresión sorprendentemente plácida en su rostro.

—Ojo por ojo —dijo.

Capítulo 49

El padre LeGrand no quiso un abogado; Ginny le consiguió uno igualmente. Aunque los abogados defensores la volvían tan loca como cualquier policía, pensó que si alguien podía presentar argumentos convincentes en favor de una alteración emocional extrema, era él. De modo que llamó a una de las hermanas mayores de Jimmy, que había estudiado Derecho en Boston y vuelto a casa para abrir un despacho, y que estaba dispuesta a representar al cura por el precio correcto, que era nada.

Hubo un momento de nerviosismo cuando Rolly quiso saber de dónde había sacado LeGrand el revólver de calibre 38 (hasta la policía local sabía que había que cachear a alguien antes de encerrarlo), y Ginny pensó que estaba en apuros por llevar un arma sin licencia. Pero el cura, quien probablemente se imaginó que una mentirijilla no era nada en comparación con todos los pecados que cargaba sobre las espaldas, la encubrió diciendo que había pertenecido a Dulaine. Ginny no tuvo prisa alguna en contradecirle.

Tres días después de la muerte de Dulaine, Sonya todavía no le había dado permiso a Pete para volver a casa; ni tan siquiera para coger una muda. Había empezado a dormir en el sofá de casa de sus padres, ya que el cuarto donde él dormía de pequeño lo habían transformado en un estudio. Ginny no sabía con seguridad si Sonya estaría siempre enfadada, pero su amiga llegó tan lejos como para preguntar si la hermana de Jimmy llevaba casos de divorcio.

Ginny estaba en casa de Sonya, ayudándole a apretujar la ropa de su marido en bolsas de basura para que ella se las llevara a casa de sus padres, cuando sonó el teléfono. Dejaron que saltara el contestador automático: Sonya no estaba de humor para aguantar otra llamada de Rhonda, que había estado llamando cada quince minutos para decirle que cometía el mayor error de su vida.

—Detective Lavoie, soy Matt Zeigler, de la oficina del médico forense, en Pittsfield. Tengo...

Ginny se apresuró a coger el teléfono.

—Estoy aquí —dijo.

—Tengo entendido que hay cierto nerviosismo en su zona.

—Sólo un poco —repuso ella—. ¿Le han asignado el caso de Dulaine?

—Sí —afirmó Zeigler—. Probablemente no debería decir esto, pero ese cura tenía bastante buena puntería. Le atravesó el corazón.

Aunque Ginny sabía que era horrible hacerlo, sonrió; no podía resistirse al simbolismo.

—El motivo de mi llamada —comentó— es que, por fin, han llegado los resultados de esa prueba de ADN que me pidió. El feto de Paula y Danny Markowicz no tenían el mismo padre.

—¿En serio?

—En serio.

—¡Guau! Entonces, después de todo, Dulaine no era el padre del bebé que ella llevaba dentro.

—En realidad —matizó Zeigler—, sí lo era. La oficina del fiscal del condado me pidió que nos diéramos prisa en...

—Espere un momento —lo interrumpió Ginny—. ¿Está diciendo que Dulaine no era el padre de *Danny*?

—Es imposible que lo fuera. Los tipos de sangre no encajan. Markowicz era A positivo, y Dulaine...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ginny—. ¿Está usted seguro?

Zeigler carraspeó; Ginny se dio cuenta de que él debía de pensar que la dura de pelar era ella.

—Por supuesto que estoy seguro —soltó.

Ella le dio las gracias, se disculpó por parecer una maníaca, y colgó el teléfono. Sonya le lanzó una mirada y supo que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre?

Las células del cerebro de Ginny estaban atando cabos.

—Dulaine —respondió.

—¿Qué pasa con él?

Ginny repitió lo que Zeigler le había dicho. Sonya lo asimiló todo, luego se sentó en el borde de la cama que ya no compartía con su marido.

—Después de todo, él no mató a Danny —dedujo Sonya—. Es eso lo que me estás diciendo, ¿verdad? Porque sabemos que la sangre del padre de Danny estaba en la fábrica. Pero yo creía que Dulaine lo había reconocido.

Ginny se sentó junto a Sonya, repasando la escena en su cabeza.

—Él no reconoció en ningún momento que lo había matado, y a Dobson tampoco. Pero pensé que era simplemente porque el padre LeGrand le disparó antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

—Pero no fue él —insistió Sonya—. No pudo ser él... no, estando allí la sangre del padre de Danny. ¿Es eso correcto?

—Es lo único que tiene sentido —respondió Ginny—. Créeme, he barajado otras hipótesis, como que su padre intentaba defenderlo o algo. Pero todas parecen bastante absurdas.

Ginny se levantó y fue a la cocina, tenía la garganta repentinamente seca. Sonya había preparado una jarra de té helado, y ella se sirvió un vaso. Su amiga la siguió,

observando en silencio mientras se apoyaba en la encimera de la cocina y trataba de descifrar qué demonios estaba pasando.

—Paula siempre dijo que no sabía quién era el padre de Danny —comentó Sonya—. Creo que realmente decía la verdad.

Ginny dejó el vaso en la encimera y salió al porche lateral cerrado. Al volver a entrar, llevaba el tambor de Wisk repleto de trofeos de Paula.

—¿Crees —inquirió Ginny— que alguna cosa de aquí puede ser de él?

Sonya asintió, con semblante muy solemne.

—Supongo que es posible —contestó.

Rebuscaron de nuevo en el tambor, esa colección de cachivaches que simbolizaba los débiles intentos de Paula por sentirse amada. Ginny nunca había sido una admiradora de la hermana mayor de Sonya, pero después de enterarse de que había muerto a manos de Dulaine no podía evitar compadecerla.

Sacó los objetos del tambor y los puso sobre la cama, tal como había hecho Sonya el día en que se dio cuenta de que su marido se había acostado con su hermana. El libro en rústica llevaba escrito el nombre de Pete, pero el resto de cosas parecían imposibles de rastrear. ¿Cómo podía una averiguar qué miembro del Rotary Club perdió una chapa de socio hace 18 años? ¿O a quién le gustaba ir a las carreras de perros? ¿O quién ganó alguna competición de lucha libre olvidada hacía mucho tiempo?

Se detuvo con el trofeo de lucha libre en la mano. Quizá pudiera rastrearlo, y al ganador de la medalla de plata de natación también. ¿Acaso las escuelas no guardaban en sus archivos esa clase de cosas? Siguió repasando el tambor, de pronto sintiendo que iba por buen camino. Tal vez pudiese averiguar quién pertenecía al Club Rotario en aquel entonces; podría buscar la foto de grupo anual del *Transcript* y ver si alguno de los hombres se parecía a Danny. La borla de graduación era verde y dorada, los colores de la escuela de formación profesional de secundaria, con el número 85 enganchado; podía buscar el anuario y hacer lo mismo. Las posibilidades de éxito eran remotas, pero era mejor que nada.

—¿Tú ves algo aquí? —inquirió Sonya—. Porque yo te aseguro que no.

Ginny le explicó lo que se le había ocurrido. Por desgracia, cuando lo dijo en voz alta, sonó mucho menos prometedor que en su cabeza.

Acabaron de juntar la ropa de Pete, y Ginny la llevó a casa de los Markowicz. Él estaba en el trabajo, pero sus padres se encontraban en casa; recibió el último sermón de Rhonda sobre lo malo que era que Sonya fuera tan rencorosa. El padre de Pete, que saltaba a la vista que lo había oído todo, estaba sentado a la mesa de la cocina con cara de desear poder beberse su comida.

Desde allí Ginny se fue al Café des Artistes, donde un Jimmy con un brazo en cabestrillo estaba tomando medidas e intentando averiguar cómo iba a eliminar el

olor a cigarrillo de las paredes. Topher no había malgastado un minuto vaciando el local; era mucho más fácil exorcizar el humo del tabaco que los malos recuerdos.

Comieron en Angelina's, su antiguo lugar de reunión habitual durante el instituto, donde Ginny se dio el gusto de pedir un bocadillo «sub» con cebolla y tres clases de carne. Se despidió de Jimmy con un beso, consciente de que tenía un aliento horrible pero bastante convencida de que a él no le importaría, y se acercó andando a la biblioteca pública.

El edificio solía ser la mansión donde residía un pez gordo de la región, en la época en que las fábricas producían telas tan rápido como los trenes podían llevarlas a toda velocidad por el Túnel Hoosac hasta su destino final. La biblioteca estaba a cinco minutos caminando desde la casa donde Ginny había pasado su infancia, y siempre había hecho allí sus deberes; cualquier cosa con tal de salir de casa, para no tener que oír a su padre hablarle a su madre como si fuese el polvo de la alfombra.

Ahuyentó los recuerdos y fue directamente a la sala de consulta, donde vio fotos en microfilme del Club Rotario hasta que se mareó. Entonces dio con los viejos anuarios de la escuela de formación profesional y echó un vistazo a las fotos de la clase de 1985 con la esperanza de ver los ojos de Danny mirándola fijamente. No hubo tal suerte.

Consultó las notas que había escrito sobre los objetos del tambor. Estaban esos dos premios deportivos, el trofeo de lucha libre del oeste de Massachusetts y la medalla de plata de algo llamado Décimo Swimathon Anual de Tunnel City Tuna. Consultó al bibliotecario, quien no tenía ni idea de lo de la lucha libre, pero le señaló que únicamente había dos piscinas aptas para competir en la ciudad: una en el colegio universitario estatal, la otra en la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Probó primero en el colegio universitario, porque estaba justo al final de la calle, pero la mujer de la oficina del departamento de deportes dijo que el Tunnel City Tuna no le sonaba. De modo que se fue a la Asociación Cristiana y le dijeron que sí, que un club con ese nombre solía nadar allí, pero que hacía muchos años que había desaparecido; y, de todas formas, ¿por qué iba a importarle a nadie quién ganó una competición por aquel entonces?

Lamentándose, Ginny volvió a la biblioteca; desde el principio debería habersele ocurrido consultar viejas páginas de deportes de los periódicos. Se sentó frente a la máquina lectora de microfilmes, arrepentida de no haber cogido Dramamine para el mareo, y empezó de nuevo.

Y, al fin, allí estaba: bajo el titular LOS NADADORES LOCALES BARREN EN EL TORNEO TUNA. Había una foto de grupo de los galardonados de la ciudad, gente joven con el pelo mojado y cuerpos delgados. Y devolviéndole fijamente la mirada, en blanco y negro, había una cara que le resultaba tan familiar que Ginny apenas necesitó leer la leyenda de debajo. Y su reacción fue igual que la de Sonya unos cuantos días antes:

«¡Oh, no!».

Capítulo 50

Le llamó al trabajo, pero acababa de salir; ya no volvería en todo el día. Dijo que probaría en casa, pero la voz al otro lado del hilo telefónico le dijo que él no estaba allí: quería hacer un poco de ejercicio, así que iba a subir a pie hasta las Trinity Falls.

Ginny cerró bruscamente su móvil y corrió a la camioneta. ¿Cómo podía no haberlo visto? Cuando abrió los ojos y realmente *miró*, el parecido estaba allí. Condujo con la atención puesta a medias en la carretera, llegando al inicio del sendero más deprisa de lo que habría pensado que permitían las leyes de la física. Estacionó sobre el barro compacto del desvío, suficientemente ancho para cuatro coches, pero donde sólo había otro más.

Su equipo de atletismo había subido este camino corriendo varias veces, pero eso fue años atrás. La ruta ya no le resultaba familiar, y tuvo que seguir las marcas. Estuviera en buena forma o no, correr a paso ligero en línea recta cuesta arriba la dejó sin resuello, y tuvo que detenerse cada 800 metros para recuperar el aliento.

Estaba casi en la cima cuando oyó la cascada, gorgoteando sobre ella en la otra falda de la montaña. Quizá fuese simplemente porque estaba destrozada por el esfuerzo, pero juraría que bajo el sonido de la cascada había una acusación. «Lo teníais justo delante de los ojos —decía—. Justo delante de todos vosotros, pero por alguna razón no pudisteis verlo».

Consiguió llegar a la cima, se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos en sus muslos, y esperó a que su ritmo cardíaco volviera a ser normal. A su derecha fluía un arroyo; algo engañosamente lento, pero que pronto se convertía en una fuerte corriente que corría hasta el borde de las rocas y caía por la montaña con un salto suicida.

Al cabo de aproximadamente un minuto Ginny se irguió. Él estaba a tan sólo unos 40 metros de distancia, en el mirador de las cascadas.

—¿Ginny?

Ella no le tenía miedo. La policía local le había confiscado su revólver, pero no le cabía en la cabeza que él fuese a hacerle nunca daño. Aun así, después de lo que le había hecho a Danny, debía de haber algo perverso latente debajo de la superficie. Palpó la navaja de Pete, asegurándose de que la tenía al alcance de la mano en su bolsillo trasero, y caminó hacia él.

—Entrenador Hank.

—¡Qué curioso encontrarte aquí arriba! Hace una tarde preciosa, ¿eh?

—Lo estaba buscando a usted —dijo ella—. En la escuela me han dicho que se había ido a caminar.

Estaban lo bastante cerca como para mirarse a los ojos. La expresión de Hank seguía siendo plácida y amable; sin embargo, en cuanto vio el semblante de Ginny, todo cambió. Él había estado aproximándose para acortar la distancia entre ellos, pero frenó en seco.

—¿A mí?

Ella asintió.

—Creo que sabe por qué.

El entrenador se sacó la mochila y abrió la cremallera. Por unos instantes Ginny pensó que quizá sacaría realmente un arma, pero extrajo una botella de Nalgene. Tomó un sorbo y se la ofreció a ella. Tenía sed, pero sacudió la cabeza.

—No deberías haber subido hasta aquí sin agua —comentó Hank.

Parecía verdaderamente preocupado por ella, cosa extraña en este momento pero en absoluta concordancia con los veinte años anteriores. ¿Y si se equivocaba con él? Sin duda, Ginny *quería* estar equivocada. Pero algo le decía que, por fin, tenía toda la razón.

Aceptó la botella y tomó un sorbo. Luego se la devolvió y dijo:

—No me puedo creer que nunca viera el parecido.

Hank volvió a guardar la botella en la mochila y la dejó a sus pies.

—Nadie lo vio —repuso él—. Ni siquiera yo.

Ginny se apartó de la frente el flequillo sudoroso. La situación entera era absolutamente surrealista.

—¿Cómo lo dedujo?

Los labios de Hank dibujaron una tensa sonrisa.

—Podría hacerte a ti la misma pregunta.

—Su sangre estaba en la escena del crimen —concluyó ella—. La sangre del padre de Danny.

Él asintió. No era la explicación completa, pero de momento parecía bastante. Hank se volvió y anduvo varios pasos hacia la cascada, entonces se detuvo y miró de nuevo a Ginny.

—Únicamente me acosté con ella una vez, ¿sabes? Sólo una vez. Pero tal como les digo a mis hijas, una vez es suficiente.

Ginny lo siguió.

—Fue el entrenador de Danny durante cuatro años —comentó ella—. ¿Me está diciendo que nunca se dio cuenta de que era usted su padre?

Hank se encogió de hombros, un gesto que a Ginny le impresionó por ser de una tristeza indescifrable.

—Me he hecho a mí mismo esa pregunta mil veces —respondió—. Lo único que se me ocurre es que nunca miramos realmente las cosas que vemos a diario. ¿Sabes? Entonces una vez fuimos a jugar fuera de casa, contra un equipo con el que nunca

habíamos jugado antes. El otro entrenador vio a Danny y me preguntó: «¿Ése es tu hijo?». Dijo que teníamos exactamente los mismos ojos. No es que fuera un calco mío... excepto los ojos. Y Dios es testigo de que ésa fue la primera vez que pensé en ello. Paula y yo nos acostamos sólo esa única vez. Ella era una alumna y yo un profesor; y Lucie y yo ya estábamos prometidos, ¡por Dios! Con una vez hubo suficiente.

—¿Cómo lo averiguó Danny?

Hank sacudió la cabeza.

—No lo hizo. Le cogí una toalla sudorosa de la taquilla y la envié a uno de esos laboratorios, junto con un frotis bucal del interior de mi mejilla. Y, naturalmente, el test dio positivo. Pero nunca quise decírselo. —Negó con la cabeza, dando otro paso hacia la cascada—. Desde luego, jamás fue mi intención hacerle daño.

En el fondo de sus ojos apareció una mirada trastornada. Cuando dio otro paso más hacia el precipicio, Ginny le agarró instintivamente del brazo y lo sujetó con fuerza. Hank parecía sobresaltado, y ella se dio cuenta de que lo único que él había pretendido hacer era sentarse en los escalones que conducían al mirador.

—Estaba esperando a que tú lo descubrieras —explicó él—. Me llegaron rumores de que tenías problemas con el Departamento de Policía de Nueva York, pero aun así sabía que debías de ser buena en tu trabajo. Cuando me dijiste que Sonya te había pedido que averiguaras quién mató a Danny, supe que era simplemente cuestión de tiempo.

Ella se sentó junto a él.

—¿Qué ocurrió?

—En cuanto descubrí que Danny era hijo mío, empecé a interesarme por él; ya sabes, más incluso que antes. Ya no era simplemente uno de mis atletas. Era mi hijo. Mi *único* hijo varón.

Ginny pensó en esas cinco hijas de pelo dorado, recordó la historia que Hank contó con desenfado sobre su intento de ir a por el niño y acabar con gemelas. Pero ese hijo anhelado había estado todo el tiempo justo delante de sus ojos.

—Después de que se graduara no lo vi mucho —prosiguió Hank—. Pero a veces yo iba al Skillet los fines de semana sólo para no perderlo de vista, para saber qué tal estaba. Todo eso que te conté acerca de que preguntaba por su madre era verdad. Y entonces en cierta ocasión me encontré a Pete echando chispas, y me dijo que a Danny le pasaba algo. Salía con esos chicos de Nueva York, y Pete creía que le habían metido en la cabeza algunas ideas malas. Pete no le había dicho nada a Sonya, pero tenía miedo de que estuviese consumiendo drogas.

»Como entrenador, he visto muchas drogas en el instituto. Uno de mis corredores sufrió una sobredosis de metanfetamina y por poco se murió. Había oído que esa cafetería donde trabajaba Danny era mala cosa, que si querías comprar droga tenías

que preguntar por Dobson. Sabía que Danny necesitaba ganar dinero para ir a la universidad. Me daba miedo que esa gente de la ciudad le hubiese sorbido el seso.

Ginny lo asimiló todo sin interrumpir. Desde direcciones opuestas, Hank y ella habían llegado exactamente a la misma conclusión.

—Empecé a seguirlo —explicó Hank—. Sé que parece una locura, pero sentí como si fuera mi responsabilidad cuidar de él. Finalmente, una noche lo seguí hasta el Fish Pond. Estaba convencido de que Dobson y él tramaban algún trapicheo con drogas, y si los pillaba *in fraganti*, él se llevaría un buen susto.

Hank había dirigido la vista hacia el suelo, como si no pudiese explicar la historia y mirar a Ginny a los ojos. Estuvo tanto rato callado que ella no pudo aguantarlo más.

—Pero no se trataba de drogas —dijo—, ¿verdad?

Capítulo 51

Hank negó con la cabeza, reacio a cruzar el campo minado de la memoria. Inspiró profundamente, cerró los ojos, luego expulsó el aire y los volvió a abrir.

—Estoy convencido de que a un hombre más sofisticado el vaho de las ventanillas le habría dado una pista —dijo—. Pero yo no soy un hombre sofisticado. Abrí de golpe la puerta de la camioneta de Danny esperando verlos contando la droga.

De nuevo estuvo en silencio, esta vez incluso durante más rato. Al fin, Ginny dijo:

—Pero estaban follando.

Hank apretó la mandíbula.

—Danny tenía los pantalones bajados y Dobson estaba... detrás de él. Y me volví loco. Saqué a Danny de allí y lo metí en mi coche y simplemente *conduje*. Le pregunté qué demonios estaba haciendo, y Danny dijo algo absurdo sobre que Dobson le estaba ayudando a buscar a su madre y que habían ido al Fish Pond, porque ése era el último sitio donde ella había sido vista y que una cosa condujo a la otra.

»Es entonces cuando le dije que yo era su padre. ¡Yo estaba muy enfadado! No pensaba con claridad. Le dije que ningún hijo mío se comportaría como un asqueroso... —Se interrumpió—. Como un asqueroso... —Se rindió y levantó la vista hacia ella—. Cuando supe que Danny era hijo mío, me sentí feliz. ¡Estaba tan orgulloso de él! De que hubiera resultado ser tan listo y fuerte y bueno. Y luego al verlo así, sometido a un traficante de drogas. Perdí el juicio.

—¿Cómo acabaron en la fábrica?

Volvió a encogerse de hombros.

—Fue como si el coche fuese solo. Y cuando Danny preguntó qué hacíamos allí, me di cuenta de por qué lo había hecho. Lo arrastré al interior para enseñarle... para enseñarle dónde fue concebido. Cómo su madre y yo habíamos follado como animales en ese suelo, rodeados de toda esa basura. Quería que él viera dónde había empezado su vida, advertirle que si no se enderezaba, acabaría exactamente igual que su madre; un miserable ser humano que estaba a gusto entre toda esa porquería.

»Y me dijo a gritos que no hablara así de ella. Y entonces me pegó, hizo que me sangrara la nariz, y después de eso apenas si recuerdo algo.

»Sé que cogí algo del suelo y le golpeé con ello, y que él estaba en el suelo, y vi mis propios ojos mirándome fijamente. Y lo siguiente que supe fue que estaba de pie sobre él, y la visión de lo que había hecho me hizo vomitar. Tiré el tubo al río que hay

detrás de la fábrica, y cuando vi que tenía la ropa cubierta de sangre, la tiré y me puse un chándal que llevaba en el coche.

»Y luego me fui a casa.

Los ojos del entrenador Hank estaban secos, como si la historia fuese su propia anestesia. El asesinato había sido muy parecido a como Ginny lo había visualizado; sólo que jamás, ni en un millón de años, se habría imaginado que este hombre encantador y protector fuera quien lo cometió.

—¿Y qué hay de Geoffrey Dobson?

Dio la impresión de que Hank se sobresaltaba, como si el nombre fuese una palabra de una lengua extranjera. Pero luego parpadeó varias veces y contestó:

—Estuve esperando a que la policía apareciese en mi puerta. Dobson me había visto sacar a Danny de la camioneta, y Danny había dicho mi nombre. Entonces él me llamó, me dijo que quería mi ayuda o que iría a la policía.

—¿Su ayuda?

—Para vender su veneno. Él sabía que yo había intentado hasta la saciedad que mis alumnos se mantuvieran lejos de las drogas. Pero él no quería simplemente que le dejara el camino libre; quería que fuese su camello, que hiciera entregas cuando el equipo saliese de casa. No me lo podía ni creer. Pero le dije que lo haría. Quedar en el Fish Pond fue idea suya; el hijo de puta tenía inclinación por lo dramático. Así que robé el monovolumen. Estoy seguro de que ya sabes el resto.

Ginny lo miró. Algo había cambiado, y necesitó un minuto para comprender que a diferencia del asesinato de Danny, Hank describió el de Dobson con una falta absoluta de arrepentimiento.

—El segundo asesinato —comentó ella— siempre es más fácil que el primero.

Hank se giró rápidamente hacia ella, la frente arrugada por el enfado.

—Dobson era escoria... un traficante de drogas. Estoy seguro de que no le importaba estar arruinando la vida de Danny. ¿Y sabes una cosa? Si él hubiera avisado a la policía, yo quizás habría confesado. Pero él vio la muerte de Danny simplemente como una oportunidad más de ganar dinero. Recibió justo lo que se merecía.

Arthur Dulaine había usado las mismas palabras cuando habló del asesinato de la madre de Danny. La superioridad moral era una pendiente resbaladiza.

—¿Y cuál es —inquirió Ginny— su merecido?

Él le sonrió, lo último que ella se había esperado. Entonces inclinó la cabeza en dirección a la cascada.

—Hace un segundo creías que iba a saltar. Si ahora quisiera hacerlo, no tratarías de detenerme, ¿verdad?

Ginny pensó en ello.

—Tendría que hacerlo —respondió.

Su respuesta pareció sorprender al entrenador.

—Pero ¿por qué?

—Sonya merece mirar al asesino de su hijo a los ojos. Estar presente cuando un jurado lo declare culpable y un juez lo condene a prisión.

—¿Qué pasa con mis niñas? No merecen crecer con esta deshonra, ¿verdad?

—Algunos dirían que eso es parte de su castigo —contestó ella—. Quizá la peor parte de todas.

—¿Y tú?

—Supongo que tendría que estar de acuerdo.

Hank sopesó la respuesta, posando la mirada en Ginny y en la barandilla, y viceversa.

—¿Crees que podrías detenerme?

—Tal vez no —dijo ella—. Pero creo que, aun cuando eligiera usted el camino fácil, podría prometerle ser capaz de reunir las suficientes pruebas para demostrar lo que hizo. Quizá no en un tribunal legal, sino en el tribunal de la opinión pública. Con lo que sus hijas sufrirían toda la deshonra y, además, la muerte de su padre.

Hank entornó los ojos.

—¿Harías eso? ¿No te limitarías a decirle a Sonya la verdad y te olvidarías del tema?

—No soy una especie de vigilante —respondió ella—. Soy policía.

Ginny se puso de pie. Lo había presionado demasiado, y su humor había cambiado tan deprisa que daba miedo. Había algo amenazador en sus ojos, y por primera vez pudo verlo como la persona que había matado a Danny a golpes. Antes, ese hombre había sido una abstracción. Demasiado confiada por la confesión de Hank y veinte años de amistad, Ginny había creído que él ya no era peligroso para nadie salvo para sí mismo. Pero amenazar el futuro de su familia había despertado algo animal en él; exactamente igual que al ver a su único hijo en brazos de otro hombre.

Hank se abalanzó sobre ella. Ginny saltó los tres escalones del mirador al suelo y empezó a correr hacia el camino. Pero Hank era demasiado rápido para ella; ella era diez años más joven, pero él le había enseñado cuanto sabía sobre correr, y por lo visto se había guardado una serie de secretos para sí. La alcanzó y la agarró del brazo, y aunque Ginny intentó darle un fuerte golpe en la mandíbula, él se limitó a esquivarlo.

Entonces trató de propinarle un rodillazo en la entrepierna, pero Hank era mucho más ágil que Lance Pecor; se movió hacia un lado y el golpe le dio en el muslo. Él la cogió del cuello, y ella consiguió darle un cabezazo, pero como, al parecer, la dejó igual de aturdida que a él, probablemente fuera un error. Hank la volvió a coger del cuello, y esta vez Ginny le propinó un puñetazo en el estómago; él no se lo esperaba y lo dejó sin aliento.

Ginny se giró, agarró a Hank del brazo derecho y lo hizo volar sobre su cabeza mediante una llave de judo que había aprendido en el gimnasio, pero que no había probado en la calle ni una sola vez. Él aterrizó en el suelo; ella apenas tuvo tiempo para felicitarlo de haberlo lanzado por el aire, porque Hank se volvió a levantar del suelo de un salto y la atacó de nuevo. Él intentó una derecha cruzada, pero ella lo esquivó; Hank era bueno en atletismo, pero a la hora de pelear, era un *amateur*.

Sin embargo, lo que le faltaba de práctica lo suplía con creces con su desesperación. Volvió a atacarla, la embistió con todo su cuerpo, tumbándola y aterrizando sobre ella. Intentó agarrarla por las manos, para clavarla contra el suelo, pero ella las apartó para evitar que la cogiera. Ginny notó la navaja; dura contra su nalga derecha y muy lejos de su alcance. Desesperada, se incorporó y le dio un mordisco, prácticamente arrancándole el lóbulo de la oreja, y el dolor bastó para hacerle chillar y llevarse una mano a la cabeza.

Utilizó su mano derecha liberada para apoyarse en el suelo y sacarse a Hank de encima. La mirada de sus ojos había pasado de desencajada a algo peor, y mientras él se apretaba la oreja sangrienta, le propinó un rodillazo justo en los testículos. No fue original, pero surtió efecto. Hank se dobló por el dolor, y ella cogió la primera piedra que pudo encontrar y le asestó un buen golpe en la cabeza. Hank puso los ojos en blanco, y perdió el conocimiento.

A continuación, porque no era ninguna idiota, Ginny se quitó las zapatillas de deporte y utilizó los cordones para atarle las manos detrás de la espalda. Deprisa, por si acaso volvía en sí, cortó los nudos de los cordones de sus botas de *trekking* y los empleó para atarle los pies. Cogió la mochila de Hank y vació su contenido en el suelo, encontrando un botiquín de primeros auxilios; en su interior había un rollo de esparadrapo blanco. No era ideal, pero era cuanto tenía. Ginny arrastró el cuerpo laxo del entrenador hasta el árbol robusto más cercano y le ató las manos a él, dando vueltas y vueltas hasta que se acabó el rollo.

Abrió la botella de Nalgene y tomó un gran sorbo; cuando acabó, vio que el agua estaba teñida de rosa por una mancha de sangre. Hank todavía no había emitido ningún sonido. Ginny se puso la mochila a la espalda, evitó lanzar una última mirada hacia el cuerpo inmóvil, y se dispuso a bajar la montaña. Sus zapatillas de deporte sin cordones le bailaban al andar, pero consiguió no perderlas.

Epílogo

La policía estatal encontró al entrenador Hank donde Ginny lo había dejado; afortunadamente, esa ladera de la montaña estaba fuera de la jurisdicción de Rolly. Después de lo que había intentado hacerle, Ginny no tenía ni idea de lo que pasaría, pero al final ganó el deseo de ahorrarle a su familia la agonía de un juicio, y Hank confesó. Su mujer y sus cinco hijas pusieron su casa a la venta y se marcharon, abandonando una ciudad que su familia había llamado hogar durante cuatro generaciones.

Se habían ido antes de que los cardenales del rostro de Ginny hubieran incluso desaparecido; era asombroso lo rápido que podían cambiar las cosas.

Sonya, por ejemplo, que a Ginny siempre le había parecido la imagen de la mansedumbre y la moderación; su enfado ante la negativa de Pete a confesar su indiscreción con Paula fue superado únicamente por su furia absoluta cuando él finalmente confesó.

Una noche, cuando Ginny y ella estaban tomando café en el porche delantero bien abrigadas contra el frío de noviembre, Sonya le dijo que quizá no estaría tan enfadada si él lo hubiera admitido desde el principio. Podía comprender que Paula lo hubiese seducido, un joven fogoso cuya novia se reservaba para su noche de bodas. Pero las mentiras sumadas a la traición: eso era lo que no podía soportar. Tal vez más adelante lo perdonara. Pero, de momento, no podía ni verlo.

Como tampoco podía entender por qué Monique no dejaba de presentarse en su porche delantero, con guisos o ramos de flores u ofrecimientos para ayudarla en las tareas del hogar. Pensó que probablemente fuese porque ella era el último vínculo que tenía con Danny, con su fantasía de su vida perfecta como versiones adultas del rey y la reina del baile de fin de curso. Ginny recordó la cara iracunda de Monique, con el maquillaje corrido, el día que reconoció haber desinflado las ruedas de Danny, y haber dicho que ojalá se muriese para que su horrible deseo se hiciese realidad. Quizá la devoción que mostraba por la madre de Danny era su idea de expiación.

Jimmy estaba trabajando duro en su nueva cafetería; alegrando un poco el local pintándolo de color amarillo subido y sustituyendo el oscuro mobiliario por madera clara y alegres cojines con motivos florales. Si ellos dos tenían o no futuro estaba por ver. Pero él tenía razón: después de quince años, ninguno de los dos había encontrado a nadie más que los volviera la mitad de locos, y eso seguro que quería decir algo.

El fin de semana siguiente a la detención del entrenador Hank, Ginny fue por fin el domingo a cenar a casa de su tía Lisette. La carne asada estaba tan buena como la recordaba, y el acoso emocional igual de malo. Pero, por una vez, Ginny no le dio

mucha importancia. Esa tarde había telefonado a su padre, simplemente para decirle hola. No era bueno dejar las heridas abiertas; los sentimientos negativos se multiplicaban con el tiempo. Quizás hasta viajase a Florida para hacerle una visita; sobre todo si él pagaba el billete.

Una cosa tenía clara: más tarde o más temprano tendría que volver a la ciudad y ocuparse de su caótica vida. Al fin se sentía lo bastante fuerte para hacerle frente. Pero, por el momento, durante estos últimos días de otoño, no se veía con ánimos de ir. Le parecía que Manhattan estaba a una eternidad de distancia. Y por primera vez en la vida, sentía que su ciudad natal era su hogar.



ELIZABETH BLOOM (EE. UU. 1970). Escritora y periodista, seudónimo de Beth Saulnier, ha trabajado durante años en la crítica cinematográfica para diversos medios.

Notas

[1] Barney Fife Personaje representado por el actor Jesse Donald Knotts, coprotagonista del «Show de Andy Griffith», una vieja comedia que trata sobre un comisario rural y su torpe ayudante (*N de la T*). <<